

JOSÉ MARÍA CARRASCAL

Todavía puedo

*Quedan muchas
cosas por vivir*



e
ESPASA

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[A modo de prólogo](#)

[Los genes](#)

[Dos decisiones fundamentales](#)

[Salud](#)

[Soledad](#)

[La vida](#)

[Sinceridad](#)

[Choque de civilizaciones y de generaciones](#)

[Lo que hay y no hay que hacer](#)

[Ejercicios físicos](#)

[Gimnasia mental](#)

[Jubilados](#)

[Vivir en subjuntivo](#)

[Nuestro tiempo](#)

[La nueva frontera: el cerebro](#)

[La inteligencia artificial](#)

[¿Vida artificial también?](#)

[La tercera vida: la fama](#)

[El selfie, espejo de nuestra época](#)

[Ordenadores](#)

[Posverdad](#)

[Violencia \(agresión\) de género \(machista\)](#)

[Izquierdas y derechas](#)

[El hecho diferencial](#)

[Corrupto es el otro](#)

[Nacionalismos](#)

[Cultura y civilización](#)

[El otoño europeo](#)

[Inmigración y asimilación](#)

[La protesta senil](#)

[Límites e infinito](#)

[Médicos y abogados](#)

[Viajes](#)

[Mayorías y minorías](#)

[El cambio climático](#)

[La última generación](#)

[La gran pregunta](#)

[Creditos](#)

José María Carrascal se mantiene en plena forma física e intelectual a sus 87 años. ¿Cómo lo ha conseguido? En este libro expone los factores que para él son clave para alcanzar la longevidad en plenitud de facultades: la genética; el ejercicio, tanto físico como mental; cuidar la dieta, y, tan importante o más, la actitud de uno ante el mundo: pensar en todo lo que nos queda por hacer y descubrir y estar dispuestos a conseguirlo en lugar de mirar atrás y lamentarnos por el paso del tiempo.

JOSÉ MARÍA CARRASCAL

TODAVÍA PUEDO

Quedan muchas cosas por vivir



A MODO DE PRÓLOGO

Nadie puede llegar a los ochenta años como un mozo —la fatiga de los materiales lo impide— y cuantos lo han intentado, en la vida y en la ficción, recuerden a Fausto y a Dorian Gray, acabaron mal. De ahí que a lo más que puede aspirarse en esta última etapa es a llegar con la máxima capacidad posible para gozar de lo que aún nos ofrece la vida, que es más de lo que generalmente se cree, pero en nuestro elemental egoísmo no nos damos cuenta. En otras palabras, aceptarla tal cual es a estas alturas, con sus ventajas e inconvenientes, superando las primeras a los segundos por más que pensemos lo contrario. De ahí que lo primero que hay que hacer es erradicar de nuestra actitud lo que puede considerarse el tema favorito de la vejez: «Ya no puedo esto, ya no puedo lo otro, ya no puedo lo de más allá». Por ese camino, lo único que se consigue es amargarse la vida y amargársela a los demás, aunque cabe advertir que puede tratarse de una forma de consolarse, de vengarse incluso de los más jóvenes, sobre todo en personas pesimistas, cuyo único placer es ver sufrir a cuantos tienen alrededor. Pero el «viejo gruñón» estará cada vez más solo con sus gruñidos, pues todos evitarán su compañía, una perspectiva bien poco agradable, que puede terminar en auténticos desequilibrios mentales, acrecentados por el hecho inevitable de que los amigos de siempre, los amigos del alma, con los que compartimos momentos luminosos y horas tristes, de los que aprendimos tantas cosas y, a lo mejor, se las enseñamos sin darnos cuenta, se van yendo poco a poco para siempre, acentuando nuestra soledad.

De ahí que en esta etapa la consigna tiene que ser: «Todavía puedo», aunque solo sea abrir los ojos cada mañana y contemplar el majestuoso, variopinto, renovado espectáculo de la vida en torno nuestro. Un auténtico lujo, si lo pensamos bien. Sin tener ya las obligaciones profesionales que pesaban sobre nosotros, aunque tengamos que reconocer que, a veces, las echamos de menos. Pero bastará recordar la última bronca del jefe, o una de las muchas faenas que nos han hecho a lo largo de nuestra actividad laboral, para que el encanto se esfume.

Somos por primera vez dueños de nuestro tiempo, y como la vida está hecha de tiempo, por primera vez somos dueños de nuestra vida, un privilegio. Es verdad que con achaques que antes no teníamos y problemas a los que no estamos acostumbrados, como el avance tecnológico que nos desborda por todas partes o la rapidez de los acontecimientos, que cada vez con más frecuencia pasan sin que nosotros hayamos conseguido comprenderlos, creándonos inquietud e incluso frustración. Pero hay que

reconocer que no tener que esperar por una conferencia telefónica, como hace medio siglo, o poder pagar con el dinero que nosotros mismos creamos —las tarjetas de crédito son eso, a fin de cuentas—, facilita mucho las cosas, siempre que usemos estas novedades con la debida cautela, naturalmente. Así, el norteamericánísimo mandamiento «No hay nada gratis en este mundo» es algo que deberíamos tener presente como lema en esta etapa más que nunca, si es que no lo habíamos aprendido antes, pues rige para todas las edades.

No, no hay nada gratis, todo hay que pagarla de una forma u otra. De ahí que convenga que el precio sea el menor posible. En nuestra ayuda viene la experiencia. Sobre todo la experiencia negativa, los fracasos, pues de la positiva, los éxitos, no se aprende nada. Al revés, nos producen tal euforia que bajamos la guardia y metemos la pata hasta el corvejón. Lo que en estos momentos toca es no repetir los errores del pasado, que serán nuestros mejores guías. Recuerden que sabe más el diablo por viejo que por diablo; y aun sabiendo lo que sabe, miren donde acabó.

Tonterías hemos hecho bastantes en la juventud. Y en la llamada madurez.

LOS GENES

«La mejor herencia que puedes recibir de tus padres son unos buenos genes» es la penúltima sentencia médica, y digo penúltima por no haber última: siempre habrá otra que la sustituya. Afortunadamente la ciencia médica es una de las que más rápida y exitosamente avanzan —a lomos de la tecnología, de la investigación—, y la batalla que viene librando contra las enfermedades no ha dejado de cosechar éxitos desde que se aplicó en combatir los peligros que amenazaban a la humanidad desde dentro de su propio organismo, una vez resueltos, en la medida de lo posible, los problemas de la alimentación, el clima y la amenaza de la naturaleza, animales o congéneres.

La medicina estuvo en un principio unida a la magia, de ahí que el hechicero, que con sus liturgias y ungüentos se encargaba de expulsar los «malos espíritus» (las enfermedades) que se habían apoderado del cuerpo del enfermo, fuese el primer médico tribal. Acertando, nos suponemos, menos veces que errando, pero, como en tantas cosas en aquellos tiempos, no había alternativa. Los egipcios, tal vez porque su religión rendía un culto especial a los muertos —que para ellos no lo estaban del todo—, fueron los primeros que empezaron a usar técnicas modernas, como el embalsamamiento, sobre todo para la conservación de los cuerpos, o la trepanación, para la cura de enfermedades «misteriosas», aunque todo indica que la usaban tan pródigamente que puede que causaran más muertes que curaciones, como ocurriría milenios más tarde con las sangrías, un curacásitodo, que era más bien un curacasinada.

Dejando aparte la medicina oriental, que sigue practicándose y de la que no sé nada —pero como he oído tanto bueno como malo sobre ella me abstengo de opinar al respecto—, habría que saltar a los griegos, padres de la medicina clásica, que ya consideraban a la enfermedad como un desequilibrio del organismo que convenía restaurar con remedios naturales, lo que les hace también padres de la farmacopea (me pregunto si con estos enfoques tendría algo que ver la democracia, que por primera vez experimentaban). Pero temo ir demasiado lejos, así que lo dejo ahí. En cualquier caso, Hipócrates fue durante siglos la máxima autoridad del ramo, seguido de Galeno, médico del emperador Marco Aurelio, cuyas recetas los «galenos» árabes (Avicena, Averroes) se encargaron de expandir por Europa durante la Edad Media. También los judíos se especializaron en esa profesión, lo que les permitió salir de los guetos y entrar en los círculos de nobles y reyes. Ya en el Renacimiento, hay otros profesionales que contribuyeron al desarrollo de la medicina: los artistas, que se dejaron de pintar o esculpir santos, vírgenes o angelitos, y

comenzaron a presentar cuerpos desnudos, para lo que necesitaban conocerlos en todos sus detalles. Así Miguel Ángel, que hizo del desnudo un valor en sí mismo (se cuenta que su estudio apestaba por los cadáveres que almacenaba para poder captar los detalles de los cuerpos en sus lienzos) o Rembrandt, que oficializa la medicina en su cuadro *Lección de anatomía*.

Ello produjo avances importantes en el conocimiento de cómo funciona el organismo humano, como la circulación de la sangre, pero sus causas últimas quedaban tan lejos como las lunas de Júpiter descubiertas por Galileo con su rudimentario telescopio. El hecho de que la cirugía quedase en manos de los barberos para las sangrías —por ser los que mejor manejaban la navaja— lo dice todo.

Habrá que pasar de la teoría a la práctica, tendrán que incrementarse los estudios de biología, tendrá que llegar el microscopio que descubriese la importancia de los microbios en las enfermedades y desarrollarse las primeras vacunas contra ellos para que la medicina moderna empiece realmente. Y aquí tenemos que hacer un alto para retomar lo que anunciábamos al comienzo: la importancia de la herencia genética.

Fue un fraile agustino austriaco, Gregor Mendel, quien, cruzando diversos tipos de guisantes en el jardín de su monasterio, en Brünn, hoy República Checa, descubrió las leyes sobre la trasmisión de la herencia genética que se cumplen en todo ser vivo, sea animal o planta. Mendel, que llegaría a prior de su convento, presentó el resultado de sus trabajos ante la Sociedad de Historia Natural de aquella ciudad en 1865, que serían publicados al año siguiente. Pero fueron totalmente ignorados por el mundo científico, hasta el punto de que Darwin los desconocía. Tuvo que llegar el siglo XX para que Hugo de Vries, Carl Correns y Henrich von Tschermak lo redescubriesen por separado. Entonces, sí, entonces causaron sensación y se multiplicaron los estudios, siendo el biólogo danés Wilhelm Ludvig Johannsen quien, en 1909, pusiera el nombre de «genes» a los protagonistas de la continuación de la vida en la Tierra. Aunque tal vez el título corresponda a los cromosomas, que almacenan el material genético en el núcleo de las células en los organismos de reproducción sexual. El número de cromosomas es el mismo en todos los individuos de una especie, yendo por pares, la mitad proveniente de la madre (óvulo) y la otra mitad del padre (espermatozoide). En el género humano los cromosomas son 46 (23 más 23), adoptando una figura de X, con brazos más o menos largos. La creación de un nuevo individuo de la especie se produce por la mitosis, o división de dichas células.

Estábamos ante las mismas puertas de la vida, ya que en los genes está, como en los planos de un edificio por hacer, hasta el último detalle del individuo: desde el color de los ojos hasta la talla, pasando por su fuerza física y su capacidad mental, junto a su predisposición hacia ciertas enfermedades. Una ficha médica completa incluso antes de haber venido al mundo, que le ayudaría muchísimo a cuidar su salud corporal y mental. De ahí que el «proyecto genoma humano», hacer el mapa de los genes, se convirtiera en uno de los desafíos científicos más importantes para los biólogos de todo el mundo. Piensen que, teóricamente, se especulaba con cambiar los genes «defectuosos» por otros

sanos para curar enfermedades o predisposiciones hacia ellas, como se lleva el coche al taller para cambiar sus piezas gastadas, lo que rozaba la ciencia ficción.

El avance, sin embargo, chocaba de entrada con un muro infranqueable: el interior de los cromosomas se presentaba como un mundo tan compacto como confuso que los microscopios ópticos eran incapaces de visualizar. Se sabía de dónde procedían sus materiales y que la duplicación se había realizado, pero no se sabía cómo, cuándo ni en qué orden se habían dispuesto. Hubo que esperar a que los microscopios electrónicos nos desvelasen el misterio. Pero cuando lo despejaron el desafío resultó tanto o más grande que el anterior: el tamaño total del genoma contenido en cada célula humana, o ADN —que viene a ser nuestro DNI genético—, es de 3.200 millones de pares de secuencias, que contienen codificada toda la información necesaria para el conjunto de proteínas que hacen funcionar nuestro organismo. Un 70 % del mismo es material extragenético y el 30 % restante está relacionado con los genes, aunque estos han resultado ser muchos menos de los que se había creído: entre 20.000 y 25.000, una insignificancia comparado con el número total, pero aun así una cantidad considerable, sobre todo si se piensa que hay que descubrir la función de cada uno. Además, pronto se descubrió que ese material extra no era tan ocioso al desarrollo y actividad de la célula, sino que cumplía funciones tan difíciles de desentrañar como las de los genes propiamente dichos. Resultado: que se está todavía en ello, pudiéndose decir que nos hallamos en los inicios de la exploración de un continente tan vasto como importante para el género humano.

Precisamente este tórrido verano de 2017 nos ha traído, entre un montón de noticias amenazadoras, una que brilla como Venus en el cielo limpio de la madrugada: un equipo científico internacional, con importante participación española, ha logrado corregir en laboratorio el gen dañado responsable de la cardiopatía que ocasiona la *muerte súbita*, suprimiéndolo —mediante una encima que hace el efecto de tijera— y volviéndolo sano. Las posibilidades que ello abre son inmensas, sobre todo para las llamadas «enfermedades genéticas», como el síndrome de Down, que hasta ahora era imposible curar ni prevenir. Pero son los mismos descubridores quienes advierten contra la euforia. En primer lugar, estamos en los comienzos de un proceso, aún en laboratorio, no probado en organismos humanos. En segundo lugar, existen más de 10.000 enfermedades genéticas, y no sabemos aún si esta técnica funcionará en todas ellas, por lo que será necesaria una enorme cantidad de investigación —y dinero— para averiguarlo. Por último, está la barrera ética: ¿quién va a beneficiarse de estos tratamientos? ¿Todos los amenazados por estas enfermedades o solo quienes tengan posibilidades de financiárselos? Eso por no hablar de su uso para «potenciar» determinados genes tanto física como intelectualmente, creando «bebés a la carta», superhombres y supermujeres. Conviene también advertir que en muchos países, el nuestro entre ellos, está prohibida la manipulación genética, de ahí que la dirección de este experimento se encuentre en Estados Unidos. Habrá por tanto que cambiar la legislación si queremos seguir adelante, lo que sin duda se hará pues los beneficios sobrepasan con mucho los riesgos.

Si me he detenido, con la inexperiencia de un lego, en explicar los rudimentos de la genética es para hacer hincapié en algo que va a ser algo así como el *leit motiv* de este libro: no hay nada simple en la naturaleza. Conocemos tan solo su superficie y vislumbramos algo de su interior. Pero sus profundidades, las últimas leyes que la rigen, las causas de los fenómenos que se producen dentro y fuera de nosotros —por no hablar de los fines de los mismos—, sigue siendo un misterio, que cubrimos con teorías renovadas en cada generación. Quiero decir que si bien es muy posible que la mejor herencia que podamos recibir de nuestros padres son unos buenos genes, existen muchos factores que rigen nuestra vida y controlan nuestra suerte o desgracia en ella. La mejor prueba son los hermanos, que compartiendo más material genético que ningún otro ser, suelen diferir, incluso sustancialmente, entre ellos.

Cuanto se haga en la investigación genética será poco por los beneficios que pueda traer a la humanidad. Si el primer mandamiento de la medicina es «prevenir mejor que curar», no hay la menor duda de que la terapéutica genética —reparar o sustituir los genes defectuosos— va a ser una de las ramas con futuro de la misma, y ya se han dado pasos importantes en ella.

Pero tampoco nos dejemos deslumbrar por el último descubrimiento, ni engañar por la apariencias: cada paso adelante que damos nos trae, con provechosas novedades, nuevas incógnitas e incluso nuevos riesgos. El mejor ejemplo de ello lo tenemos con los antibióticos, el arma más importante contra las enfermedades infecciosas descubierta en el siglo XX. Pero que el uso abusivo que se ha hecho de ellos ha creado gérmenes resistentes en algunas enfermedades, cada vez más difíciles de combatir, e incluso el retorno de otras que creíamos erradicadas. Hablaremos de ello en el lugar que corresponda. Otro ejemplo es el cáncer, del que hablaremos más adelante con detalle, una de las enfermedades más antiguas y, todavía, una de las más mortíferas. Que, en su esencia —la proliferación desenfrenada de un tipo de células, que pueden ser cualquiera de las muchas que tiene el organismo, que acapara los elementos necesarios para que continúen viviendo las demás—, advierte que tiene mucho que ver con la reproducción, o sea, con el mal funcionamiento de los genes. Pero, pese a los muchos avances realizados en su estudio, aún no se ha encontrado la forma de frenar esa proliferación incontrolada, por lo que hay que echar mano de medidas drásticas, como la quimioterapia o las radiaciones, que buscan eliminarlas, algo que también afecta al resto de las células del organismo. Eso, en sentido estricto, no es una cura, como tampoco lo es su extirpación mediante la cirugía, con todas sus consecuencias, no siempre positivas.

Uno de los problemas más profundos y delicados que plantea la genética es ¿qué ocurriría si solo los ricos tuvieran acceso a los avances que se hacen en ella, es decir, si solo ellos pudieran eliminar sus genes dañados o incluso sustituirlos por otros de mucha mejor calidad? No crean que me he inventado la pregunta o es idea de un novelista o chiflado. La plantea Siddhartha Mukherjee, reconocido oncólogo y ganador del premio Pulitzer 2011 por su libro sobre el cáncer, publicó en 2016 *El gen: una historia personal*, donde considera ese riesgo «enorme», al poderse crear, por manipulación genética, «una clase social superior» no solo por su capacidad económica, sino también

por su primacía física e intelectual. De todas formas, no es pesimista sobre el uso de estas técnicas, que sin duda lograrán curar importantes enfermedades, como la esquizofrenia y el desorden bipolar, siempre que se regulen debidamente y no las tomemos como simple cirugía estética. La ética tiene que estar siempre presente en este campo.

Quiero acabar esta especie de prefacio a la perspectiva de una vida ya en su último trecho —sin llegar a lo de Cervantes en el prólogo de su *Persiles y Segismunda*, «ya con un pie en el estribo»—, escrito al margen de la euforia y el pesimismo, sin tratar de convencer de nada a nadie, solo para compartir vivencias con los semejantes que estén interesados en ellas, partiendo del principio de que el organismo humano es la máquina más desarrollada que ha producido la naturaleza. Adviertan que digo *desarrollada*, no *perfecta*. Perfecto, que yo sepa, no hay nada ni nadie en este mundo. Pero si algo se le aproxima es ese cuerpo de hombre o mujer que ha permitido a la especie humana, tras bastantes intentos fallidos y a través de millones de años, convertirse en «rey de la creación», como acostumbra a llamársele. Si tiene que ver con ello el «soplo divino» que le atribuyen algunas religiones, no lo sé, ni tampoco me importa mucho, dado que hace tiempo dejé de romperme la cabeza tratando de descubrir de dónde venimos y adónde vamos. Pero de lo que estoy seguro es de que ningún robot se aproxima a las funciones que desarrolla simultáneamente nuestro organismo, como andar, ver, oír, hablar, pensar, imaginar, sacar fotografías, enviarlas, recibir mensajes, aparte de todo cuanto nuestros órganos internos practican sin que les demos órdenes: respirar, digerir, memorizar y tantas otras funciones automáticas. Y, encima, ser capaz de repararse a sí mismo si el desperfecto que sufre no es grave. Díganme qué móvil, qué computadora, qué cerebro electrónico es capaz de ello. Es posible que alguno de ellos, especialmente preparado, consiga ganar una partida al campeón mundial de ajedrez. Pero pídanle que cuide a un niño, componga una poesía, se enamore o sea capaz de matar por odio, actividades que a diario hacemos los humanos, y verán lo que obtienen.

Esa máquina «casi perfecta» es nuestro cuerpo. Ese es el mejor regalo que hemos recibido. De nuestros padres, desde luego. Tiene solo un defecto: lo limitado de su vida. A diferencia del móvil o la computadora, que pueden seguir funcionando indefinidamente —en su estado inicial, desde luego—, nuestro organismo tiene fecha de caducidad: la muerte. Los humanos hemos tratado por todos los medios de esquivarla o, por lo menos retrasarla, siendo la medicina el medio más usual para ello, mientras la religión nos ofrece «otra vida», mucho más perfecta y feliz que esta, siempre que hayamos cumplido sus reglas. Pero con el avance de la razón y el retroceso de la religión —que tendría su epitafio con el «Dios ha muerto» de Nietzsche—, el hombre se ha resistido de todas las formas posibles a esa sentencia y busca cualquier forma de escapar a ella, incluidas las más extravagantes, como hacerse hibernar hasta que se descubra el remedio al mal que se padecía. En su libro, *La imagen de tu vida*, Javier Gomá aborda el tema de la «humana perduración» como una de las grandes y crecientes preocupaciones de nuestra especie, advirtiendo que «el vivir humano es siempre un vivir en peligro, bajo la amenaza de extinción» y señalando que la imagen que dejamos a la posteridad es una forma de

vencer a la muerte, de sobrevivir a ella. Lo advirtió ya Jorge Manrique en las *Coplas a la muerte de su padre*, que han hecho inmortales a los dos.

La fama se convierte así, a principios de la Edad Moderna, en un sucedáneo de la inmortalidad. Pero como todos los sucedáneos, su deterioro es rápido y, a estas alturas, visto que ser un gran estadista, un científico ilustre, un artista que deja huella, solo pueden conseguirlo los realmente elegidos, la gente se contenta con ser famosa no ya en la posteridad, sino en el cuarto de hora que Woody Allen cree que debe tener cualquier mortal dentro de sus derechos humanos. La televisión lo ha extendido a cuantos aparecen en ella, aunque solo sea por unos segundos, como hacen cuantos se ponen detrás de un reportero de calle que envía su reportaje. Y las redes sociales, no digamos: lo facilitan hasta extremos que pueden ser nauseabundos, como el de esos mastuerzos que graban con su móvil la patada que dan a personas desconocidas, haciéndolas caer, o la paliza que pegan a otros, no ya por pegar, sino para grabarla en el móvil y colgarla en la red. Una muestra más de que la tecnología puede hacernos retroceder tanto como avanzar.

Pero que el ansia de perdurar —¿o se trata solo de ser algo más que el individuo que somos?— desquicia al hombre moderno es una de sus constantes vitales, no importa su situación económica o social. No lo comprendí hasta que, en una sobremesa en la que celebrábamos la jubilación de un profesor norteamericano de universidad, que en su ramo había logrado cierto éxito, alguien le preguntó qué le faltaba, pues parecía haberlo alcanzado todo, tanto familiar como profesionalmente. Él, tras meditar más de lo normal, reconoció en voz más bien baja:

—*Recognition.*

El silencio que siguió constataba que habría sido mejor que la pregunta no hubiera sido formulada.

Como se trata de un tema que tiene mucho que ver con el último periodo de la vida, volveremos sobre él a la hora, no siempre gozosa, de hacer balance. Y ahora sí que nos metemos en lo prometido: cómo ser viejo sin desesperarse.

Discutíamos un grupo de amigos sobre cuál era el invento más provechoso para la humanidad. De ser alumnos de hoy, seguro que la opinión unánime hubiese sido «¡Internet!». Pero como éramos alumnos del bachillerato 1940-1947, las opiniones andaban divididas en ciencias y letras. «Pasteur, sin duda —dijo un matrícula de honor, con la seguridad con que estos hablaban—, que inauguró la medicina moderna con sus estudios sobre microorganismos patógenos». «Yo me inclinaría más bien por Gutenberg —advirtió otro matrícula—, al ser la imprenta la que dio paso al mundo moderno». Yo, de acuerdo con ambos, pensaba en Edison, cuya película, protagonizada por Spencer Tracy, acababa de ver. Eso de que con apretar un conmutador se hiciera la luz en un cuarto oscuro me parecía tan milagroso como cuando Dios decidió iluminar el universo. Pero no dije nada, naturalmente.

DOS DECISIONES FUNDAMENTALES

Antes de nada conviene conocer qué hemos hecho con la herencia genética recibida, que, como todas, podemos haber acrecentado, disminuido o incluso pulverizado, según el trato que le hayamos dado. Entre la burguesía industrial corría el dicho de que la primera generación creaba la empresa, la segunda la ampliaba y la tercera la dilapidaba. Hoy, las cosas han adquirido tal velocidad que las tres etapas generacionales pueden darse en el curso de una sola vida humana; todos hemos sido testigos de subidas espectaculares en la escena social, política y económica que acababan en la cárcel o por tierra, como un cohete verbenero. Aunque tampoco hace falta ir tan lejos para mostrar la importancia del buen mantenimiento: el mejor de los coches, si no se le cuida debidamente, cambiando el aceite en los plazos señalados y realizando las revisiones previstas, puede convertirse en un cacharro antes de que nos demos cuenta. Y el organismo humano, en último término, es una máquina, complejísima, eso sí, hasta el punto de que todavía desconocemos algunas de sus funciones, por lo que requiere un cuidado que la mayoría de las veces no le prestamos. Por eso se dan casos de vástagos de padres sanísimos que parecen decrepitos ya en edades tempranas, generalmente por la vida que han llevado, aunque también pudiera ser producto de genes dañados indetectados en sus progenitores. Es más: un organismo que nace frágil, si consigue sobrevivir los primeros años, posiblemente será capaz de alcanzar una edad más longeva que otro con buena salud inicial. La explicación es fácil: el bebé que pilla todas las enfermedades de la infancia, desde el sarampión a la tosferina, difteria y demás, que se pasa los primeros años más en la cama que corriendo como los demás, desarrolla unas defensas superiores a las del bebé normal. Lo que sucede, en realidad, es que se ha vacunado —de la forma más natural— no solo contra las enfermedades que ha sufrido, sino también contra otras de su ramo. Siempre, naturalmente, que alguno de sus órganos no haya quedado dañado, lo que le acompañará toda su vida. Aparte de los casos de individuos con «mala salud de hierro» que, estando casi siempre enfermos de esto o de lo otro, van sobreviviendo a sus contemporáneos y es muy posible que nos sobrevivan a nosotros.

Apunto todo lo anterior como ejemplo de la complejidad de la salud y de las sorpresas que nos da su cuidado. De ahí que una de las máximas que hay que tener siempre en cuenta cuando hablamos de salud es la de «no hay enfermedades, sino enfermos», ya que cada caso es único dentro de la patología general. Lo que nos lleva a lo que he escuchado a los «médicos de aldea», de los que quedan cada vez menos —si es que

queda alguno—, hartos de atender a los casos más diversos, y que constituye, de hecho, uno de los principios básicos de la medicina: «Siempre que no se trate de un caso grave, hay que procurar que el paciente recupere por sus propias fuerzas el equilibrio distorsionado por la enfermedad».

Los medicamentos hay que tomarlos con las debidas precauciones. En mis muchos años en Estados Unidos me he acostumbrado a la advertencia que se hace a este respecto: «Todo medicamento es un veneno, que cura ciertos males, pero puede causar otros». De ahí que se despachen en las farmacias por unidades, no por cajas, renovándose la prescripción únicamente tras la consulta telefónica del farmacéutico al médico del paciente. La prodigalidad que muestra la medicina social al recetar medicamentos fue una de las cosas que más me sorprendió al regresar a España. No tengo la menor duda en los avances de la farmacopea, que seguro ha salvado infinidad de vidas y hecho más llevadera la enfermedad a muchos pacientes. Pero precisamente ese avance ha supuesto que los medicamentos sean mucho más potentes y conviene atenerse a la prescripción realizada por los únicos que entienden: los facultativos. Los consejos de conocidos y la automedicación conllevan muchos más riesgos de los que creemos, incluso con las grageas de apariencia más inocua, como le ocurrió a un conocido que tomaba tabletas de vitaminas a puñados y murió con poco más de setenta años con el hígado averiado. Si fue por el exceso de vitaminas no lo sé, pero siempre lo he sospechado, pues se trababa de una persona «en plena forma», que practicaba diversos deportes. De las vitaminas ya hablaremos más tarde, pero adelanto que la mejor forma de ingerirlas es consumiendo los alimentos que las contienen.

Volviendo a las etapas de la vida, en vez de plantearse una actitud común para todas ellas, me parece preferible atenerse a lo que decía Marañón al respecto: la juventud es el momento para tomar contacto con el mundo, para intentar «comérnoslo» como satisfacción personal y para abrirnos paso en él. Por lo que no hay que tener miedo a los excesos, siempre que sean de tanto en tanto y en ocasiones señaladas que lo justifiquen. Y no solo por gozar de ellos en el momento, sino para tener material para recrearnos en ellos cuando ya no podamos permitírnoslos: «a la jorobada hora del reuma», como la definía Eça de Queirós. Pocas cosas hay más melancólicas en los últimos años de la vida que el decirse tristemente: «Si hubiera hecho esto en aquella ocasión, en vez de quedarme parado...». Sin exagerar, repito, pero en la juventud el exceso está permitido.

La madurez, que antes se fijaba a partir de los veinte años (una vez hecha la «mili»), más tarde a los treinta y hoy a los cuarenta o cincuenta, requiere una actitud distinta ante el mundo y los demás. Llega la hora de fijarse un proyecto de vida, de desarrollar nuestra personalidad tanto en el terreno profesional como privado, de completar nuestro yo tanto ante nosotros mismos como ante los demás. En una palabra: de definirnos. No es fácil, sobre todo en nuestros días, dadas las muchas avenidas que se abren ante nosotros. Nuestros padres, y no digamos ya nuestros abuelos, lo tenían más fácil: habían nacido en una clase determinada, en un país concreto, con unos condicionantes poderosos, lo que en cierto modo predestinaba su vida, aunque había un afán común en todos: que sus

hijos vivieran mejor que ellos. Y a este objetivo dedicaban todos sus esfuerzos, consiguiéndolo en buena parte de los casos. Es lo que llamábamos «progreso».

Pero la globalización y el desarrollo tecnológico han provocado un vuelco en este estado de cosas y, por primera vez en un siglo, los hijos no tienen las mismas oportunidades ni garantías que sus padres; esto causa el enorme desasosiego en que viven tanto las sociedades desarrolladas como las aún por desarrollar, si bien estas luchan por sobrevivir, mientras las primeras lo hacen por mantener su nivel de vida. Una de las consecuencias más curiosas de este cambio de escenario es que los hijos de las anteriores generaciones tenían que asistir a los padres en su senectud, ahora son los abuelos quienes ayudan a los nietos sin trabajo con sus pensiones. No es este un buen síntoma pues, ¿quién pagará las pensiones de esos nietos cuando se jubilen? Un problema que quita el sueño a los gobiernos y al que no se ha encontrado todavía solución, pero del que hablaremos más tarde dada su importancia, para seguir con la tarea de orientarnos en esta última etapa de la vida.

Entre las muchas decisiones que deben tomarse al alcanzar la madurez, hay dos fundamentales: qué actividad laboral se va desarrollar —vida profesional— y con quién se va a compartir la intimidad —vida afectiva—. No me atrevo a decir cuál de ellas es más importante, pues dependerá de los individuos y de las circunstancias. Pero que están estrechamente ligadas, y que de ellas dependerá el éxito o fracaso de esas vidas, no creo que nadie lo discuta, por más que hayan cambiado el mundo y sus habitantes en los últimos tiempos. Y como de esas dos decisiones va a depender en gran medida la felicidad o la desgracia del resto de la vida, vamos a dedicarles la atención que merecen.

Elegir profesión depende de la capacidad, de las oportunidades e inclinaciones de cada individuo, decisión marcada por la vocación, que hará todo más fácil, desde el aprendizaje al éxito profesional que se tenga. Lo de «carreras con más salidas», pese al atractivo que tiene —sobre todo para los padres—, nunca me ha convencido, ya que condena al chico o chica a hacer, a lo largo de toda su vida, algo por lo que no siente verdadera pasión, lo que es una invitación al aburrimiento en el mejor de los casos, y a la frustración en el peor. Elegir la «carrera de moda» me convence aún menos, al obedecer a unas circunstancias específicas, que pueden mudar por un descubrimiento científico o un cambio de la situación económica, dejando tras sí un sinfín de desempleados, con el agravante de no tener interés por tal actividad, cosa que no ocurrirá a quienes hayan acudido a ella por auténtica vocación, ya que buscarán encontrarle acomodo en el nuevo escenario.

¿Y cómo se conoce la verdadera vocación, sobre todo en edades en que no se tiene clara la propia identidad ni cómo funciona el mundo?, sería la pregunta que sigue.

—Es muy fácil —suelo contestar—. La vocación es aquello que haríamos sin que nos pagaran.

Por lo general, la sorpresa se refleja en el rostro de mi interlocutor o interlocutora; a fin de cuentas es casi como pedir a todo el mundo que haga lo que los artistas: que trabaje «por amor al arte», lo que resulta muy poco serio y socialmente reprobable, ya que los artistas tienen el mejor pago en su obra, que, de hacerse famosos, puede

convertirlos en millonarios, algo que no ocurre en las demás profesiones. Por lo que tengo que explicarlo:

—La persona que se dedica a hacer algo vocacionalmente lo hace feliz, porque le gusta. Pero, además, lo hará mejor que otros que lo hacen solo por obligación. Lo que significa que destacará pronto en su profesión, alcanzando puestos importantes allí donde la ejerza, y su interés la llevará a estar atenta a las novedades que se produzcan en su terreno, aumentando no solo su prestigio profesional, sino también sus ingresos económicos. Pocas veces se habrá dado tal retroalimentación de beneficios.

Es lo que suele convencer a mis interlocutores, empeñados en que su hijo o hija haga una carrera de relumbrón, cuando lo que le tira es algo distinto. Eso sí, la vocación tiene que ser auténtica. De ser producto de causas exógenas, como el hecho de que la profesión en cuestión esté de moda, se notará pronto por el poco interés en el estudio o aprendizaje de la misma; en este caso, lo mejor es cortar cuanto antes e ir a otra cosa. Incluso el haber acabado la carrera no debe de ser obstáculo para empeñarse en desarrollarse profesionalmente en ese ámbito, si uno o una no se sienten a gusto en él. Es verdad que tirar por la ventana una carrera o formación, después del tiempo, dinero y esfuerzo invertidos, es un paso difícil de dar, sobre todo pensando en lo que se tiene por delante: empezar de cero en otro campo, donde puede ocurrirle lo mismo. Por eso son muchos los que se mantienen en la actividad elegida, aunque no les convenza. Pero nos estamos jugando nada menos que el sentirse incómodo el resto de la vida, y solo tenemos una, por lo que conviene pensárselo mucho antes de tomar un camino u otro.

Más difícil todavía resulta la elección de compañero o compañera. O más fácil, según se mire, al no ser ya «hasta que la muerte nos separe», según la frase consagrada, que ha perdido su sentido literal. Hoy, la pareja dura lo que dura. Pero la importancia sigue siendo la misma, pues no estamos hablando de pasar unas horas en el trabajo, ni un fin de semana, ni unas vacaciones, sino de una convivencia siete días a la semana, cincuenta y dos semanas al año, año tras año.

Para no perdernos en tan vasto como variado campo, conviene jalonarlo con puntos de referencia. Espero que todos estemos de acuerdo en que una pareja acoplada, no importa cuáles sean los lazos que la unen, es una de las mayores suertes de este mundo y esta vida. En todos los sentidos, ya que proporciona seguridad, estabilidad, comodidad, satisfacción y dicha. No siempre plenamente, ya que eso no existe, pero sí por lo general. Recalco que no existe «la pareja perfecta», por lo que no hay que ponerse a buscarla, so pena de llevarnos una enorme desilusión. Pero también existe la «otra media naranja», aquella en la que coinciden los intereses y gustos, lo que les permitirá compartirlos, pero también difieren en ciertas aficiones personales, que podrán intercambiar, ensanchándose mutuamente. La pareja, por tanto, ha de ser tan acoplada como suplementaria y cumplir dos funciones en apariencia opuestas: ser capaz de actuar como agrada (y espera) el otro y, a la vez, de sorprenderle. Es la forma de combatir el aburrimiento y el distanciamiento, los dos grandes enemigos de la vida en pareja, casada o no.

Ni mucho menos quiere ello decir que no haya diferencias, discusiones, enfados entre ambos. Tiene obligatoriamente que haberlos en una convivencia diaria. El no haberlos

significaría que uno de ellos dominaba por completo a su pareja —lo que, queriéndolo o sin querer, crea resentimiento en ella, que se siente humillada— o algo peor: desinterés mutuo, con el consiguiente distanciamiento, que no hará más que aumentar, hasta terminar completamente ajenos el uno del otro. Pero estas «tormentas locales» desaparecen en cuando aparece una tormenta de verdad: un peligro exterior que les pone en peligro. Es cuando se aprecia el tremendo valor de la pareja: saber que tienes a tu lado alguien dispuesto a dar la batalla hasta el final, como si fueras tú mismo. Incluso más allá que tú mismo en muchos casos. Lo que esto significa en la vida profesional, social o privada tiene más valor que cualquier otro apoyo, contribuyendo de manera decisiva al éxito en todos esos campos. Sobre todo en la última etapa de la vida, que es la que estamos abordando. En mis conversaciones «a fondo», con amigos sin pareja, homosexuales y heterosexuales, cuando hablamos sobre esta etapa y sus problemas, prácticamente todos ellos confiesan que lo que más echan de menos es tener al lado alguien con quien compartir alegrías y tristezas, alguien en quien apoyarse si las cosas vienen mal dadas, alguien, en fin, que sea «tu otro yo», que es a lo que más se parece una pareja que lleva muchos años de convivencia, hasta el punto de que, si se fijan bien, terminan pareciéndose físicamente.

Pero después de haber glosado la pareja como una de las variantes más excelsas del ser humano en caso de ir bien, me toca advertir que, de ir mal, puede ser un auténtico infierno. Eso de vivir con alguien con quien no se comparte nada, con quien no se puede ni hablar porque enseguida estamos discutiendo, al que se termina aborreciendo, es una cadena perpetua sin posibilidad de acortamiento, como ocurre con las penas judiciales y solo los que tienen una vena masoquista pueden aguantarlo. Sus repercusiones en la actividad profesional son también negativas, aunque hay quien da rienda suelta en ella de sus frustraciones domésticas. El caso es que, aunque no lo haga directamente, se termina notando y sus colegas siempre terminan preguntando —o simplemente lo piensan—, qué irá mal en su casa. Lo mejor en estos casos, como puede suponerse, es cortar cuanto antes ya que la situación no va a mejorar, sino que terminará agravándose. Pero no es tan fácil como a primera vista parece, ya que las circunstancias externas —empezando por los hijos y terminando por la economía—, lo dificultan. Aunque lo cierto es que los casos en que los hijos terminan aconsejando a sus padres que se separen se equiparan a los que les piden que intenten limar sus diferencias. Lo que significa que ese infierno se extiende más allá de los dos protagonistas.

La vida en pareja, sin lazos eclesiásticos o civiles —algo cada vez más corriente—, significa un alivio para tal situación, sobre todo respecto a aquella en la que no existía divorcio. Pero las heridas íntimas que toda rotura sentimental causa siempre estarán ahí, aunque mucho dependerá de los lazos que hayan establecido y, sobre todo, del carácter de cada uno. Hay a quien le duele profundamente, como hay quien sale de ella con apenas unos rasguños. O lo aparenta. En cualquier caso, la tendencia actual es tener relaciones más o menos largas con distintos parejas, hasta dar con la definitiva, si es que llega a encontrarla. Sin ser la ideal, me parece mejor que la costumbre anterior de lanzarse al matrimonio sin haber conocido, en el sentido bíblico, a tu cónyuge, lo que

traía desencantos enormes. El problema que le veo es que, costando lo que cuesta adaptarse a otra persona con personalidad propia, que es uno de los condicionantes para una unión todo lo perfecta que existe, buscar otra pareja por algunas desavenencias con la anterior no parece la mejor salida, ya que pueden surgir las mismas desavenencias u otras mayores. O sea, mucho cuidado con las rupturas, sobre todo en los primeros meses —e incluso años— de convivencia. Ese es un paso del que se tiene que estar completamente seguro, cosa nada fácil.

Una solución intermedia se la leí a Sebastian Haffner hace ya más de cincuenta años en el artículo-ensayo que escribía en el semanario alemán *Stern*. La revolución cultural estaba ya en el aire y Haffner, con su fino olfato para todo lo nuevo, adelantaba la idea de «un doble matrimonio» a lo largo de la vida. Su tesis era que con el alargamiento de esta, se creaban en ella dos etapas muy distintas. En la primera, desde los veinte años a los cuarenta, de lucha, de pasión, de esfuerzo para abrirse paso, se producía un primer matrimonio, normalmente con la novia del colegio o universidad, ambos hombro con hombro frente al mundo. A partir de los cuarenta, en cambio, con los hijos ya criados y normalmente fuera de casa, la posición más o menos asegurada y una visión del mundo distinta, convenía cambiar de compañera y compañero para adaptarse a la nueva situación. Era como empezar otra vida, distinta a la anterior, momento para plantearse cambios e incluso enriquecerse sensorial e intelectualmente. Yo me había casado hacia poco y recuerdo que el artículo me causó enorme impacto, primero, porque Haffner era (y es) para mí el modelo de periodista que sabe unir el pasado con el presente y futuro, con un lenguaje tan afilado como elegante, que une la concisión del inglés (fue editorialista del *Manchester Guardian* durante su etapa de exilio en Londres) con la profundidad del alemán. Se equivocó más de una vez, pero incluso equivocándose sus análisis eran interesantes y siempre audaces. Hoy, sin embargo, tengo que reconocer que en aquella ocasión se quedó corto: cada vez son más los que cambian, no una vez sino varias, de pareja, lo que advierte de que su aconsejado «cambio a los cuarenta» no sirve. O sirve tan poco como el «quedarnos como estamos». Y es que se trata de uno de los asuntos más graves y difíciles del género humano. Al tiempo que reconozco que había bastante machismo en su propuesta, ya que no es lo mismo empezar una etapa completamente nueva a los cuarenta años para un hombre que para una mujer. Por más avances que haya hecho el feminismo en todos los campos, desde el físico al profesional, las ventajas del hombre se mantienen. A lo que hay que añadir que en los primeros años del matrimonio, ellas llevan la peor parte, sobre todo si al tener los hijos y su cuidado se le añade un trabajo fuera de casa. Lo que significa muchas menos posibilidades de poder iniciar a los cuarenta años «una segunda vida» profesional. Su único consuelo, si consuelo puede llamarse, es que tampoco los hombres lo tienen fácil.

En cualquier caso, de esas dos decisiones, la elección de trabajo y de la pareja, va a depender en buena parte el estado físico, mental, incluso económico, al llegar a la última etapa de la vida. Habiendo en ella algo que podía tomarse como venganza poética: las estadísticas arrojan que las mujeres viven más años que los hombres, con una mejor calidad de vida, pese a las ventajas que los varones tienen en prácticamente todas las

sociedades y los avances que el feminismo ha hecho últimamente. Tampoco existe ningún matriarcado, y los del pasado remoto son más leyenda que otra cosa. Eso sí, hoy hay mujeres al frente de muy distintos Gobiernos. Pero no lo hacen mucho mejor que los hombres. Se ve que llevar un país es más difícil que llevar una casa o la propia vida.

Aunque esa es otra historia.

Las dos decisiones fundamentales en la vida, elegir profesión y compañero(a), ya no son lo que eran. Las nuevas generaciones tendrán que cambiar de actividad o, por lo menos, de empresa más de una vez, y el matrimonio ya no es «hasta que la muerte nos separe», sino «hasta que lo decidamos». Se ve que la relatividad de Einstein alcanza hasta lo más íntimo del ser humano.

SALUD

¿De qué hablan los viejos? De sus achaques. Nadie se libra de ellos a partir de cierta edad... Uno de los mejores chistes que he oído, digno del sin par Eugenio, enumera de qué presume el hombre a lo largo de su vida. A los 20 años: «¡Tengo una novia!». A los 30: «¡Tengo un cochazo!». A los 40: «¡Tengo un cargo!». A los 50: «¡Tengo una amiga!». A los 60: «¡Tengo un restaurante!». A los 70: «¡Tengo un médico!». Un médico, sí, pues la salud se ha convertido en una de las principales preocupaciones, y el médico es el lazillo que se encarga de mantenernos lo más en forma posible. En las comidas anuales que tengo con mis compañeros de bachillerato (lo terminamos en 1947), aprecio, junto a la desaparición progresiva de ellos, una deriva hacia los que son médicos, aunque todos están jubilados y los contados que practican lo hacen de forma esporádica. Quien más y quien menos les va con sus cuitas y a más de uno le han hecho un reconocimiento de urgencia en los servicios del restaurante donde comemos.

El alza espectacular de la media de vida es uno de los signos más positivos de los últimos tiempos. Hablo, naturalmente, de los países del llamado «primer mundo» e incluso del segundo, porque en el tercero, las guerras, las epidemias y las hambrunas hacen que la vida humana valga y dure cada vez menos. Que España figure entre los primeros, sobre todo en lo que respecta a su población femenina, debe de ser motivo de orgullo. Piénsese que las españolas tienen hoy una expectativa de vida de 88 años, cuando en los años cuarenta era solo de 53. Y no es solo eso, sino que las fotos muestran que, por lo general, una octogenaria de hoy tiene mejor aspecto que una cincuentona de entonces. Para los curiosos añado que al frente de las más longevas figuran las coreanas —del sur, naturalmente—, con una esperanza de vida de casi 91 años (90), seguidas por las francesas (88) y japonesas (88). Esta mejora se atribuye a una mejor dieta, abundante en vegetales, que permite mantener el peso, y a que fuman menos que las occidentales. La escala se repite en los hombres, aunque con un par de años menos. Y no solo es eso: todo apunta a que la tendencia va a mantenerse. James Vaupell, director del Instituto Max Planck de Investigación Demográfica de Rostock, Alemania, sostiene que «cada 40 años, aumenta en casi diez la esperanza de vida». Lo que significa que los centenarios serán habituales en un par de generaciones. El único problema que tiene esta buena noticia es cómo se van a pagar sus pensiones, si hoy cuesta trabajo pagar a los jubilados. Solo hay dos salidas: o se reducen las pensiones públicas (complementándolas con seguros privados) o se alarga la vida laboral. O ambas cosas a la vez. Hay que pensar

que hasta hace relativamente poco los españoles se jubilaban a los setenta años (mi padre, sin ir más lejos, lo hizo), con una expectativa de vida muy inferior. Pero no voy a meterme en un asunto tan intrincado como controvertido, por las implicaciones políticosociales que tiene, así que sigo con mi relato. Solo advierto que de posponer este asunto indefinidamente llegaremos, como predijo Huntington, a un conflicto no de civilizaciones —en el que en cierto modo ya estamos—, sido de generaciones, al negarse las nuevas a pagar las pensiones de los mayores con la mitad de sus sueldos.

Que la medicina haya hecho avances espectaculares contribuye a la vez al fenómeno. El doctor Castroviejo me contaba que para convencer a sus colegas norteamericanos de que era posible erradicar unas cataratas tuvo que fletar un autobús lleno de operados y llevarlos desde Nueva York a Chicago, donde los oftalmólogos celebraban una convención. Hoy es una intervención rutinaria, de la que el paciente sale por su propio pie. Lo que no quiere decir que no tenga sus riesgos, me apresuro a decir. Pero que la medicina avanza con botas de siete leguas no puede negarlo nadie y enfermedades consideradas no hace mucho incurables —la leucemia, por ejemplo— se curan en una proporción cada vez mayor. Todos nos beneficiamos de ello, aunque los médicos deben dedicar cada vez más tiempo a mantenerse al día de los últimos avances en su especialidad.

—Cuando me especialicé en radiología —me contaba Carlos Pena Blanco, compañero de bachillerato—, el único instrumento de diagnóstico que teníamos eran los rayos X. Hoy, hay tantos —escáner, resonancias, ecografías y otras exploraciones—, que cada uno de ellos constituye una especialidad, sobre todo por su compleja manipulación. Y lo que ocurre en radiología ocurre en todos los demás ramos de la medicina, incluida la medicina preventiva, que adquiere cada vez más importancia, pues la mejor curación es no caer en la enfermedad, como la mejor forma de ganar un partido de fútbol es no dejar que el equipo contrario tenga la pelota.

Así que vamos a seguir ese consejo y el de un loco sublime, don Quijote, que entre los que dio a Sancho para gobernar la ínsula que le habían cedido los condes está el de «Come poco y cena más poco, que la salud del cuerpo se fragua en la oficina del estómago». Recomendación que existe prácticamente en todos los países e idiomas, lo que acredita su sabiduría. Los alemanes dicen: «Desayuna como un rey, come como un burgués y cena como un pobre». Hoy se va más lejos: científicos de la Universidad de California han constatado, tras un estudio con 2000 voluntarios, que los mismos alimentos ingeridos después de las cinco de la tarde engordan más que si se hubieran ingerido antes de esa hora. Naturalmente hay que tener en cuenta la clase de trabajo y de descanso de cada uno, que también influyen. Pero que las cenas tardías y copiosas no son recomendables lo sabemos todos, al haberlo experimentado en nuestro propio cuerpo. La sabiduría popular lo confirma con el dicho «De cenas de Nochebuena están las sepulturas llenas». Personalmente debo añadir que hace ya treinta años que no ceno —un yogur todo lo más—, excepto por obligación profesional, en cuyo caso apenas como al mediodía. «¿Cómo aguantas?», suelen preguntarme. «Todo es cuestión de

acostumbrarse —respondo—. Mi único problema es que cuando ceno, mi estómago protesta porque le hago trabajar de noche».

Dos nuevos estudios vienen a confirmar la relación entre el comer menos y el alargamiento de la vida, a lo que puede añadirse una mejora de su calidad. En la Universidad de Madison, Wisconsin, un estudio con monos hecho en 2009 arrojó que los que ingerían un 30 % menos calorías vivían más años. Aunque el mismo estudio, realizado esta vez por el Instituto Nacional de Envejecimiento de Estados Unidos, no detectó diferencia. Los investigadores de ambos centros se han reunido para contrastar sus datos, observando variables entre ambos estudios —los simios de Wisconsin comían alimentos procesados y más azúcar refinada—, confirmándose que los sometidos a una dieta estricta estaban más gordos y vivían menos años. Aunque se comprobó una curiosa diferencia entre ambos sexos: las hembras son menos vulnerables a los efectos de la grasa y la diabetes que los machos. Falta mucho, sin embargo, para que podamos establecer de una manera científica una relación entre comer menos y vivir más, al no conocerse todavía los procesos moleculares que se desencadenan en la digestión y absorción de la ingesta. Pero que tal relación existe parece demostrado. Algo que ya había adivinado la sabiduría popular, tan socarrona ella, cuando advertía que el mejor ejercicio para no engordar es mover la cabeza a un lado y otro cuando te ofrecen un manjar a destiempo.

Ello nos lleva directamente a uno de los grandes temas de nuestro tiempo: las dietas, el perder peso o el no ganarlo por lo menos, ya que perderlo es infinitamente más difícil a medida que se avanza en edad. Me refiero, claro, a los países desarrollados, pues en los que están en vías de desarrollo ocurre lo que en la Europa devastada de la posguerra mundial, que cuando se planteó en el Vaticano la cuestión del ayuno de Cuaresma, un cardenal mostró tanta sabiduría como ironía al sugerir: «En vez de prohibir comer carne un día a semana, ¿no sería mejor obligar a comerla?».

No les voy a hacer perder el tiempo con las dietas, aunque estoy obligado a hablar de ellas, ya que han constituido un capítulo importante en la historia de la alimentación, hasta el punto de que, actualmente, todo el mundo lleva una: en los países ricos, para perder peso; en los pobres, por no tener qué comer. O como decía un amigo que practica el humor negro: «El caso es que todo el mundo pasa hambre, unos porque quieren, otros obligados. Puede que eso explique el cabreo reinante».

Viví en los Estados Unidos la cumbre de las *diets*, allá por los años setenta y ochenta del siglo pasado, con dietas de todas clases: las que autorizaban a comer solo proteínas, prohibiendo los hidratos de carbono, y las que se basaban en hidratos de carbono, prohibiendo las proteínas; las que lo fiaban todo a pasar un día a la semana sin comer nada absolutamente «para desintoxicar el organismo» y las que atribuían al agua virtudes casi milagrosas debido a «su valor calórico cero», por lo que aconsejaban ingerir varios litros al día. Este tipo de dietas extremas tenían en común una cosa: en efecto, la mayoría permitían perder algunos kilos. Pero en cuanto se dejaban, los kilos volvían. Y como no era cuestión de pasarse la vida comiendo espaguetis o filetones, tales dietas pasaron de moda. Aparte de que se comprobó que alteraban seriamente el organismo al privarle de

sustancias que necesita. El caso más célebre fue el del doctor Atkins, que presumía de haber eliminado no sé cuántos millones de kilos a los norteamericanos, a base de permitirles comer cuanta carne, huevos y grasas quisieran, pero con la condición de no probar los hidratos de carbono. Su éxito fue enorme y vendió millones de libros con su receta, pero que el citado doctor muriese con poco más de setenta años hizo que su dieta cayera en picado y se escuchase más a sus colegas, que advertían de los riesgos de ingerir solo alimentos que afectan poco saludablemente a las arterias y otros órganos.

Algo parecido ha pasado con la «pirámide alimenticia», en realidad, un triángulo fraccionado en segmentos horizontales que incluyen los alimentos que deben ingerirse, de más a menos. En la base estaban aquellos ricos en fibra, como la pasta, los cereales integrales, las legumbres, que proporcionan la energía que el cuerpo necesita para funcionar y no deben faltar en ninguna comida. Encima estaba las frutas y hortalizas, ricas en vitaminas, por lo que deben consumirse diariamente por lo menos en una de las comidas. El nivel siguiente estaba a su vez dividido en dos cámaras: una de ellas ocupada por pescados, huevos y carne blanca (pollo y pavo), que deben comerse por lo menos un día sí y otro no, y en la otra, leche y queso, a consumir ya en menos cantidad. En la pequeña cúspide de la pirámide están los alimentos que solo deben consumirse muy de tanto en tarde: carnes rojas, quesos curados y pastelería.

Aunque esta pirámide alimenticia mantiene en general su vigencia, los cambios introducidos en ella han sido múltiples, a consecuencia de los avances hechos en la nutrición. Por lo pronto, se ha descubierto que el pescado azul, considerado en principio poco sano, resulta que lo es bastante más —por su valor alimenticio y su aceite antioxidante— que los pescados blancos (merluza, pescadilla, lubina). También hay que tener en cuenta el trabajo de cada individuo para determinar la cantidad de calorías que necesita, así como su masa corporal. De ahí que esa pirámide, al principio tan simple, se haya ido sofisticando con los años, apareciendo en ella nuevas cámaras, algunas casi secretas, como en las pirámides egipcias, para responder a las necesidades de cada persona, pues conviene no perder de vista las diferentes necesidades de cada sexo, ni la edad de cada individuo. El último esquema que he visto de este plano alimentario ya ni siquiera es una pirámide sino un círculo, dividido en segmentos más a menos grandes según la importancia de cada producto en nuestra dieta.

La dieta mediterránea ha adquirido tal fama que es ya casi un mito, que, como todos los mitos, resulta difícil de localizar. Pues el Mediterráneo es amplio y la comida andaluza no es la misma que la del Midi francés, ni la napolitana semeja a la turca. Aunque si por tal dieta se entiende una comida a base de vegetales, pasta, pescados, condimentados con aceite de oliva, desde luego puede recomendarse sin reservas. Pero todos sabemos que no siempre es así, al incluir, entre otras cosas embutidos y quesos muy curados, que no son saludables, aunque saben muy bien. El éxito que ha tenido la cocina italiana, sus pastas y pizzas, se debe tanto a la facilidad con que se comen —de ahí que encanten a los niños— como a lo liviano de su digestión. También su *prosciutto* es más digestivo que nuestro jamón serrano. Pero no tiene tanto sabor, que también cuenta. Las legumbres, tan antiguas, tan humildes, tan «de pobres», están, sin embargo, entre los

alimentos más saludables en varios sentidos. Por lo pronto, producen un efecto de saciedad que impide comer más, o sea, «adelgazan» contra lo que generalmente se cree. Luego, contienen proteínas más sanas que las de la carne roja; por último, cocinadas con laurel y alguna especia (¡no chorizo, morcilla o jamón!), saben muy bien, lo que las convierte en plato tan atractivo como sano. Tienen el inconveniente de la flatulencia que provocan, pero ese es un problema que cada cual debe solucionar como pueda y según el lugar donde se encuentre. También son recomendables los cereales integrales en sus diversas formas, pan, *copos*, infinitamente más sanos que los «blancos» de harina cernida. ¡Quién nos lo iba a decir a los de mi edad, criados con pan más o menos «negro» según el salvado que contenía! Pero resulta que en ese salvado estaban las valiosas vitaminas que evitan diversas enfermedades. En ese sentido, nos ocurría lo que a los galeotes que remaban en las galeras, alimentados con «galleta», pan totalmente integral que les libraba del escorbuto, mientras el personal en cubierta era presa de él por comer pan de harina candeal.

De cara a lo que nos interesa en este libro, la dieta ideal es comer de todo (a no ser que por necesidades médicas tengamos que prescindir de determinados alimentos), pero cada vez menos a fin de no engordar, la gran amenaza a medida que cumplimos años. «No se debe comer lo mismo a los 40 años que a los 60 y, no digamos ya, a los 80», advierten los geriatras. Que no engordamos nos lo dirán, mejor incluso que la báscula, los pantalones. Cuando no podemos meternos en los pantalones del año pasado —pues los que usamos corrientemente han terminado adaptándose a nuestro cuerpo— es que nos hemos echado unos kilos de más, que deben desaparecer. Se recomienda dar al menos diez mil pasos al día, contando los que damos en casa. Si no bastan, hay que aumentarlos. El límite es siempre sentir síntomas de fatiga, que no debe sobrepasarse, por lo que conviene pasear donde haya bancos. Pero tampoco hay que quedarse anclados a ellos, sino continuar el paseo en cuanto nos hayamos recobrado. Y, desde luego, nada de meterse en un bar, como no sea para ir al servicio. O a beber agua. Entre comida y comida no debe tomarse nada: na-da. Dejen las tapas y aperitivos a jóvenes y personas en plena actividad profesional.

Existe una especie de decálogo de alimentación para los mayores, que les paso como orientación más que como de estricto cumplimiento:

1. Vigilar el peso. No debe pasar de un kilo o dos de la altura en centímetros de la persona.
2. Se necesitan alimentos proteicos (pescado, legumbres, huevos, carne), pero en cantidad mesurada.
3. Sal y azúcar en cantidades mínimas.
4. Las cocciones simples y los aderezos suaves.
5. Agua abundante, a ser posible sin gas.
6. El aporte de fibra debe hacerse con frutas, verduras, legumbres y cereales integrales.

7. Las grasas saturadas (animales y de algunos vegetales) las menos posible y, si es posible ninguna, mejor.
8. Cuidado con las posibles interacciones que puede haber entre los alimentos que tomamos, que dependerán de cada organismo. También con los medicamentos que nos han prescrito.
9. El calcio, la vitamina D y el hierro no deben faltar a estas edades.
10. Conviene no olvidar que el ejercicio diario forma parte de esta dieta.

Podría añadirse un undécimo punto: cuando compramos alimentos envasados, leer detenidamente el contenido que se indica en la etiqueta (calorías, proteínas, hidratos, grasas, sodio, etc.), para conocer su valor alimenticio y otros ingredientes que pueda llevar (conservantes, colorantes, etc.). Y si no los entendemos, consultar a quien puede explicárnoslo.

Repite que no se trata de cumplir estas normas al pie de la letra. Pero también es verdad que tampoco lo hacemos con el decálogo que Dios dio a Moisés en el monte Sinaí.

Nuestro objetivo, en cuanto a salud, a estas alturas de la vida es, como el del peregrino que va a Lourdes, quedarnos como estábamos. No lo vamos a conseguir nunca del todo. Pero, al menos, que las amistades nos reconozcan. Y eso sí es posible, siempre que nos lo propongamos.

SOLEDAD

Mi padre, que murió con 96 años en plenas facultades, excepto una aguda sordera de la que olímpicamente pasaba con un «Para lo que hay que oír...» y compensaba con amplias lecturas y un compulsivo escribir de sus memorias (iba por el cuaderno ciento y pico cuando murió), había aceptado todas las limitaciones de la vejez con el mismo ánimo que afrontó las vicisitudes del siglo XX, con el que había nacido. Nunca le vi quejarse de las escaseces de su niñez en una familia campesina, de cómo solo a base de esfuerzo personal había logrado hacer una carrera, de la penalidades de la guerra civil, en la que se vio obligado a luchar en ambos bandos, de las estrecheces de la posguerra y de cómo sacó adelante una familia y dio estudios a tres hijos. Tampoco de que tuviera que jubilarse con 70 años, como todos los de su generación, que si habría que caracterizar de alguna manera habría que calificar de estoica. Aceptó los cambios vertiginosos que empezaron a llegar en los años sesenta, pero solo aquellos que le simplificaban la vida, como las tarjetas de crédito o los viajes en avión, pero no los de costumbres e indumentaria que trajo la «revolución cultural», que él consideraba «una payasada», pero que aceptaba por verlos en sus nietos y nietas. Era, en fin, un hombre de otra época que admitía la presente sin quejarse ni maldecirla, tal vez por haber visto cambios tanto o más grandes a lo largo de su vida. Le ayudaron a ello las dos citadas pasiones que le acompañaron hasta el último día: la lectura y la escritura. Por cierto, conservó la suya —pequeña, clara, lineal— en la vejez, mientras la de los demás se iba desintegrando con los años. Igualmente conservó ciertos hábitos saludables, como el levantarse temprano, comer poco —nunca dejaba nada en el plato, pero nunca repetía— y andar mucho.

Solo le oí lamentar una cosa: el ver desaparecer a los amigos. Al preguntarle, ya pasados los noventa, por qué no salía más con ellos su respuesta fue, como todas las suyas, lacónica: «No me queda ninguno». Lo que me dejó sin palabras. Al darse cuenta, lo compensó con una especie de confesión privada: «Voy todas las mañanas a ayudar a la misa de ocho a la parroquia. Como se ha quedado sin monaguillo... A menudo estamos solo el sacerdote y yo». Como no podía imaginarme los problemas que surgirían con su sordera, preferí no inquirir más, pero recordando las parrafadas que había intercambiado con los amigos —los tenía de todos los colores, incluidos los que no pensaban como él—, tomándose un café o dando una caminata, comprendí la mutilación que para él representaba aquella pérdida, aunque no se quejaba de ello: era un azar más de la vida.

Conforme avanco en años me doy cuenta de lo que es una de las mayores penitencias de la vejez: el irse quedándose solo. Tras desaparecer los padres, empiezan a desaparecer los conocidos, luego son los amigos. Duelen especialmente los íntimos, aquellos «compañeros del alma» que cantó Miguel Hernández en su elegía a Ramón Sitgé, con los que compartimos las primeras experiencias alegres y tristes de la vida y a los que seguimos ligados tan estrechamente, pese a estar separados en el tiempo y en el espacio, que basta una palabra para que nos inunde una ola de recuerdos compartidos y sintamos el calor intenso de la amistad. Cuando se muere uno de esos amigos se muere también una parte de nosotros: aquella parte del alma que compartimos. Supongo que cuando se muere un hermano —lance por el que, afortunadamente, aún no he pasado—, debe de ocurrir algo parecido. Y no digo nada cuando se muere un hijo o hija, que añade al dolor natural, el antinatural de haberse ido a destiempo, antes que nosotros, que deberíamos habernos ido primero y que, como tantas otras cosas, nadie puede explicarnos.

La soledad se convierte así en la cámara cada vez más amplia, cada vez más vacía, en la que se desarrolla nuestra vejez. Y siendo el hombre, como la mujer, un ser social —aunque más a menudo de lo conveniente da muestras de lo antisocial que hay en él o ella—, ese reducto acaba siendo nuestro habitáculo en esta etapa de la vida. Puede que sea también la última de sus paradojas: la soledad como compañía.

De ahí que crea oportuno dedicarle más atención del que hasta la fecha viene dándosele: debemos acostumbrarnos a la soledad para que no nos coja de sopetón, para que podamos acostumbrarnos a ella, para no sentirnos solos cuando llegue de puntillas, se siente a nuestro lado y ya no nos abandone hasta que no nos hayamos ido definitivamente. Aunque solo sea para no caer en el abandono de uno mismo, mucho más frecuente en los hombres que en las mujeres que, por haber sido educadas en las labores domésticas, saben cocinar, lavar, planchar, hacer camas, asearse, algo que los hombres no hemos aprendido, lo que nos lleva, una vez solos, a comer mal, descuido en el vestir y falta de aseo.

Para afrontar el formidable desafío de la soledad, he tenido la suerte de encontrar el mejor de los lazarios: Manuel García Morente —cuyos *Fundamentos de Filosofía*, lecciones del curso, dado en la Universidad de Tucumán, me hicieron amar esa «madre de todos los saberes»—, tiene un *Ensayo sobre la vida privada* donde expone, con tanta hondura como claridad, los distintos estadios de las relaciones del individuo con sus semejantes. El primero de ellos es la «relación pública», la que tiene el ciudadano con quienes representan de alguna manera la sociedad, funcionarios, guardias, jueces, comerciantes, médicos, farmacéuticos, quiosqueros y los mil otros profesionales que mantienen viva una comunidad. Se trata de una relación abstracta, impersonal, minuciosamente regulada por la ley o las costumbres, anónima a no ser que por necesidad tenga que ser frecuente, y, por tanto prescindible en el momento que deja de ser necesaria.

Hay, luego, la relación de los «conocidos», con diversos niveles, el «de vista», el de «habernos presentado», «el de palabra», que a su vez se subdivide en «tratarnos de usted» y «tutearnos», grado que últimamente se ha ido diluyendo, sobre todo entre las

nuevas generaciones, que suelen tratar de tú a todo el mundo, incluidos los muchos mayores, algo que antes no ocurría. Para pasar, por último, a la «relación privada», con lo que entramos en el terreno personal, que de llegar a «íntima» nos sitúa ya en el plano de la amistad, que necesita trato aparte.

Morente diferencia entre conocer una cosa —saber lo que es— o persona —saber quién es—, con la subdivisión de conocer a un famoso, sin que él nos conozca, y conocer a alguien, saber su nombre, su familia, su profesión, su residencia, sin tener trato regular con él o ella, sin ir más lejos, siendo por tanto perfectamente prescindibles excepto en casos de extrema necesidad. Cosa muy distinta es la de las «amistades», con las que abandonamos el plano meramente social, para entrar en el emocional, en el subjetivo.

La amistad requiere como requisito fundamental un grado de conocimiento mayor que el puramente social. Exige una cierta similitud, aunque también se da con discrepancias que se complementan, tanto en lo físico como en lo mental. En ese juego de semejanzas y repulsiones espontáneas, lo que Goethe llamaba «las afinidades electivas», se basa la amistad firme y verdadera. Basta recordar aquellas parejas de amigos —o amigas— del instituto, distintos(as) en todo, que sin embargo se entendían perfectamente, para darse cuenta de que la química de la amistad es tan irracional como la del amor. O puede, simplemente, que no se haya estudiado todo lo que se necesita. En cualquier caso, la amistad, como el amor, es una forma de sentimiento. Y aquí me aparto ligeramente de Morente para dar a la amistad una superioridad moral, pues aunque va dirigida, como el amor, hacia otra persona, es mucho más desinteresada y no tiene ese porcentaje de acaparamiento, de posesión que el amor incluye y le lleva a acciones violentas contra el otro u otra e incluso contra uno mismo. Hablaré luego de ello, al tratarse de un problema tan antiguo como actual.

He dicho que la amistad es un sentimiento, puede que el más puro, el más noble, el más valioso de todos ellos —naturalmente dejo aparte el cariño de la madre hacia el hijo o hija—, pero me quedé corto pues se trata de un doble sentimiento, al incluir a dos protagonistas, que establecen una relación recíproca, siendo los amigos a la vez sujeto y objeto de la misma. De ahí que Morente la considere «un regalo que sobreviene sin haberlo buscado» en el que no media «cálculo ni del que se espera recompensa, al ser totalmente desinteresada», lo que permite definirla como «una suave ventura, una satisfacción tanto más plena, cuanto que no ha sido preparada ni prevista». El pueblo lo ha confirmado, añado por mi parte, con el dicho «Quien tiene un amigo tiene un tesoro».

Es lo que hace tan penoso el perderlos, sobre todo cuando más los necesitamos, en la última etapa de la vida, cuando el mundo a nuestro alrededor ha cambiado tanto que nos decimos «Este mundo ya no es el mío» y nos cuesta cada vez más acomodarnos a él, por lo que daríamos cuanto tenemos por poder tener al lado a aquellos amigos con los que hablábamos incluso cuando estábamos silenciosos, al ser iguales nuestros pensamientos y sentimientos, con los que compartimos tantas alegrías y tristezas, tantas ilusiones y desilusiones. Ese tesoro se va agotando, hasta quedar, como a mi padre, sin una sola moneda. Ni reemplazo. Ya no cumplimos en cada aniversario «un año más»,

sino un año menos ni, más grave, no se mueren solo los amigos, sino nos morimos también nosotros, pedazo a pedazo, con ellos, hasta quedar completamente solos.

En su amplio y concienzudo estudio de la «vida privada», García Morente aborda, como no podía ser menos, el amor, que muchos podrían considerar su culminación, pues, estamos, según sus palabras, ante «un género de egoísmo muy particular, un egoísmo, por decirlo así, de dos en uno. El amante se encuentra a sí mismo en el amado. Necesita del amado para saber quién es, para vivir su vida». Y abunda: «El amor es la confluencia de dos vidas que se unen con el afán de fundirse, confundirse en una sola. Aspirando a la más perfecta e integral compenetración de los amantes, a fundirse en un solo ser viviente, borrando la distinción entre el yo y el tú».

Suena muy bien, suena magnífico, suena a música celestial, y cada hombre o mujer enamorado lo aplaudiría. Pero ahí tropieza con un obstáculo infranqueable: si los cuerpos son impenetrables, tanto o más lo son los espíritus. Recuerdo una novela de André Maurois en la que el enamorado protagonista hace recoger en una gran campana de cristal los últimos efluvios de su amada muerta, que consideraba su alma. Dejando dispuesto que se hiciera lo mismo con él cuando muriera, con la esperanza de que sus dos almas se unieran para siempre. No recuerdo exactamente el final —han pasado más de setenta años—, pero, desde luego, no fue feliz, algo parecido a una especie de tempestad en la campiña, como si las dos almas se peleasen. Pero no hace falta recurrir a la literatura: el amor, por limpio y profundo que sea, lleva en sí mismo todo tipo de conflictos, con un fondo de inquietud, duda, zozobra, al no estar nunca satisfecho de amar y ser amado bastante. «Siempre cree dar menos de lo que el dilecto merece y siempre cree recibir menos de lo que merece su dilección —dice Morente—. Los amantes, que anhelan fundir sus almas, luchan contra un imposible y luchan en esa lucha perpetua la deliciosa ansiedad de una compenetración continuamente amenazada».

Sin contar con que a esto se le puede añadir el ingrediente de los celos, con sus dudas angustiosas, sus sospechas fundadas o infundadas, sus reproches mudos o sonoros, por no hablar ya de la violencia de género, una auténtica lacra para la que no existen otros remedios que la educación, la prevención, la ayuda a las víctimas y la tolerancia cero con los perpetradores, sabiendo de antemano que erradicarla llevará mucho tiempo, aunque eso no es excusa para no cejar en ello. En cualquier caso, el amor, más que sentimiento, es pasión, con todo el potencial explosivo que estas tienen. Pero también un mundo sin amor sería tan desangelado como esos planetas muertos que nos muestran las sondas espaciales. Pero hay que andarse con cuidado con él, y la definición que hizo Quevedo del mismo no es precisamente elogiosa, pero bastante próxima a la realidad:

Es hielo abrasador, es fuego helado,
es herida que duele y no se siente,
es un soñado bien, un mal presente,
es un breve descanso muy cansado.

Es un descuido que nos da cuidado,
un cobarde con nombre de valiente,
un andar solitario entre la gente,
un amar solamente ser amado.

Es una libertad encarcelada
que dura hasta el postrero paroxismo,
enfermedad que crece si es curada.

Este es el niño Amor, este es su abismo:
mirad cuál amistad tendrá con nada
el que en todo es contrario de sí mismo.

Mas como no quiero dejar al amor en tan confusa encrucijada, siendo como es una de las fuerzas que mueven el mundo, permítanme recordar otro soneto, para mí el más hermoso en lengua española, en el que Lope de Vega canta sus glorias en memoria de la amada muerta:

Resuelta en polvo ya, mas siempre hermosa,
sin dejarme vivir, vive serena
aquella luz que fue mi gloria y pena
y me hace guerra, cuando en paz reposa.

Tan vivo está el jazmín, la pura rosa,
que blandamente ardiendo en azucena,
me abrasa el alma de memorias llena,
ceniza de su fénix, amorosa.

¡Oh memoria cruel de mis enojos!
¿Qué horror te puede dar mi sentimiento,
en polvo convertidos sus despojos?

Permíteme callar solo un momento,
pues ya no tienen lágrimas mis ojos,
ni conceptos de amor mi pensamiento.

Por fortuna, no son los años últimos propicios a enamorarse, aunque el amor no respeta la edad y, si llega tarde, suele traer más penas que venturas, excepto en los matrimonios de compromiso, siempre que ambas partes actúen con total honestidad en todos los ámbitos, en especial el económico, donde se dan la mayor parte de los engaños, cuando no estafas.

Nada impedirá a la soledad obviar estos años, por lo que el único remedio es «casarse» con ella, acostumbrarse a ella, sacarle lo mucho y bueno que tiene, descubrirla, disfrutarla, convertirla en nuestra compañera, confidente, amiga, ahora que los amigos se han ido para siempre. Morente la llama «soledad activa» en contraste con la pasiva, la que se limita meramente a existir, pero más como cosa que como persona, es decir como un mineral, como una planta o un animal, cumpliendo las funciones que la naturaleza le ha asignado, pero no siendo ya ese protagonista de la vida que el ser humano siempre ha sido. ¿Cómo, me preguntarán ustedes, si la vida activa me ha expulsado, dejado en la cuneta, sin participar en su carrera hacia adelante en busca de nuevos horizontes, que han sido siempre la frontera de la humanidad? Se lo explicaré con las palabras de Morente: «La originalidad de cada vida requiere que cada persona sepa de sí, se conozca a sí misma». Algo, añado por mi parte, que hemos descuidado en nuestro afán de comernos el mundo, de alcanzar nuevas metas, de conocer a los demás. La última etapa de la jubilación nos ofrece la oportunidad de conocernos a nosotros mismos.

Por primera vez, tenemos todo el tiempo necesario para labor tan delicada y la experiencia necesaria para evaluar, con toda la objetividad de que es capaz la mente humana, un asunto tan difícil. Se trata de «un descenso al fondo de nuestro corazón y de nuestra alma en busca de nuestro auténtico ser o, como se dice en términos religiosos (no hay que olvidar que en la última etapa de su vida, Morente fue sacerdote) de un examen de conciencia». Con dos etapas: la primera es un repaso de nuestra vida, como algo que pertenece ya al pasado, como si no fuera nuestra, a fin de alcanzar la mayor objetividad posible. Para pasar luego a la confrontación de nuestra persona objetiva con la persona que hubiéramos querido ser. No es fácil, añado por mi cuenta, e incluso puede resultar doloroso, pues muy pocos, si alguno, alcanza todo aquello que hubiera deseado. La vida humana contiene más fracasos que éxitos. Pero de los fracasos, como no me cansaré de decir, se aprende más que de los éxitos. Y en el transcurso de ese examen, en esa soledad con nosotros mismos desdobladados, reviviremos nuestra trayectoria vital, con sus altos y bajos, sus alegrías y tristezas, sus fallos y aciertos, pero ya sin aquella angustia de no conocer el final de cada lance, sino con la certeza de que hemos salido, bien que mal, de todos ellos. Es como la película de nuestra vida, ya en el doble papel de protagonista y espectador. «Esta confrontación entre la vida vivida y la vida proyectada nos pone en presencia absoluta de nuestra persona auténtica. Por eso la soledad es la forma más perfecta de la vida privada, al sustraernos totalmente a lo ajeno, a las convenciones sociales y nos devuelve al puro yo», sentencia Morente. A lo que me permite añadir: una soledad que solo es posible en esta última etapa de la vida, una soledad creadora, plena, luminosa, en compañía: con nosotros mismos. El poeta —Lope, como siempre, cuyo éxito como dramaturgo nubla la exquisitez de su lírica— vuelve a decirlo, mejor y más claro que todos los prosistas:

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar contigo,
me bastan mis pensamientos.
No sé qué tiene la aldea,
donde vivo y donde muero,
que con venir de mí mismo
no puedo venir más lejos.

Entre las múltiples definiciones de Dios está la de solitario por excelencia. Lo que querría decir que cuanto más plena sea nuestra soledad, más nosotros mismos seremos.

LA VIDA

Ese «examen de conciencia» necesario para averiguar quiénes somos realmente, a base de contrastar sueños con realidades a lo largo de los años, exige un requisito en el que no habíamos caído, al estar envueltos de lleno en ella: averiguar qué es la vida. Algo nada fácil, como comprobamos cuando nos ponemos a meditar sobre ella. Vidas hay muchas, y de tantas clases que su enumeración se alargaría hasta el infinito, como los seres que existen en el universo, cuyos límites aún no hemos descubierto. Así que no nos desanimemos por las dificultades y busquemos lo común en todas ellas, que puede decirnos algo de su naturaleza.

Si por vivir entendemos meramente existir, podemos renunciar a la tarea antes de empezar, al ser tantos los seres existentes, buena parte de los cuales ni siquiera conocemos. Otra cosa es reducirla a aquellos seres que no se limitan al mero existir, sino que también nacen, se desarrollan y mueren, con lo que de un plumazo hemos eliminado a todo el reino mineral, el más extenso, quedándonos con el vegetal y el animal, sin duda vivos, pero con tipos de vida tan distintos que solo coinciden en los niveles inferiores de uno y otro reino, aunque se van diferenciando a medida que avanza su evolución, con lo que habremos dado un paso de gigante hacia nuestro objetivo: la vida es energía, actividad, acción, verbo, principio de todo según la Biblia y tal como la ciencia confirma.

Pero nuestra vida es bastante más que eso, por lo que tenemos que seguir indagando y descartar las plantas por su limitado recorrido vital, al ser incapaces de moverse, para centrarnos en los animales, con lo que entramos ya en territorio familiar. Familiar, pero ni mucho menos claro, pues entre ellos hallamos una diferencia fundamental: los que se limitan a seguir las leyes de la naturaleza y los que, por una causa u otra, las violan. A los primeros les llamamos irracionales, a los segundos, racionales. Algo no demasiado racional, dirán ustedes, ya que lo natural debiera ser acomodarse a las leyes naturales, no violarlas, como hacen los racionales. Tal irracionalidad se debe a dos razones, la primera es que las últimas, o primeras, leyes naturales no las conocemos. Einstein, que se pasó la vida intentando hallar la ley fundamental del universo, solía decir a los que le desaconsejaban no insistir en encontrar la ecuación que uniese las cuatro fuerzas físicas que mueven los cuerpos existentes: «Dios no juega a los dados»; pero no fue capaz de encontrarla. ¿Porque no existe o porque excede a la capacidad de nuestro cerebro, que se mueve también por esas fuerzas? Si él no lo sabía, menos voy a saberlo yo. Sabemos solo que las leyes naturales están dictadas por el instinto y el hombre ha sido el único ser

vivo que ha intentado superarlo a través de la razón. ¿Soplo divino, según la tesis religiosa, o rebelión contra esas leyes, según la existencia del pecado? Como comprenderán, no voy a meterme en esos berenjenales, y no por miedo, sino por haberme metido y no haber sacado nada en limpio. Al revés, salir más confuso de lo que entré. Lo único claro en todo el asunto es que el hombre es el único animal racional, lo que le lleva a cometer crímenes más horrendos que todos los demás animales y acciones más sublimes que cualquiera de ellos. Un animal mata por hambre, por miedo, por defender a los suyos, pero difícilmente por placer, como ocurre con los sádicos. Del mismo modo, a un animal, si le dan un golpe en un costado, ni por asomo pone el otro para que le asienten un segundo, como sugiere la doctrina cristiana de poner la otra mejilla cuando te dan una bofetada, con lo que, según Ortega y Gasset, «ascendió un peldaño en la escala zoológica».

Somos, sin duda, la cúspide de dicha escala, «los reyes de la creación» como dicen los pomposos, y no es por nuestra fuerza física, ni por nuestra rapidez al movernos, ni por poder volar ni vivir bajo el agua, sino por la razón, que nos ha permitido hacer todas esas cosas incluso mejor que aves y peces. Gracias al razonamiento, a la capacidad de combinar dos razones para lograr otra completamente distinta. Un salto cuántico de la mera conciencia sensorial que tienen los animales, más afinada que la nuestra, pero incapaces de desdoblar las sensaciones para obtener una conciencia virtual, abstracta, una «consciencia» —ciencia acompañada de otra ciencia— que los animales no tienen, y nos ha permitido superarlos a todos, hacerlos nuestros esclavos, explotar la naturaleza, violarla de tal forma que incluso puede volverse contra nosotros. No por nada, un biólogo metido a filósofo, Jacques Monod, nos ha calificado de «gitanos del universo», dada nuestra tendencia a ponernos el universo por montera lo que, según nos advierten quienes saben de estas cosas, puede llevarnos a destruir, no el universo, demasiado, pero sí este mundo que habitamos. Esperemos que nuestra razón no sea tan irracional que nos lleve a ello, pero hay precedentes inquietantes al respecto, como es destruir el propio país.

Retomemos el hilo de nuestro relato, y desde la cima racional que hemos alcanzado, preguntémonos ya qué es la vida. Encontrándonos, con gran sorpresa, que siendo una pregunta tan fácil, resulta bastante difícil de responder, ya que lo más alarmante de la vida es su simpleza. He rastreado opiniones de gentes cuyo criterio admiro, encontrando no solo variedad, sino también contradicción. Para algunos la vida es algo muy largo que cuando te das cuenta se está acabando, opinión con la cual coincido totalmente por mi experiencia y la de mis coetáneos. Mientras, otros se limitan a hacer frases redondas del tipo «La vida es breve, el arte largo», repetidísima, pero que también podría enunciarse a la inversa, «El arte es breve, la vida larga», lo que la invalida. Bastante más sentido tiene «La vida es un paréntesis entre dos oscuridades», ya que el misterio de dónde venimos y adónde vamos solo puede desentrañarse por fe religiosa. Hay quien lo resuelve de la manera más simple, diciendo que el fin de la vida es vivir, lo que cubre todos los ángulos, menos el más importante: solo vivir, es decir, el mero existir, nos reduce a la condición de animales, lo que evidentemente somos, pero algo más. Los humanos aspiramos a vivir

conscientemente y se nos han dado los medios para ello, como queda dicho, lo que significa que cada uno tiene que «hacer su propia vida», darle sentido, con lo que nos aproximamos a lo que buscamos. Es cuando nos damos cuenta de que la vida en sí no es buena ni mala, depende de lo que hagamos con ella. Visto desde este ángulo, es un regalo envenenado, pues si nos equivocamos nos vamos directos al pozo, que puede ser la angustia de los existencialistas modernos o el infierno de los teólogos antiguos que, por fortuna, ha sido descartado por gran parte de los actuales.

Se ha dicho también que la vida es un sueño, y los sueños, sueños son. No fue solo la metáfora de un gran poeta, sino también la tesis de un gran filósofo, el inventor del idealismo, que nos suponía en una cueva en cuyas paredes vemos solo las sombras o ideas del verdadero mundo, encima del nuestro. O sea, que no hay que preocuparse demasiado, contentándonos con el mero vivir lo más de acuerdo posible tanto con la naturaleza como con nuestros congéneres, que es lo más difícil, pero tampoco imposible. Aunque también hay quien ha comparado la vida con una enfermedad (alguno le añade lo de «incurable», equivocándose, pues nada es eterno en ella), por lo que prefiero lo de «una sucesión de medias verdades y medias mentiras», que los políticos practican a diario, o «un compromiso entre ideales y realidades», que ha dicho algún estadista, aunque mi preferida es calificarla de «constante paradoja, donde cada verdad tiene su cara opuesta». Sin faltar los optimistas, que la consideran «un eco radiante de la eternidad en nuestro mundo terrenal», por lo que debemos gozar de cuanto hay en ella de hermoso y placentero, que es bastante más de lo que creemos los hombres, eternos quejicas y reivindicadores, origen de la mayoría de nuestros males.

Por mi parte me atrevo a añadir que hablar de la vida en general son ganas de equivocar y equivocarse, algo inherente a la naturaleza humana, ya que si no nos equivocáramos no seríamos humanos, sino divinos. Y el «soplo divino» no llegó a tanto. Se limitó a darnos la razón para soltarnos en el mundo, y «allá te la arregles, pues te he dado el instrumento para no cometer barbaridades». Que las sigamos cometiendo indica que la razón no es tan perfecta como a primera vista puede parecer y aunque nos ha permitido volar, navegar bajo el agua, crear calor en medio del frío y frío en medio del calor, no basta para contrarrestar nuestros instintos más negativos. Seguro que solo es que hay tantas clases de vida como seres humanos existen y han existido, por lo que pocos errores hay mayores que ponerse a pontificar dogmáticamente sobre ella. La vida es una construcción que cada ser humano va levantando hora a hora, día a día, mes a mes, año a año, con las manos y la mente, para crear su propia persona, hasta el último momento. Una construcción muy extraña, que incluye periodos constructivos, destructivos, o simplemente inanes, en los que no pasa nada, pura inercia del anterior para coger impulso hacia el siguiente. Pero lo más curioso de ella es que se trata de una construcción en el aire, compuesta de hechos que se desvanecen una vez ocurridos, dejando solo huellas en su entorno y en la memoria, para desaparecer bajo la guadaña del tiempo, el gran unificador.

¿Tiene sentido la vida?, es la pregunta que se hace uno al final de esta galopada existencial. Mi respuesta es que sí, que lo tiene, no por la vida en sí, sino porque el mero

hecho de existir le da sentido. Ser significa más que no ser. Dicho a la inversa: la nada no significa más que nada. Aunque reconozco que hay quien puede no estar de acuerdo. El que por un proceso en el que no hemos participado para nada, se hayan unido millones de células de muy distinta procedencia y confluído la voluntad de dos personas en un momento dado para traernos a este mundo es ya razón suficiente para vivir. El sentido de la vida tenemos que dárselo ya nosotros. ¿Cómo? Viviéndola lo más plenamente que hayamos podido o querido.

Lo que nos lleva a meternos de lleno en la autoconfesión que Morente recomendaba para ser testigos de nuestra vida. Vamos con ello.

SINCERIDAD

Hacer trampas es peligroso. A fin de cuentas, se trata de una mentira y ya sabemos que las mentiras tienen las patas cortas. Pero ¿quién resiste la tentación de buscarse una ventajilla en este mundo traidor, donde el que no corre vuela, si se le presenta la oportunidad? Así que, quien más quien menos ha buscado la ventaja en un momento u otro de la vida. El resultado dependerá de la suerte que tuvo y del tipo de estafa, pues eso es a la postre la ventaja. De ser grande, es muy posible que tarde o temprano salga a la luz. Si debe pagar por ello es aún más dudoso; la vida, como decía Kennedy, copiado de no recuerdo quién, es injusta o somos incapaces de descubrir su sentido.

Hacerse trampas en un solitario, en cambio, es una de las cosas más idiotas de este mundo, lo que no impide que sea también una de las más frecuentes, lo que indica que tan racionales como dicen o nos creemos, no somos. Pues si con los demás uno no es siempre sincero, y en ciertos casos ni siquiera debe serlo (las aceptables «mentiras piadosas»), con uno mismo debería serlo siempre, aunque solo fuera para no cometer errores garrafales, que a menudo parten de engañarse o estafarse a sí mismo. En el caso que tratamos, la confesión con nosotros mismos, la sinceridad, es un imperativo categórico, ya que sin ella no vamos a ninguna parte y, más grave todavía, perderemos el tiempo, un lujo que no podemos permitirnos dado el poco que nos queda.

La *confesión* de que hablamos tiene poco que ver con la confesión de nuestras faltas que los mandamientos de la Santa Madre Iglesia nos recomendaban al menos una vez al año, para quedar limpios de nuestros pecados. Por lo pronto, no tenemos que hacérsela a nadie, sino a nosotros mismos. Luego, no se trata de tirar al cubo de la basura nuestras faltas, sino de reconciliarnos con ellas. Dos características que las hacen completamente distintas. Y si en la confesión religiosa la sinceridad era requerida con la advertencia de que, de no respetarla, agrandamos nuestros pecados, en la personal es condición imprescindible para no convertirla en charlotada, cuando no en *boomerang* que se revuelve contra nosotros. La misma soledad reinante en esta etapa viene en nuestra ayuda. No es que los demás nos hayan dejado, es que nosotros la hemos buscado para saber quiénes somos realmente. Dándonos cuenta de inmediato de que tampoco estamos del todo solos, nos queda un amigo, el único, el último: nosotros mismos, que en adelante va a acompañarnos, mientras hacemos recuento de nuestra vida, no para ajustar cuentas, sino para reconciliarnos con ella. De ahí que Morente diga que esta soledad activa «es la forma más perfecta de la vida, la que nos salva de ser cosa o animal».

Llega la hora de recordar, sin prisas pero también sin pausas, pues el reloj continúa su marcha implacable y ya no tenemos una hora más, sino una hora menos, para sacar del desván de la memoria hechos, ocasiones, incidentes a los que no dimos importancia al ocurrir, pero que resulta que la tenían. Un paseo al lado del mar o en la montaña, una conversación con un amigo, un libro que nos marcó, una noticia que significó un vuelco en nuestra vida. Descubriendo detalles en los que no habíamos caído. La memoria es el mago de nuestro cerebro. Todo aquello que toca se convierte en mágico. Hay que tener cuidado con ella, pues criba, elimina, exagera, suaviza, como esas películas en blanco y negro coloreadas. Pero conserva lo fundamental. Nos coloca frente a nuestro verdadero ser. Dándonos cuenta de que hemos tenido más suerte de lo que creímos. Por lo pronto, estamos todavía aquí, cuando tantos en nuestro entorno ya se han ido. Luego, si bien es verdad que no hemos conseguido todo lo que queríamos, buena parte sí que lo hemos logrado. Incluso, a veces, más allá de lo esperado. Por último y más importante: somos capaces de recordarlo, de volver a vivirlo, ya sin la angustia de no saber qué va a venir luego, esa «angustia vital» de que hablaban los existencialistas. Conociendo ya en qué va a acabar todo aquello, como el que ve una película que nos emocionó hace tantos años y ahora volvemos a ver conociendo el desenlace.

Reconciliación con uno mismo es el resultado de esta confesión, que puede repetirse cuantas veces queramos, ya que encontraremos siempre nuevos episodios bajo ángulos distintos y conclusiones diferentes, al ser la vida poliédrica, en realidad, un pozo sin fondo, pero no lóbrego y temible, sino, al revés, amable, acogedor, en el que nos refugiamos de un mundo que ya no es el nuestro, que nos trae más disgustos que satisfacciones, más malas noticias que buenas, aunque parece ser que algo parecido les ocurre también a las generaciones que nos siguen. Esta soledad acompañada, íntima, es el mejor regalo que pueden proporcionarnos los últimos años, si somos capaces de perdonarnos los errores que cometimos y estamos tan lejos de lo que ocurre en la calle que ya no puede indignarnos por idiota que sea. «Es su problema».

Es verdad que cometimos errores, que no alcanzamos todo aquello que queríamos. Pero no es menos cierto que este mundo no es perfecto, completo, impecable. Aparte de que los errores no son derrotas sino lances de la vida. Algunos incluso nos libraron de males mayores, como pudimos comprobar años más tarde. Y de todos ellos sacamos lecciones para evitarlos. Mientras los éxitos nos produjeron tal euforia que olvidamos la realidad, lo que nos pasó factura enseguida, como esos equipos de fútbol que se dejan marcar un gol al celebrar el que ellos han marcado.

Aunque lo más importante de esta confesión a nosotros mismos es, como queda dicho, la de recobrar la ilusión, la alegría de vivir, incluso en los momentos más duros, ya sin la amargura del fracaso. Naturalmente, eso va mucho con el temperamento de cada uno, y hay quien se regodea en el sufrimiento. Pero aparte de que esos son caso aparte, aunque no tan raros en un país como el nuestro donde abunda el resentido, si ese es su placer, que le aproveche.

El resto puede hallar un nicho confortable en la «soledad activa» morentiana, con la satisfacción de haber echado una ojeada a su vida y haberse dicho «He hecho lo que he

podido. Puedo marcharme tranquilo». Que es a lo máximo que puede aspirar un ser humano.

Bendita soledad que nos ha proporcionado la ocasión de revivir todo aquello sin la angustia que trae la lucha por la existencia.

CHOQUE DE CIVILIZACIONES Y DE GENERACIONES

El libro de Samuel H. Huntington *El choque de civilizaciones*, publicado en 2008, causó sensación por varias razones; la primera, por cerrar el ciclo optimista iniciado por *El fin de la historia y el último hombre*, donde Francis Fukuyama —a raíz del desplome del muro berlínés que arrastró al entero bloque soviético— sostenía que, en adelante, no habría mayores conflictos por haberse impuesto la democracia (o sea, Occidente), como norma política, y el mercado (o sea, el capitalismo), como norma económica. Bien poco nos duró la dicha porque el atentado contra las Torres Gemelas neoyorkinas, el 11 de septiembre de 2001, nos advirtió de que una guerra, bastante más difícil de ganar que la «fría», estaba en puertas. Huntington publicó poco después un ensayo en la revista *Foreign Affairs* donde anunciable que la fiesta se había acabado y entrábamos en una era de conflictos mayores que el del Este-Oeste, al desbordar la rivalidad soviético-estadounidense, con nuevos protagonistas y otro tipo de conflictos. Atentados de muy distintos calibres —pero todos ellos de una crueldad infinita— en muy distantes lugares del planeta vinieron a darle la razón. Esta tesis, ampliamente documentada, la desarrolló Huntington en su libro, coincidiendo con otra fecha tristemente famosa: 15 de septiembre de 2008, cuando se produjo el desplome de Lehman Brothers, la mayor firma privada de inversiones a nivel mundial, causando la crisis económica más aguda desde la de 1929, cuyos efectos, como los de aquella, se prolongaron durante años e incluso hay quien sostiene que solo se superaron con la Segunda Guerra Mundial, al ponerse la humanidad a pegar tiros, destruir ciudades y matarse como si fuéramos nuestros peores enemigos. Esperemos que esta no requiera tan drástica medicina.

Huntington parte de una base muy extendida entre los modernos historiadores ingleses, especialmente Toynbee, que consideran a las religiones madres de las civilizaciones, verdaderas protagonistas de la historia. Concretamente, Huntington enumera nueve civilizaciones: la subsahariana, la latinoamericana, la china, la hindú, la budista, la nipona, la occidental, la griega ortodoxa y la islámica. Los choques entre ellas van desde la convivencia forzada a la guerra abierta. Conviene destacar que esta última se produce especialmente entre las tres religiones monoteístas, la cristiana, la islámica y la judaica, al ser también las más dogmáticas.

Debo añadir que los historiadores mediterráneos y germánicos no son tan generosos al hablar de «civilización», que limitan al desarrollo técnico de un país o conjunto de ellos, y de «cultura», que abarca todos los aspectos intelectuales y morales del mismo, desde el arte a los valores. O sea, se puede estar civilizado, pero ser inculto, como se decía hasta hace poco en Europa de los norteamericanos. Ambos conceptos han confluido últimamente tanto en la teoría como en la práctica, al comprobarse que los pueblos más cultos pueden cometer las mayores barbaridades.

En cualquier caso, venía reinando el convencimiento de que la mejor, por no decir única, cultura era la occidental, nacida en la Grecia antigua, desplegada por Roma por todo su imperio y propagada luego por las naciones europeas en los cinco continentes. Ortega nos dio las razones de esta superioridad en uno de sus primeros artículos: la cultura occidental, arguye, basada en los principios «el hombre es la medida de todas las cosas», que trae la democracia, y «solo sé que no se nada», que impulsa a saberlo todo, es la única capaz de evolucionar, mientras todas las demás se estancan una vez alcanzado un determinado nivel debido a los mayores restos de religión que conservan, que les imponen normas mucho más rígidas y encuentran más dificultades en evolucionar, poniendo como ejemplo la china y la islámica. No sé lo que diría el maestro ante lo que está ocurriendo hoy. Pero es significativo que en el curso que Ortega impartió sobre Toynbee en el Instituto de Humanidades que había fundado a la vuelta del exilio, el mayor reproche que le hizo fue que «considerase iguales a todas las culturas», un insulto, incluso una blasfemia, para Ortega, instalado en la «teoría de las élites rectoras», que no limitaba a los individuos sino ampliaba a esas comunidades históricas que llamamos naciones, estados e imperios.

(Es posible que más de un lector se esté preguntando por qué, en un libro destinado a quienes están ya en el último capítulo de su vida y desean la mayor paz posible, se plantean problemas de rabiosa actualidad, que no son precisamente para calmar los nervios. Por favor, tengan un poco más de paciencia, que lo van a saber enseguida, aunque volveremos a ello más adelante, ya que nuestra vida viene condicionada por nuestra cultura y civilización).

La consecuencia más inmediata y feroz de este choque de culturas es el terrorismo islámico. El ISIS, siglas inglesas de Estado Islámico, proclamado por la rama más radical y violenta de esa religión —como lo fueron en su día los almohades o almorávides— en los territorios ocupados en Irak y Siria, surge con el propósito de reinstaurar la pureza de su fe y retornar a glorias pasadas —no por nada hablan de «califato»—, lo que significa volver a la Edad Media en todos los aspectos, entre ellos la yihad o guerra santa, no solo contra el «infiel» sino también contra el mahometano que no cumple los preceptos más estrictos de su religión. Hijo de la misma es el terrorismo indiscriminado que practican contra el «Gran Satán», Occidente, golpeándolo en sus ciudades a través de musulmanes convertidos en «soldados de Alá». Las armas pueden ser cualquiera, desde un camión que arremete contra una multitud que celebra una fiesta a un simple cuchillo de cocina, pasando por la bomba o el fusil automático. París, Londres, Berlín, Niza y recientemente Barcelona, como lo fueran Nueva York y Madrid, han sufrido este tipo de ataques y es

mucho de temer que seguirán otros, por la facilidad de cometerlos y la dificultad de combatirlos: es prácticamente imposible detener a alguien dispuesto a morir matando. Lo único que cabe es la prevención: detectar al terrorista antes de que ataque. Con millones de musulmanes hoy en Europa, resulta imposible localizar al terrorista. Pero tampoco podemos dejarnos matar como corderos, como ocurre con los que caen en sus garras, y la lucha contra el terrorismo islámico debe tener prioridad para el entero Occidente. Quieren quitarnos no solo la vida sino también nuestra cultura, nuestros valores, nuestra identidad, sin hacer distinciones. La unidad occidental es crucial en esta lucha a muerte, en la que no se hacen prisioneros. Somos nosotros o ellos, así de sencillo y dramático.

A día de hoy, el choque de civilizaciones se ve complementado por otro no menos iracundo: el de generaciones. No es nuevo, sin embargo. Siempre ha habido tensión entre padres e hijos, que ha dado lugar a algunas de las mejores obras de la literatura clásica e incluso de la ciencia, y Freud hizo del «complejo de Edipo» uno de los pilares del psicoanálisis. Puede que exagerase, llevado por su tendencia a llevar la libido a prácticamente todos los aspectos de la vida, pero que las relaciones padre-hijo han sido infinitamente más tormentosas que la de hijo-madre nadie se atreve a discutirlo. Lo que no impide la sabiduría del dicho popular que atribuye al hijo muy diferentes opiniones sobre su progenitor: de joven, «mi padre no tiene ni puta idea»; de adulto, «en algunas cosas, tiene razón»; de viejo, «mi padre era un sabio». No sé si el lector estará de acuerdo, pero tengo la esperanza de que no lo rechace del todo.

Lo que no impide el hecho antes apuntado: una de las características más acusadas de la senectud es criticar a los jóvenes, paralela a otra de los jóvenes, que pasan olímpicamente de los «carrozas». Puede que esté en nuestro ADN y que, en último término, sea producto de la evolución de las especies que nos ha traído hasta aquí. Cada nueva generación busca su acomodo en el mundo y una de las primeras cosas que tiene que hacer para ello es deshacerse de la generación anterior o, por lo menos, arrumbarla para ocupar su sitio. Con la consiguiente defensa de aquella. En España hemos tenido ejemplos incontrovertibles de ello. El de los hijos de altos cargos falangistas que se convirtieron en furibundos opositores del régimen franquista o, ya en democracia, los cachorros tanto de AP (PP) como del PSOE que se han rebelado contra los mandos del partido, llegando a fundar otro para ocupar su sitio (Pablo Iglesias) o algo parecido (Rivera). Nada de extraño que, en otra de sus más agudas intuiciones, Ortega convirtiera las generaciones en goznes de la historia, para terminar haciendo de esta la médula de su sistema filosófico, que denominaría «vital», aunque hay que advertir que la idea venía circulando por Europa desde Bergson. «Una generación no es un puñado de hombres egregios —dice en *El tema de nuestro tiempo*—, ni simplemente una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzada sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada [...]. Los miembros de ella vienen al mundo dotados de ciertas características típicas, que les prestan una fisonomía común, diferenciándolos de la generación anterior [...]. Pueden ser individuos del más diverso temple, hasta el punto de sentirse a veces antagonistas [...]. Pero unos y otros son hombres de su tiempo, y por mucho que se diferencien se

parecen más todavía. El reaccionario y el revolucionario del siglo XIX son mucho más afines entre sí que de cualquiera de nosotros [...]. Y es que cada generación representa una cierta actitud vital, desde la cual se siente la existencia de una manera determinada».

He traído esta larga cita de Ortega para quitarle la espoleta a la «guerra de generaciones» y la extrañeza que produce entre sus protagonistas, los viejos y los jóvenes, que no pueden entenderse en ideas y actitudes. Estamos ante algo natural, ante visiones distintas de la vida y las personas. Las «vivencias» de unos y otros al crecer y como adultos son distintas debido a la marcha de la historia, que, al cambiar las circunstancias, cambia también la perspectiva y, con ella, los valores y comportamientos.

Lo que ha complicado las cosas es la aceleración de la historia, que ya no marcha o evoluciona, sino que quema etapas y generaciones. Cuando Ortega abordó el problema, se hablaba solo de períodos clásicos y románticos, conservadores y revolucionarios, fijándose el ámbito de cada generación en cuarenta años, tiempo suficiente para que el cambio de una a otra se produjera sin demasiadas estridencias. Pero el maestro pronto se dio cuenta de que la historia iba mucho más deprisa y que en cuatro décadas convivían cinco generaciones: los niños, los jóvenes, los adultos que entran en la vida pública, los maduros cuyas ideas predominan, y los viejos. Siendo los «maduros» lo que dan la impronta a su tiempo.

Debido a esa aceleración de la historia de que hablábamos, tal esquema se ha quedado totalmente obsoleto. Hoy, el enfrentamiento no es entre padres e hijos, sino entre el hermano mayor y el menor, que hablan, visten, disfrutan, rechazan y adoptan actitudes distintas ante la vida, la sociedad y el mundo. Las generaciones se «amontonan» unas encima de otras, provocando algo bastante parecido al caos. ¿A qué se debe? Lo atribuyo principalmente al rapidísimo desarrollo que han experimentado las comunicaciones. A principios del siglo XX, cruzar el Atlántico llevaba días o semanas según el barco en que se hacía. Hoy se hace en horas. Las noticias han experimentado una aceleración aún mayor, ya no solo pueden comunicarse en segundos, sino también verse en directo a escala planetaria, como ocurrió al desplome de las Torres Gemelas. Todo ocurre en todo el mundo al mismo tiempo, con lo que la acción y la reacción prácticamente se solapan, no dejando margen para digerirlas ni para distinguir las noticias importantes de las triviales. Con lo que llegamos a la paradoja de que, siendo nuestro tiempo el de la información, la gente está menos informada que nunca y no llega a entender lo que ocurre. De continuar esta tendencia, el fenómeno que vamos a llamar «de Torre de Babel» va a configurar un mundo de atónitos —que los jóvenes ya han bautizado con el término de «alucinados»— a merced del primer embaucador que se les aproxime. Es, posiblemente, la parte oscura de la multiplicación y aceleración de las comunicaciones, que causa uno de los mayores abismos generacionales, lo que nos obliga a detenernos en él.

De todas formas, los sociólogos que empiezan a estudiar la «brecha generacional», como la llaman, la sitúan hoy entre los menores de 34 años y los sustancialmente mayores de ellos, la de sus padres especialmente, la de los que eran jóvenes al llegar la Transición y la de los que eran jóvenes cuando llegó la gran crisis de 2008, madre del

indignado 15-M, que serán los que apoyen a los dos nuevos partidos, mientras sus padres siguen fieles a los dos tradicionales. Difieren en prácticamente todo, en actitud ante España, ante el mundo y ante la misma vida, lo que hace tan difícil el diálogo entre ellos. Todo un problema, pues la solidez de las naciones se funda en un engranaje entre generaciones a medida que avanza la historia, y esta vez no existe engranaje, sino confrontación, que se ve acentuada por el desarrollo de las comunicaciones y la multiplicación de los mensajes, que son en la mayoría dardos entre ambos bandos.

Advierto que no pertenezco a la tribu del «abuelo Cebolleta» que se pasa la vida criticando esta novedad, como cuantas surgen. Aunque solo fuera por agradecimiento, tendría que elevar un altar al desarrollo de las comunicaciones. Piensen que mis primeras crónicas periodísticas las envié, por vía aérea, desde el Berlín dividido de los años cincuenta del pasado siglo, lo que se traducía en tres días hasta llegar a la redacción y ser publicada. Cuando dejé la corresponsalía, a finales de los ochenta, tras haber pasado por el télex y el fax, las enviaba electrónicamente en cuestión de segundos. ¡Eso sí que es avanzar! Pero he comparado algunas de aquellas crónicas con las actuales y me doy cuenta de que aquellas son mejores, por la necesidad que tenían de mantener tanto su actualidad como su validez por lo menos tres fechas. Lo que obligaba a aquilatar hasta el extremo tanto los hechos que se describían como la valoración de los mismos, para que la crónica no perdiese actualidad. Es por eso por lo que las crónicas de Julio Camba, escritas desde las más distintas capitales entre las dos guerras mundiales, no pierden actualidad, mientras las de los corresponsales en el frente resultan anacrónicas.

Hoy, sin embargo, tal tipo de periodismo sería imposible porque informar de lo ocurrido hace tres días resultaría tan anacrónico como un relato medieval. De ahí que esta revolución de las comunicaciones haya creado la brecha generacional más visible. Recuerden lo que se decía cuando se compraba un nuevo televisor y había que programarlo:

—Encárgaselo al más joven de la familia. Aunque sea un crío.

Resultaba que el crío movía los dedos por el mando mucho mejor que el padre y no digo ya el abuelo, que se limitaba, una vez puesto en marcha el aparato, a buscar el canal deseado. Y no hablemos de los ordenadores, cuyos secretos nos costó descifrar a los de mi generación, o los móviles, que se han convertido en el universo por el que se mueven las últimas generaciones. Cuando viajo en metro veo la imagen de nuestro tiempo: en cuanto entran, los jóvenes echan mano del móvil y se ponen a teclear febrilmente en él, sin importarles lo que ocurre alrededor. Los adultos leen, un periódico deportivo la mayoría de los hombres, y libros, las mujeres. Mientras los mayores despliegan uno de esos periódicos gratuitos que se cogen al entrar o contemplan el panorama con esa mirada vacía que se nos queda cuando no entendemos algo que ocurre ante nosotros.

Esa pasión por los móviles en la juventud es un misterio para los mayores. Los teléfonos que puedes llevar en el bolsillo son sin duda útiles, sobre todo en situaciones extraordinarias, como una avería del coche en medio de un trayecto rural o urbano, pero el ansia de mirar la pantallita a cada momento queda reflejada en una encuesta sobre la periodicidad con que se consulta: cuanta menor edad, más frecuente es, hasta el punto de

que, en los muy jóvenes, sobre todo chicas, se mide en minutos, no en horas, habiendo surgido la angustia de «no recibir» notificaciones de chats o redes sociales. Lo que me recuerda lo que cuenta Camba de la conversación en una tertulia literaria del viejo Madrid donde se hablaba de lo mal que le iba a un colega.

—No tiene —dice uno de ellos— ni para comer.

—¿Y para fumar, tiene? —pregunta preocupado otro.

Hoy preguntaría si tiene para el móvil.

Pero siendo esta la brecha generacional más visible, no es la más importante, sino la económica. Las nuevas generaciones son las primeras que tendrán menos recursos que sus padres: sueldos más bajos, precariedad en el empleo y falta del mismo, lo que, comparado con el «pluriempleo» que muchos de sus progenitores practicaban en los años cincuenta, sesenta y setenta del pasado siglo significa un vuelco total. Leo en las pancartas de una de las primeras manifestaciones estudiantiles (2011) contra los recortes en la enseñanza «Abajo el régimen», «Juventud sin futuro», «Violencia es cobrar 600 euros», «No cobramos, no pagamos» y cosas por el estilo. Sin que la situación haya cambiado mucho desde entonces. Diría incluso que se ha agravado, A quienes menos ha afectado la crisis económica es a los jubilados, que han seguido cobrando su pensión, excepto el mínimo recorte que hizo el gobierno Zapatero, mientras el resto sufría cortes mucho más serios o se iba al paro. Dándose la paradoja de que con la pensión de los abuelos se han defendido muchos jóvenes e incluso familias enteras. Se me dirá que eso demuestra y refuerza la solidaridad. Pero socialmente no es un buen síntoma y, económicamente, menos, pues la caja de las pensiones de jubilación se ha reducido, mientras la del paro se ha disparado. Sin que los empleos que se crean lo compensen, al ser los salarios mucho más bajos y cotizar menos a la caja común. Lo que significa que quienes hoy trabajan y cotizan, cobrarán una pensión muy inferior a los actuales jubilados. Si es que la cobran, pues por el camino que vamos el fondo se habrá agotado y, una de dos: o cada trabajador en activo paga la pensión de un jubilado o las jubilaciones se pagan con el presupuesto general, detrayendo las sumas de otras partidas (sanidad, educación, orden público...), absolutamente necesarias para el buen funcionamiento de cualquier sociedad. Lo que ha llevado a algunos analistas a predecir «una guerra de generaciones en las próximas décadas».

No creo en tan negras profecías por dos razones de tanta consistencia o más que las aducidas. Es verdad que los *millennials*, sobrenombre dado a los que llegaron a la mayoría de edad con el cambio de siglo y de sueldo, van a tener menos oportunidades de encontrar trabajo que sus padres, que ese trabajo estará peor pagado y no será tan seguro, por lo que tendrán cada diez o quince años que cambiar de empleo, «reinventarse» en su profesión, debido a los adelantos tecnológicos, o tomar otra, si no se convierten en sus propios empresarios, que serán el 30 % de ellos en 2020 y el 70, en 2025. Como que prácticamente todos ellos, cualquiera que sea su profesión, tendrá que tener experiencia digital. Pero no es menos cierto que estamos hablando de una parte muy específica de los jóvenes: los occidentales, europeos y norteamericanos. En el resto del mundo en desarrollo, la juventud ya se ha acostumbrado a esos requerimientos.

Ocurre lo mismo con la clase media. Son casi continuos los lamentos que se alzan por su disminución, que es cierta en Europa y Estados Unidos. Pero en China, India y los llamados «tigres asiáticos», desde Corea del Sur a Indochina, la clase media ha aumentado en cientos de millones. Lo que quiere decir que, globalmente, no puede hablarse de su reducción, sino de su expansión, y eso es lo que indica si la historia avanza o no. Creo en el progreso porque lo he visto y vivido. España y el mundo son hoy, pese a todos los pesares, lugares mucho mejores para vivir que en mi infancia. Lo que ya no me atrevo a predecir es si los occidentales, europeos y norteamericanos, seremos capaces de resistir el desafío de los asiáticos. De entrada, da la impresión de que no, de que el «estado de bienestar» ha adormecido nuestra capacidad productiva e innovadora y acabaremos sucumbiendo ante ellos, como tantas civilizaciones que se durmieron en sus laureles. O, sencillamente, que ahora son ellos los verdaderos occidentales, tras copiar nuestro modelo, como lo hizo Japón antes que nadie. Hay síntomas alarmantes en este sentido y yo mismo he escrito que el destino de Europa es «convertirse en el Parque Temático de los asiáticos, que vienen aquí a pasar sus vacaciones, si no cambiamos de actitud ante la vida».

Pero puede que ni siquiera haga falta llegar a soluciones tan drásticas, que la capacidad de adaptación que rige la vida en la Tierra evite el «choque de generaciones» de que hablaba y la solución la tengamos en casa. Es verdad que los *millennials* tienen unas características muy distintas a las de sus padres, y no digamos ya a las de sus abuelos. Son narcisistas, consentidos, piensan que la sociedad está en deuda con ellos y no se limitan a exigir un puesto de trabajo: quieren el trabajo que a ellos les gusta, o sea disfrutar trabajando. Como eso no es fácil, no tienen prisa en encontrar empleo y un considerable número de ellos viven todavía con sus padres. Por cierto, tener piso propio, lo que para sus padres era una de las cumbres de sus aspiraciones, ellos lo quieren ya mientras están estudiando o al acabar la carrera. Lo que ha traído auténticos desastres económicos.

Puede que muchos de esos padres, queriendo darles lo que ellos no tuvieron en la niñez y juventud, hayan hecho a esa generación mucho más cómoda y menos ambiciosa. «Como sueldo bueno no va a haber, vivir la vida es lo que nos queda», decía uno de ellos. Mientras una encuesta del Observatorio de la Juventud arroja que «la familia, los amigos, la calidad del trabajo y el sexo tienen entre ellos prioridad sobre el dinero».

Pese a que los nuevos partidos hacen todo lo posible para atraerlos y movilizarlos, su interés por la política es bastante menor que el de las generaciones anteriores, a no ser que intenten dedicarse a ella. Según Metroscopia, su abstención en las elecciones es un 9 % mayor que la media nacional y 18 puntos menos que lo que superan los 55 años. Lo que suplen con participación en manifestaciones y marchas de protesta. Pero les mueve más la crítica a lo que ven en política que un interés real por ella. Algo que ha reforzado la decepción que han sufrido con la llegada de nuevos partidos, de los que esperaban cambios que no se han producido. Repito: estoy hablando de los jóvenes occidentales. La juventud en el resto del mundo sigue la línea de sus países y de sus mayores, donde la ley de vida es sobrevivir como se pueda. El mejor ejemplo de ello son los jóvenes

árabes, que, según la encuesta de Burson-Marteller, son tan machistas como sus mayores y quieren controlar a sus esposas como sus padres, desde cómo visten hasta sus amistades, pasando por el uso del móvil o, resumiendo, que las prefieren en casa. Pero eso posiblemente tenga más que ver con la religión que con la civilización, que en su caso se confunden y, trae, entre otras muchas cosas, la dificultad de combatir el ISIS o Estado Islámico, basado en la obediencia estricta al Corán, que otorga a los hombres bastantes más derechos que a las mujeres. Lo confirma el hecho de que, en la citada encuesta, las jóvenes árabes sean mucho más abiertas que sus madres o abuelas. En ellos, en cambio, se nota un mayor radicalismo —y esta es una observación por mi parte—, como demuestra que bastantes de ellos, nacidos y criados en países occidentales, se alisten a la yihad o guerra santa, para cometer los mayores crímenes como terroristas o verdugos para, entre otras cosas, defender esos privilegios. Lo confirma también, en sentido inverso, lo que ocurre con las niñas saharauis acogidas por familias españolas para evitarles las penalidades y carencias que padecen en los campamentos de refugiados de Tinduf, Argelia, donde vive su pueblo. Tras varios años viviendo y estudiando en España, cuando van a pasar las vacaciones con sus familias, a algunas de ellas sus padres no las dejan regresar por considerar que han adquirido hábitos no tolerados por su religión y costumbres. Ellas quieren volver y piden a sus familias de acogida que las reclamen, y estas presionan al gobierno español para que presione al argelino y conseguirlo, creándose un conflicto diplomático bastante desagradable. El Polisario niega los hechos o los reduce a «problemas familiares». Aunque también hay jóvenes mahometanas nacidas en España que se radicalizan y hacen proselitismo por el ISIS, llegando incluso a unirse a él en la guerra que sostiene en Siria. Una muestra de lo complejo que es aquel conflicto y la dificultad de encontrarle solución.

Visto desde la plataforma de quienes vamos camino de los 90 años, las nuevas generaciones occidentales no lo tienen peor que quienes nos enfrentábamos a la vida hacia 1950. Incluso tenemos muchas cosas en común: encontrar un empleo bien pagado es, y era, difícilísimo. Salir al extranjero en su búsqueda era, y es, una solución (entonces, sin haber hecho una carrera, hoy con carrera y doctorado). El desinterés por la política también es parecido, como la pasión por el fútbol. Nos ganan, sin embargo, en algunas cosas importantes, y dejo aparte la comida por obvio, ya que en España las cartillas de racionamiento duraron hasta 1952 y las libertades políticas tardaron bastante más, sino a las libertades personales. Estar en casa a la 10 de la noche, cuando sonaba el clarín del «parte» de Radio Nacional, era imperativo. Ver un partido de fútbol que no fuese del equipo local, imposible, había que contentarse con escucharlo por radio, los que la tenían. Viajar, lo mismo. La inmensa mayoría pasaba sus vacaciones allí donde vivía. Y al extranjero, ni siquiera se planteaba, pues entraba en el terreno de los sueños. Mientras hoy, nuestros jóvenes se cogen el saco de dormir y la mochila y se van al Tíbet como nosotros íbamos a la fiesta del pueblo de al lado.

Aunque la mayor diferencia está en ese terreno tan importante a esa edad (y a todas) que es el sexo. Entonces, arrancar un beso a una chica era una hazaña. Hoy, oigo a chicas decir que hacen lo que les pide su noviete «porque si no, se va con otra». No

estoy diciendo que sea un adelanto, constato una realidad y, desde luego, ya nos hubiera gustado a nosotros tener las oportunidades que tienen hoy los jóvenes en el terreno sexual. Claro, que luego leo en una revista para mujeres que «según un estudio hecho en el Reino Unido, los adultos practican hoy menos sexo que hace veinte años». La razón es precisamente que las posibilidades se han ampliado debido no solo a la liberalización de las costumbres, sino también a las que ofrecen las redes sociales, que tanto hombres como mujeres nos hemos hecho mucho más selectivos y punitivos, exigiendo por lo menos el 95 % del requerimiento a nuestra potencial pareja, lo que hace que «los millennials tengan menos sexo que sus padres». Aunque tengo entendido que también hay sexo por Internet. Algo que a nosotros nos hubiese parecido aún más difícil que ver un partido del Madrid y el Barça en una pantalla.

Para resumir: la «guerra de generaciones» no me parece tan inminente como la de civilizaciones, ya en marcha. Desde luego, puede haber las naturales tensiones con los padres, pero con los abuelos nunca. Entre otras cosas, porque buena parte de ellos han sido criados por sus abuelos, al trabajar ambos progenitores. Lo que ha establecido un lazo de complicidad con ambos, comprando el abuelo al nieto la moto o dándole el dinerillo para sus gastos que sus padres no pueden darle. Es verdad que les han consentido más cosas, pero les ha hecho también más tolerantes y escépticos excepto, repito, a los que se dedican a la política, que han hecho de la indignación su bandera. El resto, en cambio, adopta una actitud más distante ante las calamidades que afligen. Luego les hablaré de la ultimísima generación, denominada Z, bastante distinta de la anterior en actitud y posibilidades.

Lo que me congratula y confirma que el progreso sigue los más extraños caminos e incluso, como los ríos, tiene que volver atrás para bordear un gran obstáculo hasta el mar.

Toda generación es, a la vez, un puente y una trinchera entre la anterior y la posterior; se rebela contra la que le precede y se defiende de la que le sigue. La herencia recibida y el legado a trasmitir luchan en ella para tejer su puesto en la historia. Lo malo es que la aceleración de los acontecimientos dificulta su papel de bisagra de la misma. El presente es un difícil equilibrio entre el pasado y el futuro. No es casualidad que los disturbios callejeros estén protagonizados mayoritariamente por jóvenes y jubilados de ambos sexos.

LO QUE HAY Y NO HAY QUE HACER

Me temo que, llegado a este punto, bastantes de mis lectores se preguntan: «¿Pero qué está escribiendo este hombre? Nos había prometido un manual para mejorar la calidad de la vida en los ultimísimos años, y nos sale con un discurso sobre las calamidades del mundo, que conocemos de sobra». Pido perdón por ello, y me apresuro a dar fidelidad al título del libro, empezando, a la luz de mi experiencia, por lo que no hay que hacer de ninguna de las maneras.

De entrada, ir por la vida como hacíamos antes. Hay que dejar a un lado las prisas. Pese al poco tiempo que nos queda, hay que olvidarse del reloj (el móvil mejor que hayamos prescindido de él), y contemplar el panorama que nos rodea desde la lejanía de nuestros años, que es desde donde se tiene mejor perspectiva. Ya no tenemos un horario que cumplir, ni un jefe encima, ni otras obligaciones que las que marca la ley, las buenas costumbres, las que nos haya marcado nuestro médico y las que nosotros mismos nos impongamos. Adiós prisas, que si durante nuestra etapa laboral fueron la causa de nuestros mayores fracasos, en esta redoblan su peligrosidad. Hablo por experiencia. Bajar apresurado las escaleras del metro una lluviosa tarde invernal, con los escalones cubiertos de hojas, sin agarrarme a la barandilla, me valió un resbalón que dio conmigo en la dura piedra del rellano inferior y la rotura de los ligamentos de la rodilla izquierda. Me operaron aquella misma noche y gracias a los traumatólogos de La Paz ando hoy como antes, pero me costó casi tres meses de inmovilidad. Menos mal que mi trabajo lo hago con las manos (y se supone la mente), porque de tener que hacerlo en buena parte con los pies, como en mis tiempos de corresponsal, no sé qué habría sido de mí. Pero a lo que iba: las barandillas tienen que convertirse en nuestras mejores compañeras, aparte de la que hayamos elegido (o ellas a nosotros) y nunca debemos subir o bajar, sobre todo bajar, sin habernos asido firmemente a ellas. Ya no tenemos ni la fuerza, ni los reflejos, ni la estabilidad de antes y necesitamos ayuda. Por lo que se recomienda también, al subir, pisar con toda la planta del pie, hasta el talón, en vez de con solo la punta, como hacíamos antes, para no perder el equilibrio, ya que de caer hacia atrás, podemos desnucarnos.

Esta es la primera recomendación. La segunda, que se acabó lo de cruzar la calle por el primer sitio que veamos. Hay que hacerlo por los pasos de cebra y con luz verde, no solo por dar buen ejemplo a los críos alrededor, sino por autopreservación. Aunque no hayamos visto venir ningún coche, puede presentarse uno de repente por no haberlo

visto, salir de un garaje o doblar una esquina. Y tampoco tenemos la agilidad de antes para esquivarlos. O sea que aquello de torearlos, como hacíamos en la juventud e incluso madurez, hay olvidarlo. Recomendaría, además, ir atento a los baches en las aceras, en estado bastante lamentable por lo general, que pueden dar con nosotros en el suelo con consecuencias varias, según haya sido el golpe. En esto no tengo experiencia, pero sí la de algún familiar o conocido. Aunque sin perder de vista a los peatones que vienen en dirección contraria, bastantes de ellos absortos en el móvil, con el consiguiente choque de rigor, no tan peligroso como con un coche, pero también arriesgado y siempre embarazoso. Eso por lo que respecta al exterior.

Dentro de casa, no creamos estar a salvo de peligros. De hecho, las estadísticas arrojan que la mayoría de los accidentes son domésticos, figurando los baños y cocinas como los lugares más peligrosos. En estas últimas hay que tener cuidado con cuchillos y otros instrumentos cortantes o punzantes. Abrir latas o botellas puede producir cortes inesperados, y mejor encomendárselo a alguien más joven, si lo hay; en otro caso, hacerlo con la máxima prudencia o con instrumentos especiales. Ni que decir tiene que la energía que se use para cocinar hay que manejarla con suma atención. «A mí siempre se me va la leche cuando mi mujer me encarga que la vigile —me contaba un amigo, aunque añadía, no sé si como explicación o disculpa—. Claro que suelo estar leyendo algo». Bueno, pues la lectura en cualquier sitio menos en la cocina.

Pero es el baño el lugar de las mayores desgracias, que incluyen caídas de todos los tipos y consecuencias. Las clásicas bañeras ofrecen, a estas alturas de la vida, el difícil obstáculo a salvar de su pared exterior, por lo que se recomienda sustituirla por una ducha. Pero también en esta hay que andarse con mucho cuidado, sobre todo si se ha elegido el último modelo, con unas llaves tan sofisticadas que exigen haber hecho un curso de ingeniería, y a la mínima salimos helados o escaldados, por lo que se recomienda un sistema lo más simple posible. Aunque lo más peligroso es el suelo de la misma. Es absolutamente necesario que sea antideslizante de verdad, pues muchos que se venden como tales, no agarran lo suficiente, y el riesgo de resbalón aparece en cada movimiento que se hace, más, andando el jabón por medio. Con consecuencias que pueden ser serias o incluso graves. Ya fuera de la ducha, es imperativo tan categórico como los de Kant que las toallas estén a mano, de forma de no haya que hacer esfuerzos ni contorsiones para alcanzarlas.

Los dormitorios, lugares dispuestos para descansar, no parecen *a priori* peligrosos, pero al ser también donde solemos vestirnos esconden una trampa, no voy a decir mortal, pero sí peligrosa, que debe evitarse siempre: no ponerse los pantalones a la brava, quiero decir, de pie, introduciendo una pierna tras otra en sus respectivas perneras, porque podemos perder el equilibrio y dar con nuestros huesos en el suelo, Y como ahora la mujeres también los llevan, la advertencia sirve igualmente para ellas. La madre de un amigo se rompió una cadera en la operación, con los daños consiguientes. Debemos hacerlo siempre con algo al lado en que apoyarnos y la mejor forma de ponerse unos pantalones es sentado, en la cama, donde si nos caemos es en ella.

En el resto de la casa tampoco estamos del todo a salvo. Hay que tener cuidado especialmente con las alfombras, usuales en las salas, que tienden a resbalar, sobre todo en parqués encerados, cuando se las pisa. De ahí que conviene «anclarlas» con unas mallas especiales de plástico que se venden para ello.

No entro en los riesgos de la televisión, que también los tiene, pues los abordaré en particular cuando llegue el momento, si llego a él. Ahora sigo con las novedades que nos ofrece un mundo que ya no es el nuestro.

El «todavía puedo», que da título a este libro, no debe llevarnos demasiado lejos en la última etapa de la vida. Hay cosas de antes que «ya no podemos hacer», y si nos empeñamos en hacerlas corremos el peligro de acabar en el hospital o en lugar peor. Nada más lejos de mi ánimo que hacer de moralista, pero el viagra hay que asumirlo con todos sus riesgos.

EJERCICIOS FÍSICOS

Si usted deja su coche en el garaje un par de meses sin moverlo, como me ocurre a mí, tendrá problemas para arrancarlo. Por lo pronto, la batería se habrá descargado y alguno de sus mecanismos habrá dejado de funcionar dado lo informatizados que están. Si eso le ocurre a una máquina, que tiene como máximo mil y pico de piezas, imaginen lo que le sucederá a un organismo como el nuestro, con millones de elementos. Quiero decir, aunque estoy seguro de que lo saben, pero no todos lo practican, que el ejercicio físico es absolutamente necesario para la salud e indispensable para poder funcionar en la última etapa de la vida. Nuestros padres y abuelos no tenían ese problema, pues muchos de ellos hacían bastante ejercicio en su trabajo —¿quién no tiene un antecesor campesino en un país como el nuestro?—, y lo que necesitaban era descanso para recuperarse. Pero la vida moderna, en las ciudades sobre todo, se ha hecho cada vez más sedentaria, excepto en los desplazamientos para ir al trabajo, aunque son muchos los que lo hacen en coche o transporte público, que tampoco resuelve el problema, pues añaden a la inmovilidad, la incomodidad. El ejercicio hay que hacerlo aparte y encontrarán abundantes lugares y manuales para hacerlo solo o acompañado, de un tipo u otro, según les apetezca, pues hay a quien le gusta ir al gimnasio y quien prefiere hacerlo en casa. Lo importante es hacerlo, por lo que me voy a limitar a unas consideraciones generales.

La primera de ellas es que si usted no ha hecho regularmente ejercicio a lo largo de su vida, debe tener mucho cuidado de empezar a hacerlo a estas edades. Es verdad que existen maratones para *seniors*, pero solo deben participar personas que vienen corriendo largas distancias desde hace décadas y, aun así, alguno se ha quedado tieso en el intento. Otro tanto ocurre con los que, ya por receta médica, ya para sentirse mejor o por la causa que sea, inician esta actividad en edades avanzadas. Por lo pronto, someterse a un examen médico que incluya pruebas de resistencia es indispensable. Como informar al monitor del gimnasio de su condición, para que él o ella le diga qué ejercicios debe y no debe hacer.

Si usted viene haciendo ejercicios desde tiempo atrás, lo mejor es que continúe con ellos, eso sí, cada vez más moderados, pero sin faltar un día, sin dejarse engatusar por los exóticos nombres que ponen a las nuevas disciplinas. Personalmente puedo decir que sigo haciendo los mismos ejercicios de gimnasia sueca que aprendí con Ernesto Pons, un campeón de España de salto de altura, en el campo del Español en Sarriá a los 17 años y no me he movido de ahí, solo, como digo, recortando los más exigentes. En casa, desde

luego, pues no me atraen los gimnasios y, menos, las máquinas, empezando por la bicicleta estática, que he sustituido por utensilios domésticos. Pero antes de nada debo hacer una advertencia: es necesario tener siempre a mano algo a lo que agarrarse —silla, mesa o encimera—, pues nuestro sentido del equilibrio ya no es el que era, y siempre corremos el riesgo de caernos, con lo que habríamos hecho un pan como unas tortas, como vulgarmente se dice, y en este caso, corresponde a la realidad.

En el capítulo anterior enumeré los peligros que corremos en nuestra casa, que conviene evitar. Pero también existen en ella lugares para hacer gimnasia personal sin apelar a las máquinas. Los vanos superiores de las puertas, sin ir más lejos, nos ofrecen en sus listones superiores unos puntos de apoyo o referencia para hacer los ejercicios de estiramiento corporal. Sin llegar a colgarse de ellos, naturalmente, ya que pueden desprendérse y arrastrarnos con ellos, sino solo como punto de referencia al que alcanzar. Si resulta demasiado alto, puede servir la balda adecuada de una estantería, también sin agarrarse. Una silla puede servirnos de perfecto acompañante para hacer las flexiones de piernas, con una mano apoyada en su respaldo, que nos dará seguridad, como una puerta cerrada, apoyando las palmas de las manos en ella, para hacer las flexiones de cintura. Como todos ellos están a mano y nos son familiares, esta gimnasia nos resultará mucho más cómoda. La cuestión es moverse, contorsionarse, utilizar articulaciones y ligamentos que generalmente no usamos.

Aunque si queremos de verdad convertir nuestra casa en un gimnasio, lo que tenemos que hacer los hombres es empezar a ocuparnos de las tareas domésticas. Hacer las camas, pasar la aspiradora, limpiar los cristales, meter y sacar los platos del lavavajillas —o, mejor, lavarlos a mano— exigen tantos movimientos, esfuerzos y contorsiones como una sesión de *gym*, aprendiendo, además, el oficio de dueños de casa, que nunca sobra. Algunos maridos modernos empiezan a hacerlo, al menos en parte. No sé si la tendencia se mantendrá o desaparecerá como tantas modas. Lo que sí sé es que, debido a esas labores domésticas, las mujeres llegan a la senectud en mucha mejor forma que los hombres, como las estadísticas y la simple observación visual confirman.

Pero el mejor ejercicio en esta edad es a la vez el más antiguo, barato y seguro: andar. Solo nadar le gana en beneficios, pero nadar exige una serie de requerimientos que no lo ponen siempre a nuestro alcance. Por lo pronto, hay que tener una piscina, cosa que no todos tienen. Las piscinas, además suelen ser al aire libre, lo que las descarta buena parte del año, excepto para quienes viven en lugares tropicales o son unos verdaderos héroes. Por último, ir a ellas, desnudarse, ponerse el bañador, darse la ducha después y regresar a casa consumen un tiempo que la gente normal no tiene disponible. Por no hablar de la aglomeración de nadadores. Mientras andar puede hacerse a cualquier hora, en las inmediaciones de nuestra casa, solo o acompañado, corto o largo, con cualquier tiempo que haga, llevando la ropa adecuada. ¿Por cuánto tiempo? Eso ya depende de cada uno, de sus condiciones físicas y su ánimo, pero dos kilómetros diarios es lo mínimo, aunque si pueden hacerse cuatro o cinco, miel sobre hojuelas. El paso que se lleve también dependerá de cada andador, conviene no hacer altos, a no ser que el cuerpo se lo pida o se trate de largas caminatas. Algunos aprovechan esos altos para hacer flexiones, ya que

al andar se mueven solo determinados músculos. Y resulta obvio decir que el estado del suelo es un elemento a tener siempre en cuenta: si es particularmente malo, como el de algunas aceras urbanas, por lo que conviene llevar la vista puesta en él. Nos perdemos el paisaje, pero siempre será mejor que un tropezón que dé en tierra con nosotros, que es lo que menos necesitamos.

Una variante moderna de andar es el senderismo, ya en plena naturaleza, que proporciona beneficios colaterales como disfrutar de la pureza del aire y de la belleza del paisaje. Pero conviene enterarse bien de las rutas e ir en las primeras excursiones acompañados de personas que las hayan hecho, no vayamos a perdernos, algo que ocurre más veces de las que creemos. Elegir el calzado adecuado es fundamental. Afortunadamente, hoy existe una amplia variedad de zapatos deportivos para escoger.

A lo que ya no me atrevo es a aconsejar hacer el Camino de Santiago, y no porque no tenga encanto, sino porque tiene demasiados: todos los que conozco que lo han hecho, han repetido. No una vez, sino varias; en uno y otro sentido, convirtiéndose en auténtica adicción. Y las adicciones no van conmigo. Pero eso va en gustos. Andar, sin embargo, me encanta y siempre que puedo ir a pie a un sitio, lo hago. Lástima que no pueda ir a todas partes.

El ejercicio físico es absolutamente necesario en esta edad para no fosilizarse en vida. Pero no menos necesario es hacerlo en la medida de nuestras fuerzas y del estado de nuestro organismo, que sufre la natural «fatiga de materiales». El límite nos lo impondrá el dolor al hacerlo.

GIMNASIA MENTAL

Si el ejercicio físico es necesario para mantener nuestro cuerpo operativo a estas alturas, o profundidades, de la vida, el ejercicio mental es perentorio para funcionar como la persona racional y responsable que somos. El cerebro, a fin de cuentas, es un órgano como los demás, solo que más complejo y desconocido, aunque sabemos el peligro que le y nos acecha: la muerte en vida, la pérdida de la memoria y de la capacidad de razonar, que nos distingue del resto de los seres vivos, a quienes mueve solo el instinto. Al alzhéimer aún no se le ha encontrado cura, ni siquiera diagnóstico previo, pese a haberse redoblado los estudios sobre él. Sabemos tan solo que puede estar relacionado con los genes, aunque abundan los casos en que solo uno de la familia lo padece. Como prevención, de momento, solo nos dan el ejercicio mental, que mantenga las neuronas activas, en vez de deshilacharse y ser incapaces de intercomunicarse, como les ocurre a quienes lo padecen. Cuanto antes, mejor, y no dejarlo a lo largo de la vida. Resulta que aquellas horas de cálculo mental a la que nos sometían los antiguos maestros de primaria —«¿5 más 4?», «9»; «¿10 por 6?», «60»; ¿60 dividido entre 4?», «15», y así sucesivamente—, era una magnífica gimnasia para nuestra mente. Los críos de hoy no lo necesitan, les basta buscarlo en el móvil. Ellos se lo pierden.

Pese a que en los últimos tiempos se han multiplicado los estudios sobre el cerebro, llevan un considerable retraso respecto a los de los otros órganos, por varias razones. La primera, que está protegido por una dura coraza, el cráneo, que hay que perforar para acceder a él, a diferencia del hígado, los riñones o el mismo corazón, y terminando por la complejidad de sus funciones y el mecanismo de las mismas. De ahí que su deterioro se viniera atribuyendo a causas naturales, y por tanto inevitables, lo que hasta cierto punto es verdad, como demuestra que se conociera con el nombre genérico de «demencia senil» que se daba casi por descontado a partir de una determinada edad. Un error, ya que hay personas de mucha edad con la mente tan lúcida, o más, que los jóvenes. Ha sido el aumento de la media de vida, paralelo al número de dichos pacientes, lo que ha atraído una mayor atención sobre esta enfermedad, que no distingue entre sexos, países, situación económica ni rango social, con cátedras, laboratorios e instituciones dedicadas a su investigación.

De momento, como decía, no ha podido encontrársele remedio ni, menos, una vacuna contra ella. Que empiece de una forma muy traidora —lapsus de memoria, confusión de conceptos—, síntomas que pueden deberse a periodos de tensión, angustia o,

sencillamente, desinterés, hace que cuando ataca de verdad ya sea demasiado tarde. En espera de remedios más eficaces, lo único que cabe es la prevención, a base de intensificar el trabajo mental conforme se aumenta en años. Es famosa la anécdota del profesor de una universidad californiana al que, en la cena de despedida que le dieron sus colegas con motivo de la jubilación, uno de ellos le preguntó qué iba a hacer.

—Estudiar japonés —contestó.

Tras la sorpresa, llegó otra pregunta.

—¿Para seguir las investigaciones que allí se hacen en su materia?

—No, no —respondió el recién jubilado—. Porque es muy difícil.

«Más difícil todavía» debería ser la consigna de la actividad mental en estos últimos años. Cuando lo que suele ocurrir es justo lo contrario: que se tiende a dejar «descansar» la mente, tras tantos años de actividad. No estoy sugiriendo el estudio del japonés, ni del inglés siquiera, pero el de una lengua más próxima a la nuestra, el francés, el italiano, el portugués, podría sernos de gran utilidad cuando visitásemos esos países, aparte de sentar muy bien a nuestras neuronas. Y aquí van a permitirme una sugerencia con connotaciones más patrióticas que políticas: ¿por qué no el catalán, el gallego, el vasco incluso, que son también lenguas nacionales en nuestro país? Aparte de hacernos un favor, se lo haríamos a España, ya que las lenguas unen, no separan, como piensan y practican los nacionalistas.

El problema es siempre que llegamos «demasiado hechos» a estas alturas de la vida, e iniciar algo tan complejo como aprender un nuevo idioma tal vez sea demasiado para nuestras mentes. Pero hay numerosas otras actividades que sirven para igual propósito. Los «pasatiempos» y juegos de palabras que traen todos los periódicos son excelentes ejercicios para agilizar la mente. Ya hay estudios médicos que lo confirman. Uno reciente, realizado por expertos de la Facultad de Medicina de la Universidad británica de Exeter, presentado en la última Conferencia Internacional sobre el alzhéimer, constata que «las personas mayores que hacen con regularidad crucigramas, sopas de letras, sudokus y otros pasatiempos de palabras encadenadas tienen un cerebro diez años más joven que lo que corresponde a su edad». Los participantes, todos ellos personas sanas a partir de 50 años, demostraron ser mejores en tareas relacionadas con la atención, el razonamiento y la memoria. Una importante diferencia, que si se debiera a un medicamento lo convertiría en el más recetado contra este mal.

También los juegos de azar, entre los que no incluyo la ruleta o las apuestas por razones obvias, sino los clásicos, las cartas, el dominó, las damas, el *backgammon*, por no hablar del ajedrez, el «deporte de reyes» o «rey de los deportes», cuya complejidad es tal que requiere mentes de alta matemática para destacar en él. Cuentan de Unamuno que, habiendo oído hablar de un labrador de Salamanca con fama de listo pese a ser analfabeto, quiso conocerlo y se desplazó a su aldea para comprobarlo.

—¿Quién es para usted el hombre más inteligente que haya habido? —le preguntó el rector de la universidad pacense al paisano.

Este, tras pensárselo un buen rato, respondió.

—El que inventó la baraja.

Con lo que Unamuno terminó el interrogatorio. La anécdota no incluye la explicación, pero imagino que un vasco como él, buen conocedor de su pueblo y de las costumbres del mismo, sabría que la baraja proporcionaba por aquellos tiempos el mayor entretenimiento a las comunidades rurales. La brisca, el tute, el siete y medio, que se jugaban en las casas y tabernas en las horas de asueto, ya individual, ya en parejas, cuando no había televisión, ni radio, ni coches, por no hablar de Internet ni ordenadores, eran una de las bases de la vida social en las mismas. Exigiendo una actividad mental enorme, tanto en el cálculo como en la rapidez, pues todos esos juegos se basan en adivinar las cartas que tiene el contrario según vayan jugando las que tienen. O en engañarle, haciéndole creer las que no tienes. Algo parecido ocurre con otro de los juegos más extendido y tradicional, no solo en los pueblos, sino en los bares de las capitales, el dominó, cuyo arraigo es tan fuerte que todos los juegos electrónicos no han conseguido desterrarlo, aunque tal vez las nuevas generaciones lo echen al desván de la historia. Pero que, junto al resto de los juegos tradicionales, han servido no solo para entretenér a amplios círculos de la población en la era predigital, sino también para mantener activas sus mentes hasta en las edades más avanzadas, no hay la menor duda. Un papel y un mérito que no se les ha reconocido como se merecen.

Pero del mismo modo que el andar es el ejercicio más sencillo y recomendable para mantener nuestro organismo en forma, la lectura viene a ser lo mismo para mantener en forma nuestra mente. Piensen en lo que consiste: en convertir unos signos gráficos, letras y palabras, en conceptos, estos conceptos en ideas, y relacionar esas ideas para darles el sentido que el autor quiso darles. Gimnasia mental, no importa lo que se lea, sea un tebeo, un periódico deportivo o una novela de James Joyce. El caso es leer. Un hábito que, como la mayoría de ellos, solo se adquiere desde la infancia y debería mantenerse hasta el último día de nuestra vida, no solo porque nos enriquece culturalmente, sino también por sus virtudes curativas o, mejor dicho, de mantenimiento intelectual. Si esa lectura es en un idioma extranjero, mejor que mejor, ya que nuestras neuronas tienen que realizar un trabajo doble: primero entender lo que se está leyendo en un idioma que no es el nuestro, luego, transformarlo, inconscientemente a los conceptos del materno. Si le añadimos el buscar la equivalencia entre ambos, mejor que mejor. Pero tampoco hay que pedir demasiado a nuestro desgastado organismo y con dos horas diarias, o una, de lectura placentera en nuestro idioma nos refrescamos mentalmente con los pensamientos de otro. Aparte de que el libro, aún más que el perro, es el mejor amigo del hombre. Nos ofrece la oportunidad de vivir la vida y pensamientos de otro, la de viajar por lugares remotos, la de aprender cosas que nunca habríamos pensado. Esperando siempre que los abras y no reprochándonos si los abandonamos por más o menos tiempo. Incluso es decorativo: una pared rellena de cantos de libros es más vistosa que el mejor de los tapices. Aparte de crear hábito. Quien gusta de la lectura seguirá con ella hasta la muerte. Leer, lo que sea, antes de dormir es una costumbre tan arraigada en mí que me cuesta conciliar el sueño, por cansado que esté, si no he leído algo. Uno de los mayores problemas en mis correrías como corresponsal fue encontrarme en cualquier motel norteamericano sin lectura. Causa de que haya leído pasajes de la Biblia que no falta en

la mesilla de noche. Y, desde luego, cuando entro en una casa donde no hay libros de cualquier clase, me digo: «Aquí no voy a durar mucho».

Contra lo que conviene advertir es de los efectos perniciosos de la televisión en este terreno. La televisión no es solo «la mayor productora de grasa personal en los norteamericanos», como reza un anuncio de aquellas autoridades sanitarias, sino también la causante del envejecimiento prematuro de sus circuitos neuronales. ¿Por qué? Pues porque la televisión se ve, se absorbe sin el proceso intelectual que he descrito antes, privando al espectador del ejercicio que requiere la lectura. En Estados Unidos se ha creado un término, *potato-coach*, «patatas de sillón», para designar a las personas que se plantan ante un televisor y se pasan horas viendo los más distintos canales, consumiendo *junk-food*, comida basura, que puede ser lo peor de todo.

El cerebro, el órgano más importante de nuestro organismo, al ser el que nos da la facultad que nos convierte en humanos, es el que menos cuidamos, al darla por sobreentendida. Solo cuando la perdemos por una causa u otra, nos damos cuenta de su valor. Suele decirse: «Quien tiene una buena mente, tiene un reino», pues nada hay tan maravilloso como razonar, imaginar, debatir, recordar y tantas otras funciones que tiene ese conjunto de células radiales en nuestro cerebro. Es verdad que de ellas salen también las ideas y acciones más terribles. Pero también las más geniales, bellas y provechosas. Cuanta atención le prestemos, será poca.

JUBILADOS

Decía Álvaro de la Iglesia que los niños se dividían en aquellos a los que les gustaba la nata y los que la aborrecían. Podría también decirse que los muy mayores pueden dividirse en a los que les gusta la jubilación y los que la aborrecen, aunque advierto que hablar de jubilación en general son ganas de equivocarse, pues no hay normas en ella, al haber tantas jubilaciones como jubilados. Mientras los niños, posiblemente por no haber desarrollado todavía su personalidad definitiva, mantienen características comunes dentro de sus diferencias físicas y psicológicas, cuando uno se jubila tiene un carácter tan marcado que se halla a millones de años luz de sus coetáneos.

Aun así, los dos grupos apuntados, los satisfechos de su nuevo estado y los insatisfechos con él, ofrecen una división puede que más marcada que la tendencia política, la situación económica o el equipo del que son seguidores. Es decir, total. Por lo que vale la pena ahondar en ello en un libro dirigido a los mismos, aunque abierto a todas las edades, ya que, en mejor o peor estado, todos llegamos a la jubilación, y el que no llega, malo.

Mi experiencia personal, tanto conmigo mismo como con los muchos jubilados con quienes he tenido contactos tras haber escrito tres libros sobre esta etapa de la vida, es que se da una curiosa peculiaridad en ella: para aquellos que han tenido éxito en la vida, entendiendo por éxito fama, situación económica, rango social y poder de un tipo u otro, la jubilación es un duro trago, que en casos extremos amargará sus últimos años, así como los de las personas que le rodean. Mientras aquellos que han pasado por la vida sin hacer nada destacado —aunque sobrevivir, sacar adelante una familia, no tener otras faltas que alguna multa de tráfico ni otros rivales que algún vecino ruidoso sea ya una heroicidad—, la jubilación representa una liberación, el comienzo de otra vida, en la que somos, por primera vez, dueños de ella, ya que la vida se compone de tiempo y, por primera vez, podemos hacer con él lo que nos da la gana. Esta muy diferente actitud es explicable porque en el primer caso, jubilarse significa bajar un escalón, o varios, mientras en el segundo, significa subirlos. Voy a explicárselo con algunos ejemplos, vividos todos ellos, que es la mejor forma de avalar lo que decimos.

«Mire usted, señor Carrascal —me decía una carta con el remite de Badajoz—. Esas alabanzas que hace usted en su libro sobre la jubilación estarán muy bien para algunos. Pero yo, antes de pasar a la reserva, mandaba un regimiento y ahora tengo que ir todas las mañanas a comprar el pan». También me tocó al lado en la cena, tras una conferencia

que di sobre el tema en uno de los archipiélagos, el que había sido hasta entonces presidente del Tribunal Superior de la Comunidad. Ya en los postres, con la suavidad y compostura que se supone en un alto magistrado, me informó del vacío que había sentido al dejar de decidir sobre la vida y haciendas del resto de los ciudadanos. «Es como —fueron sus palabras— si de repente me hubiera convertido en una sombra, que nada tiene que decir ni hacer, de quien los demás pasan al lado sin verlo». En el otro espectro social, cuando el final de una conferencia se acercaba gente a saludarme o intercambiar algunas palabras, notaba que aquellos con las manos duras y rugosas, que denotaban el haber ejercido un trabajo manual, me decían casi inviablemente: «Tiene usted toda la razón del mundo. Jubilarse es una liberación. Ojalá lo hubiera hecho antes, pero había que ayudar a los chicos, que por suerte han salido adelante. Ahora tiene uno todo el tiempo que quiera para lo que quiera. ¡No se puede imaginar usted los viajes que nos estamos dando mi mujer y yo con el Imserso, a lugares donde no habíamos estado nunca!».

Como el segundo grupo es mucho más numeroso que el primero, he llegado a la conclusión de que, contra lo que generalmente se cree, existe justicia en este mundo y en esta vida, si bien al final de ella, pero antes de dejarla. Aunque sea eso que llaman solo «justicia poética», es decir, más ficticia que real. Pero a la luz de esos testimonios resulta que bastante real. Al menos la actitud de los jubilados «silenciosos», los que no hablan alto ni de los que no se habla, es infinitamente más positiva que la del mucho más reducido grupo que ha acaparado renombre, posición económica y predicamento social en su vida activa. De lo que deberíamos congratularnos.

Del grupo mayoritario no hay que preocuparse —la única preocupación es si seguirán recibiendo íntegras sus pensiones—, ya que se las arreglan la mar de bien con sus juegos de petanca, sus partidas de cartas o dominó y sus viajes del Imserso. El minoritario, en cambio, es preocupante, pues aunque son una reducida minoría, han sido gente importante y sería una lástima que desperdiciaran su experiencia y valía en amargor y resentimiento, malos consejeros, que pueden volverse contra ellos y contra los demás. Basta ver lo que ha ocurrido a los expresidentes de Gobierno. «Jarrones chinos» los ha llamado uno de ellos, Felipe González, por lo grandes y no saber dónde ponerlos. Lo malo es si pretenden seguir haciéndolo, en cuyo caso, estorban. Lo que puede explicar el malhumor permanente que transpiran algunos de ellos.

Lo que puedo ofrecerles al respecto no sé si les servirá, pues cada caso es aún más distinto que entre los simples jubilados, dependiendo más que nada de su carácter, del que depende la capacidad de adaptación, y de saltar por encima de su propia sombra, algo que poseen pocas personas. Se trata de asumir que una etapa de la vida se ha acabado, por lo que ni siquiera vale la pena intentar continuarla, ya que el fracaso es seguro, al encontrar todo tipo de obstáculos, empezando por el de quienes han ocupado el puesto que tenían. De hecho, recomiendo, y esto es ya general, ni siquiera acercarse al antiguo lugar de trabajo. Pero seguir activo, eso sí, aunque solo sea para no «oxidarse» física y mentalmente, como he insistido en anteriores capítulos. Ahora bien, esa actividad tiene que ser completamente distinta a la que antes se tenía. Ya no está uno, o una, en la

lucha diaria. Ya no puede pretender decidir lo que debe y no debe hacerse. Tiene que tener encendidas las «luces largas» para ver más allá de los acontecimientos que se están produciendo, para intentar predecir cuáles serán sus consecuencias, a la luz de su experiencia. O sea, una «reserva activa», en el terreno al que se ha dedicado la vida, anteponiendo la «reserva» a la «actividad», que debe dejarse a los que están en la batalla del día a día. No enfadándose si no nos escuchan, tal vez por no tener tiempo o por saber del asunto más que nosotros, porque no es a ellos a quienes debemos dirigirnos, sino a los que están todavía formándose para convertirse en profesionales de la actividad a la que hemos consagrado nuestra vida, por si pudieran aprovechar nuestra experiencia. Y si no lo hacen, allá ellos. He visto este tipo de actividad «poslaboral» especialmente en las academias militares, donde coroneles y capitanes de navío en la reserva activa están haciendo una gran labor no como profesores, sino como consejeros de los futuros oficiales, que, como todos los jóvenes, necesitan toda la instrucción que reciban, y más, para enfrentarse con el mundo polivalente que acabamos de estrenar.

En el campo civil, también he visto a bastante «ex» en productiva actividad, con resultados excelentes en algunos casos, y fracasos estrepitosos en otros, debidos en la mayoría de los casos al error del jubilado, que no se limita a su nuevo papel e intenta invadir el de quienes asumen ahora la dirección y responsabilidad de la corporación o de lo que sea. De ahí que la mejor salida para este tipo de profesionales es crear su propia firma de asesoramiento, donde demostrará, al convertirse en empresario, si sirve o no para ello. No hay aún estudios, al menos yo no he dado con ellos, sobre el éxito y fracaso de estos empresarios, aunque imagino que serán mitad y mitad.

Donde los fracasos superan con mucho a los éxitos es en el terreno de convertirse en «*free-agents*», como llaman los norteamericanos a los que deciden trabajar para sí mismos, en la política. Tal vez porque en ella, al menos en España, el político piensa que haber ganado unas elecciones le da un derecho prácticamente omnímodo sobre la forma de gobernar. Grave error, si ocurre en una verdadera democracia. El político jubilado está realmente *off-side*, «orsay» como decíamos en mi infancia, fuera de juego.

Pero ese es otro asunto, en el que no quisiera meterme salvo si no hay más remedio, y continúo con las posibilidades que tiene ante sí el jubilado incluso solo consigo mismo.

Jubilación no significa quedar por completo excluido de las actividades profesionales que se desarrollaban en la vida activa. Pueden continuar desarrollándose, pero en un papel completamente distinto: no como protagonista, sino como consejero o mentor. Y aun así sin «sentar cátedra», sin enfadarse si no le hacen caso.

VIVIR EN SUBJUNTIVO

Cuando me enteré de que solo conocemos el 5 % de la materia del universo me llevé una sorpresa de órdago, seguida del susto consiguiente, pues ¿dónde está el 95 % restante? Se le conoce como «materia oscura», aunque debería llamarse «materia invisible» ya que no la vemos, solo suponemos que está compuesta por partículas, como algunas de ellas ya detectadas que atraviesan constantemente nuestro organismo sin que nos demos cuenta, pero solo aparecen en las fórmulas matemáticas con las que los investigadores del cosmos tratan de averiguar las leyes y sustancias del mismo. Aunque, como me confesaba uno de esos investigadores, José Manuel Orza, compañero de bachillerato, por desgracia ya muerto, con la sonrisa angelical que nunca le abandonaba pese a los años: «Estamos solo en el principio del comienzo, pese a los importantes avances hechos en los últimos años. Lo malo es que cuanto más avanzamos, más incógnitas surgen».

Si a la «materia oscura» se le añade la «energía oscura», que según esas ecuaciones también debe existir en igual proporción, el misterio para el lego se hace total. Se supone que son la causa de que el universo se expanda a una velocidad cada vez mayor, según han detectado los más modernos telescopios —que funcionan electrónica, no ópticamente—, pero esa expansión, ¿continuará eternamente o llegará un momento que se detendrá, para colapsarse sobre sí misma, como ocurre con algunas estrellas, que terminan en «agujeros negros»? Más difícil todavía: ¿existen otros universos paralelos al nuestro o contiguos al nuestro que, por regirse por leyes totalmente distintas, somos incapaces de percibir? Como ven —mejor dicho, como no ven, pero tenemos que creer, como la fe religiosa—, la realidad nos plantea escenarios mucho más fantásticos que los de cualquier película de horror o fantasía.

Si traigo aquí estas nociones elementales de cosmología es por estar estrechamente relacionadas con la última etapa de la vida. Un fenómeno que he bautizado con el nombre de «pretérito pluscuamperfecto de subjuntivo», tomado del tiempo gramatical de los verbos. El modo subjuntivo, como saben, se usa para designar acciones deseadas, ansiadas, temidas, imaginadas, con pocas o nulas posibilidades de realizarse, a diferencia del indicativo, que usamos para referirnos a aquellas realidades del pasado, presente o futuro ancladas en la realidad. En la escuela nos enseñaban que para saber el presente de subjuntivo de cualquier verbo, incluidos los irregulares, solo teníamos que anteponerle la palabra «¡Ojalá!» para que acudiese como por arte de magia a nuestros labios. «¡Ojalá mañana haga sol! ¡Ojalá los Reyes me traigan un balón! ¡Ojalá no descubran que fui yo

quien rompió el cristal». Ojalá es un abracadabra, aunque al pronunciarlo no nos demos cuenta de que estamos haciendo una plegaria islámica, al venir de *Wa-da Alláh*, «Alá lo quiera», el «Dios quiera» castellano.

Pero si el presente de subjuntivo entra dentro de nuestra vida cotidiana, que está llena de deseos y temores, el pretérito, sobre todo el pluscuamperfecto, es más propio de esta última etapa, en la que los recuerdos son los protagonistas y lo que pudo ser pero no fue los tiñe de nostalgia. ¿Qué hubiera pasado si hubiese aceptado aquella oferta que me hicieron y no acepté? ¿O de no asistir a aquella fiesta en la que conocí a la chica que terminó siendo mi mujer? ¿O si en vez de irme al extranjero me hubiera quedado en España? Ese afán de reconstruir el pasado, de vivir otras vidas distintas a la que hemos tenido, de ser más de lo que somos, pienso que es «patrimonio de la humanidad», como se dice ahora de cualquier cosa, e indica el ansia de omnipresencia, omnipotencia y eternidad que anida en cada hombre —¿mujer también? No lo sé— para emular a su Creador. En cualquier caso, es uno de los entretenimientos favoritos cuando uno se acerca al fin de la única vida que hemos tenido. Una aventura imaginaria, a partir de un hecho clave en su existencia, de una de esas encrucijadas que, de haber tomado un camino u otro, decidiría lo que iba a ser o a hacer en el resto de ella. Para terminar siempre del mismo modo: sin saber cómo habría acabado, al complicarse cada vez más la cosa, creándonos más confusión de la que ya tenemos.

Quiero decir con ello que el pretérito pluscuamperfecto de subjuntivo puede servirnos para reconocer los errores que cometimos en el pasado —«Si no hubiese hecho aquella inversión, no hubiera perdido tanto dinero». «Si hubiera seguido el consejo que me dio aquel amigo, hubiese logrado el puesto que buscaba»—, lo que siempre es bueno e incluso terapéutico, pero no iremos mucho más allá de ello. Y no iremos mucho más allá por una simple ley universal: si se altera un solo hecho de lo ocurrido, por insignificante que sea, se altera todo lo demás, como advierte el refrán del aleteo de la mariposa en China que pudo producir la Era Glacial en Europa. Lo que quiere decir que si cambiamos una sola de las miles o millones de decisiones que hemos tomado en el pasado, cambiamos toda nuestra vida hasta el momento presente. Nada de lo que ocurriría luego iba a ser lo mismo, por lo que habríamos borrado de un plumazo las alegrías, los éxitos, las satisfacciones posteriores. Y ¿estamos dispuestos a ello? Imagino que solo aquellos para quienes la vida ha sido un auténtico calvario lo aceptarían. Los demás, estamos más o menos satisfechos con ella, aunque solo sea por ser nuestra. Para resumir: el pretérito pluscuamperfecto de subjuntivo, como excursión imaginaria, está muy bien e incluso, como parte de la confesión íntima que explique al principio de este libro, puede servirnos de alivio. Pero como norma de vida, no sirve. Incluso en esta etapa hay que vivir en el presente y en indicativo, que es la única forma de vivir. Lo que no quita valor a ese modo verbal, herramienta indispensable para dar satisfacción a nuestras ansias.

El subjuntivo tiene, además, una función estética de la que carece el indicativo que, por estar pegado a la realidad, es bastante feo la mayoría de las veces. Mientras el subjuntivo, ya sea por el mero alargamiento de los sintagmas, posee una cadencia majestuosa. Sobre todo en sus formas compuestas, con el «hubiera» o «hubiese» delante

del participio. Otro amigo, también muerto por desgracia, se enamoró del idioma alemán, que, como saben, coloca todos los verbos al final de la oración, porque le permitía encadenar hasta cuatro sintagmas verbales, lo que sonaba en su bien modulada voz como un arpegio de Bach.

Y no les digo nada del futuro de subjuntivo, ya apenas utilizado, pero en el que el cambio de una vocal le hace aún más sonoro. «Amare, viere, sintiere» suena como música de las esferas, celestial, y es una lástima que se haya perdido en el lenguaje corriente. Pero no cabe en los ciento cuarenta caracteres exigidos. El progreso tiene también sus desventajas. Además, ¿quién es el valiente que se atreve a expresar un deseo, un ansia, un temor futuro si no somos capaces de descifrar los del presente?

El modo subjuntivo, que expresa ansias, deseos o temores, se adapta a la última etapa de la vida mejor que el indicativo, que expresa la realidad. Pero conviene no olvidar este. Todavía estamos vivos.

NUESTRO TIEMPO

Una de las preguntas que nos asaltan en las postrimerías de la vida es si hemos tenido suerte con la época que nos tocó vivir. Pregunta, como todas las genéricas, ingenua pues depende de tantos factores que admite muy diversas respuestas. No era lo mismo ser siervo en la Edad Media que noble, con derecho de pernada sobre la recién desposada de un vasallo (aunque mis amigos historiadores me advierten que, en la mayoría de los casos, se reducía al roce de las zonas orogénicas, ambos vestidos), ni, sin ir tan lejos, haber tenido coche cuando casi nadie lo tenía, que debía ser una gozada, que tenerlo hoy, que puede resultar un engorro. Lo que no impide que sigamos haciéndonos la pregunta.

En la comida anual que tenemos los alumnos de bachillerato del Instituto de Lugo (promoción 1940-1947) fue esta una cuestión recurrente, hasta llegar a la conclusión de que la fortuna nos había sonreído. Nacidos prácticamente con la República, la tragedia que se fue cociendo entre las dos Españas incapaces de vivir juntas nos cogió demasiado pequeños para comprenderla. Tampoco es que entendiéramos la guerra civil, si bien la sentimos aunque solo fuera por ver salir a nuestros padres hacia el frente sin saber si volverían. De ahí en adelante, cada historia personal varió según el bando en que militase su familia (aunque no fueron excepción los casos en que no coincidieran sus miembros), así como el lugar donde vivieran y lo lejos que estuvieran del frente de batalla. Pero los niños tienen un estómago de aveSTRUZ para digerir acontecimientos y el que no hubiese escuela allí donde se batallaba o las clases se interrumpiesen con frecuencia para celebrar cualquier festividad patriótica o victoria militar, en el resto, compensaba otras desventuras.

El bachillerato y los años cuarenta, célebres por el hambre, el frío y la represión, nos afectó, sobre todo si había algún familiar «purgado», lo que ocurría en muchas familias. Recuerdo a mi madre y sus dos hermanas ir al declarar al juicio de un sobrino segundo, primo por tanto mío, aunque algo mayor, que había tenido la idea de afiliarse al PSOE, por lo que se pedía contra él nada menos que la pena de muerte. Alegaron que pertenecía a una familia patriota hasta el extremo de que su padre, es decir, mi abuelo, había sido militar, combatió en la guerra de Cuba, de la que volvió con diversas condecoraciones, como su esposa, dama de la Cruz Roja y fiel feligresa, como su entorno familiar. Lo que no esperaban era que el fiscal, militar, como el tribunal, les pusiera los pelos como escarpias al soltar:

—Pues si este chico, pese a haber nacido y crecido en una familia patriótica y católica, se unió a los que buscaban acabar con España y el catolicismo, merece una pena mayor que los campesinos o mineros, que no han visto desde la cuna más que miseria y falso adoctrinamiento. Así que pido para él la pena de muerte.

Le condenaron a cadena perpetua, posiblemente debido a su edad y a que no se le atribuían delitos de sangre, y cuando la victoria de los aliados se barruntaba, fue puesto en libertad, como tantos otros. Por cierto, que aquello no le hizo cambiar de ideas, pues al llegar la democracia, ya con nietos, fue concejal del PSOE en la capital de su provincia.

Pero hablaba de la generación que le seguía, la mía, y de su suerte. Coincidí con mis condiscípulos en que no fue mala: no hicimos la guerra y pasamos hambre y frío, pero los que hicimos un bachillerato sólido, con catedráticos preparados, pudimos defendernos luego, pasando la temida reválida al primer intento en un 90 % y pudiendo luego desenvolvernos por la vida sin mayores problemas. Los había de todos los colores políticos, pero el hecho de que continuemos reuniéndonos anualmente los pocos que quedamos indica que los lazos que nos unen son mayores que las diferencias ideológicas o sociales. Fuimos una generación «puente», ya que la Transición nos cogió a punto de jubilarnos, y si los que eran mayores que nosotros y del bando vencedor pudieron gozar de los privilegios de la victoria, los que nos seguían se aprovecharon de las sinecuras que ofreció la democracia a los que no tenían pasado alguno y se habían afiliado a los nuevos partidos. Pero, con las obligadas excepciones en todo colectivo, no lo echamos de menos, dándonos por contentos con haber pertenecido a una generación que no era de vencedores ni vencidos y se aplicó, cada uno en la medida que podía, a sacar adelante a su familia.

Aunque tal vez lo que más nos ayudó fue haber aprendido el valor de las cosas. La escasez en que transcurrió nuestra infancia hizo que una rebanada de pan y una onza de chocolate fueran una delicia, como ir al ver una «vaquerada» en la sesión infantil los domingos. Empezamos jugando al fútbol en la calle, el escasísimo tráfico lo permitía, con una pelota de goma —o incluso de trapo— y el balón no llegó hasta que el instituto lo proporcionase para los partidos con otros centros. Estrenar traje o zapatos ocurría una vez al año y nos sentíamos tan inhibidos en ellos que ni nos sentaban bien, pese a haberlos hecho la costurera de nuestras madres. El sastre estaba reservado para los padres. Es verdad que cuando llegó el consumismo que caracteriza a la sociedad moderna nos lanzamos a él con furia, pero sin perder nunca la medida, y seguimos acabando todos los platos que nos ponen delante y conservando nuestras prendas, incluso cuando ya no nos caben.

Quiero decir que aquellas vivencias, no precisamente agradables, nos han venido luego muy bien. Sin conocer el refrán norteamericano *there is no free lunch*, no hay almuerzo gratis, no damos nada por descontado ni creemos que el dinero cuelga de los árboles o nos lo debe el Estado, sino que es fruto de nuestro esfuerzo, lo que las últimas generaciones empiezan a aprender más penosamente de mayores, mientras que de niño se aprenden las cosas de forma natural. En fin, como les decía, nos sentimos satisfechos

con la época o épocas que nos tocó vivir. Pues conocimos la Edad Media en las aldeas donde no había luz eléctrica, ni agua corriente, ni servicios higiénicos y el calor provenía de las cuadras de al lado. Como conocimos la Moderna, con el desarrollo acelerado, los salarios cada vez más altos, los viajes, primero en España, luego, al extranjero. Para desembocar en la vorágine del mundo actual, donde se mezcla lo más antiguo y lo más moderno, los mayores hazañas y los peores crímenes, que ayuda a comprender lo que es la vida. Desde luego, no nos hemos aburrido.

La sorpresa nos llega al final del recorrido, cuando constatamos que prácticamente todas las generaciones piensan lo mismo o algo bastante parecido: que se creen generaciones «puente» y que se consideran afortunadas por ello. Lo que tampoco es extraño, pues toda generación, como creo haber dicho, sirve de gozne entre la que le precede y la que le sigue por pura biología e historia, esa larga marcha de la humanidad. Naturalmente, hay excepciones en un sentido y otro. Las generaciones que coincidieron con el desplome del Imperio romano y las invasiones bárbaras tuvieron que sufrir todo tipo de angustias, físicas y espirituales. Lo muestra el libro de Boecio *La consolación de la filosofía*, pues hay que sentirse realmente mal e impotente para buscar consuelo en la filosofía, donde lo que se busca es claridad para ver lo divino y humano. A la Edad Media se la conoce como la de las «tinieblas», pero algo de luz debieron de tener cuando, ya en sus postrimerías, Jorge Manrique dijo que «cualquier tiempo pasado fue mejor», en lo que se equivocó, pues, por lo general, fue peor, aunque las tinieblas que hemos conocido en el siglo XX con el nazismo y el comunismo no tienen nada de enviable. Sin duda hubo generaciones que lo tuvieron peor que otras, sobre todo aquellas que vivieron la pesadilla de la guerra. La de mi padre sufrió la civil, mientras mi suegro, alemán, sufrió las dos guerras mundiales, con el añadido de vestir el uniforme en ambas y tener que empezar de cero tras ellas. Sin embargo, no les oí quejarse ni a uno ni al otro, y conocí, en cambio, combatientes que recordaban con pasión las horas en las trincheras. Y es que cada uno está enamorado de su vida, que incluye tanto los momentos malos como los buenos, por el simple hecho de ser tuyos.

Les decía que todas las generaciones son puente o engarce de otras dos. Lo mismo ocurre a los países. Por exótica que sea su situación, siempre estarán entre otros dos (o más) o entre uno y el mar, que marcará la idiosincrasia de sus habitantes. Una de las cosas que más me extrañó de mis colegas soviéticos en el Berlín de antes del Muro fue su afán de convencernos a los occidentales de que, a lo largo de la historia, Rusia había sido el valladar de Europa ante las hordas asiáticas, mongoles, hunos, tártaros y demás, que llegaban a caballo sin silla y con la espada desenvainada. Pero, luego, salían los polacos considerándose los defensores de Europa frente a los eslavos, papel que asumieron más tarde los alemanes, con tintes racistas. Los franceses han interpretado desde antiguo el papel de lazo entre la Europa germánica y la latina, y España ha repartido su papel entre Europa y América. El mundo es un inmenso puente entre países, razas, costumbres, religiones y tabúes, combatiéndose entre sí, que es una forma de abrazarse, con breves descansos de paz en medio para recobrar fuerzas y reanudar la refriega.

La paz perpetua que predicaba Kant y han soñado tantos estadistas sin alcanzarla ninguno, es un espejismo, al ser la existencia pugna, pendencia, conflicto, combate, *struggel of life*, lucha por la vida. Incluso en esta última etapa. Lo que quiere decir que no nos deben sorprender ni asustar las broncas y disputas que nos arrasan, a menudo sin quererlo. Significa que seguimos vivos. Aunque ya no son propiamente nuestras, sino de quienes nos siguen. «Este mundo ya no es el mío» es uno de los pensamientos que con más frecuencia nos asaltan a los viejos. Sin embargo, sigue siendo nuestro, pero ya no como protagonistas, como no me cansaré de decir, sino como testigos. *El mundo de ayer* tituló Stefan Zweig sus memorias, un mundo que ejercía tal atracción sobre él que poco después se suicidaba al creerlo perdido para siempre ante la barbarie nazi. Una verdadera pena porque perdimos uno de los mejores escritores del siglo XX, que todavía hubiese podido regalarnos obras espléndidas como todas las suyas y, a él, le hubiera permitido presenciar el fin de quienes habían destruido aquel mundo que añoraba. Pero la vida tiene estos giros caprichosos. Y pobre del que no se habitúe a ellos.

Pío Baroja, personalmente uno de los individuos más pacíficos que hayan existido, como escritor se cuenta entre los más apasionados defensores de la «lucha por la vida», hasta el punto de poner al «hombre de acción» como arquetipo del ser humano. No está solo en tal actitud. Son muchos los que piensan que «sin lucha no hay progreso». La realidad, e incluso la ciencia, vienen a avalarles. Vivir es luchar, constató Darwin. Lo único malo es que hay luchas y luchas, y no todas son buenas.

LA NUEVA FRONTERA: EL CEREBRO

Les hablé antes del cerebro al insistir en la necesidad de la gimnasia mental como mejor terapia para prevenir el alzhéimer, pero tengo que volver sobre él al haberse convertido en la «nueva frontera» de la ciencia, que ya no es descubrir el planeta habitable más próximo sino explorar la masa encefálica que encierra nuestra cabeza, el órgano más importante, junto al corazón, de nuestro organismo. Y, sin embargo, el que más misterios esconde todavía. Doble razón para investigarlo.

He oído a algún científico decir que el nuestro es «el tiempo de la ciencia». Descontando lo que pueda haber en ello de narcisismo, no hay duda de que vivimos tiempos emocionantes gracias a la informática, que se renueva cada seis meses y es ya base de todas las disciplinas, la física y la química, la biología y la astronomía, la medicina y la sociología, la política y los deportes, y termino, para no aburrirles, aunque les pongo un ejemplo para que vean que no exagero. Acaba de descubrirse un fármaco que, al menos en los ratones —base de todo avance farmacéutico—, produce los mismos efectos que la gimnasia o la dieta: hace perder peso. ¿Cómo? Engañando al organismo haciéndole creer que está haciendo ejercicio, a base de hacerle creer que pasa frío, con lo cual incrementa el consumo de grasa con la consiguiente quema de calorías. Les hablaré más adelante de ello, advirtiendo que aún no se ha experimentado con humanos ni comprobado si tiene efectos secundarios adversos.

Todos estos «milagros», pues si se hubieran descubierto en el pasado lo parecerían, tienen un punto de confluencia: el cerebro, cuyo estudio estuvo bastante abandonado desde que los egipcios descubrieron la trepanación como cura radical de los males nerviosos hasta que Ramón y Cajal, junto a algún otro científico, se atrevió a adentrarse en el auténtico laberinto que lo constituye. El interés por el cerebro no ha hecho más que aumentar en los últimos años y hoy, incluso los gobiernos, entre ellos el norteamericano, han lanzado el «proyecto cerebro» para saber cómo funciona y cómo puede aprovecharse más efectivamente. En un capítulo anterior ya me he referido a él y su importancia, ahora vamos a intentar ir más lejos.

El cerebro puede considerarse el puente de mando de un barco, desde el que se maneja todo. Allí llegan todos los datos que se necesitan para navegar —el estado de la mar, los vientos, las corrientes, su propia situación y la de otras embarcaciones próximas, el combustible en reserva, etc., etc.—, y desde allí se dan las órdenes para mantener el rumbo, la velocidad y otras condiciones de la nave. Del mismo modo, al cerebro llegan,

desde los sentidos —vista, oído, olfato, gusto y tacto—, las condiciones de nuestro entorno, para que las procese y decida, a la luz de la experiencia, qué movimientos, gestos, palabras, hay que hacer para afrontar tal situación. Este proceso, descrito con la elementalidad de un bebé, es un misterio del que solo hemos descifrado una punta: que se realiza a través de las células cerebrales, llamadas neuronas, especie de arañas, que se transmiten unas a otras la información a través de impulsos eléctricos, acompañados de descargas de sustancias químicas, para dar las órdenes pertinentes al sistema nervioso central, que se encargará de hacer que se ejecuten en los distintos órganos. Ha conseguido también localizarse qué parte del cerebro está encargada de cada función, el habla, la memoria, la locomoción, lo que permite, hasta cierto punto, activarlas con estimuladores implantados sobre ellas en caso de haberse parado por cualquier golpe, deterioro o enfermedad.

Luis M. Martínez, en un informe sobre el estado actual de las investigaciones en torno al cerebro, escribe lo siguiente: «El descubrimiento de la naturaleza interna del impulso nervioso, las técnicas de registro que han permitido desentrañar las bases moleculares de la comunicación neuronal, la acción específica de distintos neurotransmisores —cuya disfunción subyace en tantas enfermedades neurológicas (párkinson, esquizofrenia, incluso alzhéimer)—, nos ha permitido diseñar y probar nuevos fármacos para paliar sus efectos, conocer la estructura dinámica de los distintos circuitos cerebrales y su papel en el aprendizaje y la memoria [...]. En ese sentido, estamos viviendo un momento crucial para la neurociencia». En el mismo informe se refiere a los dos grandes proyectos en marcha en relación al mismo tema: el europeo, que pretende crear una simulación lo más precisa posible del cerebro humano, y el norteamericano, que busca recrear el cerebro humano en acción. Curioso es que al frente de este último está Rafael Yuste, un neurobiólogo español afincado en Nueva York, que lo dirige desde la Rockefeller University. Las primeras conclusiones a que está llegando con sus colaboradores son asombrosas: «Puede que el cerebro genere un mundo virtual, que es la realidad que cada uno de nosotros ve», es la primera. Lo que, bien pensado, tampoco es nada nuevo, ya que la sabiduría popular lo ha resumido en «todo es del color del cristal como se mira». En este caso, el cristal son las sensaciones e ideas que cada cerebro almacena, basadas en las experiencias previas. Que pueden ser auténticas o falsas, ya que nuestro cerebro, cuya principal función es mantenernos vivos, es producto de una larguísima evolución cuyo inicio se fija en el de los reptiles, «cumpliendo bastante bien su función» según Dean Burnett, autor de *El cerebro idiota*. Porque lo cierto es que a partir de esa etapa se le han ido complicando las cosas, y hoy acierta tantas veces como yerra respecto al mundo que nos rodea, como demuestra las veces que nos equivocamos; si los animales raramente tropiezan dos veces en la misma piedra, los humanos lo hacemos no ya dos veces, sino diez y más. Burnett lo atribuye a que la propia capacidad del cerebro humano para almacenar y combinar sensaciones, es tan amplia que las confunde y nos confunde. Tal vez su teoría más discutida es que un niño que crece en un ambiente afectuoso y recibe una educación esmerada tiene un cerebro más grande que otro que ha carecido de una y otra cosa; todos sabemos casos de niños que vencen esas desventajas a fuerza de

voluntad y destacan sobre los que las han tenido, si bien hay que reconocer que son minoría. Tal vez la teoría más interesante de Burnett sea que, contra lo que se venía creyendo, no hay diferencia entre razonamiento y corazonada, es decir, entre el conocimiento lógico y el intuitivo, ya que parten de la misma «base de datos» del cerebro, aunque unos funcionan más rápido de otros. «Por lo general —dice—, frente a problemas sencillos es mejor seguir el consejo del análisis detallado, pero cuando el problema es complejo, en general decidimos mejor siguiendo una corazonada», lo que sorprenderá a muchos, al menos al autor de este libro, lego en la materia.

Volviendo a Yuste, el neurobiólogo español al frente del proyecto Brain en Estados Unidos, sorprende cómo pasa de la ciencia a la filosofía como si fueran partes de un mismo territorio y asegura que su tesis de que cada cerebro se «inventa un mundo distinto» está emparentada con la de Kant, que aseguraba que «el mundo es un reflejo de la mente», lo que si por una parte explica la dificultad de entendernos —sobre todo en asuntos relacionados con los sentimientos, como el amor o el nacionalismo—, por la otra atemoriza, pues establece una sima entre personas de distinta formación, cultura, idioma o procedencia. De todas formas, él es optimista y se plantea metas más concretas, como son vencer las enfermedades neurológicas no solo con técnicas invasivas, sino correctivas, con terapias psicológicas o medicinales, con lo que habremos dado un gran paso, aunque para eso necesitamos descifrar cómo se generan los disparos neuronales que las provocan, que es en lo que están. Es más, no descarta el *enhancement*, la ampliación de la capacidad de un cerebro normal, ya con sustancias semejantes a las que mejoran nuestros músculos, ya con la conexión con un «cerebro electrónico». Aunque de inmediato advierte de los riesgos que ello traería, por lo que pide que antes debe regularse cuándo, quién y con quién puede hacerse, pues de darse vía libre a esa conexión iríamos derechos a crear superhombres con los más fuertes o mejor dotados.

No ve, sin embargo, un peligro inminente en ello, ya que, con la vista puesta en el pasado, está convencido de que «la ciencia ha sido siempre un motor de progreso, y el conocimiento nos ha hecho libres». Los avances de la medicina y el acceso a una calidad de vida mejor de cada vez más personas le dan la razón. Aunque no menos cierto es que ciertos avances de la ciencia, como la desintegración del átomo, no han sido siempre utilizados a favor de un mundo más feliz. Pero coincido con él en algo importante: la historia hay que verla en su conjunto, no en un caso o momento particular, y si después de desintegrar átomo, logramos su fusión, en lo que ya se está trabajando, tendríamos una energía limpia y baratísima, con el consiguiente beneficio para la humanidad, como les contaré cuando abordemos las energías alternativas. Otro tanto puede decirse de las exploraciones del cerebro. Piensen que cuando se descubrió el LSD se creyó que era el remedio para ciertos desórdenes cerebrales. Por desgracia, resultó que los aumentaba. Pero su estudio permitió avanzar en las enfermedades neurológicas.

Para resumir, Yuste, como tantos como él, es el modelo del nuevo estilo de humanista, para el que no existen barreras entre ciencia y filosofía, entre ética y estética, entre individuo y colectividad. Todos ellos se guían por el sentido de la responsabilidad, fundado en la más poderosa de las cualidades humanas según Cajal (y san Agustín): la

voluntad. Arquímedes decía «dadme una palanca y moveré el mundo». Nuestro sabio aragonés enseñaba con la palabra y el ejemplo: «Pon voluntad y llegarás adonde deseas». Que completaba con «lo importante para tener éxito no es ser rico, ni guapo, sino tener voluntad».

Me complace que un discípulo suyo lidere, en los Estados Unidos nada menos, la exploración de esta nueva frontera de la ciencia, entendiendo por tal el conocimiento, tanto teórico como práctico, que el cerebro nos proporciona para que seamos personas que piensan, sienten y se relacionan con los demás. Sin exageración, puede decirse que es el cerebro lo que nos hace realmente seres humanos. Otros seres vivos tienen más fuerza, más velocidad, más agilidad, más todo que nosotros. Pero gracias al cerebro hemos logrado imponernos a todos ellos y hacer mucho más agradable la vida en la Tierra. Aunque no es menos cierto que también con su ayuda podemos destruir toda la vida que hay en ella. Es una de las incógnitas que me iré sin descifrar, lo que tampoco me molesta por no haber pretendido nunca ser Dios, ni desearlo. ¡Menuda responsabilidad!

Podría decirse que el cerebro es la «madre de todos los órganos» humanos, no porque los haya creado, ni siquiera porque mantiene su funcionamiento, sino porque es el que dirige a todos ellos. Es su «dueño y señor». El «ordeno y mando». Gracias a él somos humanos. Y aunque la madre es la figura más excelsa de todos los seres de este mundo (empezando por la madre naturaleza), no impide que se equivoque a veces e incluso cometa errores garrafales. ¿Fue comer la fruta del árbol de la sabiduría, del razonamiento, del bien y del mal, de la ciencia, el primero de ellos? No creo, pero vaya usted a saber.

LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Desde que el hombre es hombre, es decir desde que empezó a razonar, ideó máquinas e instrumentos para dominar a la naturaleza... y a sus congéneres —¿qué es una lanza sino el alargamiento del brazo?— con el último objetivo de crear una máquina a su imagen y semejanza, es decir, que razonase y nos sirviera sin los problemas morales que la esclavitud trae consigo. Un sueño, un imposible, pero la ciencia ficción, ese género literario que el cine hizo suyo con enorme éxito, alimentó la fantasía de las generaciones conforme avanzaba el conocimiento científico. Julio Verne fue uno de los autores mundialmente más leídos, como lo ha sido Isaac Asimov, su heredero moderno. Incluso se adelantaron a bastantes de las proezas que luego se harían realidad: el cálculo de la potencia del proyectil en *La Tierra a la Luna* fue el mismo que llevaría a Armstrong a nuestro satélite, como las «leyes» que impuso Asimov a sus robots son las que están tratando la imponer los científicos a los actuales, como explicaré luego.

La aparición del primer «cerebro artificial», u ordenador, que funcionaba a partir de fichas que se sucedían a gran velocidad y ocupaba toda una gran sala, supuso un salto cuántico en este camino. En Berlín conocí, allá por la década de los cincuenta, a un matemático español que trabajaba en este proyecto de la IBM y que se pasó una tarde entera tratando de explicármelo, aunque solo entendí ciertas vagas nociones. Estábamos en distintos niveles: yo me había detenido en los logaritmos, para mis cálculos de navegación, mientras él se movía en los algoritmos, o secuencias de ecuaciones para alcanzar un resultado distinto a cada una de ellas. Pero recuerdo que me dijo algo que se me quedó grabado y he podido comprobar tras haber lidiado con la informática aplicada desde sus comienzos, hasta darme por vencido cuando ha rebasado mi capacidad: «Un ordenador —fueron sus palabras— es un tío rapidísimo, pero tonto». Lo que, como todo en este campo, es solo una verdad a medias.

Lo indiscutible es que, tanto o más que en la era atómica o espacial, estamos en la era informática, en la que se basan no solo la desintegración del átomo y los viajes espaciales, sino buena parte de nuestra rutina diaria, desde leer el periódico a comunicarnos con otras personas o sacar dinero del cajero automático. Con el último objetivo de crear un cerebro artificial, ese robot que nos sirva de esclavo. Hubo siempre escépticos, incluso entre los mismos investigadores. Recuerdo haber oído «un robot no podrá nunca escribir una poesía». O «el hecho de que podamos engañarles indica que nunca alcanzarán la sutileza, o la maldad, de la mente humana». Parecían razones

suficientes para demostrar la superioridad del hombre sobre la máquina hecha a su imagen y semejanza. Pero cuando, allá por los años noventa, *Deep Blue*, el ordenador más sofisticado en aquel momento, derrotó a Gary Kasparov, campeón del mundo de ajedrez, considerado el más sofisticado de los juegos, la sorpresa, y el temor consiguiente, fue general. Aquello iba en serio. Desde entonces, los ordenadores han avanzado tanto que ya predicen su sustitución por los móviles o teléfonos inteligentes, capaces de realizar todas sus funciones, aparte de hacer fotos, grabar escenas y enviarlas automáticamente al otro extremo del planeta, sin que se vea el fin de su progresión. Posteriormente se planteó el desafío de si un «cerebro artificial» sería capaz de ganar al go, un juego de estrategia de origen chino, más sofisticado que el ajedrez, ya que no basta la lógica para ganar, sino que requiere también intuición. Google se puso a ello y en 2016 creó AlphaGo, un programa informático que incorpora esa facultad. Y la máquina volvió a derrotar al hombre. Y a AlphaGo, el AlphaZero, que no aprendió a jugar con millones de partidas jugadas por humanos, sino jugando consigo misma.

¿Estamos fabricando nuestro Frankenstein?, es la pregunta que se hacen muchos. Para contestarla lo mejor es hacérsela al «padre» de la inteligencia artificial, Geoffrey Hinton, último vástago de una familia de distinguidos científicos —tanto su padre como su abuelo lo fueron—, que sentó las bases de estas máquinas que no solo realizan cálculos a velocidades supersónicas, sino también «aprenden». Es decir, «piensan».

Como suele ocurrir, los adelantos científicos más importantes ocurren cuando se busca una vía inexplorada, tal vez por su sencillez, para resolver un problema. El problema en la informática era que se había puesto el énfasis en multiplicar la capacidad de los ordenadores, es decir, en aumentar su competencia mecánica. A Hinton se le ocurrió hace cuarenta años que lo mejor era que imitasen lo más posible al cerebro humano. «Sabíamos más o menos —dijo en una entrevista que le hizo Ana Tarragó—, cómo funciona una neurona. Así que creamos un modelo informático aplicando los principios de la misma, de forma que el sistema mejorara a medida que aprendiese». Al principio no se le hizo caso, pero a medida que los ordenadores acumulaban capacidad, pero seguían siendo «tontos», como decía mi amigo matemático en Berlín, se dieron cuenta de que Hinton tenía razón, y las investigaciones se orientaron hacia hacerles aprender de sus propios cálculos. Fue como el cerebro artificial se ha ido haciendo «más humano», dando un gran salto en su desarrollo y ocupando un espacio cada vez mayor en nuestras vidas. Estamos ya en los comienzos del coche que se conduce solo y de las operaciones quirúrgicas efectuadas por robots. De momento con un monitor al lado, pero nos predicen que pronto no será necesario.

Da un poco de miedo, pero visto lo ocurrido en las últimas décadas no debe extrañarnos nada. Aunque también están por delimitar los límites de la inteligencia artificial, como la moral y la ética han trazado los de la inteligencia humana. ¿Cómo reaccionará un coche automático ante un niño o anciano que está atravesando un paso de cebra con luz roja, seguirá adelante o se detendrá? Se me dirá que es un dilema que se plantea también el conductor normal. Pero, ¿y la responsabilidad, de quién es? Estamos ante los límites de la inteligencia artificial, dilema no resuelto y, me temo, imposible de

resolver, pues la ciencia es neutra, como sabemos, y la energía atómica igual puede servir para matar en minutos a centenares de miles de personas como para proporcionar energía a decenas de millones. Será cuestión de ir pensando en ello, ya que la ciencia adelanta «que es una barbaridad», como se cantaba en aquella zarzuela, y si nos descuidamos nos pilla con estos pelos.

Curiosamente, la imaginación humana ya lo había previsto. Las famosas «leyes del robot», que Asimov ideó para ellos, establecían, entre otros mandamientos, que «ningún robot podrá hacer daño a un ser humano», que parece calcado del quinto mandamiento que Dios dio a Moisés en el monte Sinaí. Era una garantía de que el «príncipe de su creación», el hombre, no iba a utilizar su capacidad más preciosa, la de razonar, contra su obra, el prójimo, trasladada al programa de los robots para evitar el homicidio. Pero del mismo modo que los hombres nos hemos cansado de matarnos unos a otros, el propio Asimov, en otra novela posterior, plantea el problema de un robot tan sofisticado que viola esas leyes, se rebela contra su creador y se convierte en asesino. Tras la commoción consiguiente, la novela acaba bien. Pero, ya en la realidad, ¿tendría un final feliz? Y la pregunta del millón de dólares: ¿es el hombre el sumo invento del Creador que se rebeló contra Él, como dice la Biblia, de los ángeles capitaneados por Luzbel?

Mejor que nos apliquemos a lo práctico, pues el resto de los problemas que nos plantea la inteligencia artificial, como el paro que causará la irrupción de los robots en las cadenas de producción, están ya aquí y se están resolviendo más mal que bien, como se resolvieron los provocados por la primera revolución industrial; con paro, recolocaciones, sufrimientos y creación de nuevas industrias. Como dice Hinton, «el progreso no se puede detener».

Claro que también dice que «los robots también podrán enamorarse», aunque matiza que para eso habrá que instalar en su cerebro artificial «un circuito electrónico por cada neurona del cerebro humano», algo de lo que aún estamos «muy, muy lejos». Afortunadamente, porque solo nos faltaría que los robots comenzaran a enamorarse. Aunque humanos enamorados de sus móviles ya empieza a haber.

Respecto al coche sin conductor, es decir dotado de todos los instrumentos necesarios para evaluar la situación del tráfico circundante y girar, frenar, acelerar según convenga, debo reconocer que no me convence: el miedo que tengo ya cuando voy con un conductor novato, que me mira cada vez que me habla en vez de mirar hacia delante, no iba a ser nada comparado con ver moverse al coche solo. Pero los expertos aseguran que lo tendremos antes de 2030. Por fortuna, ya no estaré aquí para verlo y probarlo. Las cifras mandan: la venta de coches híbridos, es decir que combinan un motor de combustión y otro eléctrico que se recarga con la energía sobrante de aquel, sigue creciente y pronto alcanzará a la de los unimotores. Si la superará y alcanzará la conducción automática, como el «teléfono inteligente» o *smartphone* ha superado al simple «móvil», es más que probable.

Lo que dan por seguro los expertos en este campo, como creo haberles dicho antes, es un maridaje del cerebro humano con el artificial, para potenciar uno y otro. Si quieren

que les diga la verdad, tampoco me convence, pero ¿quién soy yo para oponerse a los avances de la ciencia?

El híbrido hombre-ordenador, mitad uno, mitad otro, aparece de momento solo en las películas de ciencia ficción y no anima precisamente a seguir por ese camino, pero vayan ustedes a saber por dónde tira nuestra curiosidad. Lo que sí he logrado llegar a conocer es el eslabón entre el mono y el hombre, que tanta polémica despertó en su día. El cráneo de un bebé de un año y cuatro meses de 13 millones de años de antigüedad, recién descubierto en Kenia, tiene todas las características de ese eslabón perdido. Darwin, como Galileo, tenía razón.

¿VIDA ARTIFICIAL TAMBIÉN?

Como si no hubiéramos tenido ya bastantes sorpresas, los periódicos anuncian a titular herido que se han dado pasos de gigante hacia la «vida artificial». Lo que nos faltaba. ¡Nada menos que la vida! Eso es bastante más audaz y peligroso que fabricar una pistola en una impresora de tres dimensiones, según las órdenes que le damos desde el ordenador para las diferentes piezas, algo que ya ocurre. Pero la vida se las trae, como hemos podido comprobar viviéndola. Claro que no se trata de crear un bebé recién nacido, sino de fabricar los cromosomas que constituyen el aparato reproductor de las células que forman todo organismo vivo. O sea, el primer paso. Aunque sea parcial. Aunque queden cien, o mil, por recorrer. Aunque estemos hablando de células elementales, muy distintas de las humanas. Pero lo importante es que estamos en camino, como aquel que dio Armstrong en la Luna para la exploración del universo.

El pionero fue Craig Venter, uno de los estudiosos del genoma humano, que en 2010 creó la primera célula sintética, la *Mycoplasma mycoides* JCVI-syn1.0, cuyos genes habían salido, según contó sin darle mucha importancia a la cosa, «de cuatro botes de productos químicos de mi laboratorio». Ahora bien, la JCVI-syn1.0 tiene solo 473 genes, mientras que el cromosoma humano tiene 20.000, lo que indica el camino que nos queda por recorrer, que es el que han recorrido esas células durante la mitad de la vida en la Tierra, para llegar a su complejidad actual.

Nosotros vamos mucho más deprisa y cuando en 2014 la Universidad de Nueva York anunció que había logrado sintetizar el primer cromosoma artificial de un organismo complejo, el de la levadura de cerveza (sí, la que hace fermentar nuestra bebida favorita en verano y el pan nuestro de cada día), mucho más sofisticado y decisivo en la carrera, entrábamos en los dominios de las plantas y animales. También la distancia se había reducido: la levadura tiene 16 cromosomas mientras las células humanas tienen 23. Pero como la meta empezaba a divisarse, la carrera se aceleró, uniéndose a ella las universidades de Stanford y Johns Hopkins, que en estos momentos forman un equipo de 400 investigadores de cuatro nacionalidades, desde la china a la francesa, empeñados en descifrar el misterio de la vida, al menos en sus inicios, pues luego cada individuo puede irse por donde quiera o pueda.

Son los que, en marzo de 2017, anunciaron que habían conseguido sintetizar cinco cromosomas más de la levadura de cerveza. Su descubrimiento fue publicado en siete artículos de la revista *Science*, donde exponen las particularidades de su trabajo y su

determinación de culminarlo, así como las aplicaciones del mismo, que se extienden a todos los aspectos de la vida, al afectar a su mismo origen y a los «ladrillos» de nuestro organismo, así como el de las plantas y animales. Podrán, por tanto, obtenerse medicamentos y vacunas mucho más efectivos que los actuales, podrán fabricarse combustibles menos contaminantes, eliminar los residuos que están infectando el planeta, podrán, aunque esto entra ya en el terreno de la especulación, alterar —o tal vez sustituir— los genes defectuosos por otros sanos, como ya apuntamos en un capítulo anterior, acabando con las enfermedades hereditarias. Pues uno de los resultados más curiosos de esta investigación sobre la vida artificial es que, en su larga evolución a través de los miles de años, nuestro ADN o código genético ha ido acumulando materia inservible, redundante, que estorba más que otra cosa. Las células sintéticas no los tienen, lo que las hace mucho más sanas y efectivas. Esos espacios libres pueden también llenarse con proteínas que las refuercen y clarifiquen, aparte de poder agrupar los genes que cumplen la misma o parecida función, para reforzarla. En una palabra, ordenar y hacer más lógico el proceso natural de evolución de las células que, según todo parece indicar, no siguió una línea recta sino que avanzó como un río, sorteando los obstáculos que encontraba a su paso.

¿Qué riesgos hay? Pues los de toda investigación y descubrimiento de un mundo hasta ahora ignoto. Hemos avanzado lo suficiente para conocer los mecanismos y materiales fundamentales de la vida. Pero lo que nos queda por conocer es bastante más, como ocurrió a los descubridores de nuevos continentes. Por lo que todo cuidado será poco.

Sin entrar en el debate ético, en el que seguro surgirían discrepancias, me ha parecido interesante la opinión de una autoridad en la materia, César Nombela, que niega la mayor, por lo que se la paso: «Sabemos ya lo que significa la biología sintética: reprogramar células preexistentes, sustituyendo parte o la totalidad de su genoma por bloques de elementos genéticos sintetizados en el laboratorio. Sin embargo, a mi juicio estas células no alcanzan la categoría de vida artificial. Ello requeriría que la totalidad de sus componentes, cromosomas y membrana celular que los engloba, se sintetizaran por completo a partir de materia inanimada para crear una célula funcional. Lograr ese resultado, de cuya posibilidad algunos tenemos serias dudas, no sería jugar a Dios [sino] simplemente avanzar en el desarrollo científico técnico».

Le doy la razón porque hasta el logro de una célula enteramente sintética, por no hablar ya de un completo individuo de cualquier especie, no podremos hablar propiamente de crear vida artificial. Pero el «simple avance en el desarrollo científico-técnico», que Nombela admite, me parece razón suficiente para seguir las investigaciones. La ciencia es un avance sin saber qué se va a encontrar, y la técnica, sus instrumentos. Gracias a ellas, el ser humano ha llegado adonde está, que sin duda es mejor que donde estaba al bajar de los árboles en la región de los grandes lagos africanos y empezó su gran emigración hacia el norte buscando mejorar sus condiciones de vida y la de los suyos. Eso no es «jugar a Dios», sino seguir los designios que nos ha marcado la propia naturaleza. Y aquí tengo que recordar lo que advertí en el capítulo sobre los genes: el riesgo de que su manipulación beneficie solo a los ricos, lo que podría crear

«una clase social superior» no solo en salud, sino también en inteligencia. Los gobiernos tienen que vigilar muy de cerca las aplicaciones de tales descubrimientos para no encontrarnos con Frankensteinen guapos y, encima, más listos que nosotros. Pero el futuro siempre ha pertenecido a los audaces.

La fábula oriental del genio encerrado en la botella que, una vez fuera de ella, descarga sobre nosotros los mayores horrores, puede estar hoy en las probetas de los laboratorios punta. El planeta azul, como se ve la Tierra desde el espacio, puede perder lo más valioso que tiene, la vida, no por una invasión exterior, sino por haber ido demasiado lejos en sus experimentos sus habitantes más osados. Lo que está ocurriendo con el cambio climático es preocupante. Razón de más para insistir en la investigación sobre él.

LA TERCERA VIDA: LA FAMA

Fíjense que he dicho «tercera vida», no «tercera edad», como se llama ahora a la vejez, pues sobre ella hablamos bastante en el resto del libro. Me refiero a la posibilidad de otra vida posterior a la que tenemos. Para quienes tienen fe, no hay problema: están convencidos de que existe «otra» vida, que además es la verdadera (esta es tan solo un «valle de lágrimas»), en la que recogeremos el premio o castigo de nuestra vida terrenal. Los que no creen en ella o, sencillamente, tienen dudas, lo tienen más difícil, pues aunque hay infinidad de personas que han jurado contactar una vez muertos con familiares o amigos, la realidad es que no existe prueba científica de que lo hayan hecho, mientras existen abundantes de que el espiritismo es una farsa o una sugestión colectiva. Lo que no ha impedido que siga habiendo humanos que intentan batir a la muerte de una forma u otra. El último intento ha sido el de aquellos con bastante dinero para mantener su cadáver hasta que se descubra la curación de la enfermedad que les llevó, no a la tumba sino al congelador. Pero tampoco ninguno de ellos ha emergido de la muerte hasta la fecha.

Es por lo que se busca una «tercera vida» bastante más limitada, pero no menos buscada: la de la fama, que perdura más allá de la muerte y puede ya gozarse en vida. No crean que es invención moderna. Las lápidas funerarias y las esquelas en los periódicos intentan mantener la memoria de los fallecidos, al menos durante el tiempo en que son leídas. Les hablé de ello en uno de los primeros capítulos, así como de Jorge Manrique, que hizo inmortal a su padre, Diego Manrique, al mismo tiempo que a sí mismo, con las coplas que le dedicó a su muerte, uno de los monumentos más excelentes no ya de la literatura española, sino de la universal. Un poema que, como el acueducto de Segovia, mantiene su frescura y mensaje pese a los siglos que tiene encima, hasta el punto de parecernos mentira su edad. Y como es un *trending topic*, un tema de moda, vamos a explorarlo algo más a fondo.

En la copla XXXV, el hijo se dirige al padre para que afronte sin temor la despedida de la vida terrenal:

No se os haga tal amarga
la batalla temerosa
que esperáis
pues otra vida más larga
de fama tan gloriosa
acá dejáis:
aunque esta vida de honor,

tampoco no es eterno
ni verdadera,
mas con todo es muy mejor
que la otra temporal,
perecedera.

¿La fama como sucedáneo de la inmortalidad? Pues, por infantil que parezca, es lo que hoy está ocurriendo. Incluso cada vez más, como les explicaré más tarde, ya que, para explicar el fenómeno, tenemos que empezar definiéndolo. La mejor definición de *famoso* que he encontrado es «aquel (o aquella) conocido por mucha gente que él (o ella) no conoce». En ese sentido se confunde con *popular*, pero la política ha enturbiado este término hasta el punto de quitarle atractivo. Lo de *famoso* (*celebrity* en inglés) incluye admiración en todos sus grados, desde el querer imitarle hasta llegar a matarle para pasar a la historia en una estela, como ocurrió en los casos de John Lennon y Kennedy, que hicieron célebres a sus asesinos, pasando por presumir de conocerle, ya que quien presume de ello adquiere parte de su fama. De ahí que la fama sea tan provechosa como peligrosa. «Yo no podría asaltar un banco», he oído decir, medio en serio medio en broma, a un famoso. «A mí no me falta nunca mesa en un restaurante, por lleno que esté», le oí a otro más modesto.

¿Cómo se consigue la fama? Pues con mucho esfuerzo, dado que prácticamente se compite con el resto de los mortales. El camino más corto, dentro de la dificultad, es ofrecer algo diferente, que el gran público está esperando sin darse cuenta, en cualquiera de los aspectos de la vida: la comida, el vestido, la música, la medicina, el deporte, la política, la literatura e incluso la filosofía o la ciencia. Y como inventar algo es muy difícil a estas alturas —«nada nuevo hay bajo el sol», dice el refrán—, lo más usual es desenterrar algo muy viejo, prácticamente olvidado, y venderlo como el último grito. Como están haciendo, entre otros, los comunistas y nacionalistas.

Ayuda también mucho el aspecto personal y el «carisma». Del latín *charisma*, a su vez del griego *khárisma*, «gracia de Dios», tan codiciado atributo lo tiene aquel o aquella favorecidos por una apariencia o desenvoltura que les distingue de los demás. La mejor definición se la oí a Ángel Zúñiga, con quien coincidí en mis años de corresponsal en Nueva York: «Lo importante no es lo bien o mal que escribas —dijo con su cinismo habitual, a lo Oscar Wilde—. Lo verdaderamente importante es que entres en una sala abarrotada de gente y todos vuelvan la cabeza hacia ti». Por cierto, cuando leí la explicación que Higgs dio del bosón que lleva su nombre —el ladrillo elemental del universo— me recordó lo que dijo Zúñiga: «Es una partícula solo detectable porque todas las demás se van tras ella».

Ortega, cuya brillantez intelectual y literaria era mucho más alta que su aspecto físico —lo que no le impedía tener un ego aún más elevado—, introdujo el concepto de «hombre interesante» (que supongo podía desdoblarse en «mujer interesante» aunque por aquel entonces no se había impuesto la igualdad de sexos) para describir al capaz de atraer la atención de los demás a base de ingenio y profundidad en sus exposiciones, barriendo para casa. En efecto, también se puede ser famoso por sus ideas brillantes, aunque estas sean más escasas que la belleza física, ya que requieren inteligencia, humor,

capacidad de reírse de sí mismo, y a este respecto me viene a la cabeza la anécdota de Quevedo charlando con damas y caballeros de la corte, con el gracioso de siempre apuntando a la deformidad de uno de sus pies, que emergía de la capa.

—Pues es Madrid hay un pie aún más deforme que este —advirtió severo el autor de los *Sueños*.

Alarma en el círculo, con todo el mundo tratando de esconder sus pies bajo faldas y capas.

—Este —dijo el vate, adelantando su otro pie.

Estoy seguro de que por lo menos alguna de las damas lo encontró «interesante». De los caballeros, no respondo.

Cuando se habla de carisma vienen a la mente las imágenes de John F. Kennedy, Mandela o Martin Luther King. Hoy, el carisma es más apreciado que nunca, tal vez porque vivimos en una sociedad mediática, en la que la imagen ha desplazado a lo que hay tras ella, por lo que se buscan personas carismáticas para cargos relevantes, de la política, la banca, la empresa y otros pilares de la sociedad. El último ejemplo es Emmanuel Macron, que llegó sorprendentemente a la presidencia de Francia compitiendo con rivales mucho más conocidos. Aunque, tanto o más que su buen parecer, que no es malo, pudo haber influido que sus rivales fueran «demasiado» conocidos, y no precisamente por su buen trabajo de gobierno. Aunque el brillo de Macron ya no es el que era.

El estudio de los líderes carismáticos viene ocupando a historiadores y psicólogos desde hace bastante tiempo, aunque solo últimamente de una forma sistemática. Que su apariencia, su voz, su mirar, la energía que emanan les aporta una ventaja sobre sus rivales en el campo al que se dedican es indiscutible. Pero que el carisma solo no basta para alcanzar el grado de famosos auténticos lo sabían ya los griegos: aunque Alcibíades era sin duda más atractivo, más audaz, más divertido que Pericles, no puede compararse con él, habiendo quedado como un personajillo en la era más brillante de Atenas, que Pericles presidió y dio nombre. Un reciente estudio de la Universidad de Gante, según informa Nuria Ramírez de Castro en *ABC*, advierte que el carisma abre puertas hacia el éxito, pero a partir de un determinado nivel puede ser tan nocivo como no tener ninguno. Para ello han estudiado ochocientos líderes de las más diversas compañías, evaluando su personalidad, apariencia, audacia, capacidad de decisión, imaginación y resultados, comprobando que según aumentaba el carisma, aumentaba su eficacia. Pero llegaba un punto en el que, de seguir creciendo, esa «gracia de Dios» disminuía su capacidad de gestión. Y no era por vanidad, arrogancia o egocentrismo, que también los tenían el resto de los líderes, sino por algo que no han logrado concretar y tal vez se deba (esta ya es especulación mía) a que confían demasiado en su carisma en unos niveles donde «el más tonto hace relojes», como vulgarmente se dice, y bajan la guardia, adocenándose. En cualquier caso, el estudio continuará, ya que el carisma es uno de los temas que más atención está teniendo, con una pregunta urgente: ¿puede aprenderse o es innato? Los resultados provisionales son que los componentes biológicos suponen alrededor del 35 % del mismo. El resto es aprendizaje y voluntad.

Cuesta alcanzar fama. Pero más difícil todavía es mantenerla, lo que requiere un constante esfuerzo, que si se nota, surte el efecto contrario. El mundo está lleno de «viejas glorias» que dan más lástima que otra cosa y, en ciertos casos, caen en lo patético. La fama es también un cristal de aumento, ya que ensancha las virtudes y defectos que definen al personaje hasta sustituir a su verdadera personalidad. Pero es, sobre todo en nuestros días, efímera, ya que la galopante actualidad «quema» a sus protagonistas más que una carrera automovilística a sus bólidos. Siendo esta su verdadera tragedia. En televisión he sido testigo de lo que ha significado para algunos presentadores y presentadoras el anuncio de que iba a cancelarse su programa o dejaban de presentarlo. Más de uno y una estaba dispuesto a continuar con menos sueldo, o incluso sin que le pagaran. «Pero ¿qué van a decir mis vecinos cuando no me vean aparecer en pantalla?», me preguntaba atribulado uno de ellos, sin poder explicárselo, a punto de que se le saltasen las lágrimas. Y un afamado crítico de televisión, en la entrevista radiada que me hizo cuando dejé mi informativo nocturno, no acababa de creerse que la tele era ya pasado para mí.

—Estoy seguro de que vuelves a hacer algo en ella —me dijo—. Te apuesto lo que quieras.

Lástima que no le tomé la palabra, porque hubiera tenido una cena gratis.

Ocurre no solo en televisión, sino en todo tipo de actividades, aunque en las relacionadas con el público, como la política y los espectáculos, es donde la fama resulta un arma de doble filo, que casi siempre acaba cortando a quienes la manejan, aunque solo sea por desgaste natural. Pero he detectado un rasgo común en la inmensa mayoría de ellos: no son hombres, o mujeres, felices. Y no porque conservar la fama, «mantenerse en la cima» como le llaman, suponga un esfuerzo cada vez mayor, sino porque termina siendo el único sentido de su vida, si es que no han procurado hacerse con otro distinto al que les llevó a la cumbre, algo que muy pocos y pocas han tenido la previsión de buscar. Se da especialmente entre los deportistas, donde abundan los «juguetes rotos», aunque existen también en el teatro —el caso de Jardiel Poncela en sus últimos años fue sangrante—, lo que advierte que éxito y felicidad no van del brazo.

Los actores, de cine sobre todo, por ser el objeto preferido de los medios de comunicación, son quienes más sufren el que podríamos llamar «mal de la fama». En un reportaje desde Los Ángeles aparecido en *El País*, Rocío Ayuso cuenta los problemas emocionales, depresión incluida, que los actores confiesan abiertamente, a diferencia de sus antecesores en la época dorada de Hollywood, cuando la meca del cine era una especie de país donde todos eran guapos, ricos y sonrientes, con *happy end* en su vida personal y en sus películas. Buena parte de la culpa la tienen las redes sociales, en que han quedado atrapadas muchos de ellos. Blake Lively, por ejemplo, declaró hace poco que «Googlear (es decir, abrir cuenta en Google) mi nombre me llevó a una total depresión». Piensen lo que significa tener miles, en algunos casos millones, de seguidores en la redes sociales y tener que contentar a todos. Por muchos asesores que se tengan, la tensión agota a cualquiera. El alcohol, viejo remedio para escapar de los problemas emocionales, para encontrarse con otros más graves, sigue haciendo allí escabechina.

Brad Pitt ha reconocido en la revista *GQ* que «fue uno de los factores que pusieron fin a su matrimonio con Angelina Jolie», así como una forma de mitigar la responsabilidad que le exigía la educación de sus seis hijos desde la figura «llena de fortaleza y poder», es decir, perfecta, como padre. «El miedo es una gran parte de nuestro trabajo», reconoce Charlie Hunnam, y a la inmensa mayoría les resulta difícil compaginar el trabajo en los estudios, la vida privada y los focos sobre ellos de su vida pública, que conocerán tanto o mejor que yo por las innumerables revistas que se dedican a ello. Algo que los actores de los años veinte, treinta, cuarenta, cincuenta y sesenta del pasado siglo podían esconder. Hoy, no. Hoy les ocurre algo parecido a los políticos.

Eso por no hablar de sus hijos, la mayoría de los cuales ni siquiera han tenido la suerte de gozar de la fama de sus padres, a quienes han visto poco, generalmente divorciados, criados con todo lujo, pero por institutrices o tutores de muy distintas especies, a menudo en colegios tan caros como alejados. Nada tiene de extraño que bastantes de ellos hayan tomado caminos equivocados al llegar a la mayoría de edad, y si llegan a los titulares es más por sus problemas con la ley que por los éxitos en su profesión, si es que tienen alguna. Son la cara oscura de la fama.

Aunque puede que la más trágica sea la de aquellos a los que les alcanza demasiado tarde. Escritores, pintores, escultores cuya obra solo fue reconocida después de morir. Cervantes murió pobre, pero al menos tuvo la satisfacción de que el éxito de su *Quijote* fuera tal que hasta le salió un imitador, Avellaneda, al que tenemos que agradecer que don Miguel escribiese una segunda parte. Pero, ¿imaginan la amargura de todos aquellos que veían que su obra solo era conocida por una minoría, o ni siquiera eso, al no haber sido publicada, tal vez por haberse adelantado a su época?

Quiero decir que no es oro todo lo que reluce en la fama. Lo que no impide que sea hoy buscada más que nunca, hasta el punto de merecer un breve capítulo. Me refiero a la fama de cinco minutos. O segundos.

Los años noventa fueron la década en que más músicos (modernos) se suicidaron: un 9,5 %. Nueve de cada diez eran hombres. Un estudio de la Universidad de Westminster arrojó que el 68,5 % de los encuestados sufría depresión y el 71 %, ansiedad y ataques de pánico. Pero no crean que los músicos están solos: el mismo estudio arroja que el sector más afectado que le sigue es la hostelería. Lo he comentado con un amigo hostelero (me niego a llamarles «restauradores», esos son los que restauran muebles antiguos). La explicación que me dio fue: «Vamos del pánico a tener el comedor vacío al de no tener plaza para tantos clientes. Sin que puedan explicarse las causas».

EL SELFIE, ESPEJO DE NUESTRA ÉPOCA

Si me preguntaran cuál es el instrumento más característico de nuestra época respondería sin vacilar que el teléfono celular, el *smartphone*, o teléfono inteligente, que no es realmente un teléfono, pues sirve para bastante más que hacer y recibir llamadas, sino un ordenador en miniatura con el que se pueden enviar y recibir textos, hacer fotos, enviarlas, grabar conversaciones e incluso rodar escenas como con una cámara de cine o televisión. Nada de extraño que haya convertido en antigua la toda la informática anterior. Lo único malo que tiene es que tú no posees a esa maravilla técnica: ella te posee a ti. Basta un viaje en metro para comprobarlo: el 90 % de los pasajeros de menos de 40 años va enfrascado en la pantalla de su móvil, como lo están buena parte de los clientes de un bar o cafetería, espacios dominados antes por la conversación. Y lo que ya resulta patético es la pareja en un restaurante, aplicados cada uno a su pantallita. ¿Estarán hablándose a través de sus móviles?, me he preguntado más de una vez al contemplarles. Sin poder responder, pues no tengo uno de esos cacharritos.

—¿Pero cómo te arreglas sin él? —suelen preguntarme, especialmente aquellos que ya lo hacen todo a través del móvil: hablar con las amistades, hacer la compra, reservar billetes de hotel, tren, avión o coche, revisar su cuenta bancaria e incluso comprarse un traje.

—Pues ya ves —es mi respuesta—, desconectado del mundo.

La mayoría me mira con compasión, pero he visto a algún capitán de la industria meditar preocupado y decirme:

—Tal vez tengas razón.

Con aires de «¡Quién pudiera!».

Admito que, para quien está activo profesionalmente, ese es un lujo que no puede permitirse. La inmensa mayoría de los asuntos se tramitan, o por lo menos se inician, a través del móvil. Mis simpáticas y eficaces colegas en la redacción de *ABC*, encargadas de mis columnas, han sugerido alguna vez comprarme uno, encontrándose con mi amable negativa. También las no menos eficaces y simpáticas editoras de mis libros en Espasa me entregan uno cuando inicio la campaña publicitaria de uno de ellos. Pero luego resulta que me olvido de él en casa, o que cuando suena en mi bolsillo tarda tanto tiempo en dar con el botón para contestar que cuando la hago la llamada se ha ido. ¿O lo hago a propósito? Ni yo mismo lo sé. Lo único que sé es que el instrumento más

característico de nuestra época y yo no congeniamos, lo que me advierte que soy de otra época, para mi suerte o desgracia.

Pues el móvil es, como les dije, algo más que un teléfono transportable. Mucho más. Es el amigo, el compañero que recoge el rastro de nuestro paso por la vida, dejando testimonio oral, escrito y visual de ella, que es lo que lo hace a la vez tan valioso y peligroso, como han comprobado tantos que, debido precisamente a él, han dado con sus huesos en la cárcel.

Pensado en recoger las imágenes interesantes con la que nos tropezamos, lo más importante del mismo es que nos permite aparecer nosotros en ellas, lo que nos convierte también en importantes. Ese es su secreto, su magia, su irresistible atractivo: no fotografiar algo o a alguien interesante, sino aparecer nosotros con él. Entrar en el anhelado mundo de la fama, sucedáneo de la inmortalidad como queda dicho, gran anhelo del hombre desde que cubrió sus necesidades básicas. Woody Allen lo definió en una de sus frases con las que describe, al mismo tiempo que se ríe, las angustias modernas: «Todo el mundo debería tener al menos un cuarto de hora de fama». El *selfie* le da la oportunidad, aunque sea solo por unos segundos, dejando luego testimonio gráfico de ello que enviamos inmediatamente a nuestras amistades. Porque no fotografiamos la torre Eiffel, ni las cataratas del Niágara, ni las pirámides mayas, sino a nosotros con ellas, o con el famoso con que nos encontramos en la calle, que son nuestro pasaporte a la efímera eternidad de nuestros días. Eternidad a precio de saldo. El propio nombre del cacharrito lo define: *selfie*, de *self*, uno mismo, *image*, imagen, *autorretrato* en español. El espejo de uno mismo, la persona más importante del mundo. Con lo que entramos en los dominios de Narciso, personaje mítico, que se pasaba la vida mirándose en el espejo de una fuente, para morir ahogado en ella. Sin llegar a tanto, pero casi, como contaré más adelante, pues antes conviene explicar el origen de la cuestión.

Habría que remontarse a *La rebelión de las masas* de Ortega, radiografía de lo que ocurrió en Europa en los años veinte y treinta del siglo pasado, para encontrar el diagnóstico más fiel e implacable de lo ocurrido a finales del mismo siglo y se desparrama sobre los principios del siguiente. Me refiero a *La cultura del narcisismo*, de Christopher Lasch. Publicado en 1970, causó sensación en Estados Unidos pero nadie le hizo caso, como le pasó a Ortega, posiblemente porque era demasiado fuerte lo que decía y anunciable. Voy a resumírselo, procurando usar las mismas palabras que el profesor Lasch. Al hombre de nuestra época —y a la mujer naturalmente—, que reclamaba protagonismo en ella, buscando el camino fácil, las circunstancias se lo han puesto muy difícil. Nuestro tiempo, que debería ser el más divertido de todos, al menos hacia eso se encaminan nuestros afanes, está resultando uno de los más tristes. Hemos resuelto algunos problemas, pero al precio de crear otros. A caballo de la llamada «revolución cultural» (o *contracultura*), las variadas liberaciones que hemos puesto en marcha —desde la femenina a la juvenil, pasando por la de los pueblos coloniales— han resultado menos liberalizadoras de lo esperado. Cuando todo el mundo creía que entraba sin más en una etapa completamente nueva, resulta que bastantes rasgos de la anterior perduran o resucitan. «Este libro —se lee en el prefacio— describe un tipo de vida que se muere:

la del individuo competitivo, que en su decadencia ha llevado la lógica competitiva al extremo de una guerra de todos contra todos, y la búsqueda de la felicidad, al callejón sin salida de la narcisista preocupación por uno mismo».

«El hombre económico del pasado —seguimos leyendo— ha dejado paso al hombre psicológico de nuestros días, producto final del individualismo burgués. El nuevo narcisista se ve perseguido, no por sus culpas, sino por su ansiedad. Liberado de las supersticiones del pasado, llega a dudar incluso de la realidad de su propia existencia. Relajado y tolerante en la superficie, contempla en realidad a todos los demás como rivales en los favores que concede el Estado de bienestar. Elogia el respeto a las reglas, pero en el fondo cree que no van con él. No ahorra ni acumula bienes, sino que exige gratificación instantánea y vive en un estado de perpetua inquietud y deseos insatisfechos. El narcisista no tiene interés en el futuro, por no tener respeto al pasado. Y su negación del ayer, por progresista y optimista que parezca, resulta, cuando se la examina a fondo, la manifestación de una sociedad incapaz de enfrentarse con el mañana».

(Hago una pausa en la filípica del profesor Lasch para introducir lo que el conocido psiquiatra Enrique Rojas dice de quienes se acercan a su consulta, cuarenta años más tarde: «Depresiones, ansiedad, trastornos de personalidad. Hombres de 28 a 38 años, solteros o separados que se hacen pasar por solteros, inmaduros desde el punto de vista sentimental, obsesionados con el éxito, narcisistas»).

Tras el diagnóstico, de pronóstico reservado tirando a grave, Christopher Lasch pasaba revista a los logros más sonados del hombre de nuestros días, para ver luego en qué se estaban quedando. Lo hizo con la meticulosa frialdad de un biólogo que examina una colonia de insectos (su verdadera profesión). Lo que encuentra es una vida social cada vez más agresiva, donde las relaciones personales toman el carácter de guerra abierta entre hombres y mujeres, jóvenes y viejos, razas, religiones, culturas y regiones. «Es la nuestra —dice— una sociedad que tiende a crear individuos antisociales. El narcisista, que si respeta las normas es por temor al castigo, se considera a sí mismo fuera de la ley, y ve a los demás bajo el mismo prisma, es, básicamente, deshonesto». No me dirán que no supo predecir la sociedad actual.

Domina en ella el culto a la personalidad, no por lo que se ha hecho, sino por lo que se pretende ser. «Se quiere ser admirado más que apreciado, envidiado más que respetado. Y más que la fama auténtica, se busca el cosquilleo de ser conocido». En cuanto a la mujer, «se ha emancipado de la autoridad patriarcal y de los hijos, para quedar sometida al mero paternalismo de la publicidad, las empresas y el Estado». Lo que me trae a la memoria la «violencia machista»: ¿es la reacción del hombre elemental ante la liberación femenina? Un problema demasiado hondo y complejo para despacharlo de pasada, por lo que lo dejo para capítulo aparte y sigo con Lasch.

«El narcisista —leemos en otro párrafo, de candente actualidad pese al tiempo transcurrido— divide a sus semejantes en dos grupos: los ricos y famosos a un lado y la *manada* al otro. Su gran miedo es no pertenecer a los primeros, a quienes idealiza. Sin embargo, cuando sus héroes le rechazan o desilusionan, se revuelve contra ellos, llegando

incluso al asesinato, con lo que establece un lazo mortal de intimidad con su víctima, que le atará para siempre a su estrella». Explicación que ya di a los asesinatos de famosos (participar de su fama, matándoles), que encaja en los casos de Oswald (asesino de John F. Kennedy), de Sirhan Shirhan (asesino de Robert Kennedy) y de Mark Chapman (asesino de John Lennon)

El narcisismo no se limita a los individuos, sino que se expande por toda una época, como un tsunami, barriendo cuanto encuentra a su paso. Su influencia en el arte conlleva que la personalidad del artista sea más importante que su obra. Nos encontramos con tipos que son anuncios de sí mismos, cuyas producciones resultan meros autoanálisis, incursiones en sus problemas personales más que en los problemas del mundo, lo que llevaría a abandonar el arte como expresión de una realidad universal para reducirla a mera realidad particular, al alcance de todos. La cosa no se queda en las artes plásticas, o la «ficción» o novela, sino que alcanza al periodismo, que se supone un reflejo de la realidad diaria, donde nos encontramos con que, en vez de describir esta, el reportero o cronista nos cuenta lo que ha sentido ante ella. Y aquí tengo que hacer mención de Karl Ove Knausgård, el escritor noruego que va por el quinto tomo de su saga (3600 páginas) *Mi lucha*, en las que cuenta con pelos y señales su infancia, adolescencia, matrimonios y divorcios, excesos, cicatrices, sin perdonar nada ni a nadie, familiares, amigos, conocido, incluido su padre alcohólico. Seguro que en Noruega hay muchos como él. ¿Es esa la causa de su éxito? No lo sé, pero cuando leo algo quiero que me cuente lo que yo no conozco, lo que no puedo imaginarme, y la vida de Knausgård me la puedo imaginar perfectamente, y no me interesa en absoluto. Se trata del *selfie* más grande que se ha hecho hasta la fecha, aunque habrá que prepararse, porque pueblos y ciudades que quieren «estar en el mapa» se están haciendo *selfies* colectivos, en los que aparecen sus monumentos, vecindario y fiestas mayores, que son en realidad carteles turísticos de aficionados. Pero lo importante es darse a conocer.

Por otra parte, el constante experimentar ha creado tal confusión en cuanto a valores que se mide una obra más por su capacidad de sorprender, e incluso horrorizar (el mejor ejemplo es la pintura de Baskiat, por el que se pagan millones, aunque Bacon se paga aún más), que por su valor mismo. Ello trae el culto al horror, a lo feo, o a la más pura banalidad. Pompas de jabón y ríos de sangre. La señora de la limpieza en la Tate Gallery de Londres tirando al cubo de la basura una «obra de arte» allí expuesta es el mejor ejemplo.

El capítulo dedicado a la enseñanza en *La cultura del narcisismo* descubre al profesor que ha sufrido toda clase de experimentos, empezando por el que sostiene que el estudio debe hacerse sin esfuerzo y ha visto degradarse el nivel académico a niveles vergonzantes. «En su afán de abrazar todo tipo de experiencias —escribe el profesor de la Universidad de Rochester— nuestros centros superiores han capacitado a los estudiantes para las cosas más simples —preparar una comida, asistir a una fiesta, acostarse con alguien—, olvidando enseñarles las disciplinas clásicas».

Más grave aún es lo que está ocurriendo en las relaciones niño-adulto. «En vez de guiar a los jóvenes —advierte Lasch—, las generaciones adultas intentan mantenerse al

nivel de ellos. Hablan su jerga, visten su moda, imitan sus maneras, con la esperanza de seguir siendo jóvenes». Ello ha traído «la familia de compañeros», que, por lo pronto, ha destruido la «transferencia de funciones», que era una de las misiones fundamentales de la célula social. Ya no son los hijos los que quieren parecerse a sus padres, sino los padres quienes quieren parecerse a los hijos. Y eso no hay cultura que lo resista, pues si no hay continuidad generacional sobreviene el estancamiento. Lo que me recuerda lo que oí en una conferencia a un psiquiatra, cuyo nombre he olvidado, pero no su mensaje, a principios de los años cincuenta, en el Ateneo de Barcelona: «Estoy contra la moda que empieza a imponerse de que el padre debe de ser un amigo de su hijo. Amigos tiene su hijo muchos. Padre solo tiene uno, y si le falta esa figura su vida será mucho más difícil emocionalmente hablando. Ya sé que ser padre es mucho más difícil que ser amigo. Pero quienes renuncian a ello no le hacen ningún favor a su hijo».

Lasch arremete también contra uno de los mitos de la era narcisista: que las relaciones hombre-mujer iban a hacerse mucho más fáciles una vez que se desplomasen los tabúes sexuales y la mujer hubiese sido «liberada». Eso de que todo el monte iba a ser orégano para unos y otros, ni hablar. Al desaparecer el compromiso, hombres y mujeres encuentran bastante más difícil mantener unas relaciones estables de amigos o de amantes, haciendo las relaciones íntimas mucho más peligrosas, al no llevar ninguna garantía de permanencia, con hombres y mujeres que no quieren arriesgarse a hacer inversiones sentimentales en algo que puede durar solo unas horas. Ello hace las relaciones personales más pobres y, a la vez, más tensas. Nadie da, por el temor a no recibir, reduciéndose la relación a simple sexo, cada vez más lleno de agresividad o masoquismo, únicas avenidas que le quedan abiertas.

Pero eso no es nada comparado con el temor a la vejez, típico de una sociedad narcisista, solo interesada en el presente. La lucha por la eterna juventud, característica de nuestro tiempo, es una lucha perdida de antemano, pero inseparable del temperamento narcisista «incapaz de alcanzar las formas sublimadas del amor o del trabajo, que se encuentra sin nada en que apoyarse cuando la juventud le abandona».

Políticamente, el Estado ha venido a sustituir al padre. Un padre distante y calzonazos, al que puede engañarse y estafarse fácilmente, que ha creado un nuevo tipo de analfabetos a base de reformas educativas. Que ha minado la familia intentando salvarla. Que, muy caballeroso, ha tratado de eliminar la explotación de la mujer solo para enfrentarla con el hombre. Un Estado que, diciendo que nos liberaba, nos ha hecho a todos dependientes de él.

Si me he detenido en el libro del profesor Lasch más de lo habitual es por contener el mejor retrato de lo que iba a ser el mundo medio siglo después de la llamada «revolución cultural», con su lema «Haz el amor y no la guerra». Hoy tenemos más guerras y menos amor que nunca, tras haber sufrido la mayor crisis desde la de 1929. Quienes vamos camino de los noventa años lo contemplamos ya más como espectadores que como actores, con una extraña mezcla de nostalgia y desencanto. A fin de cuentas, esta fue nuestra vida, nuestra herencia. Pero que el hombre no aprende de sus errores, sino al revés, se empecina en ellos, lo que demuestra que el narcisismo no solo no ha cedido,

sino que se ha acentuado, como indica el dueño y señor de nuestro tiempo, que da título a este capítulo: el *selfie*. «Vivimos en un mundo en que las personas no son capaces de concentrarse por culpa del simple silbido que emite el móvil cuando recibe una notificación», escribe Javier Salas en un informe publicado en *El País*, que incluye opiniones tan preocupantes como «El teléfono [móvil] no es un accesorio. Es un dispositivo psicológicamente poderoso que cambia no solo lo que haces, sino también quién eres». Que lo diga Sherry Turkle, investigadora del tema en el Massachusetts Institute of Technology, avala tal juicio.

Como el asunto tiene la suficiente gravedad —por lo que significa respecto a la invasión de la esfera privada a través de la informática—, lo abordaré en capítulo aparte, pero no quiero terminar este sin referirme al reportaje en la revista *Mujer hoy*, de título rumboso, «La belleza en los tiempos del *selfie*», pero entradilla preocupante: «Se dispara el número de jóvenes que acude a inyectarse rellenos, impulsados por la compulsión narcisista del *síndrome selfie*». Elena de los Ríos, autora del reportaje, nos informa de que millones de jovencitas siguen a las «blogueras» más famosas, que les dan consejos sobre cómo mejorar su belleza exhibiendo la suya. Algo muy difícil de igualar, por no decir imposible, por depender de la configuración de su osamenta y de sus rasgos faciales. Lo que no impide que, ante su *selfie*, las seguidoras vean sus incorrecciones e intenten eliminarlas, ya con inyecciones de bótox u otra sustancia de relleno (cuyo uso se ha incrementado un 41 % en Estados Unidos entre 2011 y 2015, frente al 10 % en España), ya con cirugía plástica —siendo la edad de las chicas cada vez menor—, para colgarlo luego en la red. «Las jóvenes *instagrammers* —se lee en el reportaje— no ocultan la transformación a la que se someten para triunfar en las redes. Es motivo de orgullo poder y saber convertirse en alguien bello». «Esta generación de jóvenes se vincula sobre todo a través de las redes sociales —explica el psicólogo Jorge Granados, de la clínica especializada en adicciones Centre Can Rosselló, Barcelona— y mediante un tipo de exposición social no directa. Por eso es tan importante la imagen, porque en las experiencias tu único valor viene dado por la foto. Tienen una dependencia brutal de la imagen: las chicas se comparan constantemente buscando todo el rato el refuerzo positivo y la aceptación que significan los *likes* (respuestas de «me gustas» que reciben las fotos). El narcisismo se favorece desde el momento en que estamos todo el rato constatando y comentando la cara de los demás».

Lo más preocupante de la *selfimanía* lo apunta la profesora de Ética de la Universidad de Birmingham: la desaparición de la mujer normal. «Lo que ahora vemos, escribe, es el resultado de una presión cada vez mayor para tener un aspecto que está lejos de lo que hasta hace nada considerábamos normal». A lo que la autora del reportaje apostilla: «Es decir, la naturalidad de los rasgos se encuentra en peligro de extinción. Y para las jóvenes *millennials*, si no te has librado de ella no es porque no quieras, sino porque no puedes». A lo que apostillo por mi parte: siendo para estas jóvenes, que posiblemente sean las más, una verdadera tragedia. Iría incluso más lejos: después de haber puesto como uno de los principales objetivos de la liberación femenina el no evaluar a la mujer según sus cualidades físicas, a la última generación parece que es lo único que le interesa.

En cuanto a la relación de los hombres con el *selfie*, resulta que es aún más penosa. Los jóvenes no se dedican a intercambiar fotos de sus perfiles apolíneos o de sus torsos de atletas (al menos la inmensa mayoría), sino también de sus «hazañas», vamos a llamarlas así, masculinas. Por ejemplo: conduciendo el coche que pilota a 200 kilómetros por hora, con solo una mano, pues necesita la otra para subir el pulgar y enviar el *selfie*. O dando por la espalda una patada en la pierna a una chica que se disponía a cruzar la calle para hacerla caer, mientras el colega *selfiaba* la machada y se la enviaba a los amigos. O la violación en grupo de una chica que había ido a los sanfermines, en un portal de Pamplona. Estoy hablando de casos reales y, por fortuna, perseguidos por la justicia, gracias a las pruebas aportadas por los propios perpetradores. Imagino que no son estas las aplicaciones del móvil por parte de la mayoría de los jóvenes y no tan jóvenes. Pero bastan los casos citados para advertir que el afán de notoriedad y las posibilidades que el aparatito ofrece no forman una buena combinación, al menos para los viejos *standards*. Aunque para los nuevos, no sabría decirles.

El selfie ha triunfado de tal forma que no distingue de sexos ni de razas, de clases sociales ni de tendencias políticas, de niveles económicos ni de poder. ¿Recuerdan el que se hicieron los hombres más poderosos del mundo, Obama incluido, con la atractiva premier danesa? Algunas jóvenes están tan obsesionadas con la propia imagen que se hacen un selfie cada mañana, tras arreglarse, y lo cuelgan en la red. Algunas bajo el rótulo «Soy + wpa k tú». Algunos psicólogos lo aplauden: «Refuerza la autoestima», dicen. Mal debe de andar esa autoestima cuando desafía el sentido del ridículo. Pero me pregunto: ¿no es mejor que cuando su destino era encontrar un hombre con el que casarse, aunque no le gustase, o quedarse solterona?

ORDENADORES

Mi relación con los ordenadores, y con la informática en general, ha sido ambivalente, como supongo ocurre a todos los de mi generación: la aceptamos pero no la amamos, tal vez por no llegar nunca a dominarla. Nos pilló demasiado mayores para comprenderla, como el *arte feo* y la *nueva cocina*, y si la usamos es por no quedarnos otro remedio.

Mi idilio con los ordenadores lo he contado más de una vez, y pido perdón si ya lo han oído o leído, pero es necesario, pues fue todo menos amor a primera vista. Empecé a verlos en los años sesenta en los despachos que los corresponsales teníamos en el segundo piso de la Secretaría General de la ONU, ese enorme paralelepípedo acristalado que se levanta a orillas del East River neoyorkino, dedicado exclusivamente a oficinas —Asamblea General y Consejo de Seguridad están al lado y solo se ven sus cúpulas—, y, si soy sincero, aquella especie de televisores con un teclado delante ni siquiera despertaron mi curiosidad. Había empezado enviando mis crónicas desde Berlín por correo aéreo hasta que se alzó el Muro, cuando me autorizaron el uso del télex, con unos excelentes teletipistas en la misma planta que lo despachaban en minutos. La llegada del fax permitía solucionar las situaciones de emergencia, por lo que no veía razones para cambiar mi máquina de escribir por el ordenador. ¡Cuán equivocado estaba! Desde entonces, he dejado atrás una docena de ellos.

Las circunstancias me obligaron a ello, aunque no sin resistencia por mi parte. Aline Romanones, que acababa de sacar su primera novela autobiográfica de espionaje, me insistía en cada ocasión que nos veíamos en las maravillas de aquellas maquinitas que no solo escribían, sino también «pensaban», según ella. Yo decía que sí, pero seguía con mi Underwood y mi télex. Hasta que, en una *party* en su casa, me llevó a su despacho, sobre cuya mesa estaba el primer ordenador portátil, un Zenit. Levantó la tapa, apretó un botón, se encendió la pantalla de color azul cielo, empezó a teclear y comenzaron a aparecer letras en ella. Pero no fue eso lo que me maravilló, sino que, en un momento determinado, cesó de escribir y, a simple golpe de tecla, fue borrando lo que había escrito. Yo, que acababa de entregar una novela de 300 páginas, que había tenido que pasar a papel siete veces para introducir los cambios y correcciones, no me puse a dar saltos de alegría por no parecerme adecuado, pero al día siguiente estaba en JB, la mayor tienda electrónica de Nueva York (por desgracia ya cerrada), comprando un Zenit portátil, una impresora («la más simple», me había dicho Aline) y el libro donde se explicaba el sistema Word Perfect, que me puse a estudiar y practicar de inmediato. Con

toda su elementalidad, aquel Zenit —no tenía sistema operativo ni memoria, había que introducírselos en dos disquetes entre el teclado y la pantalla, teniendo cuidado de ir grabando según se escribía— era un paso de gigante, un salto cuántico comparado con las más modernas máquinas de escribir, por eléctricas que fuesen, las dobles cintas para borrar y otros sistemas de corrección: el Zenit lo hacía a golpe de teclado sin el menor esfuerzo. Sentí como algo personal que dicha marca cerrase ante el empuje asiático y conservo todavía aquel ordenador, que ya es pieza de museo, con el cariño que se le dedica a un amor de juventud. Por ninguno de los que le siguieron, infinitamente más sofisticados —hasta el punto de que encuentro los últimos con demasiadas aplicaciones que solo complican las cosas—, he sentido tal cariño. Para mí, el ordenador es, sencillamente, la máquina de escribir perfecta. Y como a la rosa, todo lo que se le añada lo degrada. Me ocurre algo parecido con los programas informáticos: me costó pasar del Word Perfect a Windows, y considero el Windows 98 el ideal. Todos los que vinieron después no han hecho otra cosa que complicarme la vida. Claro que yo solo uso el ordenador para escribir mis artículos y mis libros, el resto de las aplicaciones se las dejo a quienes vienen detrás.

De ahí que retrasase el paso a Internet todo lo que pude, obligando a los informáticos de los medios en que trabajé a buscar la manera de que pudiera seguir enviando mis artículos a través de la línea telefónica en vez de por la red, algo que quiero agradecerles, pues cada vez se les hacía más difícil. Hasta que llegó un momento en que resultaba imposible y no tuve más remedio que meterme en ese mundo electrónico tan poblado como ruidoso. Aun así, procuré no hacerlo personalmente sino dentro del *email* del grupo con que trabajo, a quien quiero también agradecérselo. Creo recordar que no lo hice hasta 2008. ¿Por qué tanta renuencia? Pues por la misma que me impide tener móvil. Porque temía me hiciese perder lo más valioso: tiempo, del que ya me quedaba cada vez menos, respondiendo a todo el que quisiera contactarme por esa vía. Aparte de que el mundo exterior me importaba solo como observador, no como actor. Y, posiblemente, por sospechar que aquel ya no era mi mundo. Seguro que iba a perderme bastantes cosas excitantes, pero más seguro era todavía que eran refritos la inmensa mayoría, algo que ya había visto más o menos adulterado.

En lo que ha devenido Internet me ha confirmado en mis sospechas. La «red» es, a estas alturas, una jungla en la que quien se mete corre el peligro de perder no la vida, sino el prestigio, que es lo único que le va quedando a uno. Que hasta los presidentes, ministros, líderes partidos, empresas, sindicatos se hayan tirado a él indica, según mi opinión, el grado de banalización a que ha llegado nuestra sociedad. Da la impresión de que quien no está en ella no existe y que cuanto más activo se muestre, más eficaz es. Cuando la experiencia demuestra justo lo contrario: que cada tuit es un *boomerang*, que puede volverse contra ti con más fuerza que lo lanzaste. Ernesto Hernández Busto, ensayista especializado en el tema, ha publicado varios libros y artículos sobre el mismo, demoledores. En uno de los últimos, «Los rostros del *troll*», aparecido en *El País*, denuncia el sumidero en que han caído las redes sociales, que a estas alturas deberían llamarse antisociales (esta afirmación es mía), que han cambiado la personalidad de

Internet. *Troll* es una horrible y pequeña criatura de las sagas escandinavas, que vive en una cueva y tiene rabo. Se trata, para Hernández Busto, de «un ogro, de un monstruo, es decir, una bestia que tiene necesidad de mostrarse. Alguien extraño a la especie más común o dominante, pero que tampoco puede permanecer demasiado alejado de ella. El ogro no ve muy bien, pero tiene un olfato muy desarrollado. Es el rey de la intuición y todo el mecanismo de su odio funciona a partir del instinto. Es también, por supuesto, alguien que arrastra una tristeza incurable y un profundo malestar consigo mismo».

Amparados en la distancia con la víctima, y a menudo en el anonimato, han ido ganando terreno en el mundo virtual de la informática para atacar a todo el que despunta, difamar a su antojo y propagar todo tipo de infundios. «Estos fieles de la incorrección — advierte el ensayista, por cierto, premio Casa de América 2004— degradan el sentido actual de la libertad de opinión».

De ahí que uno de los problemas más urgentes con que se enfrenta la sociedad desarrollada sea precisamente poner coto a tales desmanes. Gobiernos, medios de comunicación, autores, sociólogos, juristas, y todos los ciudadanos interesados en la salud de la democracia, debaten cómo puede lograrse. Sin llegar a un acuerdo, pues si poner puertas al campo es difícil, ponérselas al éter es imposible. Pero algo hay que hacer para no ser arrollados por la ola de mentiras, medias verdades, calumnias, insidias y trampas que lo contaminan a mayor velocidad que nuestros desechos los océanos.

Nos encontramos, de entrada, con una barrera en apariencia insalvable: siendo la libertad de opinión uno de los mayores avances que se han hecho en el terreno de los derechos humanos, ¿cómo puede impedirse que cada ciudadano exprese lo que piensa y siente sobre esto, lo otro y lo de más allá? Pues lo que ha hecho Internet no es más que universalizar y popularizar lo que antes podían solo expresar los privilegiados que tenían un medio —periódico, revista, emisora— a su disposición: exponer sus opiniones al gran público. Basta abrir una cuenta en Facebook o Twitter, las redes más conocidas, para tener una tribuna pública, en la que puedes explicar lo que te dé la real gana. Con un poco de suerte, que dependerá de lo que digas y cómo lo digas, podrás tener más lectores, y seguidores, que los periódicos de más tirada. Por un par de euros y, lo más grave, sin que nadie te coarte ni exija cuentas. Desde arruinar la imagen de quien te caiga mal a enseñar cómo se monta una bomba casera. ¿Está eso incluido en la libertad de expresión? No parece, pero si en una democracia tal derecho está reconocido, entran en conflicto dos principios fundamentales. Claro que los códigos penales tipifican la calumnia como delito y prohíben la fabricación privada de bombas, pero eso hay que demostrarlo ante un tribunal para que se castigue, cosa no siempre fácil. Lograrlo, entre los millones de mensajes que se están cruzando en cada momento, resulta más difícil que contar las estrellas del cielo. Y encargar al Estado que se ocupe de ello es peligroso —sería como poner al zorro guardando el gallinero—, aparte de que, en las dictaduras, Internet es una de las pocas vías que tiene la oposición de enfrentarse al gobierno, por lo que hay que tener cuidado con ponerle cortapisas.

Encargar a las propias redes esa censura tampoco es práctico, porque las redes, como empresas privadas que son, están interesadas en ganar dinero, es decir, en tener los más

tuiteros posibles, sin importarles demasiado sus excesos. Es verdad que algunas de ellas han establecido normas de conducta, pero son normas muy elásticas, muy generales, que pueden interpretarse de distinta manera y solo cuando el asunto es muy gordo, como en el reciente juego que conducía al suicidio de los jugadores más inestables; se tomaron medidas, pero ya cuando había habido alguna víctima.

Timothy Garton Ash, catedrático de Historia en Oxford y periodista, especializado en el tema, acaba de publicar un libro, *Libertad de palabra*, donde da la voz de alarma. El mayor peligro, escribe, se da cuando el poder del Estado y el de las redes se unen, para formar un «superpoder» que aplasta el ciudadano. Y advierte a los usuarios: «Uno piensa que obtiene algo gratis (en Internet), pero no es así. Debemos comprender que el producto que se vende somos nosotros. Esos datos increíblemente detallados sobre dónde has estado, qué lees, a quién conoces, qué compras, se venden a anunciantes. La pérdida de privacidad es un peligro porque la privacidad es necesaria para la libertad. Mis datos son míos para decidir qué se hace con ellos». Otro de los peligros que ve es «el efecto resonancia que Internet ofrece al populismo, que puede hacer que los votantes de Trump pueden pasarse la vida escuchando solo su visión del mundo sin acceder a otros puntos de vista, lo que puede ser muy erosivo para la democracia». Más cauto se muestra con el problema del anonimato en las redes. Admite que puede amparar la violencia. Pero advierte que salva a los disidentes en los países sin libertades. Por lo que sugiere establecer una norma con excepciones: allí donde reina la libertad, el *tuitero* debe dar el nombre, como cuando habla con y de alguien. Donde corra algún peligro «el anonimato está justificado».

El auge del terrorismo ha complicado la situación, al usar el terrorista las redes para prácticamente todas sus actividades: captación de seguidores, envío a los frentes de batalla del Estado Islámico, instrucciones sobre el manejo de explosivos, contactos entre los conspiradores, adquisición de armas, etc., etc. Ni que decir tiene que tales actividades deben ser combatidas de raíz si queremos evitar nuevos atentados. Pero eso requiere unidades especializadas de las fuerzas de seguridad para combatirlo, como ocurre con el espionaje durante las guerras. A fin de cuentas, el ISIS nos ha declarado la guerra y, hasta el momento, la está ganando. Por si todo ello fuera poco, el «ogro» se ha metido últimamente en las campañas electorales, para favorecer o dañar a uno de los candidatos. El caso más sonado es el de Hillary Clinton en las norteamericanas de 2016. Desde Rusia, encima, principal sospechosa de esta guerra electrónica, para favorecer sus intereses.

Para resumir, los ordenadores, Internet y todo lo que ha seguido nos trae tantas ventajas como inconvenientes, como todos los grandes avances de la humanidad. La proporción entre ellos dependerá ya del uso que cada uno haga de los mismos, como del coche, el avión o los deportes de riesgo.

Personalmente, me alegra haberles conocido, aunque sin llegar nunca a intimar. Les agradezco la ayuda que me han prestado y me siguen prestando en mi trabajo, como

escribir este libro sin necesidad de reescribirlo no sé cuántas veces por las correcciones. Pero el día que no los necesite, no los echaré de menos. Como ellos seguro tampoco a mí.

POSVERDAD

Al regresar a España después de vivir treinta y cuatro años en el extranjero, una de las cosas que más me asombró fue el cambio en el lenguaje corriente. Se usaban palabras nuevas (buena parte de ellas procedentes del inglés), mientras mis interlocutores ponían una cara rara al oírme ciertas expresiones corrientes hacia tres décadas. ¿Tiene cada generación su propio idioma? Posiblemente, y si no idioma, su propia lengua de la calle, que se va renovando al llegar otra oleada. Que mi equipo en televisión estuviera compuesto por chicas y chicos recién salidos de la facultad, que podían ser más mis nietos que mis hijos, ayudó bastante a la aclimatización, aunque nunca me acostumbré a su tuteo indiscriminado ni creo que ellos se acostumbraron a que tratara de usted a todo desconocido. Pero lo importante era que nos entendíamos.

Han pasado veinticinco años y el español ha seguido incorporando anglicismos, hasta el punto de que no hay columnista que se precie que no espolvoree unos cuantos en su columna, aunque haya equivalentes en español, pero eso está ocurriendo en todas partes, incluida Francia, donde el idioma es sagrado. En el campo de la informática es casi obligatorio, pues se trata de un continente descubierto y desarrollado por los norteamericanos, concretamente en Silicon Valley, en torno a la un día española ciudad de San José. Por cierto, la geografía norteamericana está salpicada de nombres españoles: Oregón (de orégano), Nevada, California (la reina de las amazonas), Arizona (zona árida), Nuevo México, Texas, Florida, por citar los más importantes. Hoy, el que se impone es el inglés.

Entre los nuevos términos, uno de los más chocantes es el de *post-truth*, traducido por *post-verdad*, castellanizada a la brava como *posverdad*, que va a ser incorporada al Diccionario de la Real Academia, aunque su director, Darío Villanueva, le dio un sentido que sorprende a más de uno: «Aquellas informaciones o aseveraciones que no se basan en hechos objetivos, sino que apelan a las emociones, creencias o deseos del público», aunque luego advirtió que la definición definitiva aún no se ha fijado.

¿Qué es la posverdad? Etimológicamente debería ser una verdad más allá de la verdadera, como Aristóteles denominó meta-física al conocimiento más allá del físico, es decir, la filosofía pura. Pero con esa habilidad que tenemos los hombres para engañar, pronto nos enteramos de que la posverdad se trata de justo lo contrario, de una verdad estirada a nuestro antojo, con cierta similitud con la verdadera, pero en modo alguno similar, aunque adquiere tanta o más importancia que la genuina. En realidad: una estafa.

Como las «acciones preferentes» no eran preferentes más que en la cantidad de valores «basura» que contenían, que terminaron provocando la mayor crisis desde la de 1929. Una mentira camuflada de verdad.

¡La mentira! Estamos ante una de las artes más antiguas de la especie humana. El hombre es mentiroso por naturaleza. Puede incluso que haya llegado a ser hombre gracias a la mentira, por engañar a todo el mundo, empezando por la naturaleza y terminando por sus semejantes, incluido él mismo. Hay mentiras de todos los tipos, desde la mentira piadosa, para aliviar la congoja de alguien, por lo que está permitida, hasta la mentira que mata, ya sea el prestigio de otro, ya sea incitándole al suicidio. Pero en términos generales puede mentirse por activa y por pasiva:

- contando algo que no ha ocurrido y
- ocultando algo que ocurrió.

A lo que podría añadirse una tercera forma de mentir: con estadísticas. Es la más usada actualmente, a base de elegir los entrevistados entre aquellos y aquellas predisuestos a dar las respuestas que desea el entrevistador —o quien paga la encuesta—, preparar las preguntas en el mismo sentido y cocinar luego los resultados para que confirmen lo deseado. Se ha usado tanto, y se han equivocado tanto, que solo sirven para el titular del día y solo convencen a los ya convencidos. Julio Camba ya lo predijo hace un siglo al escribir que con un millón de pesetas él era capaz de convertir Getafe en una nación.

¿Pertenece a este tipo la mentira de la posverdad? Pues más o menos. La emergencia del mundo digital, paralelo al físico, ha favorecido su proliferación, al tener tanto de real como de mentira. También la rapidez con que se suceden los acontecimientos, desplazándose unos a otros, impidiéndoles adquirir consistencia y confirmarlos como auténticos. Y sin duda ayuda que la mentira ya no constituye un pecado tan grave como lo fue en el pasado, sobre todo en la gestión pública, aunque también Camba decía que un político miente «como el buey muge, el toro embiste o la gallina cacarea». Fernando Trías de Bes, en un interesante análisis sobre el tema, *La verdad de la posverdad*, añade otra razón convincente: «El ansia por confirmar nuestras propias creencias y sentimientos [...]. A través de un buscador [en las redes], cualquiera de nosotros puede encontrar información que confirme los que piensa y siente». Y pone el ejemplo de la persona preocupada por una enfermedad, que escribe en la pantalla el nombre de la misma, elija los «términos positivos» y encontrará alivio en ellos. «Por eso preferimos hablar de posverdad. De llamarla mentira estaríamos aceptando que son alimento de nuestra cabeza». Una especie, en fin, de tratamiento psicológico. Trías de Bes, sin embargo, no le augura mucho futuro: «El mundo es el que es —sentencia—. El tiempo, tarde o temprano, pone a todo el mundo en su sitio. La posverdad morirá. Es solo cuestión de tiempo».

Aunque a largo plazo tenga razón, no se lo veo a corto. Estamos en una era subjetiva, de individualismo rabioso, narcisista como he contado, en la que el yo domina a todo lo

demás, lo que lleva a una visión distorsionada del mundo, las cosas, las personas y uno mismo. Y no tiene aspecto de retroceder. Lo más curioso es que ese individualismo exacerbado lleva a lo contrario del mismo, al populismo, al engaño de la masa por parte de un taumaturgo que se identifica con los sentimientos del gran público, o a la inversa, del gran público que crea el taumaturgo. Hasta que la realidad les da el alto. Como dice el refrán norteamericano, «Puedes engañar a uno una vez, pero no a todos siempre». Pero, de momento, la posverdad está imponiéndose a la verdad. Aunque, ¿qué es la verdad?, preguntó Pilatos a Cristo cuando este se identificó con ella. Desde entonces, no ha hecho más que relativizarse.

Del «Todo es del color con que se mira» hemos pasado a la posverdad. En español hay innumerables palabras para designarla sin necesidad de echar mano de la traducción literal del inglés: bulo, falacia, falsedad, cuento, patraña, trola, timo, embuste, bola, engaño, superchería y no sé cuantas más. Espero que no termine siendo la que define nuestra época.

VIOLENCIA (AGRESIÓN) DE GÉNERO (MACHISTA)

¿Se ha acrecentado en los últimos tiempos la violencia de género (nombre que el *buenismo* ha puesto a la agresión —asesinato incluido— de hombres a mujeres)? Es una de las cuestiones que más polémica despiertan en las sobremesas de nuestras comidas anuales del curso de bachillerato, y supongo que en otras muchas. Sin que hayamos logrado ponernos de acuerdo, como españoles que somos. Y es que el asunto resulta complicado. Sin duda tales delitos han pasado a primer plano de actualidad, con despliegue en los telediarios y páginas de sucesos en los periódicos, siguiendo un ritual escalofriante: descubrimiento de una mujer muerta en las más variadas formas, a veces con alguno de sus hijos como testigos del episodio; el cadáver de un hombre al lado con signos de suicidio o desaparecido el perpetrador, que se encuentra poco después o se entrega a la policía. Gran alarma social en el barrio o localidad, con el consiguiente duelo de autoridades y vecinos ante el ayuntamiento, y entierro de la finada entre lágrimas. Con algo en común en muchas de ellas: no había denunciado sufrir abusos domésticos. Como colofón: el número de las asesinadas aumenta cada año, cuando debería disminuir. ¿No estamos en democracia, con los derechos de la mujer reconocidos y reforzados en todos los aspectos?

Es lo que crea la polémica en nuestras reuniones, pues hay argumentos para todas las tesis. Es verdad que hoy surgen muchos más casos de violencia contra mujeres que hace sesenta años, pero ¿no será porque entonces no se aireaban tanto, o se disimulaban tras el subterfugio de «crimen pasional», que daba a entender exceso de amor o de celos, cuando más bien se trata de falta de amor y exceso de posesión («¡la maté porque era mía!») o afán de venganza? Por cierto, el lenguaje oficial usaba una palabreja, «exorcicio», que daba al asesinato de la esposa un matiz jurídico-institucional que hoy no podría usarse, pues la mayoría de esos crímenes se da en parejas de hecho. Sin duda los celos, llevados a su límite («¡o mía o de nadie!») son los ingredientes principales en esta clase de delitos, aunque cuesta reconocerlo a una sociedad machista como aún sigue siendo la española, pese a los cambios ocurridos en ella. El mismo hecho de que se llame «violencia de género» a la que un sexo asesina al otro cincuenta veces más que el contrario, muestra tal pusilanimidad. Como el protocolo, ya casi oficial, que se ha establecido en homenaje a las víctimas.

Pero como nada es solo blanco o negro, hay que tener en cuenta otros factores en esta lacra social y humana. El primero de ellos es el cambio experimentado por las mujeres en

España. Cambio para bien, nos apresuramos a decir, de los que mi generación ha sido testigo en primera línea. Que hubiera un instituto de enseñanza masculino y otro femenino advertía ya del foso, o muro, entre ambos sexos. Con bastantes más alumnos en el primero, ya que solo las chicas de clase media-alta estudiaban. Su papel en la sociedad era otro: el de madres de familia, que por cierto han desempeñado muy bien.

Para la coeducación había que esperar a la universidad, pero excepto en Filosofía y Letras y algunas carreras cortas, como las de Magisterio y Enfermería, no universitarias, eran contadas en cada facultad. En las de ingeniería, ni rastro. Hoy, en cambio, hay más universitarias que universitarios, y no solo eso: sacan mejores notas y más plazas en las oposiciones. «No cabe la menor duda —me ha dicho alguno de los condiscípulos que llegó a catedrático de universidad—: se los están comiendo. No sé si se debe a que son más inteligentes, posiblemente no, pues la inteligencia está muy repartida, e incluso la hay de distintas clases. Pero que son más aplicadas, más pacientes, más tenaces, está a la vista. Puede que se deba a ser nuevas en este escenario, donde saben que se les exige más que a ellos, o a que ellos han recibido una educación mucho más laxa, han estado más mimados, por sus madres sobre todo, lo que resulta paradójico, pues prácticamente todas ellas conocen por experiencia propia las desventajas de las mujeres en España y, en general, en todos los países excepto tal vez los escandinavos, aunque habría que verlo para confirmarlo».

En efecto, si pensamos que nuestras madres, me refiero a mi generación, ni siquiera podían abrir una cuenta corriente sin permiso del marido, nos damos cuenta de la tremenda desventaja que sufrían. Y, sin embargo, eran las que menos se quejaban, incluidas las que tenían un trabajo, aparte del doméstico, lo que significaba no parar de la mañana a la noche, mientras al «señor de la casa» no podía prescindir de su aperitivo y café con la peña. De ahí que sorprenda la paradoja apuntada por mi condiscípulo catedrático. Deben llevarlo en los genes. O en su propia naturaleza. Como los hombres, la nuestra, aunque cada vez hay más bisexuales en ambos géneros. ¿O es que ocurre lo mismo que con la violencia de género, que parece haber más por hablarse más de ello y, tras la aceptación social de la homosexualidad, son más los que «salen del armario»? Algo puede haber de ello, pero el asunto es demasiado complejo para atribuirlo a una sola causa.

Esta irrupción de las mujeres en todos los aspectos de la sociedad puede también tener que ver con el auge de la violencia machista. De repente, el hombre educado (es un decir) en una atmósfera en la que el varón tenía preferencia sobre la mujer, se la encuentra disputándole un puesto de trabajo —y ganándoselo—, la razón en un debate, un contrato a firmar, y lo resiente, aunque tal vez por vergüenza, incapacidad de reaccionar, se lo traga, aunque no lo digiera. Y no hablemos ya si un buen día, la mujer con quien ha compartido parte de su vida le dice que está harta de ser criada, niñera, cocinera, esposa, amante etc., etc., y se va. O lo hace sin darle la menor explicación. Dependerá mucho del carácter del esposo o compañero la reacción, pero de lo que podemos estar seguros es de que no le gusta nada. No estoy en modo alguno justificando que sea violento, me limito a exponer lo que ocurre, diría con cada vez más frecuencia.

Siendo la culpa en la inmensa mayoría de los casos del marido o compañero, por no haberse dado cuenta de la importancia de quien tenía al lado y no corresponder en la justa manera. La educación juega aquí un papel determinante y que tales delitos se den mayoritariamente en parejas donde el machismo predomina (al menos en una parte), advierte de lo arraigado del problema. Como que la violencia alcance a los hijos de la víctima confirma que es espíritu de venganza más que ninguna otra cosa lo que mueve al perpetrador. Que luego se suicide o finja suicidarse no atenúa en lo más mínimo su delito.

Lo complica el hecho apuntado de que no haya habido denuncia previa por parte de muchas de las víctimas, cuando hubiera debido haberla ya que este tipo de violencia no cae inesperadamente, como un rayo. Y lo que acaba de complicarlo es que, tras confirmarse el maltrato, se retire la denuncia. ¿Miedo a quedarse sin el único lazo emocional que tiene? ¿O a quedarse sin techo? ¿Pensar en los hijos? Habrá de todo, pero el problema está ahí, sin solución.

La Comunidad Valenciana ha puesto en marcha un programa que lo aborda en su mismo origen, es decir, no individual, sino de forma general, dando a los médicos de cabecera un formulario que, una vez llenado por sus pacientes, revelará si sufren violencia doméstica o no. Del «éxito» (lo entrecamillo porque en realidad significa un fracaso social) del formulario habla que en año y medio se han descubierto 3000 casos de maltrato potencial, que en caso de confirmarse se comunican a las autoridades. Es el paso más difícil para las víctimas, sobre todo en personas mayores, no solo por miedo al denunciado sino también por la rotura prácticamente total que significa con la pareja. Además, con un médico se siente uno o una siempre más cómodo que con la policía. Y no digamos ante un juez.

En este sentido, si es mujer, mejor tiene que guiarse por indicios que van más allá de los físicos, como las contusiones o roturas de huesos. El insomnio, la depresión, la ansiedad, el «sentirse mal» inespecífico, advierten de que algo va mal no solo en la paciente sino en la pareja, aunque no lo reconozca. Piénsese que hay víctimas que cambian de hospital cuando sufren heridas de consideración, con contusiones y fracturas en distintas partes del cuerpo, para no despertar sospechas en las unidades de urgencias a las que acuden, para evitar ser fichadas y proceder a la denuncia. Su problema es tanto o más psicológico que fisiológico, al haber desarrollado una dependencia de su maltratador. Algo que requiere un psicólogo más que un policía, aunque este no esté de más.

El problema es que ello exige más inversión, mucha más de la que tiene la ya lastrada Seguridad Social. En la citada Comunidad Valenciana se están dando cursillos especiales no solo a los médicos sino también a los ATS, las antiguas enfermeras y practicantes, para cubrir un campo de la medicina y la delincuencia que venía siendo prácticamente de las secciones de sucesos de los medios de comunicación.

A estos les corresponde también un papel importante en combatir esta plaga. No se pueden limitar a dar la noticia del maltrato de género en todas sus variedades, sino que están obligados a incluir lo que significa de quebranto de la normas de solidaridad que deben regir en toda sociedad civilizada. Empiezan ya a hacerlo, aunque no con la

extensión debida. También en el Congreso los partidos políticos intentan reducir lo más posible el delito, para hacerlo más difícil y más punible. Durante cuatro meses, una subcomisión estudió cómo podía reforzarse la Ley de Violencia de Género, aprobada en 2014, habiéndose llegado a un acuerdo sobre medidas que incluyen, entre otras, ampliar dicha violencia a la que pueda ejercerse por Internet, tipificando el delito de suplantación de personalidad para acosar a la expareja; eliminar el derecho a retractarse de las víctimas que han acusado a los perpetradores y luego se echan atrás; supresión del atenuante de admisión inmediata del delito que figura en el Código Penal de forma genérica; limitar los permisos de visita a los hijos de los padres condenados por maltrato, por temor a que les hagan daño, como refinada venganza contra su ex, como ya ha ocurrido; eliminar el veto que tienen los condenados sobre si sus hijos deben o no recibir asistencia psicológica; reforzar los equipos especializados en la policía para combatir este tipo de violencia y endurecer el proxenetismo, que abunda en este terreno.

Pero por más medidas específicas que se tomen, el problema solo puede resolverse la sociedad en su conjunto. Desde la familia a las residencias de mayores, donde también se da, con una concienciación y educación tanto individual como pública. Unos niños criados en un ambiente de violencia doméstica es muy posible que terminen siendo maltratadores a no ser que hayan tenido la suerte de poder enderezar sus malos hábitos. Padres, madres, educadores, médicos, policías, jueces tienen que colaborar, cada uno desde su ámbito, para que la igualdad hombre-mujer se convierta en una realidad y no en un simple artículo de la Constitución y la ley. Habiendo sido testigo a lo largo de casi ochenta años de los muchos avances que hemos hecho en este campo, los asesinatos de mujeres a cargo de sus parejas nos advierten de lo mucho que nos queda por recorrer. *Homo homini lupus*, el hombre es un lobo para el hombre, dice la frase latina. Para la mujer, en algunos casos, por partida doble.

Es posible que se me reproche haber hecho de la violencia de género un monotema: el de la ejercida por el hombre contra la mujer. Cuando también se da en sentido contrario, incluso con un refinamiento que el hombre no alcanza nunca. Pero arrojando la estadística una proporcionalidad tan aplastante de la mujer como víctima, no considero legítimo buscar la equidistancia en un problema tan grave.

IZQUIERDAS Y DERECHAS

Una de las ventajas que tiene esta última jornada de la vida —alguno dirá, la única ventaja— es que ya no se sorprende uno de nada, lo que da cierta placidez de espíritu, aunque hay gentes que se morirán indignándose. Pero en general, y hablo por lo que deduzco de mis contemporáneos, nos tomamos las cosas con más calma que los que vienen detrás. Lo atribuyo a que, pese a las muchas novedades que nos asaltan por todas partes, siempre le encontramos un precedente o varios que atenúan la sorpresa y el golpe. Lo advirtió ya Giambattista Vico, que, a diferencia de la mayoría de los filósofos de la historia que ven esta como una marcha lineal de la humanidad hacia el progreso y la libertad, según el maestro Hegel, Vico la veía como una serie de círculos concéntricos que repiten la misma melodía. «La primera vez como tragedia, la segunda, como comedia», añadió Marx en uno de los pocos rasgos de humor que se le conocen. Siglo y medio después podemos decir que también se dan casos a la inversa: lo que empezó como juerga, acabó como hecatombe. Tenemos casos bien recientes de ello.

Pero a lo que iba. Una de las cosas que más debe de molestar de los octogenarios, y no digo nada de los nonagenarios, es que le encontramos antepasados a todo. Hay bastante de petulancia en nuestro *déjà vu*, con todo y con todos. Y, en efecto, siendo el hombre animal que tropieza no una vez sino varias en la misma piedra, no debe extrañar que ocurran situaciones parecidas al cabo de algún tiempo, como las modas se repiten con cierta periodicidad. Digo esto porque una de las últimas novedades no lo es tanto y, como nos afecta a todos, no hay más remedio que abordarla. Me refiero a lo que se anuncia con fanfarria desde la mayoría de los partidos, excepto los radicales o extremistas: que ya no hay diferencia entre izquierdas y derechas. Esto, que parece novedoso, lo expuso hace medio siglo Gonzalo Fernández de la Mora en su libro *El ocaso de las ideologías*, y ha sido repetido por polítólogos de muy diversos países, mientras sus políticos lo llevaban a la práctica. ¿Qué fue la Tercera Vía de Blair sino una combinación de ambas, como lo fue la Unión de Centro Democrático de Suárez, donde cohabitaban ex altos cargos franquistas con socialdemócratas declarados? Fue también lo que permitió entenderse tan bien a Blair y Aznar pese a todas sus diferencias.

Capítulo aparte son los intelectuales. Solía decirse que el intelectual francés va desde la derecha en la juventud a la izquierda en la senectud, mientras el español hace el recorrido inverso: empieza en la izquierda para acabar en la derecha. Un poco simple me parece,

pero hay ejemplos que lo avalan. Como de lo contrario, con lo que nos quedamos como estábamos.

Lo que no puede negarse es que tanto la izquierda como la derecha han sufrido cambios notables en los dos últimos siglos, sobre todo la primera, que pasó del comunismo al socialismo y de este a la socialdemocracia, a medida que las masas obreras se convertían en clase media (gracias a sus sacrificios, huelgas y reivindicaciones, todo hay que decirlo), mientras la derecha pasaba del capitalismo de los «barones bandidos», es decir, explotadores sin entrañas de sus trabajadores, a una versión *light* del mismo, que incluía a representantes obreros en los consejos de administración de las empresas y el aumento de salarios para que pudiesen comprar los productos que ellos mismos fabricaban. Tal evolución dio lugar a un curiosísimo fenómeno: la «derechализación» de la izquierda. El primero que lo apuntó, como tantos otros giros de la historia, fue Sebastian Haffner, en uno de los comentarios que escribía para la revista *Konkret* en los años setenta del pasado siglo, en el que apuntaba que los rasgos que habían caracterizado a la primera izquierda (industrialización, masificación, antinacionalismo) se habían convertido en lo contrario: medioambientalismo, individualismo, nacionalismo, que no han hecho más que acentuarse hasta nuestros días, en los que los neocomunistas establecen lazos con los «verdes», los individualistas y los nacionalistas, al menos circunstanciales, pues a la hora de la verdad surgen sus diferencias básicas, que hacen inestables sus coaliciones, si es que antes la vena autoritaria de los marxista-leninistas no los ha devorado a todos.

Recuerdo una anécdota sobre esta transformación de la izquierda que habla más que todos los discursos: en plena marcha de la revolución cultural, la del ecologismo, los *hippies* y el *greening of America*, no sé si por unirse a ella, por clarividencia diplomática o por escapar del escándalo del Watergate, a la Administración Nixon se le ocurrió iniciar un deshielo con la China comunista, la gran enemiga, a la que no había reconocido ni mostraba intenciones de ello, de ahí que los primeros pasos fueran tan discretos como indirectos: con la invitación a un equipo chino de ping-pong, para que exhibiese las maravillas que había alcanzado empuñando la raqueta de otra manera, no en territorio norteamericano, sino en el teóricamente neutral de Naciones Unidas. El primer partido se jugó nada más y nada menos que en la sala del Consejo de Seguridad, esa que habrán visto muchas veces, con una mesa circular a la que sientan los quince miembros, entre los que, por cierto, no figuraba entonces la China continental pues ese puesto permanecía en manos de la China de Formosa, por imposición norteamericana. Mesa que hubo que desarmar para dejar sitio a la de ping-pong y espacio a los jugadores. La expectación fue enorme, con diplomáticos y periodistas abarrotando no solo el anfiteatro sino también pasillos, escaleras y hasta cabinas de intérpretes. Ni que decir tiene que la paliza que dieron los chinos al equipo de la ONU, elegido entre los mejores jugadores de sus funcionarios, fue monumental. Pero el primer paso para la aproximación entre los dos gigantes estaba dado y los siguientes invitados fueron una docena de periodistas chinos, elegidos por Pekín naturalmente, que se darían una vuelta por los Estados Unidos, con paradas en sus puntos más importantes. La anécdota de que les hablaba ocurrió en

Pittsburgh, capital de su industria siderúrgica. Allí estaban y aún están, aunque en menor número debido a la competencia extranjera, los altos hornos, vomitando día y noche lava residual a los dos ríos que confluyen en la ciudad, mientras sus chimeneas no cesaban de despedir nubes negras hacia el cielo. Un espectáculo, sobre todo de noche, diría, infernal. Pero los periodistas chinos no hacían más que sacar fotos e intercambiar exclamaciones de entusiasmo. Los acompañantes e intérpretes intentaban explicarles que aquello iba a acabarse muy pronto, que las nuevas normas anticontaminación aprobadas por el Congreso exigían que los residuos industriales no podían continuar, por lo que iban a ser tratados en la misma fábrica. Los chinos, tras la euforia, no lo entendían y tuvieron que explicárselo varias veces. Seguían sin entenderlo. A ellos lo que les entusiasmaba era aquel despliegue de industrialización, aquellos ríos de lava y nubes de partículas. La izquierda era partidaria de la industrialización masiva, como lo eran los países subdesarrollados, sin importar el coste, por considerar que significaba progreso. Para pasar luego a oponerse ella y unirse a los partidos «verdes», que en algunos países se convirtieron en referencia de la izquierda cuando el partido comunista entró en crisis al caer el Muro de Berlín y desaparecer la Unión Soviética como tal. Algo parecido ha ocurrido con el nacionalismo, bestia negra del marxismo-leninismo y de las Internacionales (¿recuerdan su eslogan «Trabajadores de todo el mundo, uníos»?) con el que hoy cierran filas para combatir la globalización en marcha como el mayor peligro para las clases trabajadoras. Si Marx, Lenin, Stalin y Mao salieran de sus tumbas, seguro que volvían rápidamente a ellas.

No sé en qué acabará este batiburrillo de una derecha que se socializa en propia defensa y una izquierda que busca refugio en anteayer, con lo que ha resurgido la izquierda más pura y dura, al cobijo de la indignación que provocó la crisis de 2008, en una clase media que se veía de nuevo convertida en baja, entre otras cosas por la corrupción de los políticos de los partidos tradicionales. Lo que sí sé es que sigue habiendo una izquierda y una derecha, que casi tiene más que ver con la fisiología que con la ideología. La línea divisoria la marca cuál de los dos consignas de la Revolución francesa, la libertad o la igualdad, se prefiere, ya que la tercera, la fraternidad, es un postizo para dar brillo, sin valor real. Hablar de fraternidad entre los hombres es pedir peras al olmo, un sueño más que una realidad: la misma lucha por la vida les enfrenta. Pero los otros dos lemas de la Revolución francesa son decisivos. Puesto en esa alternativa, un hombre o mujer de derechas preferirá la libertad, mientras una mujer o un hombre de izquierdas elegirá la igualdad. Así de simple. Ya oigo levantarse protestas negando la mayor: «La derecha odia la libertad. Siempre se ha opuesto a ella, prefiriendo la dictadura, la tiranía», arguirán. Eso era antes de las grandes revoluciones en los siglos XIX y XX, cuando la derecha era tradicionalista, nacionalista y reaccionaria. Y la izquierda defendía el internacionalismo, la industrialización y el «progreso». Hoy los conservadores han adoptado el liberalismo como divisa hasta casi fundirse con él, mientras «liberal» es anatema para la izquierda. Se me dirá que uno de los grandes santos de la izquierda, Rousseau, lanzó desde el *Contrato social* su proclama «el hombre nace libre y por doquier se encuentra encadenado», alegato libertario donde los haya, para escribir luego

El origen de la desigualdad de los hombres, donde lanza la teoría del «buen salvaje». Pero como apunta bien su traductor al castellano, J. Castellote, más que «al buen salvaje, Rousseau se refiere al burgués despreciado por las clases aristocráticas, que se siente ya el verdadero protagonista de la sociedad de su época, de la que llegará a ser el auténtico dominador, primero con el apoyo del proletariado, después contra él». O sea, Rousseau era un burgués camuflado, como tantos falsos izquierdistas. Al verdadero izquierdista la libertad le importa un bledo, como muestra la respuesta de Lenin a Fernando de los Ríos cuando le preguntó por ella: «¿Libertad, para qué?». Confirmada por el carácter de todos los regímenes comunistas, en los que los anarquistas o simplemente trotskistas eran perseguidos tanto o más que los conservadores.

Lo que me hace volver a las diferencias más fisiológicas que ideológicas entre una izquierda que prefiere la igualdad y una derecha que prefiere la libertad, que dejé colgando, cuando se explican a poco que meditemos sobre ello: es lógico que el individuo fuerte, hábil, audaz, seguro de sí mismo prefiera una sociedad que le permita desarrollar plenamente sus cualidades, como lo es que alguien débil, apocado, inseguro, prefiera un Estado que le defienda de tales individuos e intente ponerle al mismo nivel que aquel. Si a ello se le une el factor envidia, inherente a la naturaleza humana —aunque conviene diferenciar entre la «sana envidia», que despierta el ánimo de emulación, y la «insana envidia», que solo despierta odio y afán de destruir al que ha triunfado— tendremos la explicación del dificultoso avance de aquellos países, como el nuestro, por donde «vaga errante la sombra de Caín», al decir de Antonio Machado. Así como la explicación del «falso izquierdista», aquel que cuando alcanza una determinada posición actúa como la peor derecha. Lo que permite decir que España es un país que se cree mayoritariamente de izquierdas, siendo uno de los más conservadores del mundo, hasta el punto de cambiar todo para que todo siga lo mismo, según el más puro estilo lampedusiano.

¿Estoy diciendo cosas improcedentes en un libro que pretendía ser prudente? Es posible, pero es uno de los privilegios de esta última etapa de la vida, poder decir lo que uno o una siente, aunque se equivoque. Seguirá habiendo izquierda y derecha, pero no las de ayer ni de anteayer, sino otras más puras, más refinadas, divididas por la preferencia por la libertad o por la igualdad, por el acelerador y el freno en la marcha humana sobre la tierra. ¿A qué parte pertenece cada cual? No es fácil decirlo, pues se sienten dudas. Pero hay que decidirse si se quiere ser sincero en la confesión con uno mismo a que se ha comprometido. Ya que hemos citado a don Antonio, su preferencia la dejó plasmada en uno de sus versos favoritos:

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso como deja el capitán la espada,
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Con lo que sella su compromiso con la izquierda. La antigua, la del maquinismo e internacionalismo.

Su hermano Manuel, en cambio, tan poeta como él, el de

tengo el alma de nardo del árabe español

era sin duda un hombre de derechas. De las antiguas y tradicionales derechas

que todo lo ganaron y todo lo perdieron.

Para volver a recobrarlo, añado. Y a perderlo. Es el *leit motiv* que se oye a lo largo de la historia de España. ¿O en todas las historias? No queramos ser especiales: especiales somos todos y cada uno de nosotros. Eso sí, de izquierdas o de derechas. Aunque últimamente andan revueltas: nada más conservador hoy en día que la izquierda radical ni nada más progresista que un ultraliberal, que los norteamericanos llaman *libertanian*.

La izquierda es hoy nacionalista, ecologista, pesimista, mientras la derecha es internacionalista, industrial, optimista. Como si hubieran preñado una a la otra tras descubrir que solas no tenían la fórmula para resolver los problemas sociales. En ese intercambio de papeles, la derecha ha salido favorecida, mientras la izquierda no hace más que perder posiciones. Lo que no quiere decir que no haya izquierdistas. Los hay y los seguirá habiendo mientras haya quienes crean que se puede alcanzar la sociedad ideal. La derecha, contentándose con alcanzar la «menos mala», tiene más posibilidades de sobrevivir, lo que le da más posibilidades del éxito.

EL HECHO DIFERENCIAL

¿Son los escoceses avaros, *penny pincher*? ¿Son los alemanes «cabezas cuadradas», es decir, tozudos? ¿Son los italianos volubles *qual piuma al vento*? ¿Son los escandinavos aburridos? ¿Son los rusos impredecibles? ¿Son los franceses petulantes? Al menos todos ellos tienen esa fama y, ya saben, «coge fama y échate a dormir», en este caso, a sufrir.

Que existen ciertos rasgos comunes en los distintos pueblos es cierto, pero luego tiene uno contacto con ellos y resulta que hay de todo: que en Escocia encuentra gente espléndida, que hay alemanes volubles como cualquier mediterráneo, que el italiano puede ser tan fiable como un prusiano o que hay suecos que, con un par de copas, no hay quien los pare. Quiero decir con ello que, con eso de los rasgos diferenciales, hay que andarse con mucho cuidado, ya que en todas partes «hay gente pa tí», aparte de que muchos de esos rasgos, si son negativos, han sido inventados por sus vecinos. A mayor abundamiento, son producto de una serie de factores —el clima, la religión, los recursos naturales, su situación y configuración geográfica (marítimos, continentales, montañosos, llanos)— determinantes de su carácter.

La mejor prueba de ello es que dentro de cada país hay distintas regiones, con su carácter peculiar cada una. Entre un prusiano y un bávaro hay la misma diferencia que entre un vasco y un andaluz, y otro tanto o más puede decirse entre un milanés y un siciliano. Diría más: el individuo trasladado a otro país, o dentro del mismo a otra región, cambia incluso de manera radical. A los obreros españoles que fueron a Alemania como *Gastarbeiter* ('trabajadores huéspedes') se les conocía como «prusianos» por su afán de aceptar cuantas horas extraordinarias les ofrecían y vivir más espartanamente que los trabajadores locales. Sin ir tan lejos, algunas de las empresas más importantes en su ramo, como Planeta o CIRSA, radicadas en Cataluña, fueron fundadas y desarrolladas por personas llegadas de las regiones más pobres de España, como Andalucía. Lo que significa que el medio social es más importante que los rasgos diferenciales de cada comunidad. En otras palabras: que lo decisivo es que se den las condiciones para que el individuo pueda desarrollar su capacidad. De ahí la importancia de la libertad, por un lado, y de la regulación, por el otro, a fin de que no se convierta en una «merienda de negros», como se llamaba antes al capitalismo salvaje, inventado y practicado por los blancos.

Me he permitido esta especie de prólogo para abordar uno de los asuntos más debatidos entre nosotros: ¿es España diferente? La pregunta puede ser planteada desde

ángulos opuestos: desde la petulancia del que se considera distinto (o sea, superior) al de la autoflagelación que lleva a denigrar todo lo que existe en España, desde la geografía a la gente. Ambas cosas se dan abundantemente en nuestro país, incluso a veces en la misma persona, lo que advierte de lo difícil que es abordarlo, por no decir ya solucionarlo. Una de las explicaciones puede venir de que nuestra nación ha venido de más a menos, de tener un imperio en que «no se ponía el sol» a que la entrada que nos dedicaba la primera Enciclopedia francesa plantease la denigrante pregunta de «¿Tiene Europa algo que deber a España?». Claro que poco después, en la propia España se propusiese su «africanización» (Unamuno) y hoy mismo nos pongan como modelo Venezuela.

Por fortuna, son la excepción que confirma la regla, aunque no hay que olvidar que, entre nosotros, las excepciones se han impuesto más de una vez a lo normal. Pero si observamos con ecuanimidad nuestra situación actual, tras una serie de avatares por todos conocidos que incluyen episodios trágicos y circunstancias extraordinarias, tampoco es tan mala. Formamos parte de la Unión Europea de pleno hecho y derecho, e incluso el grave error del Reino Unido saliendo de ella potencia nuestro papel en su seno. Por otra parte, hemos capeado lo peor de la mayor crisis económica mundial desde la de 1929 y, si las cosas no se tuercen —o más exactamente, si no las torcemos nosotros— nuestro futuro, sin ser risueño, no es malo. Lo demuestra que centenares de miles de europeos eligen nuestro país para pasar los últimos años de su vida. Añadiría un dato enorgullecedor: el único europeo que hasta ahora se ha atrevido a enfrentarse a pecho descubierto con los terroristas que vienen sembrando el horror en nuestro continente ha sido un español. Es verdad que perdió la vida en ello, pero eso no quita valor a su gesto, al revés, lo realza. Un héroe no es quien mata más enemigos, sino el que arriesga su vida para impedir que unos desalmados maten a un inocente que ni siquiera conoce. Ignacio Echeverría, ese es su nombre, ha demostrado que quedan todavía quijotes en España, algo que significa a esta y a Europa.

Ello no impide que sigamos siendo los mayores denigradores de nuestro país. Ya conocen aquello de

Si alaba a Inglaterra, es inglés.
Si reniega de Prusia, es francés.
Si habla mal de España... es español.

¿De dónde viene esta inquina, esta furia contra el propio país, que se da en todos sus rincones, en todos sus cuarteles políticos? Las explicaciones más generosas dicen que es un exceso de patriotismo: los españoles queremos tanto a nuestro país que deseamos que sea mejor que todos los demás, desesperándonos cuando falla algo en él, cuando algo le sale mal, cosa que ocurre a menudo, pero que en otras partes se atribuyen a azares de la vida o a maquinaciones de los enemigos. Este afán de perfeccionismo, de querer alcanzarlo todo en todos los terrenos es lo que nos amarga la vida.

Como teoría no está mal, y yo mismo la acepté durante algunos años hasta darme cuenta de que nos convierte en tontos o en masoquistas, algo que no somos, pues ingenio sobra en el país y ganas de vivir abunda en él.

Tiene que ser otra cosa, y la explicación está a mano: es la envidia, la maldita envidia la que nos corroea la vida. Envidia la hay en todos los países, pero la envidia total solo la hay en España, ya que aquí no solo envidia el que tiene menos al que tiene más, sino también el rico al pobre e incluso se lo echa en cara:

—Para vida tranquila, la tuya. Si supieras las fatigas que yo paso...

Lo que se ha llamado «envidia sana», la que promueve el espíritu de superación e incita a alcanzar metas tan altas o más que el envidiado, no existe en España. La envidia española solo apunta al aniquilamiento, a la destrucción del que ha tenido éxito por cualquier medio legal o ilegal, ético o no ético, sin importar que sea adversario o del mismo campo. Puede que estos sean los más amenazados. Se atribuye a Pío Cabanillas, uno de los pocos políticos españoles con sentido del humor, la frase paradigmática:

—¡Cuerpo a tierra, que vienen los nuestros!

Es, posiblemente, lo que más ha frenado nuestro progreso y lo que pone en peligro cualquier avance que se haga en cualquier campo. «Nada tiene más éxito que el éxito» reza un refrán norteamericano. En España, el éxito es un peligro y pobre del que se deje engatusar por él, porque basta tenerlo, incluso en escala menor, para convertirse en blanco del tiro amigo y enemigo.

Cuentan de uno de los grandes maestros de *La Codorniz* —no recuerdo si era Tono o Mihura, a efectos prácticos es lo mismo— que al día siguiente de haber estrenado con éxito una de sus piezas teatrales, entraba en el Café Gijón renqueando y mascullando:

—¡Este maldito reuma que no me deja vivir en cuanto cambia el tiempo!

Aunque el tiempo siguiera siendo el mismo. Solo estaba aplicando la fórmula Cabanillas.

Los únicos que no padecen en España la maldita envidia, que no nos deja vivir ni dejar vivir a los demás, son los muertos, a los que se llena de todo tipo de alabanzas y agasajos.

Un enemigo menos.

España, continente en miniatura, con tanta costa, cordilleras, valles, mesetas, nieves, desiertos, historia, mitos, climas, acentos, ofrece la más amplia diversidad, como han constatado sus visitantes, y el que vengan más cada año lo confirma. Hay más «hechos diferenciales» en España que en ningún otro país europeo. Eso ya es un rasgo común. Aparte de haber más cosas que nos unen que las que nos separan, aunque no nos demos cuenta. La primera de ellas, el creernos todos superiores a los demás. Quiero decir, somos bastante pueblerinos. Dos ejemplares egregios: Sabino Arana y Carles Puigdemont. Lo que podría significar que son tan españoles como el que más.

CORRUPTO ES EL OTRO

Creo haberles dicho que una de las pocas ventajas de esta etapa final de la vida es verlo todo desde la distancia, lo que lima perfiles y calma el espíritu al divisar un panorama mucho más amplio del que se ve cuando se está en medio de la batalla. El *déjà vu* es mucho más generoso con los comportamientos humanos que la visión primeriza, y en ningún caso se ve como en la corrupción, esa lacra que puede haya que atribuir a lo frágil de nuestra naturaleza a consecuencia de la expulsión del paraíso terrenal tras el primer pecado, comer la «fruta prohibida», asunto que me ha intrigado siempre —¿qué fruta era?— sin lograr que autores judíos o cristianos me lo aclaren, por lo que no voy a meterles a ustedes en tal lío y paso a ocuparme del tema que nos trae a mal traer a los españoles en estos momentos, hasta el punto de ocupar el segundo lugar en nuestras preocupaciones según las encuestas.

Que la corrupción no se limita a un pueblo, ni a un país, ni a un partido político —como se cree hoy en España tras una campaña bien orquestada y peor contrarrestada— no puede negarlo nadie que se tome la molestia de mirar alrededor. Existe incluso en los más avanzados, ahí tienen a Francia, donde los miembros del gobierno estaban autorizados a emplear con sueldos fantásticos a infinidad de familiares y amigos. Hay países donde ni siquiera se necesita autorización oficial. Me contaba un buen amigo brasileño en mis años berlineses, Roberto Leitao, que un alcalde de São Paulo, Ademar de Barros, ganaba elección tras elección con un eslogan tan chusco como *Eu robo pero fago*, que asusta a primera vista pero ya quisiéramos haber tenido los españoles alcaldes que «robaban pero hacían» en las últimas décadas, cuando sinvergüenzas de todos los colores se embolsaban el dinero público sin hacer nada.

Pero la corrupción no se limita a eso, a meter la mano en las arcas comunes, sino que abarca un enorme repertorio alrededor, del que la mayoría de nosotros no nos damos cuenta o no queremos darnos, por la sencilla razón de que «la corrupción es siempre de los demás, no nuestra», como puede verse en cada debate parlamentario e incluso en cada tertulia radiada o televisada. El precepto evangélico de «ver la paja en ojo ajeno y no la viga en el propio», fundamento del fariseísmo y la hipocresía, parece consustancial a la naturaleza humana. Corrupción, a fin de cuentas, es «uso o abuso contra la ley», y ¿quién resiste la tentación de violarla si se le presenta la oportunidad? Sobre todo en países en los que es casi un deporte nacional, entre los que se cuenta el nuestro como ilustra la antigua, abundante, a más de excelente, novela picaresca. Porque corrupción no

es solo, como queda dicho, embolsarse los dineros públicos (que «no son de nadie», como llegó a decir una ministra), sino también obtener alguna ventaja sobre los demás: obtener un empleo, lograr un contrato, recibir una beca o, simplemente, aprobar un examen. Pero ¿es que algún español considera delitos las famosas «recomendaciones», cuando es lo primero que busca cuando aspira a algo? ¿Es que el «tener padrinos» ha dejado de tener vigencia en nuestro país? Acaba de hacerse pública una estadística escalofriante al respecto: se trata de averiguar cómo han conseguido su empleo jóvenes entre 16 y 34 años en los últimos 12 meses. ¿Saben ustedes cuál fue la vía de la mayoría de ellos, un 41,7 %? Pues a través de familiares, amigos y conocidos. ¿Y saben cuál fue la vía con menos éxito, un 2,4 %? Pues las oficinas públicas de empleo. Lo que demuestra que el «enchufe» sigue siendo una institución en nuestro país, mientras nuestra burocracia es tan mastodóntica como ineficaz. Piensen que las oficinas privadas de empleo tienen más éxito que las públicas con muchos menos medios y personal.

En la lista de vías de empleo de la citada estadística no figuran los partidos políticos, aunque deberían figurar pues constituyen una de las escaleras más fáciles y cómodas de asegurarse un porvenir, si se ha tenido buen olfato para elegir un ganador y estómago dispuesto a decir «Sí» a cuanto le ordenan. Que el pueblo lo ha captado da muestra el grito con que acogían a Felipe González en los pueblos andaluces durante sus años de gloria: «¡Felipe, colócanos a todos!». Un chiste de aquellos años refleja la situación mejor que todos los reportajes y estadísticas. Un vecino y compañero de partido se acerca al alcalde del lugar para decirle:

—Oye, a ver si me colocas a mi hijo tonto, que el listo ya se las arreglará por su cuenta.

¿Se daban cuenta el vecino, el alcalde y el hijo tonto de que estaban incurriendo en corrupción? Me temo que no, incluso en nuestros días, y si quieren una prueba ahí tienen el conflicto que han armado los estibadores por su nuevo estatuto laboral que nos exige Bruselas. En el viejo estatuto, una de las condiciones para ser contratado era ser familiar de un estibador. O sea, el empleo pasaba de padres a hijos como una herencia, casi como un título nobiliario, sin pagar ningún tipo de derechos.

Hasta qué punto está incrustada la corrupción en el «estilo de vida español» lo indica que la pregunta «¿Con IVA o sin IVA?» cuando se hace una pequeña transacción y se paga un trabajo doméstico sin que nadie se escandalice. Como que todo el mundo mirase para otro lado cuando Pascual Maragall acusó en el *Parlament* catalán al partido de gobierno de estar cobrando un 3 % por las obras que encargase. Acusación que ninguna autoridad jurídica o policial se interesó en investigar hasta que Jordi Pujol hizo pública la cuenta que tenía en Andorra. Aunque lo más espectacular tal vez sea que uno de sus hijos compare su comportamiento con el del Dalai Lama. Sin que nadie haya reído. Ni llorado.

Para resumir: la corrupción es una tara universal que en los países poco desarrollados cívica y jurídicamente forma parte de la vida cotidiana. A medida que sus instituciones se asientan y perfeccionan, tales prácticas van adquiriendo carácter de delito contra la comunidad y comienzan a perseguirse, dando la impresión de que «la corrupción ha

aumentado», cuando se debe simplemente a que lo que antes no se consideraba delito ahora se considera. De ahí que lo importante no es si hay corrupción —pues siempre la habrá—, sino si se persigue o no. Y si se castiga adecuadamente.

Tanto es así que el nivel cívico de un país, su grado como Estado de derecho, puede deducirse del nivel de su corrupción castigada. No a lo bestia, como ocurre en China, que se fusila sin más a los corruptos tras proceso sumarísimo, sino con todas las garantías de la ley, aunque (siempre hay un aunque) puede que para manejar un país de 1.300 millones de habitantes que nunca han conocido una democracia, echar mano de penas ejemplarizantes sea un último recurso. Pero no en los nuestros. Hacienda es mucho más sofisticada. No por buen corazón, sino por motivos mucho más prosaicos: por afanes recaudatorios. Me contaba un amigo norteamericano pillado en una evasión fiscal que se acercó a la fiscalía tan lleno de miedo que lo primero que le preguntó al inspector fue si iría a la cárcel. El inspector hizo un gesto de sorpresa mientras le decía:

—Mire usted, Mr. Tal (aquí el nombre de mi amigo), yo no tengo el menor interés en meterle a usted en la cárcel. Bien al contrario, mi interés es que siga usted trabajando, incluso más que nunca, para que nos pague todo lo que defraudó, más la multa correspondiente, naturalmente. En la cárcel solo lastraría usted al erario norteamericano. ¿Sabe lo que cuesta un preso cada día?

Nosotros estamos todavía lejos de tal sofisticación, entre otras cosas porque la corrupción ha tomado un carácter político (como casi todo en el país) que aumenta la indignación ciudadana y enrarece el debate democrático. Que tanto las Cámaras autonómicas como el propio Congreso se conviertan cada poco en auténticos tribunales para estudiar casos de corrupción (que ya están en los respectivos juzgados) es la mejor prueba de nuestra poca experiencia democrática, pues la inmensa mayoría de esos juicios paralelos se convierten en un cruce de acusaciones, insultos, amenazas y proclamas sin llegar a ninguna parte, con la consiguiente pérdida de tiempo y dinero. Pero hasta que nos demos cuenta de ello nos queda todavía un buen trecho.

En un artículo titulado *La picaresca inmortal*, Josep M. Colomer, economista y politólogo, advertía que «el débil cumplimiento de las normas jurídicas transforma la tradicional y difundida picaresca en una corrupción generalizada y sistémica a un coste relativamente bajo para quienes participan en este tipo de transacciones y trampas». Para constatar que «los españoles encuestados piensan que los niveles de corrupción están aumentando año tras año, que la corrupción en España es más generalizada que en el resto de los países europeos y que seguirá aumentando en el futuro previsible. Esto no significa, sin embargo, que haya una creciente corrupción. La percepción cada vez mayor de la corrupción significa que cada vez más personas están tomando conciencia de la extensión y la magnitud de las prácticas, que en realidad habían sido simplemente alegales desde tiempo inmemorial».

Para resumir: sigue habiendo pícaros en España, pero cada vez más controlados por Hacienda. Otra prueba de que nos modernizamos. Aunque puede que no tan rápido como deberíamos.

Tal vez la peor de las corrupciones sea el pensar que los corruptos son los demás (especialmente los adversarios políticos), y olvidarse de la que existe en nuestro entorno. Y no digamos ya la actitud de «Si alguien me roba, que sea de los míos», que establece una frontera con nuestros compatriotas.

NACIONALISMOS

El nacionalismo vuelve a estar de moda, cuando lo creíamos muerto y enterrado tras la Segunda Guerra Mundial, que dejó Europa arruinada y arrasada precisamente por su causa. Tal era la fobia contra él que incluso se evitaba citarle en la Alemania de los años cincuenta del pasado siglo, como si fuera algo obsceno, criminal, repulsivo. Fue una de las cosas que más me extrañó al llegar a ese país. Claro que los alemanes habían sufrido una buena lección por su culpa. Pero ni tanto, ni tan poco, me dije. El amor a la tierra donde uno ha nacido, el cobijo que te ofrecen los tuyos, la dependencia de sus costumbres, de su lengua, tradiciones, música, comida, incluso de sus carencias, todo eso que constituye el ambiente que ha rodeado a uno desde que recibió las primera sensaciones, transformadas luego en ideas, ayuda a superar los malos tragos de la vida. También es verdad que cuando oí a otro traductor de la Volkswagen, donde trabajaba, castellano de pura cepa, «A España solo se puede ir a tomar el sol y a comer jamón», recordé nuestro afán destructivo y me dije que un baño de internacionalismo no nos vendría mal a todos. Fue cuando empecé a diferenciar entre «patriotismo», amor a tu país, y «nacionalismo», odio al extranjero.

De entonces acá ha pasado medio siglo y mi actitud ante el nacionalismo ha sufrido altibajos, pero sin apartarme de esa línea argumental. Viví en Naciones Unidas la explosión anticolonialista, con la aparición de nuevas naciones en África y Asia, que por un momento me hizo creer que el nacionalismo tenía algo bueno. Duró poco, pues las tales naciones, a los vicios de las viejas, añadían los nuevos de ser muchas de ellas artificiales al haberse respetado las fronteras coloniales, por lo que se produjeron abusos y masacres dentro de ellas. En vez de naciones modernas, o núcleos de ciudadanos con un propósito común, habían vuelto a las anteriores tribus, que se mataban entre sí, ya no con lanzas y flechas, sino con fusiles de asalto tipo AK, auténticas máquinas de matar. Y aún siguen en ello.

Terminó de convencerme de que, tal como se había hecho —marcharse las potencias administradoras de la noche a la mañana dejando aquellos territorios en manos de los sátrapas locales—, la descolonización había sido un error. Hubiera tenido que obligarse a los colonialistas a quedarse hasta crear administraciones, tribunales, cuerpos de seguridad que necesita todo Estado para llamarse tal. Pero no se hizo y aún pagamos las consecuencias, con la marea humana que nos viene desde allí.

Tal vez la historia es menos racional de lo que Hegel y Marx pensaban y avanza no en línea recta, sino zigzagueando y a trompicones. En cualquier caso, lo que me reafirmó en mis temores fue lo que me contó un ingeniero industrial vizcaíno, con el que había hecho Milicias Universitarias Navales, chico noble y optimista que en vez de aprovechar su carrera para vivir desahogadamente en España se había apuntado a los servicios técnicos de Naciones Unidas para ayudar a las naciones recién descolonizadas.

—No te puedes imaginar lo que cuesta —me dijo tras el abrazo y la alegría de habernos encontrado tras tantos años en los pasillos de la organización y tomando un café en el bar de delegados—. Todos los gobiernos, pero absolutamente todos, lo primero y casi lo único que piden es una siderurgia. ¿De qué les sirve una siderurgia si no tienen industria que pueda utilizar el acero que produce? Lo que necesitan es energía, electricidad para ponerse en marcha, y no a base de grandes centrales, sino aprovechando sus recursos naturales, pequeñas presas que, aparte de electricidad, faciliten el riego de nuevas plantaciones agrícolas. Lo importante es que sean autosuficientes a nivel local, luego vendrán los grandes planes. Pero no hay forma de convencerles. Todos los presidentes quieren altos hornos. Y cuando se les pregunta por qué, responden: «Porque los quiere el vecino». Uno incluso ha llegado a decir que van a saltarse la primera revolución industrial e ir directamente a la segunda, la de la energía limpia que persigue Europa.

A mí me recordó los planes de Lenin y Stalin intentado saltarse la revolución burguesa que Marx había puesto como fase intermedia, para saltar directamente a la «proletaria». No lo dije, naturalmente, por conocer su ideología izquierdista, en las horas de guardia que teníamos en el minador «Marte», y no aumentar sus tribulaciones, aparte de que ya tenía bastantes. Nos despedimos con un fuerte abrazo y no nos hemos vuelto a ver desde entonces. Le supongo jubilado, como yo, o puede que aún en la tarea de redimir África, pues estos idealistas son irreductibles, si no ha muerto en su empeño, por lo que le admiro, como a tantos otros idealistas que dan lo más importante que tenemos, su tiempo, su vida, a los demás.

Pero me estoy desviando mucho del tema a tratar —¿o no, es el de siempre?—, los nacionalismos, de nuevo de moda —¡quién iba a decírmelo!—, además, en la propia Europa que, tras haberla ensangrentado durante siglos, parecía vacunada de ellos para siempre. Así que, sin más preámbulos, entro a matar.

A estas alturas, he llegado a la conclusión de que el nacionalismo es un sentimiento más que una convicción, lo que hace difícil, por no decir imposible, razonar con él, como es imposible razonar con un enamorado. Ya oigo a algunos preguntar: «¿Tiene algo contra el amor?». No, no lo tengo, e incluso pienso que es algo hermoso, romántico, que proporciona momentos de éxtasis, de felicidad superior a cualquier otro goce en esta tierra. Pero también otros de desesperación, tristeza, amargura superior a cualquier dolor físico, como sabe todo el que haya estado enamorado, aunque haya sido solo una vez. El gran problema, en este caso, es que ese amor, trasladado a un conjunto de personas, puede causar disturbios al resto. ¿Puede? ¡Los causa irremediablemente! Si los seguidores incondicionales, los «hinchas», los «ultras» de un equipo de fútbol pueden

enzarzarse en auténticas batallas campales con los seguidores del equipo rival, si las religiones, con su mensaje de paz y fraternidad, han causado guerras de todo tipo, la última la que nos ha declarado el yihadismo, ¿qué no puede causar el «espíritu de todo un pueblo», esa es la definición del nacionalismo que le dio su primer teórico moderno, Fichte, en sus *Discursos a la nación alemana*, puesto en marcha? Nada de extraño que el nacionalismo sea el alimento y arma preferida de los dictadores y el mayor peligro de la democracia, que significa justamente lo contrario: la igualdad de todos los hombres, sin distinción de países, sexos, culturas, lenguas y razas.

¿Que el nacionalismo ayuda a salir adelante en las dificultades, que eleva el espíritu en los momentos de triunfo de los compatriotas y sirve de refugio en las derrotas? Sin duda alguna. Es el atractivo eterno del nacionalismo, la melodía de la flauta que se lleva detrás a las multitudes infantilizadas. Unas multitudes que se ven hoy arrasadas por una globalización que les roba no solo puestos de trabajo, sino algo mucho más importante: su propia personalidad. Con lo que llegamos a una de las mayores encrucijadas de la vida moderna.

El hombre de nuestros días se ve arrastrado por dos corrientes contrarias. Una de ella le empuja hacia alta mar, a fundirse en la «aldea global» en que se ha convertido, o va camino de ello, nuestro planeta. La otra le arrastra hacia el individualismo, a sentirse él o ella exclusivamente, no ningún otro u otra, como he explicado al describir nuestra época narcisista. Y no sabe qué hacer. El nacionalismo le lanza un salvavidas, en forma de salvarse en su grupo, «los suyos», que le llevará a la playa o a la cueva. Es lo que explica el auge de los nacionalismos en medio de la globalización en marcha. Uno de sus teóricos, Sebastian Junger, lo expone en su libro *Tribu* y queda reafirmado en *El regreso de las tribus*, de Maurizio Molinari, pues ¿qué otra cosa es el nacionalismo, aunque los nacionalistas lo nieguen rotundamente, por lo que tiene de regreso a los inicios de la civilización? También Monserrat Guibernau había abordado el tema en sus libros sobre el nacionalismo, subrayando la importancia de la «pertenencia», *belonging*, en un mundo de *ciudadanos del mundo*.

Les paso un párrafo de esos autores, en el excelente ensayo que hizo sobre ellos Andrea Aguilar en *El País*:

JUNGER: «Si el hogar es el sitio donde, cuando has de ir, tienen que ir a recogerte, la tribu sería la gente con la que te sientes forzado a compartir la comida que te queda. A los humanos no les importa la adversidad; lo que les afecta es no sentirse necesarios. La sociedad moderna ha perfeccionado el arte de hacer que la gente no se sienta necesaria».

MOLINARI: «El deterioro del propio malestar y las amenazas exteriores —más abstractas que concretas— habrían proporcionado a Donald Trump el mejor argumento de su victoria. El nuevo presidente norteamericano ha surgido a iniciativa de la *tribu blanca*».

GUIBERNAU: «El sentimiento de pertenencia genera el antídoto más potente contra la alienación y la soledad. La pertenencia ofrece al individuo un punto de referencia, permitiéndole así trascender su limitada existencia, al compartir intereses comunes, objetivos y características con sus compañeros o compatriotas».

Todo ello es cierto, e incluso beneficioso, mientras el nacionalismo se confina a los límites del patriotismo. Pero si los rebasa y empieza a ver en los extranjeros un enemigo, los resultados no pueden ser más lamentables, como la historia nos demuestra con mil

ejemplos, empezando por el dicho vigente hasta hace bien poco de «Mi vecino es mi enemigo, y el vecino de mi vecino, mi amigo», y explica comportamientos tan poco razonables como el citado «No me importan que roben si es de los míos», que terminan no solo nublando la mente sino también siendo autolesivos.

La máxima del poeta canadiense J. Marshall, «El mundo es mi país, la raza humana, mi raza» es la que debería imperar en un planeta cada vez más comunicado, más pequeño y más interdependiente. El único nacionalismo permitido debería ser el «terráqueo». Me atrevo incluso a ir más allá de las explicaciones que se dan al neonacionalismo que resurge por todas partes, sin negarlo, con una interpretación que seguro molestará a bastantes, pero a mi edad poco importa lo que opinen de uno: apoyado en la falsedad de un «hecho diferencial colectivo» (cada ser humano difiere de los demás), el nacionalismo es un complejo más de inferioridad que de superioridad. El ciudadano corriente, el hombre de la calle, el que sabe que va a pasar por este mundo como un pequeño tornillo de un gigantesco mecanismo universal que empezó hace nadie sabe cuántos milenios y continuará moviéndose otros tantos, se siente infinitamente pequeño ante tanta inmensidad. Quisiera trascender, ser algo más de lo que es. Y el nacionalismo se lo ofrece, al permitirle participar de la epopeya de su pueblo, de su país, aunque buena parte de esa epopeya sea falsa, fabricada, mítica, pero ¿qué más da si nos permite incorporarnos al valor de nuestros héroes, a la sabiduría de nuestros científicos, a la gloria de nuestros escritores, a las victorias de nuestros atletas? Esa es la gran atracción del nacionalismo, la fascinación que ejerce sobre el ser humano: proporcionarle el vehículo para trascender a su pequeñez y sentirse superior a los demás. Un complejo de inferioridad convertido en complejo de superioridad.

Pues a estas alturas de la historia deberíamos saber que ningún ser humano es superior a otros. Que todos hemos nacido iguales y que solo las circunstancias nos han hecho diferentes, por lo que la civilización y cultura deben procurar igualarnos lo más posible. Quiero decir que héroes, lo que se dice héroes, no son los que más matan, sino los que salvan más vidas. Alcanzando el título de superhéroes aquellos que salvan a los que ni siquiera conocen. Algo que practican muy pocos, por no decir ningún nacionalista. Y cuando veo a alguien con la banderita española en la solapa me digo «A este no le gusta España. Un patriota no necesita proclamarlo, le basta serlo».

Leí, devoré más bien, a Stefan Zweig en la década de los cuarenta. A muchos extrañará que fuese uno de los autores más leídos durante el franquismo más duro. Pero era lógico. Aquel escritor sensible y cosmopolita era una compensación al nacionalismo rampante. Hoy, Zweig vuelve a estar de moda. Sobre todo El mundo de ayer, elegía de la Viena de antes de la Primera Guerra Mundial. No es que haya nostalgia de ella, sabiéndola perdida para siempre. Es rechazo al mundo de hoy y temor al futuro. Aunque era también predecible. El mundo feliz del «fin de la historia», con la democracia triunfante y el mercado avasallador era tan ilusorio como la Austria de los Habsburgo. Nos despertaron del sueño el desplome de las Torres Gemelas y la Gran

Crisis de 2008. Se duda de la democracia, se acusa al mercado y nos consolamos con Stefan Zweig. Lo que significa que no aprendemos de nuestros errores, que cada generación parte de cero y tiene que aprenderlo todo. Esperemos que no con guerras, como las de 1914, 1939 y, nosotros, con la de 1936.

CULTURA Y CIVILIZACIÓN

Tuve un profesor en la facultad de Letras de la Universidad de Barcelona, don Antonio Palomeque, del que solo aprendí una cosa, pero que me ha sido útil a lo largo de toda mi vida, lo que es bastante más que innumerables libros de texto: la diferencia entre cultura y civilización. Creo haber hablado ya de ella: cultura, decía, es el conjunto de saberes de un pueblo o conjunto de ellos, para explicar el mundo y cuanto en él existe, así como las normas que lo rigen. Del latín *cultus*, ‘acción de cultivar o practicar algo’, vendría a ser el andamiaje intelectual levantado por el hombre para dar sentido a la existencia, incluido él mismo y el resto de lo existente. Una especie de religión laica, que es en lo que han devenido buena parte de las culturas, aunque algunas de ellas no han sido capaces de desprendérse de sus raíces religiosas. La civilización, en cambio, del latín *civilis*, ‘perteneciente al ciudadano’, es la obra material de esa actividad intelectual, las consecuencias de la misma. En otras palabras: la cultura sería la teoría; la civilización, la práctica. De ahí que se pueda ser muy culto, pero nada civilizado, como ocurre a ciertos pueblos de desarrollo ínfimo, pero enormemente cultos, como el tibetano, mientras, a la inversa, se puede tener una civilización muy desarrollada, sin ser culto, y no pongo ejemplos para no ofender a nadie, pero los hay a mantas. Lo curioso, sin embargo, es que los griegos, padres de la cultura occidental, empezaron siendo únicamente cultos e incluso sintiendo repugnancia por la aplicación práctica de sus teorías. Pero esas teorías y teoremas fueron luego los que posibilitaron a otros pueblos, empezando por los romanos, a realizar obras prodigiosas de civilización. Por ejemplo: el acueducto de Segovia, aún en pie, como tantos «puentes romanos» en España, y el Derecho, que se estudia todavía en las facultades de leyes que se precien.

Les decía que tal diferencia me ha servido para entender por qué los islamistas adoran la civilización occidental e intentan por todos los medios ponerse a su altura —muy en especial, obtener la bomba atómica—, pero aborrecen nuestra cultura, por regirse por normas completamente distintas a las suyas. Resultado: que nos han declarado la guerra, por temor a contagiarse y nos atacan incluso dentro de nuestra propia casa, con cuantas armas tienen a mano, desde las bombas a los cuchillos de cocina, pasando por los vehículos que barren peatones por aceras y calzadas de nuestras ciudades. Sin que podamos hacer mucho contra ellos, pues la «segunda invasión de los bárbaros (entendiendo por tales su sentido original de «extranjeros») ya ha tenido lugar sin resistencia por nuestra parte. Al revés, habiéndoles llamado en muchos casos, porque los

necesitábamos. Algo que se dio también en los últimos siglos del Imperio romano, cuando desde los cuadros del ejército, generales incluidos, hasta los gladiadores del circo eran «extranjeros». Pero en modo alguno habían llegado al número y proporción que hoy tenemos en Europa. Si se le añade el papel cada vez menos relevante que esta interpreta en el escenario mundial, dominado por potencias extraeuropeas, es lícito preguntarse si la cultura occidental ha entrado en decadencia.

De la «decadencia de Occidente» viene hablándose desde hace justo un siglo: el trascurrido desde que Oswald Spengler publicó su famoso libro con el mismo título. Claro que Spengler era alemán y Alemania acababa de perder la Primera Guerra Europea (que en realidad era la enésima), y algo tuvo que influir en el ánimo pesimista de su autor. Y cuando Alemania perdió la Segunda (ya llamada) Guerra Mundial, la cosa iba de veras, pues no era solo Alemania la que la había perdido y estaba arruinada, sino todas las potencias europeas, empezando por Inglaterra, que hasta entonces había dominado los mares y, ya se sabe, quien domina los mares, domina las tierras. ¿Por qué creen ustedes que tienen tanta importancia los portaviones?

Ortega, como no podía ser menos, se ocupó del tema y su conclusión no era tan pesimista como la de Spengler. Para él, cultura occidental y Europa marchan paralelas, pero no son la misma cosa. Coincidieron en un principio porque Europa era hace veinticinco siglos «Occidente», la punta occidental del gran continente euroasiático, de hecho, una península de Asia. Pero es en esa península donde nace una cultura que se diferencia de todas las demás. Mejor dicho, nace en las islas del Egeo y desde allí se traslada a Hélade, donde adquiere un desarrollo tan rápido como luminoso, hasta el punto de que sigue alumbrándonos todavía hoy. Sus fundamentos son tan simples y robustos como una columna dórica: el hombre es la medida de todas las cosas y solo sé que no sé nada. Nada de dioses y nada de dogmas. Hay que atenerse a lo que hay, que es poco, pero precisamente porque es poco hay que sacarle el máximo rendimiento. Comparado con las anteriores culturas, la egipcia, la babilónica, la asiria, por no hablar de la hindú y la china, que apenas se conocían, la cultura helénica era de una simplicidad pasmosa. Lo que pudo ser el secreto de su eficacia. Con el hombre convertido en protagonista de la vida sobre la Tierra y la duda como guadaña de todo dislate quimérico, los griegos se convirtieron no solo en los dueños del comercio mediterráneo —el dracma era el euro en él—, sino también en los padres de la cultura más pujante de la época. Es verdad que no consiguieron dominar las orillas de ese mar y que la aventura asiática de Alejandro Magno se vino abajo por la traición asiaizante del discípulo de Aristóteles a los cánones que le había enseñado su maestro. Aparte de que Atenas «padecía» de un exceso de inteligencia: demasiados tipos listos para unirlos en una empresa común, lo que la impidió pasar de ciudad, *polis*, a Estado (por cierto, nadie, que sepa, ha establecido la relación entre «política» y «ciudad», como parte de la *polis*). Pero la simiente estaba sembrada y de eso se encargarían los romanos, que fundaron incluso un imperio, el más perfecto que haya existido, teniendo en cuenta que perfecto del todo no hay nada en este mundo.

Una vez caído ese imperio, durante la Edad Media se mantiene un forcejeo, que en bastantes casos se traduce en guerras, entre las distintas culturas y civilizaciones, de

fuerte contenido religioso, como las cruzadas y nuestra Reconquista. Pero a partir de la Edad Moderna, la explosión tanto de los descubrimientos geográficos como de la física, química y mecánica, que darían lugar a los primeros imperios transoceánicos (primero el español y el portugués, luego el francés y el inglés) y de la industria bélica (pese a que los chinos habían sido los inventores de la pólvora), llevó a una conclusión que, ya en nuestros días, ha sido llamada «eurocentrismo»: el mundo empezó a girar en torno a Europa, que dominaba sus tierras y sus mares. El corolario de ello era casi inevitable: si la civilización europea era superior a todas las demás, la cultura europea también lo era. Es más: es la única que merece ser llamada cultura, pues el resto van lastradas por su fuerte componente religioso, mientras la «occidental», como finalmente terminó llamándose, con el hombre como medida de todas las cosas y la razón como espada, tenía libre el camino para desarrollarse hasta el infinito. Ortega, como prácticamente toda la intelectualidad europea a partir de la Ilustración, lo describe en prosa brillante, distinguiendo entre «culturas abiertas», sin límite en su evolución, solo la europea (de ahí su empeño en europeizar a los españoles) y las «cerradas», que evolucionan hasta alcanzar su punto máximo, para detenerse o desplomarse. Claro que, en su afán de ensanchar esta teoría, terminaría medio contradiciéndosela, al reconocer que tal cultura no es exclusivamente europea, sino universal. Para ello se vale de una cita de Isócrates: «Griegos son, no los que vienen de una familia, sino los que participan de la cultura (*paideia*) helénica». Cita que nuestro filósofo se encarga de apuntalar con el argumento de que «el alma alemana encierra hoy (principios del siglo XX) la más elevada interpretación de lo humano, es decir de la cultura europea, cuya clásica aparición hallamos en Atenas», y alguna otra metáfora muy de las suyas, como adjetivar a esa cultura de «peripatética», al ir de un lugar a otro, sin distinción de países y razas, haciendo que «las pasiones de Shakespeare puedan anidar en el corazón de una japonesa» (cito de memoria), es decir, no es exclusivamente europea, aunque los europeos podemos exhibir *the copyright*.

A esa expansión continua, la cultura occidental puede añadir su afán depredador: se apodera de cuanto le apetece, al contrario que el resto de las culturas que aborrecen e incluso combaten —como ocurre a la islámica— lo que no forma parte de los principios y cánones, como hace la occidental que, con un estómago de aveSTRUZ, igual asume la numeración árabe —mucho más práctica que la romana— que las máscaras africanas, que sirvieron de modelo a Picasso para destruir la pintura tradicional. «Lo que no mata, engorda», es su lema, como el de sus imperios, que se extienden por los cinco continentes.

En este cuadro depredador, hay que hacer una parcial excepción: la británica. Los ingleses, tal vez por aquello de diferenciarse de los *continentals*, como llaman al resto de los europeos, han sentido una debilidad por lo asiático —en lo que el hecho de que India fuera «la joya de su corona» pudo influir—, prestaron más atención a lo que allí había. En el Foreign Office incluso hubo siempre una sección de *orientalists*, formada por profesores más que diplomáticos, aunque dispuestos a formar parte de la acción, como ocurrió a Lawrence of Arabia, que se incrementó al descubrirse que el Oriente Medio

tenía las mayores reservas de petróleo del mundo. Como último *orientalist* podemos citar a Toynbee que, apartándose de la interpretación piramidal de la historia de Hegel y demás pensadores europeos, la ve como círculos concéntricos de civilizaciones de igual importancia según el tiempo en que ocurren. Una interpretación que Ortega combatió con fiereza en su *Curso de Humanidades del Madrid de la posguerra civil*, como creo ya haber dicho.

La «decadencia» de Europa ha traído, entre otras muchas cosas, un aumento del interés por todo lo oriental, que podría empezar por el éxito de la pintura japonesa de Fujita, a principios del siglo XX, y reducirse al chiste que circulaba por los círculos diplomáticos en su segunda mitad: «Los optimistas aprenden ruso. Los pesimistas, chino». Hoy, todo chico o chica verdaderamente listo aprende chino, aparte del inglés que se ha convertido en el latín o *lingua franca*, de nuestra época. Y es que, solo en China, hay 1.300 millones de potenciales consumidores. Aparte del auge de la medicina oriental, del arte oriental, de la gimnasia oriental, de la filosofía oriental, de la cocina oriental, tan distintas a la nuestra, pero que «molan» sobre todo entre las últimas generaciones (a veces me pregunto si la moda de la comida italiana no es también un reflejo de lo mismo, ya que los espaguetis los trajo Marco Polo de China). Sin duda la calma, el sosiego, la armonía, la sintonización con el resto de la naturaleza, animales y plantas, que llega de aquellos países, hasta ayer como quien dice colonias *de facto* o *de jure* de Europa, atraen a unos occidentales consumidos por la prisa, el consumo y el cambio constante.

Quiero decir con todo esto que no solo Europa atraviesa el mayor de los desafíos desde finales de la Edad Antigua, sino también la cultura occidental se ve desafiada, hasta el punto de que su último gran protagonista, Estados Unidos, parece dispuesto a soltar amarras de ella y abandonarla a su suerte. Es la gran pregunta del siglo XXI: sin duda el *eurocentrismo* es ya cosa del pasado, pero Europa, ¿también lo es? ¿Nos convertiremos en parque temático de los turistas chinos, hindúes, norteamericanos, como los europeos visitamos las pirámides de Egipto, la Gran Muralla China o los templos indios? Todo dependerá de nosotros, de si somos capaces de unirnos, como hizo Roma con todas las ciudades y reinos italianos antes de extender la cultura occidental por el mundo conocido, o nos rendimos, convertidos en camareros, cocineros y hoteleros de los nuevos turistas.

Aunque yo no lo veré, es una cuestión suficientemente grave para dedicarle un capítulo a ella sola.

Si la decadencia de Atenas fue debida a la incapacidad de las ciudades griegas de unirse, ¿es la incapacidad de unirse de las naciones europeas lo que ha traído la decadencia de Europa? Bastante apunta a que sí. Pero si pensamos que la cultura occidental no depende del lugar geográfico sino de unos valores determinados, «el hombre es la medida de todas las cosas» y «solo sé que no sé nada», resulta que dicha cultura puede estar hoy más en Estados Unidos que en Europa. Claro que Trump nos

chafa el razonamiento. Aunque no hay que olvidar que Atenas tuvo malos gobernantes. Roma, también.

EL OTOÑO EUROPEO

¿Ha entrado Europa en una inevitable decadencia, después de haber dominado el mundo tanto de las tierras, como de los mares, como de las ideas, durante nuestra era?, me preguntaba al final del último capítulo. Los indicios no son precisamente optimistas: Europa no es ni de lejos lo que era, la primera superpotencia, a través de sus naciones más fuertes, y la primera productora de pensamiento tanto teórico como práctico, lo que la hacía la más rica del mundo. Hoy se halla entre dos gigantes militares, los Estados Unidos y Rusia, a los que se unirá muy pronto otro, China, con megatones suficientes para borrarla del mapa en cuestión no de horas, sino de minutos. Solo en nivel de vida, en prestaciones sociales, en bienestar, está por encima del más desarrollado de ellos, Estados Unidos, por no hablar ya de Rusia o China, a años luz. Pero ese nivel de vida, esas prestaciones sociales, no pueden mantenerse desde el escenario de las viejas naciones europeas. Necesitan unirse, convertirse en otro de los grandes bloques que exige el mundo de nuestros días. Algo que no se resuelve con un «mercado común», como apunté, sino que requiere un Estado Común, con su Gobierno, su Parlamento, su Hacienda, sus impuestos, sus tribunales, sus normativas comunes, de lo que todavía está lejos. De momento sigue siendo la Europa que soñaba De Gaulle: la «Europa de las Naciones», cada una de ellas continúa con su Gobierno, Parlamento, Hacienda, etc., etc., y así, desde luego, no se puede jugar hoy en la primera división mundial.

Complica las cosas que tal bienestar, unido a más seguridad y tranquilidad, han convertido a Europa en foco de atracción de cuantos sufren la carencia de ambas cosas en Asia y África, donde sobrevivir cada día es ya casi un milagro. A lo que podría añadirse una Iberoamérica que no acaba de despegar. El resultado es una oleada de refugiados que, comparada con las invasiones de los siglos V, VI y VII es insignificante, con la diferencia de que entonces venían a caballo y con la espada desenvainada y hoy llegan en cayucos, con una mano delante y otra atrás, los que no se han quedado en el camino.

Aunque eso no es lo peor, con ser mucho. Es que, una vez entre nosotros, no se «romanizan», como en buena parte hicieron visigodos, ostrogodos, frances, sajones y otros «bárbaros», sino que continúan con sus costumbres, religión, hábitos y normas de vida, lo que es la receta segura, a la corta o la larga, más bien lo primero, de un conflicto social gravísimo. Solo faltaba el detonante de unas intervenciones militares occidentales

en países islámicos, tan mal pensadas como peor ejecutadas, para que la bomba de la inmigración desordenada nos estallase bajo los pies. Con lo que estamos ya a día de hoy.

El problema de la inmigración tiene dos vertientes: el de sus ventajas e inconvenientes y los beneficios que trae y el de la dificultad de integrar culturas distintas. Dejo lo segundo para otro capítulo ya que con el primero tenemos bastante en este.

Que la inmigración, en su sentido general, es positiva, al suponer la llegada de gentes, por lo general jóvenes, dispuestas a trabajar en lo que se les ofrezca, por salarios menores que los autóctonos, se ha demostrado en Estados Unidos, país levantado a pulso por inmigrantes llegados de los más distantes confines, que lo convirtieron en tiempo récord en la primera potencia mundial. A lo que podría añadirse el alivio que representó para los países «exportadores» de emigrantes que estos encontraran trabajo fuera y las remesas de dinero que enviaban a casa, como ocurrió con el trasvase humano de la Europa mediterránea a la central durante los años cincuenta y sesenta del pasado siglo. O sea, la inmigración, en principio, es buena, positiva.

Pero todo lo bueno y positivo, si se desborda, se convierte en malo y negativo, que es lo que está ocurriendo en Europa actualmente. La guerras en el Oriente Medio y las tribales en África han traído tal tsunami de refugiados a través del Mediterráneo, que ya no se cuentan por miles, sino por millones, desbordando la capacidad de los países europeos de absorberlos y creando todo tipo de conflictos, empezando por el «choque de civilizaciones» («culturas» diría el profesor Palomeque, pues a la civilización occidental no le hacen asco los inmigrantes, muchos con móvil cuando llegan) predicho por Huntington, aparte de la caída de más de un Gobierno. Escenas como la de la Nochevieja de 2016 en Colonia, los disturbios veraniegos parisinos y otros incidentes parecidos en ciudades centroeuropeas, no han hecho más que tensar aún más las relaciones entre inmigrantes y población local. Ante lo que algunos gobiernos europeos, sobre todo del Este, donde quedan bastantes restos autoritarios, han cerrado sus fronteras a los que llegan.

Y, sin embargo, leo una noticia que, primero, me sorprendió, para luego confirmarme que la inmigración termina beneficiando al país de acogida. La noticia llega de Berlín y su titular anuncia que «por primera vez desde la reunificación (1990) la edad media de la población alemana ha descendido». Es decir, los inmigrantes aminoran el mayor problema que a la larga tenía Alemania, el envejecimiento, que la condenaba a muerte por «exhaustión», perdonen las palabreja, «liquidación» sería más descriptiva pero más sangrante, de su tejido social y humano, que venía aquejándola desde hace veinticuatro años. La llegada masiva (un millón) de inmigrantes de Siria, Afganistán, Irak y otros países de aquella zona, autorizada por la canciller Merkel, ha permitido frenar esa caída, aunque no revertirla. ¿Se mantendrá esa tendencia? «Todo depende de cuánta gente viene de fuera —dicen los expertos—, pues aquí dentro la tendencia tiene solo una dirección: el envejecimiento, y la consiguiente reducción de la fuerza laboral, ya que los cálculos indican que en Alemania hay cada año 300.000 trabajadores menos o jubilados más». Con el consiguiente aumento de las pensiones a pagar y disminución de los impuestos a cobrar.

Lo que ocurre en Alemania puede extenderse a toda Europa, donde la «familia numerosa» ha desaparecido o es una rareza. El aumento de solteros y solteras, divorciados, parejas sin hijo o, lo más, «la parejita», presenta un panorama demográfico más que preocupante, turbador. ¿Van a ser los refugiados los salvadores de Europa, quiero decir, tienen los países europeos que abrirles las fronteras para poder continuar siendo lo que son? Eso dependerá de si los que llegan están dispuestos a dejar de ser lo que son para convertirse en nacionales del país de acogida, como ocurrió en oleada tras oleada en Estados Unidos, o mantienen su identidad en sus guetos particulares, hasta ser tantos que imponen la suya al país. Una alternativa aún más turbadora, por lo que la dejo para el siguiente capítulo.

Si Johan Huizinga hubiese escrito hoy su famoso libro El otoño de la Edad Media, posiblemente lo hubiese titulado El otoño de la Edad Moderna o El otoño de Europa, que se halla entre dos alternativas a cada cual peor: la muerte por extinción demográfica o el cambio de su población autóctona por otra de tradiciones, costumbres y normas diferentes. En realidad, son dos formas de suicidio.

INMIGRACIÓN Y ASIMILACIÓN

La ya citada pregunta de Ortega «¿Son los espíritus impenetrables, como los cuerpos?» nos sirve también para ahondar en lo que se ha convertido en uno de los grandes problemas de nuestro tiempo: el de la oleada inmigratoria. Sustituyan en la frase «espíritus» por «ideas» y tendrán que las ideologías, o culturas si lo prefieren, pueden ser tan pétreas como el granito. Es decir, herméticas a las demás. Aunque, al lado de esas «culturas rocosas», haya también alguna porosa, flexible, capaz de ensancharse, de quedar incluso encinta de otras. Como queda dicho, la occidental se basa precisamente en ese ensanchamiento continuo, que la permite ir más allá de sus límites geográficos y raciales, para anidar allí donde encuentre mejores condiciones y circunstancias de expansión. A tal crecimiento lo llamamos progreso.

Esta breve introducción me sirve para explicar el problema de los inmigrantes que llegan y el mucho más grave del terrorismo que le acompaña como una sombra de la que no consigue librarse.

A la luz de lo ocurrido en los últimos años, la última oleada de inmigrantes en Europa va a retrasar el problema del envejecimiento, pero no a resolverlo. Con los llegados de la cuenca mediterránea en los años sesenta y setenta del siglo pasado (italianos, españoles, griegos, portugueses) no hubo mayores problemas, pues podía haber diferencia de lenguas y costumbres, pero no de principios, al ser todos ellos cristianos, comer cerdo y beber vino. Además, la mayor parte de ellos volvió a sus países de origen una vez reunido un capitalito, y los que se quedaron, los hijos de ellos especialmente, son hoy alemanes, holandeses o austriacos de pura cepa.

Cosa muy distinta ocurre con la actual oleada. No son inmigrantes «económicos», son desplazados por conflictos internos y externos en sus respectivos países, o sea, forzados. La mayoría de ellos se hubieran quedado en su patria de no correr el riesgo de morir, junto a sus familias. Y, además, o sobre todo, son musulmanes. ¿Qué tiene el islamismo que prácticamente no existen en él conversos a otras religiones, mientras consigue abundantes prosélitos en todas las esquinas del mundo, incluidos los Estados Unidos, donde buena parte de la población reclusa negra abraza esa fe? Pues tiene bastante más que ofrecer tanto en esta vida como en la siguiente. Sobre todo a los hombres, y como las mujeres pintan muy poco en la religión musulmana, la capacidad de atracción que ejerce sobre los varones más pobres y olvidados de la población es enorme. Aunque también entre los más altos en la escala social, como explicaré más tarde.

A diferencia de Jesús —que era pobre y murió crucificado, aunque conmovió los cimientos del mundo con su doctrina, que no prometía bienes materiales, sino satisfacción con uno mismo y los demás en este mundo, y la bienaventuranza en el que viene—, Mahoma no solo fue el profeta de una nueva religión, sino también un estadista, el creador de «la nación del islam», que se extendió a comienzos de la Edad Media por el Oriente Medio, norte de África y península ibérica como un incendio de verano en un pastizal reseco, a la vez que ampliaba su radio por el subcontinente asiático hasta Indochina y las islas adyacentes. Es más, Mahoma dio a su religión las leyes para organizarse y perpetuarse como un imperio terrenal, que regulan desde lo que hay que comer a qué ejercicios diarios deben practicarse, junto a las normas de convivencia tanto entre los fieles como con los infieles. Más importante todavía: en el islam, la última voz sobre asuntos no solo espirituales, sino también terrenales, la tienen los mulás o ulemas, intérpretes de los preceptos del Profeta. Con los ayatolas como sumos sacerdotes. Es decir, asumen la función de magistrados y de líderes políticos.

Podría pensarse que contra tan abusiva invasión de la religión en la vida civil las rebeliones de los fieles se multiplicarían, pero no ha sido así. La única pugna en el seno del islam ha tenido lugar entre los descendientes del Profeta, que a su muerte desencadenaron entre ellos una guerra a muerte que dura hasta nuestros días (sunitas contra chiitas), por la primacía de su legado, que incluye poderes casi absolutos sobre sus fieles. Pero, a cambio de ello, el islamismo ofrece a sus fieles ventajas muy superiores a las ofrecidas por el resto de las religiones. Mejor dicho: a la mitad de ellos, a los hombres, cuya superioridad sobre las mujeres, con la excusa de protegerlas, desbordan los límites del machismo más extremo. Con decir que autoriza a pegarlas —y algún imán en país europeo aconseja hacerlo en las plantas de los pies para que no queden moraduras delatoras— está dicho todo. Si se le añade la poligamia en esta vida y promesa de encontrar esperándole en el cielo sesenta huríes si mueren en la yihad o guerra santa, que no es otra cosa que matando infieles, se entiende el atractivo que tiene el islamismo para la mitad masculina del planeta y el terrorismo suicida no tiene ya tanto mérito.

Con lo que llegamos al principal problema de la actual inmigración mahometana: su reuencia a integrarse en las sociedades de los países huéspedes. Aportan muchos hijos, sí, pero esos hijos son educados en unas familias regidas por normas muy distintas a las occidentales, cuando no en *madrazas* o escuelas regidas por la ley del Corán. Nada de extraño que se agrupen en barrios periféricos de las grandes ciudades europeas, que terminan siendo auténticos guetos para el resto de su población. Si se le añade un racismo más o menos acentuado según el país y que esas minorías se encargan de los trabajos más fatigosos y peor pagados, con un altísimo grado de desempleo entre los jóvenes, tendrán la fórmula perfecta para que bastantes de ellos se hagan yihadistas, dispuestos a combatir en la guerra que tiene lugar en Siria, Irak o Afganistán, contra el infiel o los herejes. A fin de cuentas, siempre es mejor ser un soldado de Alá que pudrirse en un suburbio de Londres, París, Berlín o cualquier otra ciudad europea. Aunque también puede hacerse uno combatiente sin salir de ellas, convirtiéndose en terrorista.

Es uno de los grandes problemas de nuestros días, si no el mayor, como nos advierte la multiplicación de atentados, que hacen cada vez más inseguras nuestras urbes, y pueden llegar de la forma más inesperada. Empieza a haber pánico entre los habitantes de grandes ciudades y tanto en Madrid como en Barcelona he oído una historia que, por ser idéntica, tiene que ser inventada: la de una mujer musulmana por el atuendo que pretende saltarse una cola y los que aguardan en ella le hacen guardar la vez. La mujer lo hace pero diciendo en voz alta:

—Dentro de diez años, yo seré la primera porque seremos más.

Repto: muy posiblemente se trata de una escena inventada por algún islamófobo, pero con un fondo de verdad: de continuar la inmigración como hasta ahora, no solo en España sino en todos los países europeos, y no dentro de diez años, sino dentro de treinta o cuarenta, habrá más musulmanes que cristianos.

Como pueden figurarse yo no tengo la solución, ni creo que la haya a corto plazo ni definitiva. Pero la experiencia nos enseña unas cuantas cosas al respecto.

La inmigración puede resolver el problema de la mano de obra, pero si no va acompañada de la integración de los inmigrantes causa un problema aún mayor, como estamos viendo y sufriendo.

La integración de inmigrantes no puede dejarse a las familias, donde lógicamente se perpetuarán las costumbres de los países originarios, ni, menos aún, a escuelas de sus respectivas religiones, que harán todo lo posible para que los escolares mantengan comportamientos opuestos a los que rigen en el país de acogida. Tiene que hacerse en la escuela pública, verdadero crisol de la ciudadanía de un país. Manteniéndose en ella todas las normas que exige la igualdad de los ciudadanos, tanto en el vestir como en la conducta. No puede haber excepción en esto si queremos que el chico o chica salgan de la escuela convencidos de que no son distintos de los demás, sino iguales en derechos y deberes. De no ser así, no habrá cumplido con su deber como escuela de ciudadanía, y las culpas deberán repartirse entre autoridades y maestros.

Los jóvenes que por una u otra causa no reciban esa educación serán *outsiders*, desplazados, distintos toda su vida y, por tanto, potenciales terroristas si caen en manos de los que odian la cultura occidental. Aparte de propensos a la delincuencia, al no tener oficio ni beneficio. Lo que ha convertido a las cárceles en la mejor escuela del terrorismo islámico.

Resumiendo: como poco o nada se ha hecho en ese sentido, tenemos un problema que, a poco que empeore, puede convertirse en el mayor de los países occidentales. El islam necesita una «reforma», como la de Lutero dentro del cristianismo, para adaptarlo a la Edad Moderna que empezaba o la del catolicismo con el II Concilio Vaticano. Pero protestantes y católicos tenían el sustrato de la cultura occidental, que incluye la duda como parte del pensamiento y el hombre como centro de toda acción. Lo que les ha permitido evolucionar. No así el islam que, pese a todo lo que digan sus estudiosos, sigue de hecho donde lo dejó Mahoma, dogmático y enfrentado a todos los demás credos, incluidos los que interpretan de forma distinta esos dogmas, como estamos viendo en la doble guerra que se libra en el Oriente Medio. Sin que quepa la esperanza de una

revolución, la de los oprimidos, las mujeres, contra los opresores, los hombres. Pues aunque aquellas sean más, estos tienen todos los resortes del poder para mantener sus privilegios. Les cuento una anécdota que he vivido de cerca: una amiga alemana, casada con un iraní de buena familia que había estudiado odontología en Frankfurt, se encontró un día con que su marido le decía *Auf Wiedersehen!*, para regresar a Teherán, donde continuó con su consulta. Cuando fue a verle y le preguntó la causa, la única respuesta que recibió fue que «allí encontraba la vida más cómoda». A pesar de los ayatolas. O puede que por ellos. Aunque no hace falta echar mano de tales ejemplos personales: basta ver cómo las mujeres musulmanas cumplen escrupulosamente los preceptos islámicos para darse cuenta de hasta qué punto el sometimiento se ha incrustado en sus genes. He leído que en Berlín ha surgido una mezquita con una mujer al frente, a la que asisten hombres y mujeres. Pero eso no es una excepción, es un milagro, como lo consideran sus feligreses, o una aberración, como la ve el resto de los fieles islamistas.

Hay que coger el toro por los cuernos: el único estamento social capaz de hacer frente al islamismo es el ejército. Lo demostró Mustafa Kemal, tras la derrota sufrida por Turquía en la Primera Guerra Mundial, dispuesto a convertirlo en un país moderno y laico. Las reformas fueron amplias. Pero se han visto interrumpidas y en parte arrumbadas por el actual presidente Erdogan. Algo parecido, aunque en sentido contrario, ha ocurrido en Egipto, que ha estado a punto de volver al islamismo más estricto bajo los Hermanos Musulmanes. Quiero decir con esto que los occidentales tenemos que andarnos con muchísimo cuidado al enjuiciar los eventos del mundo islámico. Lo que a nosotros nos parece una dictadura, puede ser el dique de otra mayor. Basta recordar el aplauso con que la progresía occidental saludó el derribo del *sha* de Persia, que era un déspota ilustrado, por Jomeini, que era un déspota sin ilustrar con el consiguiente frenazo en la modernización de aquel país. Por no hablar ya de las esperanzas que despertó la Primavera Árabe y en qué ha quedado.

Volviendo al tema inicial, la inmigración, que ya incluye el del terrorismo, no existe una solución rápida para él. Requiere atacarlo desde sus distintos ángulos, con el esfuerzo de toda la sociedad. La policía sola no puede ni siquiera protegernos, al ser imposible detener a alguien dispuesto a morir matando. Necesitamos a los inmigrantes, pero hay que incorporarlos a nuestra sociedad, hacer que sientan aquello de «en Roma, sé romano». Algo que solo se logra admitiéndolos como tal y dándoles la oportunidad de ello. Reconozco que se trata, aparte de una obviedad, de un brindis al sol, porque se dice mucho más fácilmente que se hace. Pero no hay alternativa: o convertimos en ciudadanos plenos a los que llegan o terminarán a la cabeza de la cola como decía la mujer musulmana de la anécdota apócrifa. Con un corolario aún más triste: que si tenemos éxito con la integración de los inmigrantes, si logramos que adopten nuestras costumbres y modos de vida, lo que ocurrirá es que, en vez tener familias numerosas, tendrán «la parejita», que es tónica del matrimonio occidental de nuestros días, en el mejor de los casos, pues abundan los que se limitan a un vástagos o prefieren comprarse un animal de compañía. Total: tampoco la inmigración resuelve el problema a la larga, es una solución a medias, como son la inmensa mayoría de las soluciones que damos a

nuestros problemas en un mundo que evoluciona continuamente, obligándonos a reajustarnos a los cambios. Ley de Darwin.

¡Qué suerte hemos tenido los españoles en este asunto! La mayoría de nuestros inmigrantes llegan de América, con la misma lengua, religión, costumbres y, también hay que decirlo, defectos, aunque ellos no pueden permitirse el lujo de practicarlos porque corren el riesgo de perder el empleo. Desde aquí quiero lanzarles un saludo y agradecerles la atención que prestan a nuestros mayores, niños y enfermos. Nos han ahorrado muchos de los problemas que tienen hoy el resto de los europeos con los inmigrantes.

LA PROTESTA SENIL

Me doy cuenta de que estoy dedicando demasiado tiempo y espacio a la problemática general, cuando este es un libro dedicado a quienes están *in their way out*, en su camino de salida, como dicen los anglosajones, o «con el pie en el estribo», según aquel gran soñador que era Cervantes en la dedicatoria de su último libro, el *Persiles*. O sea, que no estoy cumpliendo lo prometido, tal vez para convencerme a mí mismo de que sigo en la brecha. De haber sido así, fue totalmente impremeditado, pura inercia del ayer reporteril, y más que nada para demostrar que sigo vivo, para mostrar a mis coetáneos que sus tribulaciones son las de todo el mundo. En cualquier caso, vuelvo a la senda que me había marcado: lo que todavía podemos.

Sin ir más lejos, protestar. Se habla mucho de las protestas juveniles, de la indignación de los jóvenes, de sus marchas contestatarias, de las plazas que llenan para mostrar su desacuerdo con este o aquel aspecto de la sociedad en que vivimos. Pero eso no es nada comparado con la protesta de los viejos, que están, estamos, contra prácticamente todo.

—¿Ha visto lo que ocurre? —es lo primero que me suelta el ciudadano de mi quinta, que me ha reconocido por la calle para soltarme antes de que pueda contestar—. ¡Es indignante!

Mientras los más comedidos, en tono más bajo, como si temieran ser escuchados por alguien que pudiera traerle problemas, pero no menos contundente:

—¿Usted cree que tiene arreglo?

Mi respuesta en estos casos es:

—Todo tiene arreglo en esta vida menos una cosa, como usted y yo sabemos. —Dicho con una sonrisa.

Lo que les tranquiliza, aunque no pocos insisten:

—Pero es que lo que se está viendo ahora no se había visto nunca antes. —Como si tuviéramos ochocientos años en vez de ochenta y tantos.

—Para que las cosas vayan bien —digo con toda la firmeza de la que soy capaz— tienen que ir primero mal, y es lo que ha ocurrido. Ahora les toca mejorar. —Lo que suele surtir efecto, pues lo que queremos, sobre todo a esta edad, es que alguien nos tranquilice.

Ocurre algo no voy a decir extraño, pero sí paradójico: nos molesta todo, protestamos de todo, y al mismo tiempo nos agarramos a cuanto está al alcance de la mano con verdadera pasión, casi diría instintivamente. Es una protesta opuesta a la de los jóvenes,

que lo tirarían todo por la ventana para establecer un orden completamente nuevo, que a nosotros nos parece desorden. La diferencia es que su protesta es ruidosa, y la nuestra, sorda, pero no menos sentida.

Puede tener su origen en esa ley aún no descubierta, de la que les hablaré más adelante, que rige, tanto o más que la gravedad, el acontecer de nuestro universo: los jóvenes se sienten incómodos en el mundo de los viejos y los viejos nos sentimos incómodos en el de los jóvenes. Pero hay más apariencia que realidad en una y otra actitud. Si yo hubiera continuado la conversación con el coetáneo que me paró en plena vía pública para informarme de su desacuerdo con la situación actual del mundo, y le hubiera preguntado:

—¿Quisiera usted regresar a las cartillas de racionamiento, al brasero por toda calefacción, a la falta de agua caliente, a subir las escaleras sin ascensor, a ir a casa del vecino que tenía radio para oír las retransmisiones de los partidos internacionales de nuestra selección, a los asientos de madera en los trenes, a los retrasos de la Renfe, a los zapatos que filtraban agua en cuanto llovía, a todo, en fin, que había en nuestra niñez y juventud?

Es probable que alguno dijese que sí, que quisiera volver a ello, tanta es su indignación con lo que ocurre hoy. Pero sería una escasísima minoría, y la mayor parte vendrían a decir:

—¡Hombre! Tanto como eso, no. Lo que yo quiero es que haya un poco más de orden, de modales, de responsabilidad, porque lo que estamos viendo es un desmadre que no sé dónde vamos a parar.

O sea, quiere lo bueno de hoy y lo bueno del ayer: la calma, la seguridad, saber que al despertar cada mañana encontrará el mundo tal como lo dejó al acostarse, en vez del susto que recibe al leer los periódicos, oír la radio o ver la televisión. Pero sin renunciar al ascensor, la calefacción, los partidos en televisión y los viajes del Imserso. Todo ello muy humano, pero por eso mismo, imposible, ya que la naturaleza obedece a sus propias leyes y los hombres, por mucho que nos esforcemos en cambiarla, solo lo conseguimos en parte, con la consiguiente venganza de ella, a veces peor que el mal que intentábamos evitar. Piensen en el cambio climático, del que todavía no he hablado.

Pero que el progreso existe no cabe la menor duda y, además, lo hemos comprobado. En este sentido, creo haberlo dicho ya: es la mía una generación privilegiada. Los grandes apuros, privaciones y fatigas los pasamos de niños y adolescentes, con la vitalidad a pleno ritmo, capaz de aguantar cualquier cosa. Y puede ser la última que cobre una jubilación que la permita vivir sin agobios, incluso ayudar a hijos y nietos, aparte de gozar de una serie de esparcimientos que eran un lujo en su juventud. Empezando por despotricar de todo.

Quiero terminar este capítulo sobre el malhumor de los viejos, ya criticado por los clásicos griegos, con una reflexión general. Todos, viejos y jóvenes, nos pasamos la vida esperando una cosa u otra, y el éxito de la pieza teatral de Beckett puede deberse a ello: la vida es un eterno esperar a un Godot que nunca llega. De niños, que los Reyes nos trajeran el balón que les habíamos pedido (a menudo teníamos que contentarnos con una

pelota). En la escuela, que llegara el verano, larguísimo, para hacer lo que nos diera la gana sin deberes, aunque luego añorásemos a los compañeros de clase. De adolescentes, que nos mirase la chica que nos gustaba, que resultaba que miraba a otros. En plena carrera, deseando que acabase y tener un empleo que nos permitiera independizarnos. En caso de lograrlo, comprobar que la independencia es muy cara, sobre todo si se quiere tener un coche, un piso, una posición, una familia. En pleno ajetreo laboral, soñar en la jubilación, hacer planes para ella, que, como la inmensa mayoría de los planes, no se cumplen por hache o por be. Y en la jubilación, ¿qué esperamos? Pues en la jubilación esperamos, como aquel peregrino a Lourdes, quedarnos como estamos. Lo que es imposible, pues los años pasan factura con la implacabilidad de una Parca, que lo es. Aunque nos ofrece la ocasión de contemplarlo todo, el mundo y nosotros mismos, con la perspectiva y el distanciamiento del espectador de una vieja película que ya ha visto docenas de veces. Una enorme ventaja sobre los que forcejean en el escenario o en la pantalla, siempre que uno resista la tentación de incorporarse a ella, como aquel espectador de la película de Woody Allen que desde el patio de butacas se incorpora a la cinta. He escrito en alguna parte que la jubilación puede ser la mejor etapa de la vida... o la peor. Depende de nosotros, de cómo la tomemos, como una expulsión de la vida activa o como un testigo de ella desde un palco. El único inconveniente es también la gran ventaja: ya no esperamos nada. Incluso llega un momento en el que la vida no nos ofrece alicientes.

—¿Qué siente, maestro? —le preguntaron a Poincaré cuando tenía «solo» setenta años, edad muy por debajo de la media en nuestros días.

—Una dificultad muy grande de vivir —contestó el gran matemático y físico francés.

Hoy, hubiera seguido investigando la mecánica celeste y sacando de ella conclusiones para la vida en la tierra.

Una prueba más de que el progreso existe. Aunque quienes más lo niegan son los viejos. Junto a los jóvenes. ¿Es una prueba de que los extremos se tocan o una muestra de esa ley de que les hablaba, que hace avanzar el universo pese a la gravedad que lo frena?

Hay más semejanzas entre viejos y jóvenes de las que a primera vista parece. La primera, que ambos están contra la generación en medio que ha desplazado a los primeros e impideemerger a los segundos. Pero los jóvenes tienen una gran ventaja sobre los viejos: vivirán más que ellos. Aunque, en determinadas circunstancias, vaya usted a saber si es ventaja o desventaja.

LÍMITES E INFINITO

¿Somos capaces de mantener dos pensamientos simultáneamente? Lo he intentado infinidad de veces, a efectos de ahorrar tiempo, y nunca lo he conseguido. Se pueden hacer dos cosas a la vez, por ejemplo, afeitarse y escuchar la radio. O ver una película y hacer punto. Pero en cuanto queremos sincronizar dos pensamientos distintos, lo menos malo que puede ocurrirnos es que uno de ellos se vaya al traste, aunque lo más frecuente es que ni uno ni otro siga adelante. Que nos equivoquemos por partida doble, vamos.

Algo que confirma que nuestro cerebro funciona como los artificiales, como el de los ordenadores, o que los ordenadores han sido diseñados como nuestro cerebro: binariamente, a base de responder sí o no a cada nueva situación o pregunta que se le plantea. Sin ser capaces de hallar una respuesta intermedia o mezclar ambas cuestiones. Podemos ampliar su memoria todas las veces que queramos, pero esa capacidad de fusionar conceptos opuestos no la tienen. Ni la tenemos.

Solo la paradoja (del griego *pará*, ‘fuera’, y *dóxa*, ‘opinión’, o sea, fuera de la opinión corriente) es capaz de tal malabarismo, que tiene algo de salto mortal, de juego de manos y de magia blanca, se le aproxima. Pero la paradoja no es más que un salto cuántico entre la apariencia de algo y lo opuesto, una especie de broma pesada que nos gasta la naturaleza para advertirnos de que no somos tan listos como nos creemos y de que hay muchas cosas fuera del alcance de nuestros cerebros, naturales y artificiales.

Lo que nos lleva directamente a dos de los grandes misterios sobre los que vienen debatiendo filósofos y científicos desde que se tiene memoria: los límites y el infinito. Que existe un infinito teórico no cabe la menor duda. Ahí tienen el número pi, que por mucho que dividamos la longitud de una circunferencia por su diámetro nunca podremos dar con la cifra exacta. O con la paradoja de Zenón sobre la flecha que nunca alcanzaría el blanco. O Aquiles incapaz de ganar la carrera a la tortuga. Repito: teóricamente. Porque la realidad nos demuestra que las flechas, por desgracia, alcanzan a quien van dirigidas y que no ya el héroe griego de los «pies ligeros», sino cualquiera, puede aventajar a una tortuga.

Ahora bien, si existe algo teóricamente, ¿no existe también realmente? Al menos, según Platón, la idea de algo es anterior o por lo menos más amplia y perfecta que su materialización. Y la historia nos muestra que infinidad de ideas descartadas durante mucho tiempo, la de la Tierra esférica sin ir más lejos, resultaron realidad. ¿Por qué no somos capaces, entonces, de domeñar el infinito?

La única explicación que le encuentro es que, a día de hoy, excede nuestra capacidad. Dicho de otro modo: que nuestros cerebros, naturales y artificiales, tienen un límite. El límite, en este caso, lo pondría la velocidad con que se mueven los impulsos que circulan por las redes neurológicas y los *chips* de unos y otros cerebros. Trescientos mil kilómetros por segundo. La velocidad de la luz es la máxima velocidad en nuestro universo. ¿Qué pasaría si la sobrepasamos? En las novelas de ciencia ficción pasaríamos a otros universos. Es lo que creen bastantes científicos, sin que nadie lo haya experimentado ni comprobado. Pero se supone que existen en otras dimensiones, incluso que estén incrustados en el nuestro sin que los detectemos.

Tras establecer la relación entre materia, energía y velocidad de la luz, que sostiene nuestro universo, Einstein, como ya he contado, pasó sus últimos años intentando hallar la ley que unificase todas las fuerzas del mismo, convencido de que existe («Dios no juega a los dados»), pero fue incapaz de dar con ella. ¿Por ese límite de velocidad (trescientos mil kilómetros por segundo) que tiene nuestro cerebro? De ser así, no es imposible que algún día lleguemos a montar un cerebro artificial capaz de sobreponerse tal límite y podamos adentrarnos en otros universos paralelos. Aunque moviéndose, como los actuales, por electricidad, ese supercomputador se encontraría con la misma barrera. Lo que no impide que se siga investigando. Al revés, es un aliciente para continuar intentándolo. Si hay un ser sobre el que los nuevos horizontes ejercen un atractivo irresistible es el hombre. Piensen en el «océano Tenebroso» como se denominaba al Atlántico en los mapas antiguos hasta que, con barcos que hoy se considerarían de juguete, lo cruzaron.

«No tiene explicación cuanto acontece» clama Neruda en uno de sus versos más profundos y desesperados. ¿No será más bien que nuestro cerebro no alcanza a explicarlo, que la inmensidad del universo sea demasiado para él? Lo que nunca ha sido obstáculo para seguir buscando. Además, ¿para qué, si no, se nos ha dado?

Si he traído aquí estos dos grandes temas del pensamiento universal es porque nos ayudan a entender algunos de los pequeños misterios de la vida diaria. Si somos incapaces de pensar dos ideas al mismo tiempo, se comprenden las dificultades de entendimiento entre individuos y grupos de distintas ideologías. Un cerebro formado en una determinada línea de pensamiento difícilmente podrá entender las razones de otro desarrollado bajo premisas opuestas. Lo máximo que puede alcanzarse en aproximación es un cerebro capaz de almacenar líneas de pensamiento diferentes, sin mezclarlas entre sí, que es lo que hacen los liberales. El tan antiguo como famoso chiste judío de dos litigantes que van al rabino a que les resuelva su disputa expone esta actitud mejor que cualquier otra exposición. Uno le expone sus argumentos, y el rabino le dice: «Tiene usted razón». Luego, el otro expone los suyos y el rabino le dice: «También usted tiene razón». «¡Pero rabino! —exclama un testigo que había presenciado el lance—. No puede usted dar la razón a los dos, defendiendo cosas distintas!». «Pues usted también tiene razón», sentencia definitivamente el rabino.

Si he traído la vieja historia al final del capitolillo dedicado a los límites y el infinito es para advertir que siendo, o pareciéndonos, infinita nuestra mente, tiene también sus

límites, conduciéndonos a menudo al error. Por clara que sea una situación, por definitivos que suenen unos argumentos, siempre habrá un ángulo, un rincón, una alternativa con la que no habíamos contado. Es algo que no vemos en la juventud y nos cuesta reconocer en la madurez. Necesitamos llegar a esta etapa final de la vida, ya un tanto alejados de ella, para ser capaces de apreciar el envés de las cosas, la complejidad de las situaciones, que nunca, bueno, casi nunca, son blanco o negro, sino gris, en sus infinitos matices. Que hayamos necesitado tanto tiempo para darnos cuenta de ello advierte que no es fácil. Aunque debo añadir que hay cosas y situaciones que no tienen envés, que son como hoja sin vuelta. Me refiero a los *imperativos categóricos* de Kant, que empiezan por «No deseas a otro lo que no quieras para ti», que la inmensa mayoría de las religiones habían predicado como «Ama al prójimo como a ti mismo», base de la convivencia pacífica, que devendría en derechos y deberes humanos. No me explayo sobre ello pues estarán ustedes hartos de verlos invocar y no cumplir. Pero me atrevo a añadir no un consejo, ¡Dios me libre!, pero sí una advertencia desde la lejanía de la edad: te podrás arrepentir del mal que puedas haber hecho, y posiblemente lo harás al ver que se vuelve hacia ti como un *boomerang*. Pero nunca te arrepentirás del bien que hiciste, aunque solo sea por lo bien que se siente uno cuando se siente bien.

Lástima que lo descubra uno tan tarde.

Escuchando la cordura con que habla la gente mayor del campo, me he preguntado si los robots, resolviéndonos problemas cada vez más complejos, no disminuirán nuestra inventiva. O sea, que mientras ellos se hacen más inteligentes, nosotros nos hacemos más tontos. Pues cuesta imaginar el ingenio que tuvieron que tener los primeros seres humanos para sobrevivir en un mundo donde todo les era hostil. Nosotros no hubiéramos durado ni diez minutos. Luego me he dicho que por lo menos algunos tienen que seguir siendo superinteligentes, para continuar haciendo nuevos robots. Pero, ¿y el resto? El resto tendrá que entretenerte con los últimos juguetes que hayan sacado. Suponiendo siempre que nos dejen.

MÉDICOS Y ABOGADOS

En aquel Berlín dividido, destruido y confuso de los años cincuenta conocí a un compatriota que me dio una de las fórmulas más originales para los males de nuestra patria (ya saben que el entretenimiento favorito de los españoles es arreglar España). La fórmula de este era bien sencilla: «El problema de España es que ha estado siempre gobernada por abogados, cuando debería haber estado gobernada por médicos», dijo con esa rotundidad que gastamos al hablar de este asunto. Que él fuera médico restaba fuerza a su diagnóstico, pero sus argumentos tenían más consistencia que la inmensa mayoría de los que he escuchado sobre el asunto, como demuestra que aún los recuerde: «Los abogados conocen solo la realidad más superficial de nuestros país y de sus habitantes. Además, su función no es resolver los problemas dando la razón a quien la tiene, sino defender la causa de su cliente, que por lo menos en un 50 % de los casos, no la tiene. Eso crea hábito y relativiza la justicia hasta el punto de judicializarlo todo y termina por no creerse en nada pues triunfa el más hábil, no el que tiene razón, e incluso pierden las dos partes, como demuestra el refrán “Dios te dé pleitos y los ganes”. Que España sea un país de abogados, “picapleitos”, como les llamamos, lo demuestra. Los médicos, en cambio, conocemos al pueblo español como nadie. Delante de nosotros se desnuda, de cuerpo y de alma. Sabemos de él más que sus confesores. Le vemos sufrir y morir. Sufrimos y morimos con él, con cada paciente, que, tendido en la cama, busca algo tan elemental como que le curemos, que le mantengamos con vida. Sin diferencias entre ellos: en la cama, con ese camisón que le ponemos, todos son iguales, el rico y el pobre, el joven y el viejo, el de izquierdas y el de derechas. Nosotros conocemos mejor que nadie lo que sufren, lo que quieren, lo que rechazan los españoles. Sin embargo, apenas estamos representados en la política. Nada de extraño que vaya tan mal el país».

Reconocerán que la tirada tenía su jugo y le di la razón, no porque siempre haya que estar bien con los médicos —nunca sabe uno si caerá en sus manos—, sino por convencimiento. No sé lo que habrá sido de mi conocido, si se quedó en Berlín, como algunos, o volvió a su país de picapleitos, como la mayoría. En este último caso no descarto que, al llegar la democracia, se dedicara a la política, al ser hombre de convicciones. Como he olvidado su nombre, pero no su teoría, no puedo comprobarlo, pero me gustaría encontrármelo para oír sus opiniones sobre la España actual.

Opiniones que me recuerdan a las sostenidas por Ortega en uno de sus primeros artículos, «Vejamen del orador», dedicado al libro que acababa de publicar el entonces

redactor jefe de *El Imparcial*, José Cuartero, sobre la España de principios del siglo XX, libro que el propio autor califica «contra la exaltación del charlatanismo». En efecto, se trata de una diatriba pocas veces igualada en rigor y pasión contra la política y los políticos de la Restauración, todo pompa y pose —lo que hoy llamaríamos «postureo»—, pero nada detrás.

Esta polémica entre el orador, que solo se atiene al lugar y las circunstancias en que habla, y el político auténtico, hombre de convicciones firmes, guiado por el bien común por encima de los intereses particulares, la retrotrae Ortega a la vieja pugna entre filósofos y oradores en la antigua Grecia, que hizo a Platón comparar a estos últimos con «los vasos de bronce que apenas golpeados dilatan largos sonidos hasta que alguien les pone el dedo encima». Mientras el filósofo busca, en medio de las contradicciones y discrepancias, la verdad, a la que se llega, no con ampulosos discursos, sino por el diálogo, que desbroza el camino hasta encontrarla. De ahí que el modelo de filósofo sea Sócrates. Y el de orador, cualquier sofista queatraía gran público con sus malabarismos verbales en las plazas de Atenas. Lástima que, en aquellos tiempos, los científicos, los médicos especialmente, no hubieran logrado el desarrollo que tuvieron más tarde y que solo Hipócrates, con un sentido común y un instinto para buscar en la naturaleza el origen y el remedio de nuestros males, empezara apenas a asentar los cimientos de la medicina, porque estoy seguro de que Platón los hubiese puesto al nivel de los filósofos en la búsqueda de la verdad. Y la verdad es que tras sufrir los estragos de uno o varios líderes nefastos elegidos democráticamente, los atenienses solían echar mano de un *tirano*, palabra que no tenía entonces el significado de ahora, venía de *tirra* «fortaleza», y era más bien un hombre fuerte, un dictador si quieren, que ponía orden en las finanzas y en la calle, para poder volver a la democracia. Tampoco puede pedirse al progreso que marche a más velocidad que la marcada por la evolución humana y tendrán que pasar muchos siglos para que hayamos llegado a un cierto consenso sobre la forma de gobernarnos, sin que sea la ideal, sino más bien la «menos mala».

En cualquier caso, cambien nombre y apellidos y resulta que, un siglo después del alegato del señor Cuartero contra los «oradores», estamos en las mismas, con un desprestigio de los políticos en cifras récord, un cabreo generalizado y sin verse salidas por ninguna parte. La democracia ya no es el «menos malo de los sistemas políticos», sino tan dañino como cualquier otro, al menos es lo que dicen sus detractores. Y eso no es lo peor. Lo peor es que sus detractores están, no como hasta ahora, solo en la derecha, sobre todo la extrema. Es que están también en la izquierda, en la radical especialmente, desde donde se dispara contra ella con todo tipo de armas y argumentos. Se magnifican sus fallos y se olvidan sus beneficios, creando una imagen distorsionada de ella, al tomar fallos personales o «puntuales», como se dice ahora (aunque yo prefiero decir «ocasionales», reservando lo de «puntual» para las citas), por el fallo del entero sistema, ofreciéndose alternativas, como la «democracia asamblearia» que bajo la consigna de «todos los poderes para el pueblo», lleva a lo que han sido hace bien poco las «democracias populares» en la Europa oriental: férreas dictaduras de un partido,

conducido por una élite con todo el poder y privilegios, quedándole al pueblo la única alternativa de obedecer o el gulag.

Es verdad que la democracia lleva en sí el virus de la demagogia y esta termina en manos de los demagogos, que con sus soluciones sencillas a problemas complicados encandilan al pueblo, pero suelen ser fatales para los países. En primer lugar, porque sus soluciones no solucionan nada, y en segundo, porque buscan solo el interés personal y, una vez apalancados en el poder y eliminada toda crítica interna, duran años o décadas, hasta que su propia incapacidad acaba con ellos y su régimen. El daño que causan al país depende del dogmatismo de este (piensen en Corea del Norte) y de la capacidad de reacción del pueblo (piensen en Venezuela), así como, ya a mucha distancia, de la actitud del resto de los países, pues tales regímenes suelen ayudarse unos a otros para sobrevivir.

¿Está llegando la democracia occidental a un grado de descomposición que la lleva a ponerse en manos de demagogos? El avance de la extrema derecha y la extrema izquierda, del nacionalismo y del fundamentalismo, así como los enfrentamientos de todas clases, jóvenes contra viejos, campo contra ciudad, nacionalismo contra globalización, norte contra sur, hombres contra mujeres, parece indicarlo e incluso ha habido muestras inquietantes de ello, como la elección de Donald Trump y el Brexit. Pero no es menos cierto que en los últimos meses se aprecia una reacción contra este populismo barato, al menos en Europa, que es lo que queda más cerca. Las elecciones en Holanda, Austria, Italia y, sobre todo, Francia, muestran un frenazo de ese populismo y el apoyo a soluciones más sensatas. No olvidemos tampoco que la democracia, precisamente por sus limitaciones, está siempre en crisis, lo importante es que estas sean manejables, que no se conviertan en crisis total, sobre todo económica. Lo que estamos viviendo en esta segunda década del siglo XXI tiene muchas semejanzas con lo ocurrido en la década de los treinta del XX. Esperemos que no termine como aquella.

Hay que reinventar la democracia, secuestrada por populistas de derecha e izquierda, para devolverla a su sentido original de «responsabilidad» individual y colectiva. La mayor esperanza se cifra en Emmanuel Macron, que ha sabido unir reformas y tradiciones, democracia y autoridad, acuñando el principio de «una libertad fuerte», la única capaz de hacer frente a los que usan la libertad como ariete para implantar su dictadura. Habrá que deseárselo, por egoísmo, suerte, que va a necesitarla, pues la tarea de liderar una Europa envejecida en medio de gigantes sin escrúpulos es todo menos fácil.

No quiero cerrar este capítulo sin volver a la idea expresada por mi conocido en Berlín de que el mal de España viene de estar gobernada por abogados y no por médicos. Algo indiscutible es que la Transición fue producto de abogados. No cabe la menor duda de que aquello «de la Ley a la Ley para cambiar el Régimen» fue una obra de orfebrería legal, y no hablemos de la Constitución del 78, a la que contribuyeron leguleyos de todos los colores, logrando el respaldo casi unánime del país. Pero para ello tuvieron que valerse de todas las tretas legales y echar mano de equívocos, que tarde o temprano pasan factura. El más importante de ellos: crear un nuevo concepto, el de *nacionalidad*, al lado del de *nación*, con lo que se creaba una ambigüedad peligrosa. Y ya sabemos que los caminos del infierno están empedrados de equívocos. Pero se quiso contentar a

todos, y se ha acabado no contentando a casi nadie. Es muy posible que de haber sido médicos los redactores del texto constitucional, se hubieran opuesto a mezclar órganos tan distintos. Pero ya es tarde para ponerse a «llorar sobre la leche derramada», como dicen los norteamericanos, y nos toca hacer frente a aquella chapucilla. Porque como no lo hagamos, como no acudamos a expertos cirujanos capaces de distinguir los órganos vitales de los secundarios, el riesgo que corremos es quedar en manos de simples matarifes.

La única buena noticia que hemos recibido en los últimos tiempos es que se ha descubierto uno de los mayores fraudes en la escena política: que la izquierda podía equivocarse en la práctica, pero «moralmente era superior a la derecha», lo que justificaba sus errores y le daba una ventaja insuperable en el pulso democrático. Desde el desplome del Muro de Berlín, que permitió ver lo que había detrás, a los últimos acontecimientos en Venezuela, que descubren las miserias del populismo, tal supuesto se ha visto seriamente desafiado: la extrema izquierda, aparte de mucho menos capaz de crear riqueza, puede ser moralmente tan corrupta o más que la extrema derecha. Esta te pide tu cuerpo, tu trabajo, tu sudor, pero aquella te pide, además, tu alma, tu espíritu, tu mente. De ahí que los levantamientos populares fueran antes siempre contra regímenes de derechas y ahora empiece a haberlos contra regímenes de izquierdas. De «superioridad moral», nada de nada. Se empieza a establecer así el equilibrio entre individuos, partidos y naciones sobre el que descansa la política y el buen gobierno. Pero nos falta todavía mucho para alcanzarlo plenamente, si es que lo alcanzamos algún día.

VIAJES

Una de las expresiones más corrientes que tenemos los españoles para expresar el descontento con nuestro país es decir:

—Aquí no hay quien viva. Solo queda largarse.

La vengo oyendo desde que aprendí a hablar, bajo regímenes y circunstancias muy diversas. Lo preocupante es que, ya en el extranjero, nuestro tema favorito es España y la forma de arreglarla. Pero no teman, no voy a hablarles de tales vicisitudes, sino de otra que se me planteó al entrevistarme una joven periodista para no sé qué revista, recordándome, posiblemente sin darse cuenta, lo viejo que era:

—¿Y no teme perderse todo lo que se anuncia: los viajes espaciales, los descubrimientos de la medicina, los avances de las comunicaciones y, en general, de la ciencia?

No recuerdo exactamente lo que la contesté, pero no pudo diferir mucho de lo que voy a exponer a continuación, pues es un asunto que me he planteado desde hace ya tiempo y, muy concretamente, desde el cambio de siglo, dándome cuenta de que ya no era el mío: pertenezco al siglo XX, con todo lo bueno y malo que tiene y, por más esfuerzos que haga, no voy a cambiarlo.

No, la última de mis preocupaciones, y tengo bastantes, no es perderme todo eso que la joven colega enumeraba. Para empezar, los grandes avances en la comunicación ya los he vivido. ¿Puede haber salto mayor que empezar a enviar mis crónicas por correo aéreo y terminar haciéndolo por Internet, desde casa, desde una playa o desde lo alto de una montaña? Por mucho que se avance en velocidad y mucho que disminuyan en tamaño los aparatos que se usen para ello, nunca podrá compararse a lo ya vivido y experimentado. En cuanto a la sofisticación creciente de los mismos, la aparición de nuevas consolas, los ordenadores de reloj o de gafas que se anuncian, el mero hecho de que no tenga móvil y no estar en ninguna red social indica que, a partir de un determinado modelo, han dejado de interesarme por no aportarme ninguna ventaja y, en cambio, quitarme lo más precioso que me queda: tiempo.

Los viajes espaciales o, más concretamente, la exploración del universo, sí, siguen interesándome, por lo que pueden aclarar del misterio de dónde venimos y adónde vamos. De ahí que lea cuanto se publica al respecto, muy en especial sobre planetas donde puede haber vida o capacidad para sostenerla, que deben ser, por simple cálculo de posibilidades, cientos de miles en el universo. Los más próximos, todavía en nuestro

sistema solar, las lunas de Júpiter, Ío, Europa, Ganimedes y Calixto, que pueden conservar calor interior, vulcanismo o posibles océanos, elementos que facilitan la creación de vida.

En cuanto a los planetas más próximos, descartados Mercurio, por la proximidad del Sol, y Venus, por el infierno que debe ser su atmósfera de invernadero, nos queda Marte, del que ya conocemos bastante gracias a los robots que hemos logrado situar en él. Pero ni por el aspecto, que recuerda el de los parajes más desolados de la Tierra, ni por la riqueza mineral resulta un lugar atrayente. Puede que, hacia mediados de siglo, cuando esté garantizada la vuelta, algún multimillonario se decida a ir, pero más para presumir ante sus amistades, al estar nuestro planeta demasiado visto, que por otra cosa, como ya hace hoy algún ricachón dando algunas vueltas en torno a él.

De hecho, los viajes espaciales perdieron mucho *glamour*, desde la ida del hombre a la Luna. Quienes cubrimos el viaje del Apolo XI no pudimos disimular el cierto desencanto que produjo aquel «pequeño paso del hombre y grande de la humanidad» de Neil Armstrong al poner pie en nuestro satélite. Era, realmente, una hazaña más que técnica, histórica, comparable a la de Colón al pisar la playa de Guananí. Que, además, podíamos ver en directo. Pero que no fuera más que eso, unos pasos hasta hincar una bandera, unos saludos aquí y allá, depositar unos recuerdos, recoger algunas muestras y volver, sin otras novedades ni incidentes, supo a poco. No es que esperásemos ver aparecer monstruos de tipo antediluviano o seres completamente distintos a los humanos, pero, hombre, algo de más dramatismo en el paisaje, accidentes más espectaculares sí que se echaron en falta. Yo tenía preparadas para mi crónica algunas metáforas audaces, pero tuve que tragármelas: aquello era como una inmensa playa, o, mejor, como un gigantesco desierto grisáceo donde no se nos había perdido nada. El que los viajes posteriores arrojasen que allí no había grandes riquezas minerales, como algunos habían predicho, y que se suspendieran definitivamente, confirma que la Luna es mucho más interesante desde la Tierra que desde ella misma.

Aunque el interés por planetas que pueden albergar vida continúa. Aún no ha mucho se descubrió un sistema solar con siete planetas de tamaño parecido al nuestro, algunos de los cuales pueden albergar vida o tener condiciones para ella. Giran en torno a una estrella enana fría (al haber consumido mucho más su combustible nuclear que nuestro Sol), del tamaño de Júpiter, situada en la constelación de Acuario, a 40 años luz de nosotros, es decir inalcanzable si no somos capaces de viajar en el tiempo a través de un agujero negro o atajo semejante, hoy ni siquiera proyectado. El nombre que se ha dado a esa estrella es Trappist 1. El hecho de que seis de sus planetas, al girar en sus órbitas, transiten por delante de su «Sol» permite detectarlos y permitirá saber si tienen atmósfera, condición indispensable para que alberguen algún tipo de vida.

Como les decía, sigue interesándome este tipo de noticias, pero los viajes interplanetarios prefiero hacerlos en la abundante literatura de ciencia ficción que existe, sobre todo la de Asimov, que une a los conocimientos científicos necesarios para ello —era químico de profesión, pero procuraba estar al corriente de lo último en la materia (aunque nunca se había subido a un avión)— y una imaginación desbordante, la

capacidad literaria para explicar con claridad asuntos y situaciones que se presentan fuera de nuestro planeta. Como el nuevo Julio Verne, Isaac Asimov nos ha contado la historia del Imperio romano a nivel espacial en los volúmenes de *Fundación*, como la entera saga de los robots desde *Yo robot*, hasta que se rebelan contra el hombre, su creador, violando las leyes que había impreso en su cerebro electrónico, la primera de las cuales era «No causarás daño a ningún ser humano». Aparte de temas tan interesantes y actuales como la soledad en una sociedad cada vez más robotizada o el amor y desamor en ella. ¿Para que tomarse la molestia de ponerse una escafandra y meterse en un cohete para ser disparado a saber Dios dónde, si puedes vivir todas esas aventuras, como hizo Xavier de Maistre en el *Viaje alrededor de mi cuarto*?

Otro tanto puedo decir de los grandes descubrimientos que se anuncian en todos los ramos de la técnica, incluida la medicina, la locomoción, el medioambiente, la energía, las comunicaciones y todo aquello que pueda facilitar y enriquecer la vida de la humanidad. He vivido, y gozado, bastantes de ellos en todos esos campos en ochenta y tantos años, lo que agradezco a sus descubridores y deseo que sigan ofreciendo tales regalos a sus semejantes. Pero yo tengo suficientes y si algo lamento es no poder leer todos los libros que me aguardan en mi biblioteca, las obras completas de Eça de Queirós, especialmente su correspondencia, o las también completas de Manuel García Morente, o las de Jardiel Poncela, o releer las obras de esos y otros autores que me proporcionaron las horas más gratas de mi vida, como Ross Macdonald, del que creo tener todas sus novelas, o las de Elmore Leonard. O ver de nuevo las películas que me han emocionado, *O'Henry Full House*, *My Darling Clementine*, *Stagecoach*, las viejas series, como *Mash*, *As time goes by* o *In the Heat of the Night*. O escuchar de nuevo la voz de la Callas en *Casta diva*, o la de Pavarotti en *Esa lágrima furtiva*, todas ellas esperándome silenciosas en cintas y discos acumulados durante décadas para la jubilación, y resulta que en la jubilación no tengo tiempo para ellas y me voy a ir sin volver a sentir el placer de gozarlas de nuevo. ¿O es que no soy capaz de romper la rutina de escribir para demostrar que aún existo, y me pierdo el vivir sublime que es dejarse llevar de la mano de los genios? Eso es lo único que siento de abandonar este mundo.

Uno de mis mejores y más inteligentes amigos, muerto hace ya años, decía, medio en serio medio en broma, como siempre hablaba, que «si en el cielo no se tocaba a Mozart, no me interesa ir». Yo, si pudiera llevarme algo al otro mundo, serían esos libros, películas y melodías. Estoy seguro de que podría estar leyéndolos, viéndolos y escuchándolos por toda la eternidad sin aburrirme. Y no encuentro el tiempo para hacerlo en este mundo. Luego presumimos de racionales.

(Y aquí salta de nuevo la paradoja: las nuevas generaciones —tomando por línea divisoria la entrada de España en la Comunidad Económica Europea, 1985— conocen infinitamente mejor Europa y el mundo que las anteriores. Pero conocen España mucho menos que aquellas, para quienes viajar al extranjero era tan inaccesible como ir a la Luna. La «mili», sin embargo, que muy pocos cumplían en su lugar de nacimiento, les obligaba a pasar lejos del mismo un largo periodo —dos años al principio, que fueron disminuyendo poco a poco hasta desaparecer en tiempos de Aznar—, dándoles la

oportunidad de conocer gentes del resto de las regiones, sus acentos o lenguas, sus costumbres, su modo de ser. Los que estaban haciendo estudios superiores realizaban tal aprendizaje en las Milicias Universitarias y, luego, en los cuarteles y navíos en que hacían las prácticas. De lo profundo de la experiencia habla el hecho de que algunos se echaron novia durante ella e incluso se casaron al finalizar tal periodo, al menos los hubo en mi promoción, con la que mantengo todavía lazos fraternos. A lo que hay que añadir la necesidad de cambiar de universidad en determinados estudios.

Hoy, sin embargo, esos chicos y chicas que con una beca Erasmus o, simplemente, con una mochila a la espalda, se van a Budapest, a Copenhague o a Birmingham, no tienen la menor idea de la comunidad autónoma vecina, al no haber puesto el pie en ella. ¿Por qué? Por no tener interés y por no habérselo enseñado. El que las posibilidades de obtener empleo, subvenciones o favores en su entorno familiar o local sean mucho mayores que en el resto de las comunidades, a través de influencias, no ha hecho más que anclar a la población a su terreno. Es posiblemente el punto más flaco del Estado de las autonomías que nos hemos dado: su mirarse al ombligo de tal forma que convierte a sus ciudadanos en auténticos «paletos» de antaño. Con el consiguiente olvido de España. Algo que convendría paliar de alguna manera si no queremos que los españoles terminemos siendo realmente extranjeros entre nosotros.

Retomando el hilo de este capítulo viajero: de preguntarme de nuevo en qué tiempo, pasado o futuro, me gustaría vivir, respondería que en el que he vivido. El de la generación que vivió la guerra muy de niño en ambos campos, lo que le impidió comprender toda su tragedia, pero que pudo intuirlo; la que sufrió las penalidades de la posguerra, aunque en la adolescencia se digiere todo por puro instinto vital; la que no participó de los beneficios de los vencedores ni de las desdichas de los vencidos; la que, al encontrar casi cerradas las oportunidades en casa salió al extranjero en busca de ellas y se pasó allí la vida adulta, rodando como una piedra a la que la corriente va limando aristas hasta dejarla ovalada, suave al tacto; la que ha tenido oportunidad de vivir varias épocas tan distintas entre sí que representan edades de la Historia y, ya en su vejez, no se sorprende de nada. En el fondo, hemos tenido la suerte que no tuvo la generación anterior ni, posiblemente, tendrá la que nos sigue.

Pero puede ser lo que dicen todas las generaciones en todas partes. Pues una de las cosas en las que tardíamente he caído es que, por más que despotriquemos de las circunstancias de nuestra vida, todos y cada uno de nosotros creemos que hemos tenido suerte en ella. O queremos creerlo. Tal vez se deba a que corre el rumor de que la suerte es un don que conceden los dioses y nadie quiere perdérsela. Pero me preocupa que el suicidio sea la primera causa de muerte en España entre los jóvenes de 15 a 29 años. ¿Tanto progreso para llegar a esto? ¿O es que llegamos al fin del progreso, que supone que una generación vive mejor que la anterior? Pues las novelas, películas, series televisivas nos presentan un mundo que semeja un retorno a la Edad Media o Antigua. O incluso a la Prehistoria, con monstruos y guerreros que se matan

con espadas electrónicas. ¿O se trata de la disfunción que provoca en Occidente el fin de su hegemonía, el fracaso de su búsqueda de la utopía y la llegada de civilizaciones más duras, más fuertes, más pegadas a la realidad, como la China actual, modelo para todos los países en desarrollo? Son preguntas que solo el futuro podrá responder y que me perderé sin lamentarlo. Incluso con alivio.

MAYORÍAS Y MINORÍAS

Hay que dejarse de divagar, pues no se puede hacer perder el tiempo a los demás con lucubraciones y quedan todavía importantes asuntos que tratar si queremos que este libro valga la pena ser leído.

Una de las cosas más urgentes es encontrar las claves del nuevo orden mundial, desorden mejor dicho, ya que el viejo no nos sirve y el nuevo aún no ha sido hallado, lo que nos lleva a errores de bulto con dolorosas consecuencias. No es solo que derecha e izquierda se hayan quedado, no voy a decir obsoletas, pero sí desvirtuadas, con nuevos nombres y alianzas hasta ahora impensables. Es que hemos pasado de golpe y porrazo, nunca mejor dicho, de la *sociedad opulenta* de Galbraith a la *sociedad empobrecida* del 15 M, del consumo desorbitado a la gente rebuscando en los cubos de basura, del cada vez mejor al cada vez peor, mientras el dualismo se extiende a todos los órdenes y sectores. Ahora es el nacionalismo contra la globalización, el campo contra la ciudad, los jóvenes contra los viejos, un sexo contra otro y así sucesivamente hasta tener un planeta en guerra consigo mismo, en vez de la paz universal y la alianza de civilizaciones que nos prometíamos.

La única forma de ver claro en esta confusión es empezar de cero, volver a los conceptos básicos, analizarlos y decidir lo más ecuánimemente posible si tienen todavía validez o ya no sirven, aunque la experiencia nos advierte que las soluciones radicales, las *tabula rasa*, traen más problemas de los que resuelven.

Pero algo hay que hacer, y empecemos por el problema básico de gobierno: el de las mayorías y minorías. Etimológicamente, la democracia es el gobierno de la mayoría. Incluso en la Atenas que la inventó, solo los que tenían la condición de ciudadanos podían gozar de plenos derechos y participar en las decisiones de gobierno. El resto tenían un estatuto intermedio, *metecos*, extranjeros, que se habían establecido en Atenas pero no gozaban de todos los derechos civiles, *libertos*, esclavos manumitidos por buena conducta o por haberlo pagado con sus ahorros, y *esclavos*, los que se hallaban en esa situación, aunque no era tan penosa como en otros países y períodos de la historia (conviene recordar que Platón fue esclavo durante algún tiempo). En cualquier caso, la democracia ateniense no fue plena, como muy pocas, por no decir ninguna. Oficialmente, no la hubo hasta llegar la Revolución francesa y su *Declaración universal de los derechos del hombre*, con los que el género humano dio un salto en la escala zoológica y la historia entró en una nueva era.

Pero eso era solo sobre el papel. En la práctica, hemos visto desde entonces todo tipo de llamadas «democracias» que no reconocían los derechos de las minorías y no solo las discriminaban, sino que, en ciertos casos, las eliminaban.

Tendremos que esperar a la Carta de Naciones Unidas, tras la Segunda Guerra Mundial, para que los derechos de las minorías se reconozcan universalmente, una vez que desaparecían las colonias, aunque quedan aún algunas, ahí tienen a Gibraltar. Pero la mayoría de los países incluyen en su legislación salvaguardas para ellas, lo que tampoco quiere decir que las cumplan.

Pues minorías hay muchas y de todo tipo. Se entiende por tal un grupo diferenciado al de la población de un país. De ahí que haya minorías étnicas, lingüísticas, religiosas, culturales, por citar solo unas cuantas, a las que pueden añadirse las físicas, como los incapacitados, y las sexuales, como homosexuales y lesbianas. Todas ellas tienen derecho a que se admita su peculiaridad y, en el caso de que esta signifique desventaja respecto a los demás, se les ayude para que compitan en igualdad de condiciones. Cada país tiene su legislación al respecto, aunque la práctica ha ido igualando las normas generales, como la de rebajar el bordillo de las aceras en los cruces, para facilitar el paso de las sillas de ruedas o disponer rampas en las escaleras públicas cuando no hay ascensores. Ya más sofisticado es dar ventajas a las minorías desfavorecidas, como reservarles un cierto número de plazas en universidades de élite o ser más benignos con esos alumnos en los exámenes. Es lo que en Estados Unidos se conoce con el nombre de *Affirmative action*, por no llamarlo *Reverse discrimination*, ya que la palabra «discriminación» suena siempre mal, aunque sea en buen sentido. El diccionario la define como «la situación en que personas que tradicionalmente han tenido más poder y ventajas son tratadas peor que otras anteriormente discriminadas para ayudarlas a compartir sus ventajas y poder». Se trata, por tanto, de un tipo de injusticia menor para compensar injusticias mayores cometidas en el pasado y, como era de esperar, ha traído problemas, con demandas ante los tribunales de algunos alumnos que no han podido acceder a los estudios o universidades que deseaban por ser blancos, para ceder el paso a estudiantes negros, hispanos o asiáticos con peores notas. Los tribunales han resuelto los casos como bienamente han podido según las circunstancias particulares de cada uno. Se han dado también en el mundo laboral, por la obtención de puestos de trabajo, en este caso con las mujeres también en liza, exigiendo cuotas tras haberse visto hasta hace bien poco relegadas. Como todos los cambios profundos, este trae problemas, pero que significa un avance al derribar barreras sociales, raciales, religiosas y económicas no cabe la menor duda. Ahora bien, tras ello está el afán de cada minoría por imponerse a las demás, dentro de «la lucha por la vida que es la existencia». Una tradición guatemalteca cuenta que, cuando Dios decidió crear el hombre, hizo un modelo de él de barro y lo metió en el horno para cocerlo. Al sacarlo descubrió que le había tenido demasiado tiempo dentro y se le había chamuscado: eran los negros. Repitió el intento y lo sacó demasiado pronto: eran los blancos. En el tercer intento acertó: era un hombre perfecto, ni blanco ni negro, tostadito sin exageraciones, como son aquellos indios. La fábula podemos aplicárnosla todos.

E incluso ir demasiado lejos en ella. Quiero decir que, después de que la democracia como «el gobierno (únicamente) de la mayoría» diera paso al mucho más justo «gobierno de la mayoría respetando los derechos de las minorías», se caiga en un «gobierno de las minorías», lo que puede ocurrir en casos de descomposición de una sociedad, con cada parte saliendo por su lado en busca de su beneficio particular, sin tener en cuenta el interés común, que es el verdadero cemento de países, estados y naciones. Con lo que habríamos obtenido justo lo contrario de lo que buscábamos. Algo de ello estamos viendo en España con el Estado de las autonomías. Diseñadas para dar cauce a las variedades regionales y hacer más próximo el gobierno a los ciudadanos, lo que ocurre es que refuerzan artificialmente su identidad, la contraponen a la de la nación en su conjunto y terminan siendo cuasiestados, exigiendo la categoría de estos. Con lo que no se hace un favor ni a ellos ni al conjunto. La autonomía tiene un límite, el del bien común del espacio estatal al que pertenece, que no puede traspasar so pena de incapacitar este para obras de amplio vuelo, como redes de comunicaciones, aprovechamiento de los recursos hidráulicos, cuidado del medioambiente y planes de investigación, por no hablar ya de los de defensa. Lo sabemos desde antiguo: no por nada las ciudades medievales buscaban la protección real (*villareales*) para protegerse de las arbitrariedades de los señores locales. Incluso es un tema recurrente en nuestro teatro clásico (*Fuenteovejuna*). Siglos después, seguimos en las mismas, pero a la inversa: las minorías privilegiadas intentan deshacerse del poder central para establecer en la comunidad un protoestado del que serían dueños absolutos. No hace falta que ponga ejemplos pues están en la mente de todos.

Puede darse también que una minoría social consiga tal relevancia que, incluso sin quererlo, imponga su impronta a un país. El caso más frecuente es el de la clase militar que, tras haber restablecido el orden en un país que había atravesado un periodo revulsivo, no devuelva el poder a las autoridades civiles y se quede instalado en él hasta que la realidad le haga ver que el «gobierno no puede sentarse en las bayonetas», como advierte el dicho popular.

Algo así empieza a amenazar a otro colectivo, el de los homosexuales, que tras haber padecido no ya discriminación, sino persecución e incluso sentencias de muerte (que aún siguen en algunos países) durante siglos, ha podido finalmente «salir del armario» y gozar de los mismos derechos que el resto de los ciudadanos. De lo que nos congratulamos, al significar el reconocimiento de una minoría que ha dado al género humano personalidades deslumbrantes en los más diversos ramos del arte y de la ciencia.

Pero la forma exuberante como lo están celebrando y, sobre todo, el interés con que las organizaciones *gays* se esfuerzan en defender su estilo de vida, el orgullo con que lo exhiben como si supusiera superioridad, solo es disculpable por el alivio que debe representar el no sentirse perseguidos. Pero tales alardes, como los denuestos de *breeders* ('criadores') que lanzaban a las parejas heterosexuales en Ashbury Haig, el barrio de San Francisco de mayor población homosexual en los años sesenta, es pasarse de rosca, porque sin esos «criadores» no existirían ellos ni nadie.

O sea que ni tanto ni tan poco. Las minorías tienen derecho a que se respete su peculiaridad y a practicarla sin temor de ninguna clase. Pero no a considerarse superiores por ella y, menos, a intentar imponerla a los demás. Pues diferentes, a fin de cuentas, somos todos y cada uno de nosotros. Es más, a menudo se ha usado esa peculiaridad (cualquiera que sea) para formar piña contra los demás y sacar ventaja de ella sobre el resto. Y si me permiten un rasgo de humor, les cuento el chiste que circulaba por Nueva York tras pasar la oleada de «sexo alternativo»: los bisexuales son los más privilegiados el viernes por la noche, al tener el doble de oportunidades.

Para resumir: el dilema mayoría-minoría sigue en pie, y solo se resolverá como se resuelven los problemas es este mundo, por concesiones mutuas. Las mayorías deben respetar a las minorías, y las minorías deben respetar a las mayorías. Teniendo en cuenta que, en democracia, las mayorías tienen más votos. Lo que tampoco quiere decir que tengan derecho a abusar de ellos. Solo a usarlos.

Una nación es una ilusión compartida, no contra las demás naciones, sino como «proyecto sugestivo de vida en común» (Ortega y Gasset). Proyecto que la democracia no ha logrado cuajar del todo en los mejores 38 años de historia de España. Dos factores lo han frenado. El primero, la escasa experiencia democrática española. La democracia no son solo elecciones, partidos, parlamento, libertades, etc. Es, sobre todo y ante todo, responsabilidad. Individual y colectiva. Sin responsabilidad, que significa responder cada uno de sus actos, no hay democracia. El segundo factor inhibitorio es una ordenación territorial que lleva a la «taifación» del Estado, al confundirse nacionalidad con nación y autonomía con soberanía, cuarteando el sentimiento nacional. Sin llegar al cantonalismo de la Primera República, en la que España estalló como una granada, los españoles se sienten cada vez más próximos a la patria chica que a la grande, alejándose del proyecto común. Lo que ocurre en Cataluña, donde una minoría se ha atribuido la representación del entero pueblo catalán para declarar la independencia sin respetar el marco legal vigente, es el mejor ejemplo de lo que decimos. Aparte de que, como la democracia populista deviene en anarquía, y esta en fácil presa de los más osados, ha habido que cortar con todas las fuerzas del Estado para preservar este. Resumiendo: no hay democracia fuera de la ley. Lo advirtió Goethe:

*Solo la plebe sigue su capricho,
el cívico elige el orden y la ley.*

EL CAMBIO CLIMÁTICO

Debo admitir que cuando empezó a hablarse del cambio climático, allá por los años sesenta del pasado siglo, como una de las vertientes de la «revolución cultural», no le hice mucho caso. «A fin de cuentas —me dije—, hace unos cuantos milenios Europa atravesaba una era glaciar y un poco más lejos, el Sahara era un mar. La Tierra, en cierto sentido, tiene vida y evoluciona como todo ser vivo. Además, evoluciona para mejorar, como muestra la historia, así que no hay que preocuparse por lo que dicen estos ecologistas». Vino a confirmármelo la noticia de que en el Támesis volvía a haber peces y un curioso cálculo que habían hecho unos científicos ingleses, con el humor típico de aquel país. «De haber seguido creciendo Londres tal como iba en el siglo XIX, arrojaba el cálculo, el espesor acumulado de los excrementos de los caballos que tiraban de los coches lo hubiera sepultado a mediados del siglo XX». Muy gracioso. Pero se inventó el motor de explosión, y con él los automóviles, que dejaron los coches de caballo como elemento decorativo. «Ahora —pensé— nos dicen que los automóviles contaminan la atmósfera, que será la causa de hacer irrespirable el aire de las ciudades. Pero ya se descubrirá la forma de mover los coches de otra manera, o nuevos medios de transporte urbano, que resuelvan el problema. El medioambiente se defiende con más tecnología, no con menos, como sostienen los ecologistas». No me dirán, que al menos en aquel momento no tenía sentido.

Pero desde entonces han ocurrido muchas cosas, no todas agradables. Y últimamente, algunas de ellas preocupantes. No me refiero a los veranos más calurosos y los inviernos más fríos que nunca, pues el frío que sentí en mi infancia aún no he vuelto a sentirlo, posiblemente porque la calefacción se ha universalizado. Me refiero a ver en los telediarios lluvias torrenciales en España inundando pueblos enteros, que antes solo se veían en el Caribe o el sudeste asiático. Y surgir ¡montañas en el Polo Sur!, que antes era solo una inmensa masa de hielo. Un hielo que se está desgajando y emprendiendo viajes a los distintos océanos que cubren la mayor parte de nuestro planeta. Si esto continúa, el nivel de los mismos no hará más que crecer y muchas de las aglomeraciones urbanas ribereñas desaparecerán bajo las aguas. Yo ya no lo veré, pero me apena, porque soy un fan de la Tierra, el planeta más hermoso de nuestro sistema solar, como hemos comprobado por las fotos que los satélites artificiales le hacen desde el espacio. El «planeta azul» le llamamos desde entonces, debido a que tres cuartos de su superficie

es agua. Pero me dolería que lo fuera toda ella, pues ¿dónde vivirían los hombres? A mí, personalmente, los palafitos me parecen muy pintorescos, pero no para vivir.

En cualquier caso, lo del «cambio climático» empieza a ser una realidad y aunque ya ha habido varios en la historia de la Tierra, este es diferente, pues no se debe a factores naturales en la misma o a algún fenómeno extraterrestre, como el meteorito que impactó en Siberia y se cree que causó la ola glaciar en Europa, sino a la acción del hombre. En especial, al «efecto invernadero», producto del CO₂ despedido por los motores de explosión, que crea una especie de manto atmosférico, la «boina» que hace subir artificialmente la temperatura a nivel del suelo, con los efectos consiguientes. Aparte de que algunos de los gases agujerean la capa de ozono que nos protege de los más dañinos rayos solares, aunque esto último no está demostrado, pues si se detectaron desgarros crecientes en ella hace algunos años, últimamente parece que se han reducido.

En cualquier caso, que estamos influyendo en el clima, y con él en la vida de la Tierra, tiene todo el aspecto de ser real, por más que el actual presidente de los Estados Unidos lo niegue, o tal vez por eso mismo, como diría cualquier de los muchos críticos que tiene.

¿Se puede combatir? Naturalmente que se puede, como todo problema técnico (los que se resisten son los problemas abstractos, teóricos, culturales o sentimentales). Basta con ponerse a ello con la mente abierta y aplicar lo que hemos aprendido en física, química, mecánica y otras ciencias aplicadas. A más de sentido común, claro, sin el que no se llega a ninguna parte.

En este caso, si el cambio climático se debe al efecto invernadero y este provoca a su vez la contaminación atmosférica causada por las partículas de los combustibles fósiles que despiden nuestras máquinas y motores, la solución es buscar fuentes de energía mejores, que no contaminen o contaminen menos, hasta lograr la limpia, que existe, como les explicaré luego.

Es hacia lo que se va. La energía hidráulica es de momento la más limpia, pero choca con el gravísimo inconveniente de que exige grandes presas y nadie está dispuesto a ceder su pueblo, sus campos, sus valles y cañadas para construir pantanos. Solo los regímenes autoritarios y totalitarios pueden permitirse el desplazamiento de poblaciones enteras y la inundación de extensas superficies, para extraer beneficios no solo energéticos, sino también agrícolas, con regadíos que mejoran el rendimiento de zonas muy distantes. Pero los últimos pantanos en España los hizo el franquismo, la democracia no ha logrado hacer ni uno.

Hay que echar mano, pues, de otras «energías alternativas» y dada la cantidad de días de sol que hay en España, la solar parecía la más indicada, por lo que proliferaron los paneles solares no solo para el consumo doméstico sino también para la exportación, llenándose el campo español de «granjas» de paneles, no tan vistosos como los campos de girasoles, pero igualmente ávidos de sus rayos.

Pero ya dice el refrán que no todo lo que reluce es oro y la energía solar tiene también sus inconvenientes. De entrada es más cara que las demás, aunque sus costes se han ido reduciendo (hasta un 85 % en los últimos siete años) conforme se expande no solo en los anchos espacios de la «España seca», sino también en las terrazas de grandes edificios

(escuelas, centros comerciales, fábricas, locales de oficinas), muchos de los cuales ya se autoabastecen energéticamente. Su problema sigue siendo el almacenamiento de esa energía y el reciclaje de las placas de silicio, que bajo los efectos de los rayos de sol convierten sus electrones en energía. Pero últimamente se han hecho grandes progresos en ellas y la energía que proporcionan resulta cada vez más rentable.

Mejor salida aún tiene la energía eólica. Limpia, fácil de manejar y de larga duración, de su éxito hablan los bosques de «molinillos» que empiezan a dibujarse no solo en las cumbres de las montañas, no demasiado altas desde luego, sino también en las aguas de las cercanías de la costa, donde sopla siempre brisa en un sentido u otro. Hay quien no los encuentra hermosos e incluso quienes abogan por prohibirlos por «destrozar el paisaje». Pero tengo la impresión de que han llegado para quedarse y nuestra vista tendrá que acostumbrarse a ellos, sencillamente, porque son prácticos. Sobre todo en lugares donde no existen otras fuentes de energía. Hace poco oí la noticia de que una de las islas Canarias, no recuerdo ahora cuál, cubre ya sus necesidades eléctricas con energía eólica. No me extrañaría que dentro de no mucho fueran todas ellas. Que los parques eólicos marinos se unan a las turbinas movidas por las mareas, otra fuerza continua como la del viento, con canales de acumulación y distribución paralelos, aumenta su rendimiento y abarata sus costes. Un detalle digno de anotar es que España, por los días de sol al año que tiene y la longitud de sus costas, se ha convertido en uno de los países punteros en este ramo, exportando material a países como los árabes (que quieren estar preparados para el día que se agote su petróleo) o Alemania, que depende demasiado del gas y el petróleo que importa de Rusia.

De todas formas, el consumo creciente de energía que exige nuestra sociedad —solo hay que pensar en la proliferación de aires acondicionados—, va a ser difícilmente cubierto por estas y otras energías alternativas en un futuro inmediato. «Sin energía nuclear no dejaremos los combustibles fósiles» declaraba a *ABC* James Hansen, tras recibir el Premio BBVA Fronteras del Conocimiento. El científico norteamericano, que pronunció en 1988 un famoso discurso ante el Congreso anunciando el cambio climático y el peligro que representaba para la humanidad, se dedica actualmente a denunciar ante los tribunales las infracciones que se están cometiendo en la atmósfera como «una violación de los derechos de las generaciones futuras, ya que la actual tiene obligaciones respecto a ellas». Ni que decir tiene que está contra la decisión de su presidente, Donald Trump, que ha retirado a su país de los Acuerdos de París sobre el clima. Pero advierte que hasta la plena sustitución del gas y el petróleo por energías alternativas, no habrá más remedio que seguir usando la nuclear de reactores de fisión de átomos, generalmente uranio, plutonio o torio.

Dado que esta deja residuos radiactivos que duran miles de años, no acabo de comprender por qué no se acelera la investigación de la «otra» energía nuclear, la de fusión, en la que se funden núcleos de átomos del material más abundante en la naturaleza: el hidrógeno, presente en el agua en doble cantidad que el oxígeno. Me dicen que es debido a que tal fusión —que es la que produce la energía del Sol— es costosísima de lograr en la Tierra y, de hecho, lograrla y sobre todo «domeñarla» exige

más energía de la que produce. No sé, pero también parecía difícilísimo encontrar remedio contra el sida, y finalmente se logró. Y aunque no soy amigo de las conspiraciones, si uno piensa que en un litro de agua hay átomos de hidrógeno suficientes para, una vez fundidos, abastecer a una gran ciudad de energía por todo un año, y lo que eso significaría para las grandes compañías que hoy nos abastecen de energía procedentes de combustibles fósiles o fuentes alternativas, uno encuentra sospechosa tanta lentitud en el avance de la fusión del átomo. Pues para fabricar una bomba termonuclear, de hidrógeno también, buena prisa se dieron.

Bastante más futuro le veo a otro tipo política energética, que con el nombre de «economía circular» se está ensayando en algunos países europeos, Austria especialmente. Su base es de sobra conocida: se trata de aprovechar los abundantes residuos que produce nuestra sociedad de consumo para que, en vez de ensuciar el medioambiente, lo favorezcan. No se trata solo de quemar la basura para producir energía o de separar los residuos en orgánicos e inorgánicos, sino de un reciclaje total de los mismos, de forma que vuelvan a poder utilizarse como materia prima para fabricar los mismos productos (como se hace con los envases de plástico o las latas de bebidas refrescantes), o venderlas a precio de saldo, íntegras o en piezas, si hablamos de aparatos electrónicos o de prendas de vestir. Se trata de aprovechar todo, de no tirar nada excepto lo que solo sirve para quemar. El ayuntamiento de Nueva York ha encontrado una fórmula para tener más limpia la ciudad imponiendo una tasa de cinco centavos por cada envase de plástico o de aluminio, que puede redimirse devolviéndolo vacío en la misma tienda. La mayoría de la gente no lo hace, pero los *homeless*, los «sin techo», han encontrado ahí una fuente de ingresos, y se les ve acercarse a los supermercados con carritos atestados de tales recipientes para llevarse unos dólares por ellos. Esta «economía circular» se extiende a libros, discos, bicicletas, electrodomésticos y todo tipo de objetos inútiles para sus dueños, que se recogen en determinados puntos y, tras repararlos o adecentarlos, se venden en mercadillos. La Unión Europea ha aprobado ya legislación reguladora de este nuevo enfoque de la política medioambiental para evitar que los objetos que se nos han quedado inservibles no nos sepulten, como hubiese ocurrido a los londinenses de continuar el crecimiento desbordado de los coches de caballos.

El cambio climático ya no es una «serpiente de verano», uno de esos temas que los periodistas se sacan de la manga en períodos vacacionales, cuando la actualidad se empantana y hay que distraer al personal. Es algo muy real, constatado científicamente, como el aumento de las temperaturas, veranos interminables, nevadas intempestivas, lluvias torrenciales, deshielo de los polos, que ni siquiera puede dejarse para dentro de miles de años, sino que empieza a comprobarse a simple vista. Quiero decir que a finales de siglo podemos ya notar sus efectos catastróficos. Y el tiempo pasa volando, como comprobamos que estamos en 2017 y parece que fue ayer cuando cambió el milenio. La paradoja es que cuando por primera vez empezamos a ver la

Tierra como «la aldea global», es cuando peor la tratamos. Tal vez por no darnos cuenta de que formamos parte de ella.

LA ÚLTIMA GENERACIÓN

Me puso sobre la pista de ella Edurme Uriarte en un artículo donde contaba que había pillado a uno de sus alumnos ojeando una enciclopedia. No han leído mal, una enciclopedia, vieja naturalmente, pues ahora ya no se editan, un volumen, por lo general grueso, donde se recopilaban todas las ramas del saber para los alumnos de las viejas escuelas, que se pasaban de unos a otros. Yo estudié con la de Martí Alpera, de tiempos de la República, a finales de los años treinta, pues al nuevo régimen no le había dado tiempo de sacar la suya, y era un libro tan claro como completo, pues igual te explicaba la diferencia entre la lluvia y el granizo que te sorprendía con la noticia de que España era el país más montañoso de Europa después de Suiza o con un verso de Antonio Machado. Pero dejémonos de nostalgias y vayamos al grano.

A Edurme le sorprendió la aparición en su clase (universitaria) de una enciclopedia porque desde hacía bastante tiempo sus alumnos habían renunciado a adquirir saberes de los libros para sacarlos todos del móvil, que ya no llevan en el bolsillo sino en la mano para cualquier tipo de consulta o contestar a las llamadas. Le confirmó que aquel chico era distinto que pidiera revisión de su examen, pese a haberle puesto un 9. Quería un 10. Aquel alumno tenía afán de superación. Y aceptó sin protestas, al mostrárselo, el único error que había cometido. Algo inédito.

Como no tengo oportunidad de estar en contacto con las últimas generaciones, me he dedicado a observar a los salvavidas de la piscina a la que voy diariamente en verano. Y, en efecto, son distintos de los de años y aun décadas anteriores. Aquellos dejaban hacer lo que le diera la gana a cada bañista, pese a estar prohibido en los reglamentos del club bien puestos a la vista: tirarse de cabeza al agua, «hacer la bomba», meterse con flotadores, jugar con una pelota. Si se les advertía, hacían el gesto de «qué le vamos a hacer». Claro que no todo era culpa suya: había visto a algún padre dirigirse a ellos amenazante porque se habían atrevido a llamar la atención a su hijito que estaba molestando a los demás. Y, en efecto, ¿qué pueden hacer los salvavidas contra la permisividad imperante en la sociedad española, que empieza en las capas más altas?

Son esta nueva hornada de chicos, y chicas, amables, respetuosos, responsables, muy distintos a los *millennials* que les precedieron como si los mayores fueran ellos, en vez de llevarles una década. Lo que más me ha impresionado es que escuchan atentamente lo que dices e incluso alguno me ha pedido ayuda en el trabajo que le han pedido para terminar el curso. Se la ha llamado la Generación Z, por la última letra del alfabeto y

empieza a haber estudios sobre ella cuando los primeros acaban de terminar sus estudios universitarios, aunque la inmensa mayoría están aún en ella, trabajando en lo que les caiga en vacaciones o yéndose fuera si tienen esa oportunidad, pero no como diversión sino para «adquirir experiencia y perfeccionar algún idioma». El informe *2017 Graduate Employment Study*, efectuado por Accenture Strategy, Talent & Organization tras haber entrevistado a 1600 estudiantes que se graduaron en España este año y a 1001 que lo hicieron en 2016 y 2015, arroja un perfil muy diferente entre ellos y sus predecesores. Por lo pronto, solo el 18 % de los recién licenciados querían trabajar en una gran empresa, prefiriendo la media, en contraste con el 32 % de los anteriores. Significativo también es que la mayoría, un 30 %, no tienen preferencia, lo que delata su rasgo más característico: «Son pragmáticos», dice el director del estudio, Francisco Puertas. Algo que no ocurría en la anterior generación, cuyos miembros querían no solo un puesto de trabajo sino también en determinado lugar. «Son tremadamente equilibrados en sus relaciones personales y en la digitalización». Habiendo crecido en esta última, la consideran un elemento de trabajo tan valioso como indispensable, aunque es significativo que un 22 % de ellos ve las nuevas tecnologías como una amenaza que deshumaniza el trabajo, de ahí que concedan enorme importancia al contacto humano.

La diferencia más importante es que «los Z» están menos interesados (7 % frente a 12 %) que sus inmediatos antecesores en trabajar para una empresa estatal. Desde siempre, trabajar para el Estado, sobre todo en uno de los altos puestos de la Administración (abogados del Estado, notarios, registradores de la propiedad, catedráticos de universidad, diplomáticos) era el sueño de los jóvenes españoles más capacitados, mientras el montón de ellos se contentaba con ser simplemente «funcionario», que significaba sueldo seguro de por vida, vacaciones garantizadas, subidas por escalafón y otras canonjías. Nada de extraño que resultase atractivo en un país donde no se les consideraba «servidores públicos» (*public servans*) como en los países anglosajones, sino representantes del Estado, es decir, una categoría social.

Esto cambió mucho últimamente con la llegada del Estado de las autonomías, que multiplicó el funcionariado al mismo tiempo que rebajaba su prestigio, pero aun así, las citadas ventajas continuaban ejerciendo su atractivo. La crisis económica, con el dispararse del paro, hizo el resto e incluso el ser simple empleado municipal (oficinista, bombero, recogedor de basuras) terminó siendo apetecido por jóvenes con título universitario.

La Generación Z a todas luces no se contenta con eso, como demuestra que prefieren crear su propia empresa si no encuentran otra cosa (6 %) que trabajar en la Administración local (5 %). Este es un vuelco casi copernicano, ya que el espíritu empresarial nunca ha formado parte del ánimo español.

Pero no es eso solo. Al preguntárseles qué buscaban en el trabajo, aparte del sueldo y los beneficios, los Z superaban holgadamente a sus predecesores en «conseguir experiencia en el ramo», «oportunidad de lograr experiencia global», «tener un trabajo diferente», «desarrollar programas individualizados», «oportunidad de viajar», mientras no estaban tan interesados en el «rápido ascenso».

«Son tremadamente realistas», los describe Francisco Puertas en la entrevista que le hace, para *ABC*, M. J. Pérez Blanco. A la gran mayoría (79 %) le gustaría trabajar *full time* en un puesto relacionado con aquello que han estudiado. El 89 % se trasladaría a otra ciudad por una oferta de empleo. Incluso un 93 % estaría dispuesto a trabajar en prácticas sin remuneración tras graduarse, si no tienen la oportunidad de encontrar un puesto remunerado. Son conscientes de que la formación es durante toda la vida, por lo que deben procurar estar al tanto de todo lo nuevo que surge en su ramo. Dominan no solo la informática sino también las ciencias sociales, conociendo la importancia de la comunicación en la red, de la interpersonal, de la atención al cliente y del análisis de datos. «Han sabido interpretar muy bien el momento en que viven y adaptarse a él. Han cogido lo mejor de sus predecesores y lo han puesto encima de la mesa», concluye Puertas.

No me dirán que no es algo completamente distinto, e incluso opuesto, no ya a la generación «NI(estudia), NI(trabaja)» surgida de la «revolución cultural», sino de la que le siguió, que anteponía «vivir» a «forjarse un porvenir». En realidad, parece ser una generación completamente distinta a todas las anteriores que han existido en nuestro país. Una generación que no ve en la recomendación, en los enchufes, en la política, la mejor vía para tener éxito en la vida. Eso es completamente nuevo en España desde que existe como nación y como Estado, y esa carencia ha sido sin duda uno de los mayores lastres para su progreso y, diría, el mayor obstáculo para que arraigara en ella la democracia. Una generación, en suma, intercambiable con la de cualquier país desarrollado, Alemania, Estados Unidos, Francia, Inglaterra o los escandinavos.

Espero no haberme dejado llevar por el optimismo y que cuanto he dicho no sea *wishful thinking*, deseo de que ocurra. El gran peligro que amenaza a esa generación es que la enorme inercia que aún queda en nuestro país la arrastre como a tantos que han querido vencerla. Pero alguna vez tendrá que ocurrir, aunque yo no lo vea. De ser así, no ha sido todo malo en la crisis.

Que las últimas generaciones de españoles y españolas se confunden físicamente con las de cualquier país de nuestro entorno salta a la vista. Son tan altos, tan atléticos, tan tranquilos y tan descuidados en el vestir como ellos. Si se parecen también intelectualmente no sabría decirlo por no tener contacto con ellos. Desde luego, comparten la afición por la música rock y por la última tecnología. Pero en valores, en actitud ante el mundo y la sociedad, ¿son como los jóvenes alemanes, franceses o ingleses? Lo que nos dicen de la Generación Z apunta en ese sentido. De confirmarse, significaría un vuelco copernicano en nuestro país. Pero parece demasiado bonito para ser verdad.

LA GRAN PREGUNTA

Cuando algún conocido se muere de repente, el comentario de todos nosotros es «así me gustaría morirme a mí». ¿Es temor a enfrentarnos con «la gran desnarigada» como llamaba Cyrano a la muerte en su duelo final con ella, o es miedo al dolor que suele acompañarla? No lo sé, ni creo que lo sepa nadie. He estado en el lecho de muerte de varios amigos y lo único que he sacado en limpio es que es el gran misterio de la vida. Hay quien muere apacible, suavemente, como quien se desliza por un plano inclinado hacia un horizonte infinito, y hay quien lo hace agitado, convulso incluso, como quien lucha desesperadamente porque no le arranquen de donde está. Posiblemente tenga que ver con su situación física, por el dolor que sufre, con la incapacidad creciente de conciencia, con el tratamiento que le han dado, hay tantas muertes como muertos, y si los nacimientos son más o menos lo mismo para el o la que llega al mundo, que aún no han tenido tiempo de percatarse de lo que les espera en él, las muertes son lo más personal que tenemos en esta vida. Sin duda los creyentes, los convencidos de que les aguarda otra vida, donde volverán a encontrarse con todos los que conocen y han querido, lo tienen más fácil, e incluso para los que en el último minuto arreglan sus cuentas con el Creador «por lo que pueda pasar». Pero cada vez son más los agnósticos y al miedo a lo desconocido consiguiente, pues nadie ha regresado de allí para decírnos lo que hay, tiene que unirse a los padecimientos, grandes o pequeños, de cada agonía. De ahí que el deseo de la muerte instantánea o, mejor, durante el sueño, sea la preferencia general.

Ello nos lleva a uno de los grandes temas de nuestro tiempo: lo que se ha llamado «muerte digna», eufemismo de hacer las últimas horas o días en este mundo lo más apacibles posible a los enfermos terminales, es decir, los sin curación. No estoy hablando de eutanasia, la eliminación sin más del enfermo descartado, no admitida en ninguna legislación, aunque algunas se acercan más o menos a ella, sino de aliviar la muerte. Los problemas éticos que conlleva son de todo tipo. De entrada, lo de «enfermo terminal». Ya sé que no existen milagros, pero hay curaciones que lo parecen, pacientes desahuciados que, ante el asombro de todos, empezando por los médicos que les tratan, si no se curan, recobran buena parte de su salud e incluso vuelven a hacer vida normal. Ya sé que son escasísimos, uno entre cien mil o un millón. Pero los hay y no pueden desatenderse, en cuyo caso la «muerte digna» o cese del tratamiento se convertiría en homicidio. Pero, ¿qué hacemos con todos los demás, con esos cientos de miles o

millones que sufren las penalidades de una «muerte indigna»? ¿Acaso no tienen también derecho a que se les ahorre tales suplicios, que no por nada tienen el nombre de «agonía»?

Con lo que llegamos a la pregunta del millón de dólares: ¿quién es el dueño de la vida de cada uno? ¿La comunidad, encarnada en el Estado, o uno mismo? Que el suicidio esté prohibido en la inmensa mayoría de las legislaciones, y que el suicidio asistido solo esté regulado en ciertos estados norteamericanos (Oregón fue el primero, en 1994, al que han seguido Washington, Montana, Vermont y California) y algunos países (Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Colombia y Canadá, mientras Suiza no ha legislado sobre la materia, pero no lo penaliza siempre que sea por razones altruistas), en el resto de los países no se admite. Pero con la prolongación de la vida y el aumento de pacientes que entran en una fase terminal de duración indefinida la pregunta se hace cada vez más acuciante en las sociedades modernas. Como la necesidad de responderla. En España, PSOE y Podemos-Izquierda Unida han llevado al Congreso una ley para regular «la eutanasia», que copia la mayoría de los aspectos de otras semejantes en el exterior. Y como entramos en terreno tan delicado como resbaladizo, convendría empezar distinguiendo la diferencia entre eutanasia y muerte digna. La eutanasia significa acabar con la vida de un paciente terminal a petición de él mismo, ya sea administrándole un médico los medicamentos pertinentes para ello, ya sea facilitándoselos para que se los administre él mismo (suicidio asistido). Mientras la muerte digna incluye aliviar los dolores de los pacientes terminales sin acelerar ni retrasar su enfermedad hasta que esta le consuma.

El protagonista en ambos casos, como ven, es el paciente, ya que tiene el derecho a rechazar un tratamiento e incluso a recibir sedación total para aliviar los sufrimientos de la agonía. Las llamadas «unidades de cuidados paliativos» acogen a aquellos cuyo destino no parece ser otro que morir e incluso hay hospitales enteros dedicados a ellos, aunque son las menos publicitadas de todas las secciones médicas. Y puede que las más humanas de todas, viéndose en ellas la muy diferente actitud que cada ser humano adopta ante la muerte. De ahí que en el cuadro médico de cada sala figure también siempre un psicólogo o psicóloga. El objetivo en todos los casos es «mejorar la calidad de vida del paciente hasta su final, con tratamientos menos agresivos ya que estos no debieran ser iguales al principio que al fin de la enfermedad». «Lo que queremos es paliar el dolor y los síntomas asociados a las fases avanzadas», dice uno de los especialistas. «Cada enfermo es un mundo diferente e incluso se acusan en él cambios diarios de actitud, que hay que tener en cuenta. La muerte no es ningún pícnic, pero puede ser mejor según la abordemos», continúa diciendo.

Cuánto dura esta situación dependerá del paciente. Algunos la prolongarían indefinidamente, aferrándose a la vida hasta que esta decide abandonarles. Otros, en cambio, se desesperan ante su impotencia y piden acabar cuanto antes, o ni siquiera tienen ya capacidad de pedirlo. Para tal situación es importante la voluntad que haya expresado previamente. La llamada «voluntad (o testamento) de una muerte digna», legal en bastantes países, expresa el deseo de que «no se prolongue artificialmente su vida con medios externos si el doctor o doctores (el número depende de cada país) que le han

atendido han llegado a la conclusión de que no tiene curación», nombrándose a alguien que le represente para este caso, que podría ser o no de la familia. Nunca, eso sí, provocándole también artificialmente la muerte. Me parece la salida más humana en el momento que vamos a dejar de ser humanos. Habrá quien prefiera mantenerse vivo aunque sea enchufado a todo tipo de aparatos, pero ¿puede llamarse a eso vida? Cada cual tiene su respuesta personal para ello. Además, si nadie nos ha consultado si queríamos venir a este mundo, ¿no vamos a poder decidir el momento de abandonarlo? ¿Quién es capaz de responder a esa pregunta?

«La muerte, ese sueño profundo en una noche sin luna», la llamó el poeta. Yo prefiero imaginármela como un sueño del que uno no despierta, un sueño eterno sin pesadillas, lo que es un alivio. Técnicamente, es la otra cara de la vida que, como la de la Luna, no somos capaces nunca de ver. Pero es la única cosa segura, inevitable, ineludible. Todos estamos condenados a muerte, pese a haberse abolido esa pena, aunque no nos gusta pensar en ello. A estas alturas, sin embargo, conviene ir haciéndose a la idea, para que no nos coja por sorpresa, y una de las cosas que deberíamos hacer, junto al testamento de nuestros bienes, es el de nuestra vida, estableciendo la forma como queremos y no queremos dejarla. Acostumbrarnos a la muerte, como hacen, o hacían, los cartujos («Hermano, *morir habemus*» era el saludo entre ellos), sería lo ideal, pero va contra el instinto de conservación que todos llevamos dentro. Tal vez alivie la cosa saber ya que tampoco la vida «es una *party*», como decía de la muerte el especialista en enfermos terminales. Por cada hora de placer que nos proporciona ha habido otra de dolor e innumerables sencillamente prescindibles, aburridas. El mayor consuelo, para aquellos que no esperan la recompensa de la gloria eterna, es mirar atrás y poder decir que, pese a nuestros errores y faltas, no lo hicimos del todo mal, que hubo en ella momentos buenos y momentos malos, altos y bajos, éxitos y fracasos, pero en conjunto, podemos irnos tranquilos, aliviados incluso, porque se han acabado las esperas, las angustias, los temores, las preocupaciones, la amenazas, los sobresaltos, los recelos, los sustos, las sorpresas, los dolores, las desilusiones, y tantas cosas no precisamente agradables de las que está empedrada la vida. Lo que quiere decir que, para una muerte tranquila, no hay nada mejor que una vida apacible. Es una de las pocas cosas en las que coincidirán creyentes y no creyentes, conservadores y progresistas, ricos y pobres, hombres y mujeres.

Pero, ¿quién puede hoy permitirse una vida apacible?

Intentarlo, sin embargo, sí que podemos. Y en esta etapa de la vida es incluso una obligación. La principal diría. Pero una vez más, nos resistimos, nos rebelamos contra ello. Como ya he preguntado más de una vez en este libro, ¿es el hombre Luzbel, el ángel caído, el espíritu que se rebeló contra Dios, y Dios le ha condenado a regresar a la naturaleza? ¿Es ese nuestro destino, regresar adonde venimos?

Tampoco es tan mala perspectiva: volver a ser polvo, aire, agua, luz, energía, parte infinitesimal de ese conjunto que es el universo, sin darnos siquiera cuenta, por los siglos de los siglos. Ortega envidia a Empédocles que exclamaba «Yo he sido ya una vez muchacho, moza, planta, pájaro, y en el mar he ejercido la vida muda de un pez».

Pero esa es la pregunta que nunca podremos contestar.

Sobre la posvida, la vida que nos espera tras la muerte, prefiero no pronunciarme al no tener referencias claras sobre ella. Aparte de que, como la posverdad tiene poco que ver con la verdad, esa posvida tiene obligatoriamente que ser muy distinta a la terrenal. Advierto, sin embargo, que no descarto ninguna de las versiones que circulan sobre ella. Pero tampoco abrazo ninguna. Sabemos solo que nuestro cuerpo se desintegrará en los billones de partículas que lo forman, reducibles a los elementos básicos que clasificó Mendeleiev y han ido aumentando conforme se descubrían más. ¿Volverán un día a reunirse para formar un ser vivo, planta, animal o incluso ser humano? Según la ley de probabilidades y teniendo toda la eternidad por delante, tal posibilidad existe. O sea, que nuestro cuerpo puede un día recrearse. Pero ¿y el espíritu, el alma que dicen los creyentes? Los pensamientos, las sensaciones, los recuerdos, todo lo que constituye nuestra personalidad. Eso será ya distinto porque las circunstancias también lo serán. La transmigración es una teoría muy bonita, muy elegante, pero yo no envideo, como mi maestro Ortega, a Empédocles cuando dice que ha sido muchacho, moza, planta, pez. Al revés, me horripila. ¿Imaginan el terror del árbol al sentir a su manera cómo se hunde el hacha en su tronco sin poder defenderse, o el del pez con el anzuelo clavado en la boca, o el del conejo huyendo del cazador con la escopeta? La vida, si vida pueda llamarse la de esos seres, tiene que ser una continua angustia, una pesadilla de la que no puede despertarse sin la razón que se lo explique ni proporcione medios para defenderse. No, la vida que hemos tenido puede no haber sido la mejor, pero conforta creer que es la menos mala de todas las vidas posibles.

Todavía puedo. Quedan muchas cosas por vivir

José María Carrascal

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Fotografía de la cubierta: © Nines Mínguez

© José María Carrascal, 2018

© Espasa Libros, S. L. U., 2018

Avenida Diagonal 662-664

08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2018

ISBN: 978-84-670-5180-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.

www.safekat.com

Índice

Sinopsis	5
A modo de prólogo	7
Los genes	9
Dos decisiones fundamentales	16
Salud	23
Soledad	29
La vida	35
Sinceridad	39
Choque de civilizaciones y de generaciones	42
Lo que hay y no hay que hacer	51
Ejercicios físicos	54
Gimnasia mental	57
Jubilados	61
Vivir en subjuntivo	64
Nuestro tiempo	67
La nueva frontera: el cerebro	71
La inteligencia artificial	75
¿Vida artificial también?	79
La tercera vida: la fama	82
El selfie, espejo de nuestra época	87
Ordenadores	94
Posverdad	99
Violencia (agresión) de género (machista)	102
Izquierdas y derechas	106
El hecho diferencial	111
Corrupto es el otro	114
Nacionalismos	118
Cultura y civilización	123

El otoño europeo	128
Inmigración y asimilación	131
La protesta senil	136
Límites e infinito	139
Médicos y abogados	142
Viajes	146
Mayorías y minorías	151
El cambio climático	155
La última generación	160
La gran pregunta	163
Creditos	167